UNA NOVELA DE DANIELA CAMPOS

SOLO UN Sirviente MÁS



La única forma de avanzar es quemarlo todo y cargar con las cenizas

DANIELA CAMPOS

Solo Un Sirviente Más

Derechos de autor © 2024 por Daniela Campos

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en forma alguna, ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopiado, grabado, digitalizado u otro, sin el permiso por escrito del editor. Es ilegal copiar este libro, publicarlo en un sitio web o distribuirlo por cualquier otro medio sin permiso.

Esta novela es enteramente una obra de ficción. Los nombres, personajes e incidentes retratados en ella son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o localidades es totalmente fortuito.

Primera edición

Para mi madre.

Advertencias de contenido

Este libro aborda temas y presenta escenas que pueden resultar perturbadoras o angustiantes para algunos lectores. Es importante que los lectores sean conscientes de estos temas antes de comenzar la lectura. Si crees que alguno de estos contenidos puede afectarte negativamente, te recomiendo proceder con cautela. La intención de estas advertencias es garantizar una experiencia de lectura segura y consciente:

Trauma complejo: Los personajes experimentan y procesan traumas complejos, lo cual es una parte central de la narrativa.

Abuso infantil: Se incluyen descripciones de abuso físico, sexual y emocional hacia menores, que pueden ser difíciles de leer.

Tortura: Hay escenas que describen la tortura de personajes, mostrando tanto el dolor físico como el sufrimiento psicológico.

Muerte: Se producen muertes de personajes secundarios que pueden tener un impacto emocional significativo.

Violencia: La historia contiene varias escenas violentas, algunas de las cuales son gráficas en su descripción.

Escenas de sexo: Se incluyen escenas explícitas de relaciones sexuales consensuadas.

Alucinaciones: Algunos personajes experimentan alucinaciones que afectan su percepción de la realidad.

Intento de suicidio: La trama aborda el tema del suicidio, incluyendo intentos explícitos.

Lista de canciones

Only Love Can Hurt Like This - Paloma Faith
Don’t Speak - No Doubt
Stand By Me - Ben E. King
I Don’t Want to Miss a Thing - Aerosmith
I Wanna Be Yours - Arctic Monkeys
Prison Sex - TOOL
Somewhere Only We Know - Keane
Weight in Gold - Gallant
The Beach - The Neighbourhood
Just the Two of Us - Grover Washington, Jr., Bill Withers
Like I Want You - Giveon
Hotel California - Eagles
Exit Music (For A Film) - Radiohead
Space Song - Beach House
Lonely - Palaye Royale
Guns for Hire - Woodkid
Wrong Side of Heaven - Five Finger Death Punch
idfc - Blackbear
Put It on Me - Matt Maeson
Soap - Melanie Martinez
If I Killed Someone For You - Alec Benjamin
Down In A Hole - Alice In Chains
Train Wreck - James Arthur
Run Boy Run - Woodkid
Heather - Conan Gray
Mind Is A Prison - Alec Benjamin
Softcore - The Neighbourhood
Say - Ruel
Maps - Maroon 5
Love Me Again - John Newman
La La La - Naughty Boy, Sam Smith
What I’ve Done - Linkin Park
Iris - The Goo Goo Dolls
Black Out Days - Phantogram
everything i wanted - Billie Eilish
Everybody Cries Sometimes - Damien Dawn
Mercy - Shawn Mendes
Deathbeds - Bring Me The Horizon
Never Too Late - Three Days Grace

Porcelain - Motionless In White
Had Enough - Breaking Benjamin
favourite crime - Olivia Rodrigo
The Reason - Hoobastank
Scream - Thousand Foot Krutch
Fallen Angel - Three Days Grace
Duality - Slipknot
Beautiful Boy - John Lennon
Too Close - Alex Clare
Breaking Down - I Prevail
Gilded Lily - Cults
Run - Bring Me The Horizon
Lose Control - Teddy Swims
Way down We Go - KALEO
Stop Crying Your Heart Out - Oasis
Change - Deftones
Sweet Nothing - Calvin Harris, Florence Welch
Dandelions - Ruth B.
Laplace's Angel - Will Wood
Elastic Heart - Sia
Closer - Nine Inch Nails
Empire (Let Them Sing) - Bring Me The Horizon
Would Anyone Care - Citizen Soldier
Unstable - Justin Bieber, The Kid LAROI
Ghost Town - Benson Boone
Gasoline - I Prevail

Prólogo

28 años antes (Edad: 10 años)

Se escucharon pasos apresurados resonando por los pasillos de la mansión, estos buscaban a dos criaturas que se escondían bajo una cama en una de las habitaciones del servicio. Habían tomado un par de chocolatinas del banquete que se estaba preparando para el evento de esa misma noche y habían huido en cuanto fueron descubiertos. Al menos esa era la versión oficial; dos niños haciendo travesuras.

Jadeando por el cansancio de la carrera, esos dos niños se miraron justo cuando la puerta de la habitación se abría. El mayor de ellos, al menos por unos meses, tapó la boca del menor con la mano mientras él mismo aguantaba la respiración.

Se mantuvieron así unos segundos hasta que el intruso volvió a salir cerrando la puerta detrás de él y escucharon como este gritaba sus nombres en el pasillo. Los dos niños exhalaron y se quedaron unos segundos más en silencio, solo por si acaso. Cuando estuvieron seguros de estar solos, se giraron para mirarse. Al encontrar la carita del contrario, soltaron un par de risitas. Se habían vuelto a salir con la suya.

—Aquí no nos encontrarán —susurró Regine con una sonrisa victoriosa mientras miraba a su mejor amigo y sacaba una de las chocolatinas que había cogido para ofrecérsela—. Toma, no entiendo por qué no las podéis comer. Mi padre es un tonto… —murmuró lo último confuso sin poder comprender los motivos de la crueldad de su progenitor hacia los sirvientes.

Carson tomó la chocolatina agradeciendo, sin importarle que esta estuviera medio derretida, y se la metió en la boca antes de guardar el envoltorio en su bolsillo. Sintió una explosión de dulce en su boca que dilató sus pupilas y le hizo salivar. Hacía mucho que no comía chocolate, solo cuando su amigo lo robaba de la cocina y luego se lo daba a él.

Era difícil vivir como uno de los sirvientes, ni siquiera ser el hijo del mayordomo le daba alguna clase de privilegio, pero no guardaba ningún rencor por su mejor amigo, aunque fueran de mundos distintos.

No cuestionó las palabras de su compañero, aun cuando creía imposible que no fueran capaces

de encontrarlos, puesto que confiaba plenamente en él. Solo asintió haciendo rebotar un par de rizos morenos.

—Puedo conseguirte más si te gustan. Solamente tienes que pedirlo —añadió su amigo, viendo como el más pequeño había devorado el dulce. Sonrió satisfecho mientras le daba un par de caricias en su pelo.

—Gracias —musitó el moreno, agachando la mirada cuando sintió las caricias.

Regine se tumbó sobre su estómago y levantó la cabeza hasta que rozó con ella el colchón de la cama. Se arrastró lo suficiente por el suelo para asomarse y miró la habitación en la que se encontraban antes de salir de ahí debajo. Era cierto que su padre jamás se agacharía para buscarlos, pero sabía que los sirvientes sí. Necesitaban encontrar un escondite mejor.

A ambos les gustaría no tener que esconderse, disfrutaban pasar tiempo juntos. Solían hacerlo desde que apenas sabían caminar, pero ahora que habían cumplido diez años las responsabilidades comenzaban a aparecer, empujándolos en direcciones contrarias.

Sin embargo, Regine se negaba a renunciar a su único amigo, daba igual las veces que tuviera que confrontar a su padre. Así que situaciones en las que debían huir de sus tareas, y de sus padres, eran cada vez más comunes. No le importaban los castigos que traían sus acciones posteriormente, siempre volvía a encontrar una manera para escapar juntos, al menos por un rato.

Carson salió de debajo de la cama tras él y se levantó del suelo aceptando la mano que le ofreció Regine. Al ponerse de pie sacudió el polvo de su ropa, hizo lo mismo con el contrario, acomodando el polo verde lima que llevaba como le había enseñado su padre. Era una de sus lecciones más importantes, asegurarse de que el hijo del señor se viera siempre impecable.

Regine se tensó al ver las acciones del contrario, lo sintió como una prueba más de su inminente separación, como si pertenecieran a mundos diferentes. Se enfadó con el resto de sirvientes, con la mansión entera, pero sobre todo con su padre, por permitir tal segregación. Sin embargo, no reflejó ese enfado al hablar.

—No hace falta que hagas eso, Carson —negó con la cabeza mientras apartaba con suavidad sus manos y soltaba una de ellas para sostener la otra con firmeza. En su voz se pudo oír la tristeza, no quería que su amigo se convirtiera en un sirviente más, no quería estar en una posición privilegiada si eso significaba perderlo—. Salgamos de aquí.

Deshaciéndose momentáneamente de su congoja e ira, lo arrastró con él hasta la puerta, que abrió para asomarse y vigilar que no hubiera nadie cerca. Lanzó una mirada furtiva hacia los dos lados del amplio corredor decorado con cuadros y jarrones caros. Si les descubrían ahora no podrían huir de nuevo.

Mientras el señorito observaba el pasillo, Carson se fijaba en el obvio contraste de color entre sus manos juntas, preguntándose con pesar cuánto tardarían en encontrarlos y separarlos de nuevo. Tenía miedo, no quería que castigasen de nuevo a su propio padre, o peor, a Regine. Pero aun así no se podía negar cuando este le proponía alguna aventura arriesgada para pasar tiempo juntos u ofrecerle algún regalo, normalmente juguetes o comida, a pesar de saber que sería lo mejor para todos.

—Regine… —le llamó con el tono de voz más bajo que pudo poner sin llegar a susurrar, subiendo la mirada para encontrarse con la suya. Aguantó la humedad en sus ojos para que esta no mojase sus mejillas, se negaba a llorar, eso pondría triste al contrario.

Cuando el nombrado se giró dándole su atención, sintió como las palabras se atascaban en su garganta. Quería prometerle que su amistad duraría por siempre aunque estuvieran separados, pero sobre todo, quería que él le prometiera lo mismo. No se sentía apropiado ni correcto hacerle una petición así, era egoísta. Por ello, se mantuvo en silencio después de pensarlo mejor. Simplemente negó con la cabeza y dejó entonces que Regine lo llevase fuera de la habitación.

A pesar del caos que había a su alrededor, el peor estaba dentro de su cabeza y de su corazón. No quería admitir lo innegable: por mucho que Regine se esforzase, ellos no podrían estar juntos.

Mientras corrían por los largos pasillos y escuchaba la voz de sus padres llamándoles a sus espaldas, siguió observando sus manos juntas. Apretó el agarre lo más que pudo y, cerrando los ojos por un momento, deseó con todas sus fuerzas que esa vez tardasen solo un poco más en encontrarlos.

Capítulo 1

Actualidad

Caos organizado. Eran las palabras que aparecieron en la mente de Carson mientras veía como los sirvientes se desplazaban de un lado a otro entre la cocina y el comedor, preparando el desayuno. Estaban tan acostumbrados a la presencia de los otros que evitaban chocarse sin siquiera mirar, después de todo, era una rutina que hacían a diario.

Se acercó a la mesa en la que estaban colocando los cubiertos y tomó el vaso para zumos que habían colocado. Lo alzó hasta su cara para inspeccionarlo, viendo frente a su reflejo una pequeña gota de agua. Miró alrededor antes de caminar hacia la cocina con el vaso, entrando en medio de una conversación.

—Últimamente está de un humor terrible —decía una de las sirvientas más jóvenes, Farah, su voz estaba cargada de preocupación—. No quiero hablar mal, pero creo que es cuestión de tiempo que algo malo suceda.

—Farah —interrumpió Carson, ofreciéndole un nuevo vaso sin marcas de agua—. ¿Puedes llevar este vaso a la mesa?

Eso era algo que él mismo podía hacer, pero necesitaba una excusa para parar esa conversación, nada bueno salía de esparcir desconfianza y hablar a espaldas de otras personas, menos todavía cuando todos sabían que la mansión parecía tener ojos y oídos en sus paredes.

La chica asintió rápidamente, su tez oscura tomó un tono rosado mientras tomaba el vaso y salía de la cocina.

Carson le lanzó otra mirada a la compañera con la que Farah había estado hablando y ella captó la señal y la acompañó. Cuando se quedó a solas en la cocina, sirvió agua en un vaso después de revisar su reloj de bolsillo y lo tomó antes de comenzar a caminar por los pasillos. A medida que avanzaba, subiendo las escaleras, se encontraba con menos personas. Era la representación de una jerarquía, en la que solo los mayores cargos podían acercarse lo suficiente a su señor. Pero ello solo generaba desconfianza y miedo, colocando a la figura de la cima como alguien oscuro y despiadado, él era el único que sabía que eso no era así.

Se detuvo frente a una de las puertas y golpeó la madera con los nudillos, esperó unos segundos antes de entrar.

—Buenos días, señor —saludó nada más cruzar el umbral y colocó el vaso en la mesita de noche antes de ir a desplegar las cortinas para dejar entrar la luz.

En la cama de la habitación, Regine se deshizo de las sábanas, soltando un gruñido bajo que indicaba su dolor de cabeza. Se sentó al borde de la cama para dar un trago del vaso de agua.

—Buenos días, Carson —dijo cuando hubo tragado y extendió una mano al aire.

—¿No ha dormido bien? —preguntó el mayordomo mientras abría uno de los cajones con una de las llaves que cargaba y colocaba tres pastillas en la palma de Regine.

—Una noche larga —respondió escuetamente antes de tomarse la medicación y caminar hacia el baño.

No era un hombre de muchas palabras, tampoco hacían falta, su mayordomo parecía saber siempre lo que quería. Además, creía que cuanto más abría la boca un hombre, menos pensaba en lo que decía y no quería ser descuidado. Necesitaba tener todo bajo control.

Lo primero que notó al llegar fue el aroma dulce del jabón, su mayordomo tenía un buen gusto a la hora de recomendarle ese tipo de productos.

—¿Cuál es la planificación de hoy? —preguntó mientras se desabrochaba los botones de su pijama, de espaldas a Carson.

Carson se acercó desde atrás para quitarle la camisa, pudo ver cómo la piel pálida de Regine se erizaba cuando la rozó con sus dedos. No había otra cosa que desease más en ese momento que poder inclinarse hacia delante y poner los labios sobre esta, pero trató de mantener la mente en blanco mientras recitaba el horario. No necesitaba leer su agenda, se aprendía de memoria todo lo que fuera mínimamente importante para su señor. Su cerebro estaba lleno de todo tipo de información y trataba de llenarlo todavía más con la lectura.

—Después del desayuno tiene la reunión con el señor Merrill sobre el intercambio de mercancía en el muelle. —comenzó—. Después de la comida debe hablar con el responsable de las calles de Easthope. He dejado esta noche libre para la cena con su hijo, que llegará al aeropuerto sobre las ocho de la noche.

Miraba su espalda desnuda con la boca seca, sus ojos siguieron su columna hasta llegar a una

delicada curva que anunciaba la llegada de dos firmes nalgas. Decidió agachar la cabeza para recoger la ropa sucia del suelo y ponerla dentro de un cesto. Se sentía culpable por tener ese tipo de pensamientos, por fijarse en él de ese modo, cuando sabía que Regine jamás permitiría algo así. No quería faltarle al respeto, y fantasear con cosas que jamás sucederían solo hacía que su acelerado corazón se comprimiera en su pecho en un nudo doloroso.

—Mueve la visita a Easthope para justo después de la reunión y atrasa la comida. Deja la tarde libre —dijo Regine mientras se hundía en el agua.

Cuando volvió a mirarlo, su cuerpo ya estaba oculto bajo la espuma. Carson caminó hasta la bañera y se arrodilló cerca del borde doblando las mangas de su camisa para no mojarlas. Tomó la esponja y la hundió en el agua antes de tomar el brazo que Regine le ofreció y frotarlo con ella como de costumbre. Ciertamente, era una tortura poder estar tan cerca pero todavía sentirse tan alejado. Solamente tenía que inclinarse, acercarse unos centímetros más…

—¿Has oído algo sobre Mario?

Carson tuvo que contener la respiración al darse cuenta de que Regine lo miraba, pero si este había notado algo, no dijo nada al respecto, era experto en ignorar la extraña tensión que a veces aparecía entre ellos.

—Hace una hora salió su avión —contestó mientras continuaba limpiándolo, fingiendo que nada había pasado—. Le he pedido que me llame al llegar, pero no le ha llegado el mensaje todavía.

—Sigo sin entender por qué insiste en desplazarse como si fuera un turista. —Regine tomó la esponja para terminar de bañarse.

Mario era difícil de comprender, aún siendo el hijo de su señor, era completamente contrario a él. Le daban igual las amenazas que habían recibido las últimas semanas, iba por la vida como si fuera indestructible. Acababa de cumplir veinte años y todavía se comportaba como si tuviera tres. Pero la relación con su padre era tensa, por lo que Carson decidió no responder por esa vez y solo esperó con el albornoz en un brazo; era demasiado temprano para eso.

Un cuarto de hora más tarde, Carson le colocó la prenda y lo siguió al vestidor donde su ropa ya estaba preparada y colocada sobre uno de los cajones. Acercándose, le ayudó a abotonar la camisa, intentando distraerse con la tarea para no pensar en la poca distancia que había entre los dos. Aprovechando el momento en el que ató su corbata para apoyar suavemente una mano sobre su pecho. No duró ni un segundo, pero sentía que era más que suficiente. Por último, se arrodilló para atar sus zapatos mientras Regine acomodaba con un movimiento de hombros su americana. El conjunto era completamente negro, pero se veía elegante, sobre todo por el brillo plateado de su Rolex.

El mayordomo vio como, al terminar de atar sus zapatos, su señor salía de la habitación sin siquiera esperar a que se incorporase de nuevo. No hacía falta, pues se levantó rápidamente y, acelerando un poco el paso, llegó a su lado, siguiéndole en silencio. No fue hasta que llegaron al comedor que volvió a hablar para citar el menú del desayuno. El café que había preparado él mismo ya estaba servido, pero el resto de comida que seguidamente fue servida era cortesía del chef y sus ayudantes.

Esbozó una rápida sonrisa en dirección a Rosa, una de las sirvientas, en cuanto sus miradas se cruzaron. Era una mujer mayor que, a pesar de su edad, continuaba trabajando, al igual que lo habían hecho sus antepasados. Él no tenía mucho tiempo para la interacción social, ni siquiera con los sirvientes de la mansión, pero Rosa había sido como una madre para él luego del fallecimiento de su madre y de su padre, el mismo día que Regine perdió el suyo. Ella lo había apoyado y ayudado a seguir. Le debía muchas cosas. Por ello intentaba echarle una mano siempre que podía, sobre todo con las tareas más pesadas. Ella le devolvió una sonrisa amable que marcó las arrugas en su redonda cara antes de retirarse a seguir con sus deberes.

Carson se mantuvo de pie al lado de su señor mientras este desayunaba. Gracias a su organización, tenía un momento para cada cosa, y los archivos que debía preparar para la reunión ya estaban listos desde la noche anterior. Así que se permitió pensar en otros planes, como el evento que se celebraría la siguiente semana. Todavía debían escoger el menú, pero el estilo de la fiesta ya estaba decidido, sería un baile de máscaras. Sonaba divertido, era la primera vez que implementaban esa temática y, si todo iba bien, tal vez podrían repetirla.

Salió de sus pensamientos súbitamente al oír la voz de Regine opinar sobre el café.

—¿Has cambiado la receta? —dijo mientras tomaba otro sorbo. Mientras esperaba una respuesta, se limpió los labios con suaves toques utilizando la servilleta de tela antes de mirar a su sirviente.

Carson apreció internamente el color azul hielo de sus ojos cuando estos se posaron sobre él, su mirada solía ser siempre helada, pero le reconfortaba que cuando lo mirase a él fuera solo fría.

—Sí, he utilizado unos granos de Kopi Luwak indonesios. —Sabía que Regine podía averiguar eso fácilmente, pero le gustó que lo usase como una excusa para hablarle.

—Sabe bien —respondió el señor después de unos segundos en silencio, degustando el último sorbo de la taza.

Al terminar, Regine se levantó dejando los platos sobre la mesa para que los recogieran y caminó hacia la puerta principal. Le hizo una breve señal con la cabeza a uno de sus guardias. Eso fue suficiente para que fuera rápidamente a avisar al chófer y preparar otro coche. Era

habitual para él viajar siempre acompañado de al menos un guardia, no era la primera vez que habían intentado acabar con él cuando abandonaba la seguridad de su mansión.

Dejó que Carson le pusiera el abrigo antes de salir y él mismo se puso unos guantes de piel, era un invierno especialmente frío. Caminó hasta el vehículo negro y se subió en uno de sus asientos traseros mientras el chófer sostenía la puerta. Después de ponerse el cinturón y de oír que el viaje duraría unos cuarenta y cinco minutos, bajó la ventanilla para tomar aire fresco. A pesar de ello, no pudo evitar marearse como de costumbre, por lo que Carson le ofreció una pastilla para el mareo y la acompañó con una pequeña botella de agua. Regine no tuvo ni que revisar lo que le estaba dando, simplemente lo tomó, después de todo, su vida siempre había estado en las manos de ese hombre.

Al llegar bajó por la puerta cuando esta fue abierta y se adentró al restaurante, no solían gustarle las reuniones en lugares públicos, menos en el centro de la ciudad, donde había tantas personas, pero el señor Merrill había insistido en ello. Según él, temía que alguien le estuviera siguiendo. Regine sabía bien que esa no había sido su razón principal, pero tampoco se iba a negar. Ya se había encargado de ese asunto unos minutos antes de entrar por la puerta.

Se sintió satisfecho ante la vista general del sitio, se veía limpio y organizado, tal vez los colores claros de este ayudaban a dar esa impresión. El local era amplio, con suficiente separación entre las mesas, y la luz principal que recibía provenía de los grandes ventanales que sustituían la pared. Dejó que Carson le quitara el abrigo mientras él se deshacía de los guantes. Se los dio también a su ayudante antes de dirigirse a su punto de encuentro.

Caminó hasta una zona un tanto apartada, donde encontró sentado en una mesa a un hombre diez años mayor que él. El poco pelo que le quedaba era la prueba de una melena rubia hace mucho tiempo atrás y la vestimenta que llevaba era demasiado llamativa para su gusto. A pesar de ello, lo que realmente captó su atención fue su sonrisa interesada al verle, que resaltó las arrugas en su cara.

Aaron Merrill era el dueño del territorio del muelle, lugar donde la mayoría de intercambios marítimos ilegales se llevaban a cabo. A pesar de tener un puesto tan importante, no hacía mucho tiempo atrás que lo había heredado de su padre, Steven Merrill, un hombre con quien Regine había hecho tratos desde hacía más de una década y que había fallecido seis meses antes. Ahora que tenía que renovar su acuerdo, le tocaba tratar con su hijo y, por lo que había visto, no era muy buen socio.

—Bienvenido, señor Karpovich —saludó el hombre al verle, sin ni siquiera mirar a Carson—. Le estaba esperando.

El dueño del muelle se apresuró a levantarse para estrechar su mano, pero Regine la rechazó, asintiendo con la cabeza en su lugar y tomando asiento frente a él, dejando que Carson se sentara

a su lado. Ignoró la mueca que hizo el hombre. No solía estrechar la mano de los demás, ni siquiera cuando se trataba de negocios, sabía lo manchadas que estaban las manos de los hombres con los que trataba. Era un negocio sucio, peligroso, donde la mitad de las acciones que se llevaban a cabo era mejor no pronunciarlas en voz alta. Siempre usando nombres en clave, falsas tapaderas, sonrisas interesadas.

—Buenos días, señor Merrill. —Le indicó con la mano que tomase asiento, cuando lo hizo continuó—. Creí que lo más adecuado sería tratar con usted en persona.

—No podía negarme, sería muy descortés por mi parte cerrar un trato tan importante por correo. —A pesar del disgusto inicial por el rechazo de su mano, siguió manteniendo su falsa amabilidad. Habían llegado a un buen acuerdo y perdería mucho si no se cerraba adecuadamente.

Una camarera alta y morena se acercó para pedirles la orden, trató de ser rápida al ver la apariencia de sus clientes, ya que parecían estar ocupados. Merrill observó a la joven chica de arriba a abajo, que se removía incómoda ante su mirada, antes de contestar sonriendo.

—Un café con leche estará bien. —Miró a Regine esperando a que este pidiera, en cambio, fue Carson el que respondió.

—Añada un té rojo, con extra de azúcar, gracias —dijo brindándole una amable sonrisa a la camarera, la cual trató de ocultar su propia sonrisa mientras apuntaba la orden y se iba rápidamente.

Carson aprovechó para abrir su pequeño bloc de notas y así apuntar los datos más importantes de la conversación entre los dos hombres. Siempre lo hacía, en caso de que Regine quisiera revisar lo hablado en las reuniones. Tal vez sería más fácil usar una grabadora, pero era menos práctico, de esta manera tendría todos los puntos relevantes a su alcance.

—¿Sabe? —comenzó Merrill con una sonrisa—. Tenía la impresión de haberle visto antes, pero no lograba recordar dónde. ¿No fue Bernard el que nos presentó?

Carson lanzó una mirada discreta hacia Regine al oír la mención de su padre, preocupado por la reacción que pudiera tener, pero este supo disimular bien mientras respondía con calma:

—Es probable. —Cambió el tema—: Pero estoy algo ocupado, le pediría que se centre en hablar de negocios.

Merrill se encogió de hombros sin insistir en el tema.

—Sobre eso… Considero que un veinticinco porciento de sus ganancias totales en el muelle es

una cantidad más que aceptable, teniendo en cuenta el beneficio que obtiene cada mes —comentó.

Regine se mantuvo en silencio durante unos segundos mirándolo fijamente, Merrill pensó que no iba a contestar.

—¿No le gustaría conseguir más? —preguntó Regine repentinamente, inclinándose ligeramente hacia delante.

—Siempre queremos más —rio sin entender el punto del contrario— Pero creo que es un muy buen trato tal y como está.

Regine se mantuvo serio, lo que cortó la risa de Merrill.

—Dígame, Merrill… —miró por un momento a Carson y le cerró la libreta rozando sus dedos, no haría falta tomar apuntes de esa reunión—. Dijo que prefería quedar en un lugar público porque tenía miedo de estar siendo seguido. Sin embargo, no veo ningún tipo de seguridad con usted.

El nombrado se volvió a quedar en silencio durante un momento antes de contestar. Comenzaba a sentirse atacado.

—Estamos en un sitio público —forzó una sonrisa—. No pienso que nadie se atreva a hacerme daño aquí. ¿A qué viene este interrogatorio?

Regine le dio una mirada que en ese momento no pudo entender e ignoró su pregunta como si no la hubiera hecho.

—Podrían hacerle daño y habría tantos sospechosos que la policía no sabría por dónde comenzar. —Respiró hondo, sin quitarle los ojos de encima—. No me creo que haya salido de esta forma.

Ante el silencio de Merrill, volvió a hablar cambiando el tema.

—Debido a algunos cambios de última hora, he decidido modificar ligeramente el acuerdo —dijo Regine—. Pero estoy seguro de que aceptará los nuevos términos.

—¿Nuevos términos? —el hombre frunció el ceño en confusión—. No lo entiendo, pensé que habíamos llegado a un buen trato.

—En otra ocasión lo hubiera dejado pasar, pero últimamente parece haber una tendencia a no

tomarme en serio, y eso no lo puedo permitir. —No apartó los ojos de Merrill mientras decía—: …Carson.

Abriendo una carpeta de tapa dura gris, Carson sacó los nuevos documentos y los dejó sobre la mesa. El destinatario los tomó y leyó en silencio sintiendo como su sangre comenzaba a hervir. En estos se estipulaba que Merrill dejaría el dominio completo del muelle a manos del hombre frente a él. Soltando una suave risa y manteniendo su voz lo más serena que podía habló:

—¿Qué es esto? —sonrió con incredulidad mirándolo. Al ver como este mantenía su seriedad borró su sonrisa—. No voy a regalarle el muelle. —Alternó su mirada entre él y su acompañante —. ¿Es una broma? —Frunció entonces el ceño.

Fueron nuevamente interrumpidos por la camarera, que trajo ambos pedidos, se retiró lo más rápido posible al sentir la tensión abrumadora que había en el ambiente. Carson acercó el té a su señor después de añadirle tres bolsitas de azúcar y removerlo. Este tomó la taza y, después de apreciar su aroma, tomó un largo sorbo. Volvió a dejarla sobre el platillo en el que venía.

—No veo necesario tener que repetirme —respondió brevemente Regine cuando la camarera se alejó.

A Carson no le hizo falta una orden esta vez, al sentir la vibración de su teléfono en el bolsillo de su pantalón lo sacó, girándolo en dirección a Merrill. No mostró ninguna emoción mientras dejaba que el hombre viera las fotografías de sus sicarios sin vida en el suelo, sin embargo, hizo su mejor esfuerzo por intentar que esas imágenes no quedaran grabadas en su cerebro. Por más acostumbrado que estaba a ese tipo de escenas, no podía deshacerse del sentimiento de inquietud cada vez que las presenciaba.

Fue entonces cuando Regine levantó la mirada de su té, dirigiéndola directamente a Merrill, mostrando el peligro en sus ojos. Si odiaba algo más que las faltas de respeto, eran las traiciones. Tomando otro sorbo del té le dejó procesar las imágenes.

Merrill se dio cuenta de que su plan se había desmoronado. Había sido necio por su parte el haber intentado amenazar al empresario solo para conseguir un poco más de dinero. Su intención había sido asustarlo, no lo iba a matar, solamente quería un porcentaje más alto de esas ganancias. Ahora estaba hundido en el barro, con los hombres que había contratado muertos y no tenía idea alguna de como salir de esa situación. Tragó saliva.

—No aprecio las investigaciones sobre mí. —Comenzó Regine con voz suave, tranquila, volviendo a apoyar la taza sobre el platito en la mesa—. Tampoco las emboscadas o traiciones.

A pesar de la gentileza en su voz, Merrill comenzó a temblar dándose cuenta de que estaba completamente solo en eso. Como si estuviera frente a una bestia que abría lentamente sus fauces

para devorarlo con brutalidad.

—Era un buen trato para ambos, señor Merrill —continuó hablando mientras se inclinaba hacia atrás en su asiento. Observaba al hombre enfrente suyo sin entender cómo había obtenido la osadía para intentar enfrentarse a él. Tal vez había sido insensatez, últimamente parecía que todos querían tomarle el pelo. Dejó que Carson le acercase los documentos que acreditaban su dominio sobre el territorio—. Firme aquí.

No apartaba la mirada de él, haciendo que Merrill sintiera por unos instantes como si fueran los únicos dos en el lugar.

El hombre tenía miedo, no exclusivamente por estar delante de él, sino porque sabía que aunque se pusiera a gritar delante de toda la multitud, nadie podría hacer nada por ayudarle. No lo había amenazado directamente, pero esas fotografías habían enviado el mensaje correcto. Tardando en tomar el bolígrafo, un destello cegó uno de sus ojos por un momento y se giró buscando la procedencia de este. Fuera, en la ventana de uno de los edificios más lejanos, volvió a ver a ese destello. Se giró para mirar a Regine, pero este no hizo nada.

Sin tener otra opción, tragó saliva tomando el bolígrafo mientras intentaba calmar su pulso, pero no dejaba de sentir un filo imaginario sobre su cuello, presionando a medida que pasaban los segundos. Apretando su mandíbula y sintiendo su orgullo herido y su vida en peligro, firmó. Dejó el bolígrafo sobre los papeles sin oportunidad de leerlos y volvió a mirar a Regine, luego le dedicó una mirada de odio a su acompañante.

Carson estaba acostumbrado a ese tipo de miradas. En el fondo se le hacían divertidas. Aunque prefería recibirlas a dejar que mirasen de ese modo a su señor, no podía evitar pensar en que se las dedicaban a él por miedo a Regine, sin saber que él era el que manejaba los hilos tras el escenario.

—Ha sido un placer hacer negocios con usted, Merrill —dijo Regine mientras alzaba su taza, haciéndole un gesto a Merrill para que probase su café.

Merrill apretó la mandíbula mientras tomaba su taza y tomaba la mitad de un solo trago, sintiendo el líquido amargo corroer su estómago.

—Karpovich, esto no va a acabar aquí —se atrevió a murmurar entre dientes.

—Lo sé —respondió en un susurro que el contrario no pudo escuchar.

Regine se puso en pie y volvió a colocarse los guantes negros de piel mientras se alejaba junto a Carson, dejando a Merrill temblando de rabia en su sitio. Había sido un día productivo y apenas acababa de comenzar.

El trato había sido cerrado.

Fue mientras caminaba con pasos seguros hacia la salida que, Merrill, a su espalda, súbitamente comenzó a toser con violencia.

Merrill tapó su boca con una servilleta solo para ver que se manchaba de sangre. Trató de tomar aire profundamente para calmarse, pero eso solamente logró empeorar el dolor en su pecho. En un intento desesperado de deshacerse del corrosivo ardor, que iba en aumento, tomó su taza de café derramando gran parte del líquido sobre su ropa al llevarla sin cuidado hacia sus labios. Tragó lo poco que quedaba, pero de nada sirvió, lo escupió todo de nuevo junto con más sangre. Se estaba ahogando, estaba muriendo.

Estaba muriendo.

Entonces se dio cuenta, tan claro como el agua. No estaba muriendo, lo estaba matando el hombre que ahora estaba frente la puerta de salida después de haber obtenido lo que quería. Le observó horrorizado, todas las cosas que había oído sobre él pasaban velozmente por su mente. Hubiera comenzado a temblar en ese momento si no hubiera empezado a hacerlo minutos atrás, cuando firmó ese dichoso papel.

Pensó en la cantidad de personas que le recomendaron no acercarse a Regine, que era arriesgado tratar con él. Sin embargo, no prestó atención creyendo que los rumores serían solo exageraciones. Pero en ese preciso instante se arrepintió con todas sus fuerzas el haber cruzado caminos con él. Se preguntó como el hombre se había adelantado a su plan, cómo era que parecía saber todo y cómo podía mantenerse tan frío ante esa situación. No sabía si el traje que llevaba sería de Prada, pero sin duda alguna estaba frente al Diablo.

—Regi… —intentó hablar antes de derrumbarse en el suelo, llamando la atención de todos los presentes cuando oyeron caer la silla y luego vieron el desastre sangriento alrededor de esta.

Merrill estiró con desesperación el brazo hacia su dirección antes de ser bloqueado por varias camareras intentando ayudarle. Se sujetó el pecho con fuerza, se arañaba y golpeaba tratando de deshacerse del dolor, pero nada funcionaba. Varios clientes no tardaron en rodearlo sin saber qué hacer, exclamando palabras sin sentido en un intento de salvar su vida hasta que este ya no respondió.

Regine no miró hacia atrás al salir.

Capítulo 2

26 años antes (Edad: 12 años)

Era un día especialmente gélido, de esos donde el aire que entra por las fosas nasales congela todo a su paso y dificulta respirar. A Carson no le gustaban nada ese tipo de días, él prefería la primavera, cuando las flores aparecían y adornaban los jardines de la mansión con una explosión de colores.

Frotó sus manos entre sí y las acercó a su boca para calentarlas con su aliento, provocando una nube de vaho a su alrededor. Estaba temblando, pero no sabía si era por el frío o debido a los nervios.

El resfriado del padre de Regine había tomado a todos por sorpresa, sobre todo a su propio padre, que tuvo que organizar de nuevo todas sus tareas para poder cuidar del señor y procurar su rápida recuperación. Por ello, no había podido ir a buscar a Regine a la salida del instituto y había mandado en su lugar a su hijo, argumentando que ya era hora de que aprendiese a hacer ese tipo de tareas.

No contradijo a su padre, pero estar rodeado de tantos adolescentes de su misma edad y mayores que él le ponía ansioso, ya que era muy diferente a ellos. Obviamente, no era la primera vez que iba ahí, pero sí era la primera vez que iba solo, sin contar al chófer, claro.

Notó un par de miradas pretenciosas sobre él, provenientes de los hijos de familias poderosas que estudiaban en ese centro privado. A pesar de no ser el único sirviente ahí, se sentía completamente fuera de lugar, tal vez el que todos tuvieran un tono claro de piel, solo lo empeoraba. Casi era como un extraterrestre acercándose a un planeta que él consideraba fuera de su alcance.

Bajó la mirada sin fuerzas suficientes para defenderse ante ese tipo de pensamientos. Ese fue su error, lo que le convirtió en un objetivo atractivo para un grupito formado por tres chicos, dos años más mayores que él, que ahora se acercaba. Sus intenciones no eran precisamente benévolas, se veía a distancia.

—Eh, creo que las clases para los esclavos no son en este edificio —comentó con descaro el más alto mientras miraba a sus amigos, asegurándose de que estos reían con él. En su mano sostenía una lata de refresco.

Carson se estremeció, intentando mantener la compostura, pero no se movió de su sitio. No tenía por qué responder, menos aún a alguien tan maleducado y prepotente, pero su propia educación lo obligó a decir:

—Disculpe, vengo a recog…

—¿No está un poco sucio por aquí? —lo interrumpió de nuevo el mismo chico, seguramente el cabecilla de esos tres. Era tan cliché que Carson se sentía en una película americana.

El joven sirviente pensó en ir a buscar al chófer, pero no quería decepcionar a su padre, tenía que aprender a lidiar con ese tipo de situaciones. Así que en su lugar, echó una mirada desesperada entre los chicos que salían de ahí, todos parecían evitar su mirada, pero él no estaba buscando ayuda, solo quería que Regine saliera pronto para poder irse.

Alguien chasqueó los dedos frente a su cara llamando su atención. Era uno de los amigos de ese chico. Carson casi tuvo que aguantar la respiración cuando este abrió la boca para hablar, se había acercado tanto que su aliento chocaba directamente en su cara.

—Debes prestar atención cuando alguien mayor te habla, ¿no tienes educación? —preguntó frunciendo el ceño.

Carson iba a disculparse cuando nuevamente lo interrumpieron.

—Está bien, todavía es pequeño —dijo el más alto apoyando una mano sobre el hombro de su amigo, luego dejó caer la lata de refresco al suelo, formando un pequeño charco con lo que quedaba de líquido—. Vaya, se me ha resbalado —sonrió y entonces los tres miraron fijamente a Carson—. ¿No es tu deber limpiarlo?

El de piel más oscura apretó la mandíbula, él había ido a cumplir con su tarea, no a que un par de incultos lo molestaran. Él servía a una familia, no a cualquier extraño con dinero. Aun así pensó que no era el fin del mundo, era solo una lata en el suelo. Iba a agacharse cuando alguien que apareció a su lado lo hizo primero. Sus ojos se abrieron de par en par al reconocer la silueta del individuo agachado. Cuando este volvió a incorporarse con la lata en la mano, miró fugazmente a Carson antes de levantar la cabeza hacia los tres adolescentes.

—¿Esto es tuyo? —habló Regine con los ojos fijos en el supuesto líder, Francis, lo había

reconocido por sus llamativas pecas. Además, este solía molestar a cualquiera que se cruzase con él. No sabía el nombre de sus amigos, pero siempre iban a su lado.

El chico soltó una corta risa, claramente poco intimidado por la mirada de alguien veinte centímetros más bajo que él.

—Puede ser —respondió con tono desafiante—. Mira, solo bromeábamos un poco. No hace falta que te pongas así, ya nos vamos —dijo levantando las manos en señal de rendición cuando vio que Regine no cambiaba su expresión amenazante.

Sus amigos y él se alejaron mientras reían entre ellos, yendo a la parte de atrás del edificio. Regine sintió su sangre arder mientras estos se iban, tenía suficiente con observar el trato que recibía Carson en su mansión como para también tener que soportarlo fuera de ella.

Comenzó a fruncir el ceño mientras observaba la lata de refresco en su mano, con la mandíbula tan apretada que sus dientes rechinaban. Entonces, escuchó al moreno disculparse a su lado.

—Lo siento, señorito. —Se lo oía arrepentido, como si la situación hubiera sido su culpa—. Deme, yo tiraré eso —extendió la mano hacia él.

Regine lo miró y luego miró hacia la dirección donde se habían ido esos tipos. Sin pensarlo más, tomó la mano de Carson con fuerza y lo arrastró con él, caminando con pasos grandes hacia ahí.

—¡Eh! —exclamó al ver a los tres chicos que ahora encendían un par de cigarrillos—. Te la devuelvo. —Soltando la mano de Carson, dejó caer su cartera a un lado y se acercó a ellos bajo sus miradas confusas. Ninguno tuvo tiempo para reaccionar antes de que golpease con la lata en la cara al más alto de ellos, Francis. Lo hizo con tanta fuerza que esta se dobló con el impacto.

El atacado retrocedió unos pasos con una mano en la cara, su nariz estaba completamente roja y comenzaba a gotear sangre. Miró directamente a Regine con los ojos llenos de una sorpresa que rápidamente se transformó en furia.

—Estás muerto —gruñó antes de abalanzarse hacia él y tirarlo al suelo.

Regine cayó con él sobre un montón de hojas secas y se cubrió la cara con los antebrazos, eso no impidió que un par de golpes impactaran contra su torso. Se estaba preparando para el siguiente golpe cuando una silueta se acercó corriendo y chocó con el que lo retenía. Carson tiró al chico al suelo para alejarlo de Regine. Él y Regine se miraron durante unos segundos y, por un breve momento, el de ojos azules sonrió.

Carson forcejeó contra el agarre de los dos amigos cuando lo tomaron de los brazos para apartarlo de Francis, todo su cuerpo temblaba por la adrenalina y los nervios. Nunca había estado en una pelea, tampoco se consideraba alguien agresivo, pero no podía dejar que ese bravucón pusiera las manos sobre Regine. Estaba dispuesto a recibir los golpes por él.

La lata con la que Francis había sido golpeado, voló por los aires y golpeó en un ojo a uno de los dos amigos, que soltó a Carson para frotarse con la mano.

—¡Maldita sea! —exclamó mientras corría hacia el que había lanzado la lata.

Regine gateó por el suelo para poner distancia entre ambos, pero no se alejó lo suficiente y acabó recibiendo una patada que le robó el aliento.

—¡Regine! —lo llamó un preocupado Carson antes de ser callado por un puñetazo en su mejilla, cortesía del último amigo que todavía lo sostenía.

Regine sintió su cuerpo más que arder y actuó por puro instinto, abrazando la pierna del contrario y dando un fuerte mordisco en esta hasta que sintió sangre. Cuando el chico se alejó entre gritos de dolor, él se levantó y cargó contra el que había golpeado a Carson, cayendo sobre en él en el suelo.

—¡No lo toques! —gruñó Regine mientras descargaba puñetazos contra la cara del chico en un intento de vengar a su amigo.

—¡Regine, vámonos! —pedía Carson, rodeando la cintura de Regine desde atrás para separarlo, viendo como los otros dos chicos empezaban a levantarse de nuevo.

A pesar de tener a Carson rodeando su cintura e intentando alejarlo del adolescente, el de ojos azules no se detuvo hasta que escuchó una voz adulta.

—¡¿Qué está pasando ahí?! —gritó una mujer mientras se acercaba a paso rápido, era una de sus profesoras.

—¡Vamos! —Regine se separó inmediatamente tomando su cartera, la mano de Carson, y echó a correr con él, alejándose del lugar en dirección al bosque que rodeaba el centro. Cielos, iban a estar tan jodidos cuando su padre se enterase de eso.

Estuvieron corriendo sobre el crujido de las hojas por minutos hasta que únicamente se veían árboles alrededor, solo entonces se detuvieron.

Regine miró al moreno mientras jadeaba, intentando recuperar el aliento. El contrario hizo lo mismo, mientras sostenía su mirada en silencio.

El más mayor levantó la otra mano para acariciar su mejilla, por encima del hematoma que comenzaba a formarse. Ante su toque, Carson se estremeció con una punzada de dolor que se instalaba en su cara. Aun así, no se apartó.

—Señorito, ¿se encuentra bien? —decidió hablar, recordando los golpes que había recibido en su costado—. No debería haber hecho eso —se acercó preocupado y tomó las manos de Regine, viendo como sus nudillos cada vez estaban de un rojo más oscuro.

—Te escuché llamarme por mi nombre antes —Regine ignoró su pregunta—. ¿Debo meterme en problemas para que dejes de comportarte como…? —No finalizó la frase, claramente irritado.

Carson se quedó en silencio, consciente de como Regine odiaba que no le tutease, pero debía obedecer a su padre y mantener su posición como sirviente. Desvió la mirada hacia sus pies, escondiendo su decepción cuando el señorito apartó la mano de su mejilla.

—Carson, mírame —ordenó, cuando este lo hizo siguió hablando—. No me importa si quieres jugar a los sirvientes en la mansión. Eres una persona, y como tal mereces respeto. —Su mandíbula se tensó—. Vales mucho como para ser tratado de ese modo. No dejes que nadie pase por encima de ti. Nunca. —A pesar de querer decirle que haría todo lo posible por protegerlo, guardó silencio, sabiendo que Carson era más que capaz por sí solo.

Regine lo miró fijamente a los ojos con seriedad para saber si había captado bien el mensaje.

El contrario todavía estaba asimilando sus palabras, preguntándose por qué Regine le hacía tan difícil mantener la distancia, por qué cada vez que estaba con él todo dentro suyo le gritaba que escapasen juntos, dejando todo atrás. Sabía que era improbable poder mantener una promesa así en el mundo en el que vivían, sin embargo, no pudo hacer otra cosa que asentir.

Regine le regaló una pequeña y corta sonrisa antes de bajar la mirada hacia sus manos.

—Están heladas —murmuró y soltó un suspiro acercándolo más a él para meter una de las manos de Carson en el bolsillo de su abrigo junto a la suya—. Volvamos antes de que tú también te resfríes.

Carson asintió de nuevo tragando saliva, sintiendo como su mano repentinamente era envuelta en la misma sensación cálida que se formaba en su estómago. Todavía estaba preocupado por Regine, seguramente estuviera aguantando el dolor solo para no mostrarse débil delante de él, no era la primera vez que lo hacía.

—¿En cuántos problemas crees que nos hemos metido? —preguntó Regine mientras caminaban de vuelta.

—Del uno al diez… diría que un once —Carson forzó una pequeña sonrisa.

—Mm… ¿Sabes? No me arrepiento en lo absoluto —contestó Regine, apoyando la cabeza en el hombro de Carson.

Esta vez el moreno no respondió, sintiendo como se atragantaba y su pulso resonaba en sus oídos. Su mente estaba enfocada en los dedos entrelazados dentro del bolsillo de Regine y en su cercanía. Si el frío traía esas consecuencias, reconsideraría su amor por las flores y tal vez el invierno sería su nueva estación favorita.

Actualidad

En el camino de ida a Easthope, Regine se mantuvo mirando por la ventana mientras escuchaba a Carson informarle sobre los últimos incidentes que habían ocurrido en el lugar. Traficantes no autorizados, asesinatos, peleas, arrestos… Ni siquiera era de las zonas más peligrosas que estaban bajo su mandato, pero su reciente adquisición hacía que algunos de los cambios radicales que había implementado causaran caos entre los habitantes.

Vio varios coches de policía y al menos una ambulancia ir en dirección contraria, dirigiéndose hacia el restaurante que ellos habían abandonado minutos antes. Era consciente de que, como sospechoso, la policía estaría llamando a la puerta de su mansión a la mañana siguiente, pero de momento tendría la tarde y la noche libres.

El intento de emboscada de Merrill no había dañado su orgullo, sabía bien que muchas personas con las que trataba actuaban con su ego por delante, intentando atacarlo o traicionarlo sin ser conscientes de las consecuencias que eso provocaba. Aun así le preocupaba la cantidad de intentos que había habido últimamente, estaba seguro de que no era una coincidencia.

No le gustaba ser tan evidente. Deshacerse de alguien en un sitio público, por más que dificultase la investigación policial, era arriesgado. Sin embargo, había querido enviar un claro mensaje para cualquiera que estuviera pensando en acercarse por su espalda con un puñal: daba igual el lugar, el momento o la persona, no dudaría en apartarlos del camino.

No había sido su idea la del veneno, de hecho, sus instrucciones habían sido matarlo después de firmar el contrato. El verdadero culpable, era mucho más cercano a Merrill, uno de sus propios empleados, cansado de sus abusos de poder, había decidido traicionarlo. No sabía como Carson había conseguido eso, pero era bastante irónico.

El momento en el que sucedió fue perfecto, tal vez bastante dramático para él, pero el trabajo estaba hecho. No había nada que lo ligase al crimen, más que alguna prueba circunstancial. Él había estado en su mansión hasta reunirse con él y el veneno había sido consumido horas antes, según Carson. Aun así, por precaución, lo mejor sería mantener el perfil bajo durante un tiempo, había un límite en la cantidad de sucesos en los que la policía podía hacer la vista gorda, se metería en problemas si era demasiado evidente.

—Señor, ya hemos llegado —informó Carson mientras el conductor detenía el coche a un lado de la calle principal. Este le abrió la puerta a Regine después de bajarse.

Regine se puso el abrigo cuando bajó del vehículo y miró alrededor, una oleada de frío lo recibió y sintió su piel erizarse, entonces algo cálido y suave le rodeó el cuello. Giró un poco la cabeza, lo suficiente para ver a Carson ponerle una bufanda. Dejó que lo hiciera mientras se preguntaba por qué no había traído una para él mismo. Podía sentir sus manos helándose mientras le acomodaba la prenda. Easthope era mucho más frío que el centro de la ciudad, seguramente debido a la humedad del ambiente, que llenaba la piel de gotitas minúsculas de agua y luego las congelaba.

Negando con la cabeza por lo poco que se cuidaba su mayordomo, se quitó los guantes y se los dio antes de comenzar a caminar entre los edificios dirigiéndose al lugar que debían revisar. Este negó rápidamente con la cabeza, pero no los rechazó, los tomó y se los puso.

—Gracias, señor, no hacía falta. —agradeció aumentando su paso para caminar a su lado, siguiéndolo por las calles.

Mientras caminaba, el moreno no pudo reprimir una pequeña sonrisa disfrutando no solo del calor que le daban los guantes, sino de que ese calor perteneciera a Regine. Se sintió feliz por el contacto con él, aunque fuera indirecto, aceleraba su pulso y le hacía sentir cálido por dentro.

—¿Fue aquí donde vieron por última vez a ese traficante?

La pregunta sacó a Carson de su ensoñación y tuvo que mirar a su alrededor antes de poder responder.

Estaban en un callejón vacío a primera vista, a excepción de un hombre tirado en el suelo al lado de unos contenedores, presumiblemente tan drogado que no se dio ni cuenta de la presencia de los dos hombres.

Carson se sintió incómodo ante tanta suciedad, había tanta basura por todas partes que incluso el aire parecía contaminado.

—Sí, fue aquí —habló bajando un poco la voz, sin querer romper demasiado el silencio que reinaba—. Lo vieron por la tarde, así que no es probable que esté a esta hora —añadió después de observar el lugar y asegurarse de que el único ser vivo ahí era el individuo en el suelo.

Regine se mantuvo en silencio mientras se adentraba en el callejón. Se detuvo frente al desconocido y le dio la vuelta con el pie para tumbarlo boca arriba. Bajo una frondosa barba manchada de algo que no quería ni pensar, se encontraban sus labios, casi azules, pero estaba más ocupado en lo que sea que estuviera sintiendo que en su inminente hipotermia. Las múltiples marcas de inyecciones que tenía en el brazo tenían muy mala pinta, no viviría mucho tiempo más en ese estado, ni en ese clima. Notó como a su lado Carson se estremecía. Después de observarlo y asegurarse de que no era el hombre que buscaban, siguió caminando. Vio como su mayordomo parecía enviar un mensaje por teléfono, pero no dijo nada al respecto.

Se detuvo al escuchar unos gritos de pelea provenientes de uno de los apartamentos del lugar, segundos después una de las puertas se abrió y un individuo de pelo rosa salió cubriéndose la cabeza con los brazos. Varios objetos aleatorios salieron volando tras él, rompiéndose al golpear contra la pared contraria del callejón.

—¡No vuelvas! —gritó una voz femenina antes de cerrar la puerta de metal de golpe. El hombre fue directamente a golpearla e intentó abrirla, pero ya había echado el pestillo.

—¡Por favor, abre la maldita puerta! —suplicó alzando la voz y golpeando con más fuerza el metal.

Regine le lanzó una mirada a Carson, que, asintiendo con la cabeza, se acercó para apartar al hombre de la puerta. Tomó sus hombros y lo jaló, separándolo de la entrada.

—¡Eh, cálmese! —exclamó con la voz más calmada que pudo poner mientras pasaba a sostener sus muñecas—. ¿Qué sucede? —Lo miró con atención—. Está bien, respire hondo.

El hombre se soltó de su agarre después de ver durante unos segundos los ojos gentiles de Carson y darse cuenta de que intentaba ayudar. Miró a Regine y se pasó las manos por la cabeza,

comenzando a caminar en círculos. Alzó una mano señalando con ella hacia la vivienda de la que acababa de salir.

—¡Íbamos bien! —comenzó gritando, luego respiró profundo para calmarse al ver que lo escuchaban en silencio. Apretó sus ojos con los dedos para deshacerse de las lágrimas que se acumulaban ahí—. La rehabilitación iba bien… Solo, yo… —Parecía no poder encontrar las palabras correctas para expresarse, su estado alterado tampoco ayudaba mucho.

Regine alzó levemente una ceja mientras ladeaba la cabeza, comenzaba a pensar que era un día extraño, todo parecía suceder en el momento exacto.

—Le vendieron drogas aquí. —No era una pregunta, se hacía una idea sobre lo que había pasado. El de pelo rosa lo miró y asintió, apoyándose en la pared con las manos en sus muslos como si hubiera hecho una exhaustiva carrera.

—Fue hace dos noches… Le dije que se deshiciera de ellas y… —Volvió a levantar la mano en dirección a su apartamento, negando con la cabeza y manteniendo su mirada en el suelo.

Regine no era ningún santo, hacía lo que tenía que hacer sin remordimiento para conseguir el mayor beneficio posible. Sin embargo, el descontrol en la venta de drogas creaba este tipo de situaciones, no quería un lugar lleno de adictos tirados por el suelo sin ser capaces siquiera de abrir los ojos. Por ello necesitaba resolver ese problema cuanto antes.

—¿Lo has visto por aquí? —dio un paso hacia delante acercándose al desconocido.

—Normalmente, estoy fuera por trabajo. —Alzó la mirada llena de odio—. Pero en cuanto lo vea mataré a ese hijo de puta.

—No hará falta. Si lo ves, llámanos, también lo estamos buscando —sostuvo su mirada hasta que el individuo la apartó, sintiéndose intimidado. Carson se acercó a él y le ofreció una tarjeta con el número de teléfono de negocios de Regine—. Me aseguraré de que reciba lo que se merece.

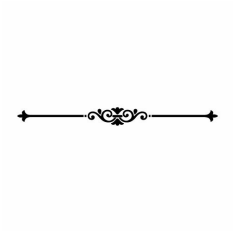
El hombre pareció confiar en su palabra, ya que asintió con la cabeza tomando la tarjeta y la guardó en su bolsillo. Dando por finalizada la conversación, se acercó de nuevo a la puerta y habló intentando convencer a quien fuera que se encontraba dentro para que le abriera.

Regine continuó caminando entre algunas calles, fijándose en el deplorable estado de los edificios y en las miradas desconfiadas que se asomaban por algunas ventanas. Todo parecía tener un deprimente color gris que se mantenía mirase a donde mirase.

—Mándale mañana un mensaje a Mario, que se haga cargo él de encontrar al traficante —habló finalmente sin siquiera mirar a Carson, quien apuntó lo dicho en una pequeña agenda que sacó del bolsillo interior del abrigo.

No tenía sentido dar más vueltas por ahí si no lo iban a encontrar, además el clima le estaba congelando hasta los pulmones y no quería pasar el día siguiente reposando en la cama.

Caminando sobre sus propios pasos para volver a la calle principal y subir de nuevo al vehículo, pasaron por el callejón del principio. Regine sonrió internamente al ver que el vagabundo que habían encontrado anteriormente ya no estaba en el suelo, de hecho, ya ni siquiera estaba ahí, alguien lo había movido. Se giró para ver a Carson y este sostuvo su mirada, sus ojos lo delataban. Dejando pasar el suceso sin más gloria, siguió caminando hasta subirse al coche, donde, después de abrocharse el cinturón, cerró los ojos y los mantuvo así durante el viaje.



Pasaron cuarenta minutos hasta que llegaron a la mansión.

Después de bajar del vehículo cuando este se detuvo, Regine cruzó la amplia entrada del jardín caminando por un camino de piedra que llevaba hasta la puerta de entrada. La mansión era enorme, cortesía de la gran familia que habían formado sus antepasados, ahora sobraba demasiado espacio, pero era una herencia familiar que no quería reformar a no ser que fuera estrictamente necesario.

Por otra parte, el jardín tampoco se quedaba atrás: un gran terreno donde se plantaban muchos de los alimentos que consumían, lleno de vegetación cuidada meticulosamente, y con un pequeño edificio en donde se encontraba un gimnasio y una piscina cubierta. A pesar de la cantidad de espacio que no se utilizaba, le gustaba el lugar, era elegante y lleno de riquezas invaluables.

Soltó un suspiro al cruzar por la puerta principal y sentir que al menos no estaba tan frío como afuera. A mitades de enero ese clima era normal, pero esperaba que no bajase mucho más la temperatura.

Se quitó el abrigo y la bufanda entregándoselos a una joven sirviente que se acercó.

—Gracias. —Oyó decir a Carson a su lado mientras este le entregaba con suavidad el abrigo a la chica delante de él.

Se giró ligeramente hacia ellos y pensamiento fugaz pasó por la mente de Regine, preguntándose si su mayordomo tendría una relación mucho más cercana con ella. Conocía a Farah desde que nació, acababa de cumplir veintitres años y era demasiado joven para Carson, pero no podía ignorar la forma en que esta lo miraba. Sus ojitos marrones brillaban solo con verle mientras le brindaba una sonrisa esperanzadora y tomaba su abrigo.

Sin embargo, la respuesta a esa pregunta se presentó sin pedirlo, viendo como el contrario parecía no darse cuenta de cómo la joven lo miraba. Le brindó una de sus cálidas sonrisas y la chica acomodó una de sus muchas trenzas detrás de su oreja antes de irse. Carson levantó la mirada descubriendo a Regine mirándolo antes de que este se diera la vuelta y caminase hasta el aseo para lavarse las manos.

El mayordomo se separó de él momentáneamente yendo hasta el comedor para asegurarse de que la comida estaba a punto. Se acercó a la mesa y centró el plato del entrante sobre el plato principal, no era un error muy grave, pero prefería corregirlo antes de que Regine lo viera. Aprovechó esos momentos para escanear el resto de la larga mesa, estaba vacía, pero todo parecía correcto.

Se giró cuando escuchó los pasos de su señor acercarse, se apresuró en mover la silla para que este pudiera sentarse y aprovechó para citar el menú, un pequeño surtido de platillos asiáticos.

Regine se preguntó si la cena sería igual de exótica, no tenía problema en probar cosas nuevas. Casi sentía como si hubiera viajado a otro país, primero los granos de café indonesios y ahora esto. Manteniéndose en silencio, comió cada uno de los platos hasta que llegó el postre.

—¿Es de su agrado? —preguntó Carson al ver como Regine relamía sus labios. Este lo miró y asintió.

—Siéntate. Prueba un poco. —alzó un poco la cabeza para indicarle con la barbilla el asiento a su lado.

Carson obedeció sentándose a un lado y agradeció con una sonrisa educada cuando le ofreció uno de sus mochis. Siendo lo más educado posible lo probó. Era dulce, entendía entonces por qué parecía gustarle tanto a su señor.

—Gracias, está delicioso —inclinó levemente la cabeza terminando de comerlo.

Regine volvió a asentir en silencio, esbozando una muy breve sonrisa cuando el contrario no lo miraba y se terminó los que quedaban. Sintió la tentación de pedir unos más, pero decidió controlarse.

Reprimió un escalofrío mientras se levantaba de su asiento volviendo a sentir una corriente de aire frío. Eso no pasó desapercibido bajo los ojos atentos de Carson, que sugirió:

—¿Quiere que encienda la calefacción, señor? —Se levantó también colocando en orden los platos sucios para que los otros sirvientes no tuvieran tanto problema al recogerlos.

—No hace falta, solo enciende la chimenea —respondió Regine antes de volver al aseo, donde lavó sus manos y dientes a consciencia.

Se miró al espejo, fijándose en su figura inmaculada. Sus propios ojos le miraban con seriedad, escaneando cualquier imperfecto que pudiera tener. Detestaba ver su reflejo, era una copia de la persona que más odiaba. Se aseguró de que todo estuviera correctamente en su sitio antes de tomar la toalla.

Al terminar de secar sus manos y labios se dirigió a la puerta, pero se detuvo de golpe sosteniendo el pomo, sintiendo la presencia de alguien bien conocido al otro lado de esta. La abrió y posó sus ojos sobre Carson mientras salía. Pensaba en cómo el ambiente cambiaba cada vez que estaba cerca y la extraña sensación de plenitud cada vez que se acercaba a él, como si fuera una extremidad más que no podía perder.

Vio a Carson desviar la mirada hacia varios puntos de la habitación antes de regresarla a él, como si tratase de buscar la razón por la que lo miraba, preocupado de haber hecho algo mal.

—¿Sucede algo, señor? —habló casi en un susurro, apretando la mandíbula, manteniendo su compostura e intentando no mostrar lo mucho que le inquietaba su atención.

Regine negó con la cabeza mientras asociaba lo que sentía con nada más que la confianza que tenía en su mayordomo.

—¿Ya han encendido la chimenea? —cambió de tema. Ante la afirmación de Carson, comenzó a caminar hacia la sala de estar— Lleva los ingresos de diciembre al salón —ordenó.

Carson asintió y, adelantándose, giró por otro pasillo, abandonando su lado momentáneamente. Pudo respirar nuevamente al caminar, reprimiendo a su corazón por latir tan malditamente rápido. Fue directamente a la biblioteca con pasos amplios. Nada más entrar no pudo evitar sentir como si hubiera cruzado hacia otro mundo, u otra época. La vista de las altas estanterías llenas de libros llegar hasta un techo mucho más alto le fascinaba cada vez que entraba ahí. Seguramente jamás sería capaz de leer la cantidad de obras que ahí se encontraban,

pero eso no le impedía intentarlo.

Dejando su encanto atrás, entró en una habitación contigua al final del lugar, donde guardaban todos los documentos importantes bajo llave. Después de tomar lo que se le pidió, se dirigió hacia la sala de estar, chocando con una pequeña criatura que acababa de salir de un pasillo corriendo. Inmediatamente, se agachó para ayudar al niño que estaba en el suelo a levantarse.

—¿Pequeño, estás bien? —sonrió mientras le colocaba correctamente la ropa y se aseguraba de que este no se hubiera hecho daño.

Un sirviente joven se acercó jadeando y soltó un sonoro suspiro al ver al niño. Jackson era un buen hermano, siempre estaba al lado o, mejor dicho, detrás de su hermanito pequeño desde que nació, cuidándolo y enseñándole. Era una tarea bastante difícil para un joven de diecisiete años, pero su padre estaba demasiado ocupado haciendo otras tareas de la mansión y su madre había fallecido en el parto. Hacía lo que podía mientras se esforzaba en educarse a sí mismo. Era un chico inteligente, era una pena que no tuviera los recursos suficientes para explotarlo, pensaba Carson.

—Ahí estás, pequeño bastardo. —Lo levantó y lo hundió entre sus brazos. Miró a Carson antes de dejar caer la cabeza hacia atrás con desesperación—. Gracias a Dios que eres tú, casi me da un infarto solo de pensar en que chocaría con Él.

Carson negó con la cabeza soltando una suave risa.

—Veo que ya corre más que bien —decidió cambiar sutilmente el tema mientras tomaba con suavidad la mejilla del pequeño acariciándola con un suave pellizco.

—A veces desearía que volviera a gatear, dejo de mirarlo por un momento y de repente ya no está —suspiró negando con la cabeza—. No sé si prefiero hacer las tareas diarias o cuidarlo a él.

Carson volvió a reír, esta vez un poco más fuerte.

—Estoy seguro de que cuidarlo es igual de cansado que lo que hacemos cada día —dijo intentando animarle y le dio una palmadita amistosa sobre su brazo—. Debo irme ya, tengo que llevar estos documentos a la sala. —Le hubiera gustado hablar más con él, pero no quería hacer esperar a Regine

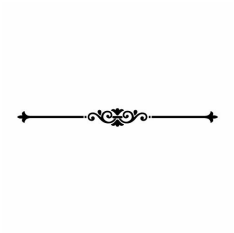
Jackson esbozó una pequeña sonrisa asintiendo.

—No entiendo cómo tienes siempre tanta energía yendo de un lado a otro —suspiró pensando en que debía tener superpoderes—. Eres el que se levanta más temprano y aun así eres el último

en irse a dormir.

Carson comenzó a caminar hacia el salón, no sin antes darse la vuelta y responder:

—¿Qué puedo decir? —se encogió de hombros—. Es el trabajo de un mayordomo —le guiñó un ojo antes de irse.



Regine y Carson estuvieron frente a la chimenea pasando los documentos a un portátil que les trajo otro sirviente durante un par de horas hasta que terminaron. Regine citaba las cifras de cada apartado mientras Carson escribía, de vez en cuando interrumpiéndole para señalar alguna incoherencia o dato a revisar. Era tedioso estar tanto tiempo con números en la mente, pero, secretamente, los dos disfrutaron de la compañía del contrario.

Al terminar, Carson recogió y llevó de vuelta a la biblioteca los archivos y estuvieron un poco más sentados uno al lado del otro disfrutando de un par de libros. El mayordomo leía sobre poesía, en cambio, su señor leía un libro sobre psicología. Concentrados en su lectura, no fue hasta que sonó el reloj indicando las diez de la noche que Regine comenzó a sentir que algo iba mal. Mario debía haber aterrizado al menos dos horas antes, pero este ni siquiera le había llamado. Comprobó su teléfono nuevamente para asegurarse.

Interrumpiendo la lectura de su mayordomo le preguntó:

—¿Sabes si Mario ya ha llegado? —Cerró el libro y se levantó guardándolo en la gran estantería pegada a la pared.

Carson, al escucharle, inmediatamente cerró su libro y lo guardó junto al de Regine sacando el teléfono y mandando un par de mensajes a los guardias que acompañaban al hijo de su señor. Tragó saliva al leer la respuesta y tomó un poco de aire antes de hablar.

—Se fue con… un hombre —informó tratando de suavizar sus palabras, sabía que la

hipersexualidad de Mario era un tema delicado para Regine—. Lo están buscando —se apresuró a decir.

Su señor solo lo miró en silencio por unos segundos antes de asentir, nada en su cara había cambiado, pero la temperatura del salón pareció descender al menos unos grados.

—Que lo traigan inmediatamente cuando lo encuentren —dijo apretando la mandíbula—. Y que se encarguen de ese hombre —añadió mientras caminaba hacia una habitación en el primer piso que reservaba para calmarse en momentos estresantes. Le gustaba usarla como sitio de meditación, un lugar en silencio para poder vaciar su mente.

Carson le dio su espacio cuando se encerró ahí, sabía que lo mejor en ese momento era dejar que se calmase solo. Él, de momento, únicamente le podía ayudar asegurándose de que sus órdenes eran cumplidas.

Envió varios mensajes a los guardias que se suponía que debían traer a Mario y, con la ayuda de un contacto informático, lograron descubrir dónde estaba siguiendo el rastro de las cámaras de seguridad públicas desde el aeropuerto.

Suspiró aliviado al leer el mensaje que le llegó momentos más tarde, asegurando que ya lo tenían y que llegarían en media hora, aproximadamente.

Esperó caminando en círculos por la entrada, sintiendo las miradas compasivas de sus compañeros sobre él. A veces deseaba que su trabajo fuera más sencillo, tanto estrés en dosis diaria no le iba precisamente bien a su salud, puesto que… No. Negó con la cabeza obligándose a quitar eso de su mente. Entendía las acciones de Mario, también comprendía que las cosas no eran nunca ni blanco ni negro. Era complicado, pero esa era la manera en la que las cosas eran cada día tras las puertas de esa mansión. Siempre caminando sobre una fina línea que separaba el bien del mal y, por mucho que le gustaría escoger uno de los dos bandos, no era capaz de renunciar al otro.

Salió de sus pensamientos al ver, a través de una de las ventanas de la entrada, la luz de los faros de un vehículo que acababa de llegar. Se tensó de golpe al ver al hijo de su señor ser arrastrado fuera de este, uno de los focos de luz reveló una gran mancha de un oscuro color carmín en su pelo rubio, su propia sangre se heló.

Salió inmediatamente de la casa y se acercó con pasos rápidos para rodear a Mario por la cintura y ayudarle a caminar, frunció el ceño mirando fijamente a los guardias esperando una explicación.

—¿Qué ha pasado? —habló con severidad, claramente preocupado por su estado.

—Nos atacó mientras conducíamos —comenzó a explicar el más alto de los dos—. No paraba, no tuvimos más remedio.

—Estos dos solo conocen la fuerza bruta —intervino Mario lanzándoles una mirada acusadora —. Ni siquiera me contestan cuando les hablo, pero al parecer no dudan en usar los puños. — Borró el enfado de su rostro y sacó la lengua, sonriendo mientras la pasaba por una gota de sangre que cruzaba toda su cara y ahora había llegado a su labio—. La próxima vez recuérdame utilizar mi palabra de seguridad —miró de arriba a abajo al hombre que lo había golpeado solamente para molestarlo.

El guardia más alto pareció tensarse más de lo que estaba ante lo que esas palabras sugerían y arqueó una ceja.

—Le llevaré dentro, Mario —interrumpió Carson tratando de liberarse de la repentina tensión en el ambiente.

Tal y como dijo, lo ayudó a caminar hacia dentro, lo que no esperó es ver a Regine a lo alto de las escaleras mirándolos en silencio. Se detuvo justo en la puerta de entrada.

Mario levantó la mirada y, al verlo, frunció el ceño con furia por un segundo antes de tragar saliva y apartar la mirada con un escalofrío.

Regine bajó las escaleras, se acercó a él y extendió una mano hacia Carson, que le dio un pañuelo de tela sin dejar de sostener a Mario. Tomó la barbilla de su hijo y alzó su cara para limpiar con suavidad la sangre sobre sus labios. Pudo ver como los labios de su hijo comenzaban a temblar.

No era para nada común que los guardias utilizasen la fuerza con él, pero tenían orden de hacerlo si la situación se descontrolaba. Supuso que ese era uno de esos casos, aun así, lo consultaría más tarde con su mayordomo para saber cómo proceder.

—Veo que, lamentablemente, tu viaje solo ha servido como unas vacaciones para ti. —Le devolvió el pañuelo a Carson cuando terminó de limpiarle y aprovechó para pasar una mano por el pelo rubio de Mario para acomodarlo. Este era largo, claro y liso, era idéntico al de su madre —. Te recomiendo dejar atrás este comportamiento, cada vez se vuelve más cansado tener que lidiar con esto. Estoy comenzando a perder la paciencia.

Entonces su hijo levantó la mirada de nuevo, abriendo más que antes los ojos.

—Le has hecho algo —quiso gritar, pero eso salió más como un susurro. No necesitó preguntar.

Regine no respondió, tampoco le hacía falta, él sabía bien lo que le pasaba a cualquiera que se acercaba a él. Según Regine era peligroso y descuidado actuar de esa forma, pero Mario parecía no entender que lo que hacía era para protegerlo, puede que no de la manera más correcta, pero, ¿no dicen que es la intención lo que cuenta?

Mario se estremeció, sintiendo el nudo en su garganta hacerse más grande, tragó intentando deshacerse de él, pero eso únicamente llevó la bola de culpabilidad hasta su estómago, donde pareció desarrollar raíces que se entrelazaron con sus órganos. Arrepentido por volver a llevarle la desgracia a otra persona, maldijo mentalmente. Intentaba ser positivo pensando que cada vez sería diferente, pero siempre acababa del mismo modo, alguien herido o… Parpadeó rápidamente para deshacerse de la humedad que apareció en sus ojos.

Carson observaba toda la escena como un simple espectador, manteniendo todos sus pensamientos y emociones bajo llave muy dentro de él. Entendía el porqué de las acciones de Regine, pero sus métodos eran… demasiado radicales. Desde la muerte de su esposa, la relación entre esos dos se había vuelto fría y, a pesar de sus intentos por mejorarlo, no podía hacer mucho. No obstante, era en momentos como esos que anhelaba poder intervenir. Estaba seguro de que su relación todavía podía ser salvada, pero tal vez era ciega esperanza susurrándole al oído.

—Llevadlo a su habitación —ordenó Regine sin apartar la mirada del más joven, sin ignorar como esos dos guardias habían fallado en la única orden que les había dado. Cuando vio como Carson comenzaba a caminar para llevar a Mario, volvió a hablar—. Carson.

Este se detuvo y les dio con cuidado a Mario a dos sirvientes idénticos entre sí que se acercaron para tomarlo. Lo último que hizo fue apartar un mechón rubio de su cara antes de que se lo llevasen.

Estos se apresuraron a cumplir lo que les habían pedido, solo que esta vez no hizo falta arrastrar a Mario, él mismo subió las escaleras con dificultad y se dirigió a su habitación. Cerró la puerta haciendo que el sonido de esta resonase por los pasillos silenciosos del lugar.

Regine se quedó en silencio, clavado en el mismo sitio, hasta que oyó la puerta de la habitación cerrarse. Pasó una mano por su cabello cerrando los ojos durante unos segundos con frustración.

Su mayordomo lo observaba en silencio, viendo pasar los dedos de su señor por su cabello y deseando que fueran los suyos, imaginando que podría reconfortarlo con sus caricias. Sabía que eso no era posible, así que lo intentó de otra forma.

—¿Señor, quiere que prepare una tila? —sugirió. Pensó también en prepararle un baño de agua

caliente, pero no creía muy adecuado bañarse dos veces en un mismo día.

Regine abrió los ojos y consideró la oferta por unos momentos antes de negar con la cabeza.

—Iré a dormir. Si los sirvientes todavía no han cenado pueden comerse lo que prepararon —comenzó a subir las escaleras hacia su propia habitación—. Ya debe estar fría, igualmente —murmuró irritado.

Carson sintió una fuerte presión en su pecho al verlo de ese modo, como si los sentimientos de Regine se reflejaran en los suyos, como si sus sentimientos fueran los suyos. Su día era bueno si le iba bien a su señor, al igual que era malo si las cosas no salían como él quería.

Lo siguió en silencio hasta su dormitorio, donde el de ojos azules se giró para mirarle después de abrir la puerta.

—Buenas noches, Carson. —dijo adentrándose en la habitación y cerrando la puerta. Sus palabras indirectamente ordenando que se retirase.

—Buenas noches, señor. —se apresuró a responder justo antes de que esta se cerrase del todo delante de él.

Se quedó unos segundos ahí, sintiéndose algo inquieto por como había resultado ese día. Normalmente, no había tantas emociones de por medio, pero después del incidente con el señor Miller, el traficante de Easthope y los problemas con Mario, no podía evitar sentir como cada hora había drenado completamente su energía. Necesitaba un buen descanso. Aunque por lo menos había podido disfrutar de la lectura junto a su señor por un par de horas.

Tomando su teléfono envió un mensaje al cocinero principal para que avisase al resto de sirvientes sobre la cena, aprovechó también para excusarse por no poder asistir a esta. Él no tenía mucho apetito, y además prefería ir directamente a dormir.

Tuvo que caminar durante unos minutos hasta llegar al extremo de la planta baja, donde se encontraban todas las habitaciones del servicio. El pasillo era bastante oscuro y se sentía sofocante, el estampado llamativo de la alfombra roja lo hacía peor. Pensando sobre eso, prefería una habitación como la de Regine, no por sus lujos, sino por la cantidad de luz que entraba.

Agradeció internamente el no encontrarse con nadie por el camino y entró a su habitación. Cerrando la puerta tras él, se apoyó en esta mientras observaba la estancia. No había muchas cosas personales, de hecho, parecía como si ese sitio no le perteneciera a nadie y, tal vez, era así como él mismo se sentía, fuera de lugar, como si no perteneciera a ninguna parte.

Tomó aire antes de alejarse de la puerta y quitarse el uniforme, quedando desnudo a excepción del bóxer gris que llevaba. A pesar de que debía lavar la ropa, se tomó su tiempo en doblarla adecuadamente y dejarla sobre el escritorio. Se fijó en una prenda negra que se asomaba por el bolsillo del pantalón y sacó lo que este contenía.

Sonrió al ver los guantes que Regine le había dado horas antes, todo el caos le había hecho olvidar que todavía los tenía encima. Los llevó con él hasta la cama, donde se recostó boca arriba, poniéndolos con suavidad sobre el centro de su pecho. Puso la mano sobre estos, presionándolos contra su piel en un intento de sentir las propias manos de Regine en esta.

Volvió a respirar hondo, dejándose llevar por el calor que comenzó a inundar su pecho. Cerró los ojos y, intentando ignorar la vocecita que le acusaba de ser irrespetuoso con el único hombre que le importaba, se dejó llevar por la fantasía y los sentimientos que esta le brindó. Eventualmente, no pudo resistirse a la comodidad de su ensoñación y se quedó dormido, todavía aferrado a los guantes.

Capítulo 3

Actualidad

El mayordomo despertó cuando llamaron a la puerta de su habitación. Abrió los ojos, confuso de que alguien estuviera llamando a su puerta tan temprano. Comprobando el reloj en su muñeca se dio cuenta de que todavía faltaba media hora para cuando normalmente despertaba, eran las cuatro de la madrugada. Subió una mano para frotar sus ojos, entonces notó la textura de los guantes en su pecho. Se incorporó de golpe mareándose y los escondió en su costado justo cuando abrieron la puerta, encendiendo la luz. Sintiendo el corazón en la garganta vio a Rosa asomarse por la puerta.

—Buenos días, siento molestar, cariño —saludó echando una rápida mirada por su habitación, todavía estaba en pijama y tenía el canoso pelo desordenado— Es Mario —dijo.

Aguantando las ganas de soltar un suspiro, asintió con la cabeza. La habitación de Mario estaba justo encima de la de Rosa, por tanto, la mujer era testigo de las visitas nocturnas y de los sonidos que estas provocaban. Que, por cierto, eran demasiado frecuentes.

—Puede dormir aquí, solo espere a que me prepare —ofreció Carson sonriendo levemente, vio a la sirvienta negar con la cabeza.

—No te preocupes —respondió con una suave risa—. Iré a adelantar tareas, tú ve a ducharte y habla con él.

El mayordomo asintió con la cabeza.

—De acuerdo… —miró las sábanas antes de volver a posar los ojos en ella—. ¿Sabe con quién está? —preguntó.

—Con un guardia, creo. —Rosa se encogió de hombros y dio una palmada—. Venga, levántate y brilla. —dijo animadamente antes de cerrar la puerta.

A Carson se le formó una pequeña sonrisa observando la puerta cerrarse, brillar no era lo que

solía hacer normalmente, él era más de quedarse en la sombra. Miró los guantes a su lado y los acarició con el pulgar antes de levantarse y dejarlos sobre el escritorio para lavarlos después.

Fue hasta el baño de su habitación, a diferencia del resto de sirvientes, no tenía que compartirlo con nadie. Tampoco tenía problema en dejar que los demás utilizasen su baño si querían más privacidad, de todos modos, él solo iba a su habitación para dormir.

Después de una ducha fría para terminar de despertarse, se peinó aplicando gel para mantener sus rizos controlados y se vistió con un uniforme limpio. Tenía varios conjuntos iguales y solo algunos para ocasiones especiales como reuniones o celebraciones.

Al terminar de prepararse, tomó su teléfono, su agenda y salió de su habitación. Subió al piso superior, ayudándose con la luz del móvil para ver dónde pisaba, pues las cortinas todavía estaban cerradas y no era el momento de abrirlas. Caminó hasta la habitación de Mario y se detuvo delante de ella escuchando los obvios sonidos que provenían de su interior. Miró hacia ambos lados del pasillo para asegurarse de que nadie pasaba por ahí. Después de asegurarse de que este estaba completamente vacío, se apoyó en el alfeizar interior de la ventana del pasillo. Aprovechó el tiempo para revisar la agenda, organizar y responder algunos correos electrónicos, luego estuvo leyendo varios artículos sobre actualidad y echó un vistazo a las noticias.

El incidente del restaurante había llamado mucho la atención, algunas personas ya estaban elaborando teorías conspiratorias sobre las propiedades del café o enfermedades incurables y altamente contagiosas. Carson volvió a repasar mentalmente todos sus pasos, no había dejado ningún cabo sin atar, ahora era el turno de Regine de hablar con la policía. Sin pruebas solo podían sospechar de él, pero no llevar a cabo ninguna otra medida legal.

Pasó una hora hasta que la puerta finalmente se abrió. De ella salió un guardia con el pelo revuelto y la ropa mal puesta. Era Travis, el mismo que había golpeado a Mario el día anterior.

Carson y él se miraron fijamente, sin embargo, ninguno dijo nada. Travis únicamente se marchó con prisas sin mirar hacia atrás.

Cuando ya no lo pudo ver en el pasillo, más iluminado gracias a la salida del sol, entró en la habitación. El reciente olor a sexo inundó sus fosas nasales, así que lo primero que hizo fue abrir la ventana. Mario se encogió en la cama tapándose la cara con una almohada, soltó un gruñido en ella.

—Buenos días, señorito —saludó abriendo por completo las cortinas, dejando que la luz solar iluminase la habitación.

—Yo me iba a dormir ahora —se quejó apartando la almohada de su cara para mirar a Carson con los ojos entrecerrados—. A no ser que hayas venido para otra ronda —bromeó.

Tenía los labios hinchados y rojos, el pelo igual de desordenado que el guardia que acababa de irse y su torso estaba lleno de chupetones, que parecían hacer juego con los hematomas del día anterior. Carson pensó que no podía ser más diferente a su padre, pero que moriría por poder verlo en ese mismo estado.

—Puede darse una ducha mientras cambio las sábanas —sugirió, ignorando la invitación de Mario mientras recogía la ropa sucia del suelo y la dejaba sobre el escritorio para llevarla después a lavar.

—No quiero —respondió con un puchero, arrastrando las palabras y dándose la vuelta, dejando sus nalgas al aire. Carson se acercó y puso la sábana sobre él para taparlo. No quería hablar sobre el elefante en la habitación, pero debía hacerlo.

—Sabe que jamás le delataría con su padre, sin embargo, le pediría que fuera más discreto —lo miró con seriedad—. Sabe lo que puede pasar si se entera de esto.

Mario se sentó de repente frunciendo el ceño. Ahora que estaba más cerca, el mayordomo pudo notar que tenía los ojos húmedos y rojos.

—¿Y por ello debo no hacer nada, actuar como un robot y renunciar a todo lo que quiero? —alzó la voz, enfadado—. Yo no soy como tú, no puedo fingir que todo va bien mientras soy consciente de la cantidad de cosas horribles que pasan aquí.

Carson se tensó, pero intentó no tomarse ese ataque personalmente. Él hacía lo posible para hacer lo que creía mejor sin tener que desobedecer, además el aliento a alcohol que le llegó decía mucho sobre el trasfondo de sus palabras.

Mario tenía problemas con el alcohol y las drogas, por ello, Regine le había prohibido a todo el personal de la mansión que le dieran una sola gota. Carson tenía sus sospechas sobre quién había sido el que le había facilitado la substancia, pero tampoco quería acusar falsamente. Después de todo, el rubio era muy persuasivo y podría haber convencido a casi cualquiera.

—¿Ha bebido? —preguntó, aunque ya sabía la respuesta.

Eso pareció calmar un poco a Mario, que desvió la mirada en silencio, como un niño al que habían regañado. Carson rodeó su cintura y le ayudó a levantarse.

—Le ayudaré a ducharse —dijo mientras lo sostenía y caminaba con él hacia el baño, el más joven no se opuso.

A medio camino, Mario se detuvo y lo abrazó repentinamente, hundiendo la cara en su pecho. Apretó con los puños su chaqué, aferrándose a él. A Carson se le apretó el pecho al verlo en ese estado, pero no tardó en corresponder el abrazo y apoyar una mano sobre su cabeza, acariciándola.

—Solo quiero irme —balbuceó Mario contra su camisa en un tono depresivo—. ¿Por qué es tan malo que lo haga? ¿Por qué no puedo? —sollozó.

A pesar de entender las razones por las que Mario quería irse, también entendía el porqué Regine no lo permitía. Su señor no era un demonio que mantenía prisionero a su hijo, por más que los demás lo vieran de ese modo. Hubo un tiempo en que dejó que se fuera por decisión propia años atrás. Al principio, Mario estuvo bien, abrió un negocio: un restaurante que ganó mucha popularidad. Pero entonces todo fue en decadencia, las fiestas, las drogas, el alcohol, las malas compañías, lo estaban arrastrando a la miseria, no obstante, lo peor era que Mario parecía estar de acuerdo con eso, cuanto más bajo cayera mejor. Fue entonces cuando su padre tuvo que intervenir y lo llevó de vuelta a la mansión. Puede que no fuera un padre amoroso y comprensivo, llenándolo de responsabilidades y reglas, pero sin duda se preocupaba por su hijo. Con ese conflicto en mente, solo pudo responder:

—Lo sé —habló con suavidad sin soltarlo. Dejó que se ocultase del mundo por unos instantes, escuchó sus quejas y no lo separó aun cuando humedeció su camisa.

Un par de minutos pasaron hasta que Mario finalmente se calmó y se separó, pasando las manos torpemente por sus ojos para deshacerse de las lágrimas.

—Iré a ducharme… —Se dirigió al baño y se detuvo apoyando una mano en el marco de la puerta. Giró la cabeza para mirar a Carson— ¿Puedes cambiar las sábanas, por favor? —pidió.

El mayordomo pensó en acompañarlo, ya que todavía se veía bastante perjudicado por el alcohol, sin embargo, al verlo más centrado dejó que fuera solo. En respuesta solamente sonrió y asintió.

Mario asintió de vuelta y entró en el baño sin preocuparse en cerrar la puerta. Se duchó mientras Carson limpiaba la habitación y cambiaba las sábanas. Al terminar, se secó y murmuró un “Gracias” antes de dejarse caer en la cama con los ojos cerrados.

El moreno lo arropó después de colocar una botella de agua en la mesita de noche y volvió a cerrar las cortinas. Tomó la ropa sucia junto a las sábanas que había quitado y abrió la puerta.

—Descanse, señorito -dijo antes de salir y cerrar tras él.

Le dolía ver que la situación con Mario no mejoraba, por poco profesional que fuera, lo quería

tal y como un padre a su hijo. Pero estaba completamente perdido, no sabía cómo ayudarlo y cada vez estaba peor, aunque al menos ya no tenía que recogerlo de callejones sin nombre.

Llevó directamente la ropa sucia a la lavandería. Esta vez no tuvo que utilizar su teléfono para poder ver por donde iba, ya que el resto de sirvientes se había levantado y la luz natural entraba por cada ventana de la mansión.

Sonrió al ver a todos tan animados, todavía quedaba una semana para la fiesta que se iba a celebrar, pero eso era suficiente para animar tanto a los sirvientes como a los guardias. Después de todo, pasaban todo el día (o la mayor parte, en el caso de los guardias) dentro de la mansión.

El grupo de sirvientes estaba formado por varias generaciones de familias. A pesar de poder contratar a cualquiera, Regine había decidido mantener a los sirvientes que ya tenían, considerándolos como propiedad de su familia. Carson quería creer que era por la dificultad que tenía su señor de dejar que cualquier persona se acercase a él, pero que fueran tratados como objetos, no fueran libres y todos tuvieran tez oscura, no ayudaba a mejorar su imagen.

—Buenos días —saludó al entrar en la lavandería, donde separó la ropa de las sábanas y las colocó en lavadoras diferentes.

Jackson fue el primero en acercarse, llevaba a su hermano pequeño sobre los hombros sosteniendo sus pequeñas manitas para que no se cayera.

—Carson, ¿por qué no viniste a cenar? —dio un pequeño golpecito en su bíceps con el codo.

—Escuchamos lo que pasó con Mario anoche —se acercó rápidamente Jasmine, una mujer amable, pero terriblemente curiosa y poco delicada.

—Carson, buenos días —se acercó Farah con voz cantarina y apoyó una mano sobre su brazo, el contrario al que Jackson acababa de golpear.

El mayordomo no pudo evitar sonreír más ante el ánimo que había en el ambiente, le ayudaba a despejar un poco su mente de lo que había sucedido con Mario en el piso de arriba. Rosa se acercó riendo.

—Dejadle un poco de espacio, lo vais a saturar. —Al acercarse, el resto se apartó dejándole sitio. Ella apoyó la mano suavemente en la espalda de Carson—. ¿Cómo estás? Siento haberte despertado tan temprano.

—Gracias, no se preocupe —tomó su mano con suavidad y la llevó hasta un sillón apartado para que se sentase ahí, se arrodilló delante de ella. El resto de sirvientes continuaron la charla

entre ellos—. Usted se ha despertado antes, debe estar cansada.

—Eres un cielo —tomó su barbilla entre sus dedos regalándole una caricia, lo miraba con el orgullo de la madre que le faltaba—. ¿Ya has resuelto el tema con Mario? —bajó la voz para que el resto no les escuchasen, Carson hizo lo mismo al responder.

—Había bebido cuando lo encontré —frunció levemente el ceño—. ¿Sabe si algún sirviente le ha dado algo?

En vez de responder, Rosa miró hacia Jackson antes de volver a mirar a Carson, este se giró y miró hacia la dirección que había indicado. Asintió con la cabeza agradeciendo a la mujer y se incorporó, acercándose para hablar con él.

Entonces, repentinamente todos guardaron silencio, los guardias volvieron rápidamente a sus posiciones. Carson se giró, fijándose en el hombre que bajaba las escaleras principales, vistiendo únicamente un chándal gris. Rápidamente, miró la hora confuso por su presencia temprana y se aseguró de que esa no era la hora a la que se suponía que debía despertarlo. Se acercó rápidamente, pero Regine ya había salido por la puerta de entrada y salía de la mansión trotando, solo.

—Al parecer el polluelo ha abandonado el nido —bromeó uno de los guardias. Carson lo miró con severidad, provocando que este dejase de sonreír. Sin embargo, se sintió inquieto por esa actitud inesperada, no solía modificar el horario, era un hombre de costumbres.

A pesar de estar preocupado por ello, se dio la vuelta dirigiéndose hacia el grupo de sirvientes. No había tiempo que perder.

—Cambio de planes —alzó la voz para que todos le escuchasen con claridad—. Farah, ve a avisar al cocinero de que comience a preparar ya el desayuno, lleva a un par de personas contigo para ayudar. —Esta asintió y no tardó en ir hacia la cocina con un par de personas más—. El resto, conmigo. —Miró a Rosa y sonrió—. Usted puede descansar —suavizó la voz y se alejó con varios sirvientes para ayudar a limpiar la mansión y tener todo listo para cuando su señor volviera.

Un incidente relacionado con la intrusión de una paloma por una de las ventanas que no lograba encontrar la salida retrasó todo, pero milagrosamente lograron terminar a tiempo.

Caminando con pasos rápidos hacia la habitación de su señor se detuvo súbitamente para evitar chocar con quien acababa de salir de un pasillo, esta persona también frenó al mismo tiempo.

—Lo lamento —se apresuró a decir Carson antes de ver quién era.

Se quedó en blanco al ver a Regine frente a él, este lo miraba algo sorprendido por cruzarse con él de ese modo. Acababa de llegar de su carrera matutina, todavía llevaba puesto el chándal con el que hacía ejercicio. La cremallera de este estaba bajada hasta la mitad de su torso, dejando al descubierto su clavícula y el principio de sus pectorales, por donde bajaba una gota de sudor y se… Apartó la mirada de golpe, rezando porque no se hubiera notado como lo acababa de devorar con la mirada.

—Buenos días —saludó su señor mientras reanudaba el paso hacia su habitación—. ¿A qué se deben esas prisas? —Abrió la puerta y se quitó la sudadera que llevaba. Se le veía más calmado que la noche anterior, el sueño y el ejercicio habían ayudado a liberar estrés, era un alivio.

Carson caminó tras él, tomando la prenda que acababa de quitarse y forzando su vista a apartarse de los fuertes brazos que mostraban la ausencia de mangas en su camiseta de tirantes.

—Venía a prepararle el baño, señor —contestó—. ¿Quiere que use la bomba de baño de la última vez?

Regine se detuvo frente a la ventana de su habitación, esta mostraba gran parte del jardín y el laberinto de abetos cubiertos por flores diversas. En el centro de este, había un gran cerezo, todavía desnudo por el frío. Pero eso no fue lo que llamó su atención, sino cómo Mario estaba tumbado sobre el césped hablando animadamente con un sirviente. A esa distancia no podía distinguir lo que decían, pero estaban teniendo una charla amigable, ya que su hijo sonreía. Tuvo un fuerte sentimiento de nostalgia.

Carson se acercó con él, lo suficiente para ver a través de la ventana y preguntarse, por milésima vez, cómo su hijo se recuperaba con tanta velocidad.

—No hace falta, solo tomaré una ducha. —Regine volvió a moverse, yendo hasta el baño—. ¿Qué planes hay para hoy? —Se desnudó, dejando caer su ropa al suelo antes de meterse bajo la

ducha y abrir el agua fría, dejando que esta se llevase todo el sudor de su piel.

Oyó a Carson entrar tras él, quedándose cerca de la puerta del baño para que pudiera oírle hablar.

—No tiene ninguna reunión, pero seguramente la policía se presente aquí en unas horas por el asesinato de Merrill —informó. Esbozó una pequeña sonrisa al volver a hablar—. Hoy por la tarde se celebra el concierto de orquesta sinfónica que usted quería ver. ¿Quiere que reserve un asiento?

Mientras se enjabonaba, pensaba en como tener que lidiar con la policía se hacía tedioso, pero esas eran las consecuencias de sus acciones, debía afrontarlo de la mejor manera, como siempre. Pensó también en la orquesta sinfónica, no solían hacer muchas actuaciones en esa ciudad y las veces que los había visto se podían contar con los dedos de una mano.

—Reserva dos asientos —cerró el grifo del agua al terminar de aclararse y pasó las manos por su pelo para escurrir el exceso de agua.

—Por supuesto. —Carson se preguntó si quería llevar a alguien más, tal vez el segundo asiento era para Mario. Sin embargo, antes de poder decir nada, Regine se acercó hacia él tal y como lo habían traído al mundo.

Centrándose en mantener la compostura, extendió la mano con la que sostenía una toalla. Regine la tomó, pero en vez de separarse, se inclinó sobre él, a lo que Carson contuvo la respiración y se quedó completamente quieto y tenso. Se fijó en los ojos azules que miraban detrás de él, estaba tan cerca que podía ver los poros de su cara, sentir el frío de su cuerpo y un par de gotitas de agua mojando su ropa. Completamente hipnotizado por el hombre que estaba delante de él, su pulso se aceleró al sentir la respiración de este chocar contra su mejilla. Sus dedos comenzaron a hormiguear, deseando apartar un mechón descontrolado que había saltado sobre su frente para después acunar su rostro con su palma.

Entonces, Regine levantó la mirada fijándose en la mandíbula apretada del contrario, sus pupilas dilatadas y la mirada intensa que le ofrecía. Arqueó una ceja hacia él mientras se metía en la boca el cepillo de dientes que acababa de coger y envolvía su cintura con la toalla.

El mayordomo, al ver el cepillo, se apartó con rapidez, dejando a su señor espacio para lavarse los dientes. Tragó saliva y recogió la ropa que había en el suelo para evitar que se viera como sus manos temblaban. Estaba seguro de que para su señor, eso no significaba nada, era algo sin importancia y así debía ser para él también. Solo que cuando se acercaba de ese modo, invadiendo su espacio personal, no podía evitar que todo su cuerpo se alterase de tontas maneras. Se sentía estúpido cada vez que su mente creaba una tensión inexistente en el ambiente que únicamente él podía sentir.

Regine terminó de lavarse los dientes, obligándose a ignorar la intranquilidad que le invadía ante ese tipo de miradas por parte de su mayordomo. No solía molestarle el silencio, pero quería salir de sus pensamientos, así que lo rompió.

—¿Sabes si el sastre está disponible hoy? —preguntó mientras caminaba hacia el vestidor, ahí se secó con la toalla y comenzó a vestirse con ayuda de Carson.

—Puedo llamarle y reservar hora —respondió mientras anudaba su corbata. La vestimenta de ese día era más formal: un traje negro con camisa blanca y corbata azul oscuro. Lo correcto sería cambiar de conjunto justo antes de salir de la mansión, pero Regine opinaba que seguir ese tipo de etiquetas era una pérdida de tiempo.

—Reserva para después del concierto, así podrá preparar con tiempo los trajes para el evento de la semana que viene —alzó la barbilla para que pudiera colocarle la corbata con más facilidad. Bajó la mirada hacia el pecho de Carson, donde encontró una ligera mancha de humedad. Subió la mano hasta esta y, apoyándola en su pecho, frotó la marca con el pulgar.

El mayordomo terminó de ajustar la prenda, pero no bajó las manos ni se separó. Se quedó quieto observando al de ojos azules fijarse en su camisa. Disfrutó en silencio de sus caricias, aunque sabía que ni siquiera eran eso y, aunque quería que ese momento durase un poco más, Regine se apartó finalmente.

—Están aquí —dijo con seguridad justo antes de que el teléfono de Carson vibrase en su bolsillo, avisando de la llegada de la policía.

—Iré a recibirlos —respondió su mayordomo después de leer el mensaje que había sido enviado, preguntándose cómo Regine sabía que habían llegado.

—No hace falta, iré yo —lo detuvo Regine, caminando hacia la puerta—. Dile al chef que tenga preparado un trozo de tarta de limón cuando termine —ordenó antes de salir.

Capítulo 4

Actualidad

—¿Entonces estuvo toda la mañana en su mansión? —preguntó el mayor de los dos hombres que habían ido a interrogarle.

—Sí, estuve aquí hasta que salí para reunirme con el señor Merrill —respondió Regine.

Delante de él había dos agentes de la AFSP, la Agencia Federal de Seguridad Pública, encargada de investigar crímenes en la vía pública. A uno de ellos ya lo conocía, un hombre de cuarenta y dos años con el que había tratado muchas otras veces, el teniente Robert Bell. El chico joven que lo acompañaba debía ser una nueva incorporación, se notaba no solo por su edad, sino por la mirada que tenía y sus preguntas impertinentes, llevando la justicia como bandera y actuando como si fuera un héroe. Según su placa, su nombre era Scott Sánchez.

Ambos estaban sentados en dos sillones frente al escritorio de caoba donde estaba Regine, este podía verlos claramente gracias a la luz solar, sin embargo, de espaldas a la ventana, sus propias facciones apenas se veían, solamente su silueta y la del sillón eran reconocibles.

—¿Por qué huyó de la escena del crimen? —cuestionó el joven inclinándose hacia delante en un intento de intimidación. El teniente le daba una dura mirada, con la que indicaba que no estaba de acuerdo con su actitud, pero Scott parecía ignorarla.

—No huí. Otros asuntos requerían mi presencia. —Regine imitó al joven agente y se inclinó hacia delante, apoyando los codos sobre el escritorio de su despacho, mirándolo fijamente. Al inclinarse su rostro se pudo ver con mejor claridad y el contrario se tensó, pero no se apartó.

—¿Qué asuntos son esos? —presionó, tratando de desestabilizar a Regine—. ¿Qué clase de asuntos son tan importantes como para dejar a un hombre moribundo a su suerte? —alzó un poco más la voz al preguntar.

—La venta de drogas en el barrio de Easthope —respondió de inmediato, sin alterar el volumen en su voz—. También está acabando con varias vidas —miraba al agente analizando

cada una de sus reacciones, como si fuera él el que lo interrogaba—. Creo recordar que es un asunto que deberían haber resuelto ustedes hace meses. —añadió.

Algo parecido a la culpa pasó por los ojos del agente, que se levantó y se asomó por la ventana, poniendo distancia entre ambos. Frunció el ceño, claramente, Regine estaba relacionado con el asesinato del hombre, ¿por qué su superior parecía no hacer las preguntas correctas? Fijándose en como el jardinero cuidaba las flores, se sintió impotente ante la situación. No era estúpido, sabía que las personas adineradas generalmente se salían con la suya, eran intocables, protegidos por escudos de billetes. Había entrado en esa agencia para impedir ello, pero siendo un novato bajo las órdenes de otro superior corrupto no podía hacer mucho.

—Hemos acabado aquí —intervino Robert levantándose—. Gracias por su cooperación, señor Karpovich —asintió con la cabeza, consciente de que si le ofrecía la mano no se la iba a estrechar. Caminó hasta la puerta de la habitación y la abrió, girándose hacia su compañero y mirándole con seriedad para que le acompañase.

—¿Estoy libre de sospechas, teniente? —preguntó el acusado, mirando fijamente al joven agente. Ellos dos mantuvieron la mirada fija sobre el otro, Scott con determinación, Regine retando ese mismo rasgo, con la certeza de que podría romper su mente hasta que no quedase ni el recuerdo de sus ideales.

El mayor contestó, queriendo interrumpir la situación entre ambos hombres. No solo estaba incómodo, sino tenso, no quería problemas con el sospechoso. A diferencia de su compañero, él sí había visto de lo que era capaz, sabía que el hombre de mirada fría no tenía límites una vez que decidía hundir a alguien.

—La coartada es sólida y no podemos demostrar que haya estado involucrado en el crimen —concluyó Robert encogiéndose de hombros para liberar tensión.

Scott pareció morderse la lengua para reprimir las palabras que ansiaba decir y siguió al teniente mientras fruncía el ceño, todo eso era ridículo. Regine se puso en pie y los acompañó hasta la salida, donde los sirvientes les ofrecieron sus abrigos a los agentes.

—Espérame en el coche —ordenó Robert a Scott mientras se ponía su chaqueta, las letras ‘‘AFSP’’ destacaban en amarillo—. Ahora —insistió.

El joven lanzó una mirada furtiva al dueño de la mansión antes de irse sin una despedida. Robert se giró hacia Regine para continuar hablando:

—Como ve, me han atado con un dolor de cabeza —se quejó al de ojos azules mientras negaba con la cabeza cuando su compañero ya no los podía oír—. Por cierto, quería hablar con usted. Se rumorea que están habiendo tensiones fuertes con el gobierno y quieren dejar de

financiarnos. ¿Sabe algo sobre eso? —Abrochó la cremallera de su chaqueta.

Algo que valoraba Regine era la información, consideraba que era el arma más potente, por la que cualquier persona caería sobre sus rodillas y alzaría la bandera blanca. Por esa razón, trataba de tener todo tipo de datos, informes e investigaciones a su alcance. Era así como conocía los secretos más profundos de las organizaciones más importantes. Ello aumentaba su estatus y poder, pero también el número de enemigos que tenía y, por supuesto, la responsabilidad que cargaba sobre sus hombros. Sus palabras podrían crear conflictos intensos que desestabilizarían todo el sistema.

—Tienen un nuevo proyecto entre manos, su agencia no es la única que va a estar afectada si siguen adelante —respondió, sabía exactamente qué es lo que planeaban hacer, sin embargo, no podía decirle más, no sería prudente—. Le recomiendo que guarden un fondo de ahorros.

—Maldita sea, sabía que esos tipos tenían algo entre manos —maldijo en voz baja después de oírle y asintió—. Gracias —suspiró—. Intente no ocasionar más conflictos, últimamente estamos ocupados con demasiadas cosas. —vio a Regine asentir en silencio—. Pase un buen día —se despidió y, después de que el de ojos azules asintiera de nuevo, caminó hacia el vehículo y salió de ahí.

Regine observó en silencio el vehículo hasta que desapareció tras los muros que rodeaban la mansión. Carson se acercó por detrás al verle en la puerta principal, preguntándose si había ido todo bien. Llevaba un rato esperando, atento por si Regine necesitaba ayuda.

—Scott Sánchez —habló repentinamente su señor, mirando los abetos a ambos lados del portón—. Necesito saber quién es, podría causar problemas. —No le había gustado la impresión que el agente le dio, había algo que le decía que debía estar alerta, no se veía como si se fuera a rendir tan fácilmente. Si este iba a volver buscando guerra, él se aseguraría de tener todas las armas preparadas.

—Por supuesto —respondió el mayordomo, tomando su teléfono y enviando un mensaje a uno de sus contactos, el más adecuado para ese trabajo—. El desayuno ya está servido —añadió mientras terminaba de escribir.

Regine asintió, dirigiéndose al comedor. Miró el desayuno antes de sentarse, pensando en lo apetitosa que se veía la tarta de limón, destacando sobre el resto de comida preparada. Era un buen día para comerla, aunque todavía hacía frío, el cielo brillaba por la ausencia de nubes, el sol golpeaba con fuerza.

—He preparado té negro para acompañar —dijo Carson mientras apartaba la silla para que Regine tomase asiento. Seguidamente, sirvió en una taza el líquido. Creyó que, aunque su señor no se lo había pedido, era una buena combinación para acompañar la tarta.

—¿Dónde está Mario? —preguntó mientras tomaba el té y daba un sorbo, fijándose en la silla vacía al otro extremo de la mesa.

—Dijo que no tenía hambre. —El moreno apartó la mirada por un momento— ¿Quiere que lo llame?

Regine observó el trozo de tarta, sintiendo una vez más el impulso de querer tirar esa gran mesa y conseguir una individual solo para él. Se metió un bocado a la boca, negó con la cabeza y tragó.

—No es necesario.

El día estaba yendo bien, obligar a su hijo a desayunar con él únicamente traería tensiones innecesarias que arruinarían su humor. Nunca parecía decir las palabras correctas frente a Mario, y su sola presencia lo aterrorizaba, así que creía que lo mejor era mantener las distancias con él.

Comió en silencio, disfrutando del sabor dulce y ácido explotar contra sus papilas gustativas. Cuando terminó fue al aseo a lavarse los dientes y las manos, al salir miró a Carson, que esperaba al lado de la puerta del aseo, la mesa ya estaba vacía y limpia.

—Vamos. —dijo Regine antes de caminar hacia la puerta de entrada, donde tomó el abrigo que otro sirviente le ofrecía.

Carson miró su reloj de muñeca antes de seguirle y ponerse su propio abrigo.

—¿Dónde vamos, señor? —preguntó, todavía era bastante temprano para el concierto.

Regine se giró un momento para responder, con una expresión que intentaba mostrar un ánimo en su rostro que no existía dentro suyo, intentaba ser positivo.

—Vayamos al centro antes de ir al auditorio.

Salió de la mansión y su mayordomo fue tras él, subiendo al vehículo. Tres guardias subieron a un coche detrás del suyo.

—Disculpe, ¿no llevará a su hijo al concierto con usted? —preguntó Carson mientras se ponía el abrigo y subía al asiento trasero. Regine lo miró frunciendo levemente el ceño.

—Sabes que no aguantaría ni cinco minutos en silencio —respondió bajando la ventana antes

de ponerse el cinturón—. Cuento con tu compañía —dijo y se giró cuando el moreno se quedó en silencio—. ¿Hay algún problema? —lo miró con ojos inquisitivos.

Carson miraba algo sorprendido a Regine, normalmente se quedaba en el pabellón del edificio y su señor entraba solo al auditorio. Se preguntó en silencio si debería haberse puesto ropa más adecuada, era un evento importante.

—No, señor, muchas gracias —se apresuró a responder mientras le sonreía, sin duda era una oportunidad singular que no pensaba desaprovechar, pero aun así no pudo evitar pensar que hubiera preferido que Regine pasara tiempo con su hijo—. Es un concierto valioso para usted.

El contrario simplemente asintió en silencio y miró por la ventana cuando el motor del coche se encendió.

Carson salió del coche cuando este aparcó a un lado de la carretera, siguiendo a su señor. Acababan de llegar a la parte más popular de la ciudad y aunque era bastante temprano, había mucha gente caminando de un lado a otro. Sonrió observando a las familias que tomaban de la mano a sus niños. Le gustaría estar de ese modo con alguien, pero, lamentablemente, su corazón se lo había llevado la única persona que no podía corresponderlo.

Volvió a sus propios asuntos y cerró la puerta del vehículo, vigilando que no pasase ningún coche por la carretera cuando subió a la acera.

—¿Hay algo que necesiten los sirvientes? —preguntó Regine, bastante más pálido que de costumbre. Estaba tomando respiraciones cortas en un intento de deshacerse de las náuseas, sin embargo, Carson era el único que lo había notado.

Carson se fijaba en como el color oscuro de la corbata resaltaba la claridad de sus ojos. Pensó sobre lo que le había preguntado, no gastaría jamás dinero en algo que no fuera necesario, sin embargo, los sirvientes eran personas humanas, con intereses y habilidades que tenían derecho a

desarrollar.

—A los niños les vendría bien nuevos colores para pintar, Jackson quiere libros nuevos sobre anatomía y al hijo de Rosa le gustaría empezar pronto las clases de conducción, Carlos se va a retirar pronto, así que le vendría bien un manual nuevo.

Regine repasó lo que le había dicho mentalmente, asintió y buscó con la mirada una papelería antes de dirigirse ahí y entrar con él. El espacio era colorido y enorme, así que tuvieron que cruzar varios pasillos antes de llegar a la zona de materiales infantiles. Al llegar, ojeó varias cajas de colores. No les iba a dar colores profesionales a un par de niños, pero tampoco quería comprar algo de mala calidad que luego no sirviera.

Mientras su señor miraba los utensilios, Carson lo miraba a él sosteniendo una pequeña cesta, que había cogido al entrar, para llevar los productos que escogiera. Se divertía interiormente por la visión: un hombre trajeado, en una zona infantil llena de dibujos y arcoíris, analizando con seriedad los colores como si fuera la mercancía con la que solía tratar. Se veía completamente fuera de lugar, y el niño a su lado, que lo observaba fijamente y con curiosidad, parecía pensar lo mismo. No era la primera vez que lo acompañaba a sitios de ese tipo, después de todo, su señor ya tuvo un hijo que cuidar, pero todavía no podía asociar ese ambiente con Regine.

El trajeado se dio la vuelta con un par de paquetes de colores en la mano, se fijó en el niño pequeño y se miraron fijamente, Carson no pudo reprimir una pequeña sonrisa. Regine arqueó una ceja, la mente de los niños era un misterio, y se acercó a su mayordomo.

—Vamos a buscar los libros y el manual —le dijo después de meter los productos en la cesta.

Caminaron un rato por unos pasillos llenos de libros hasta que encontraron los que buscaban, de todos modos, Carson sugirió comprar otros por internet, pues el catálogo sería más amplio, a lo que su señor accedió. De camino a la caja registradora, Regine se detuvo frente a unos lienzos de distintos tamaños, observándolos en silencio.

Carson sintió una punzada de esperanza repentina. El dibujo y la pintura eran actividades que el antiguo Regine había disfrutado, pero que había abandonado al crecer. Era en momentos como estos que sentía que podía ver destellos del hombre que fue una vez, así que intentó animarle a recuperar viejos intereses, no porque no le gustase la persona que era ahora, sino porque quería verlo disfrutar.

—¿Por qué no compra uno, señor? —propuso acercándose a él con una suave sonrisa—. Sus dibujos son muy buenos.

Regine apartó la mirada del lienzo y la puso sobre Carson.

—¿Qué merece la pena pintar? —dijo. Su mayordomo se tensó sin saber bien como responder a ello, aun así intentó ser optimista.

—Podría hacer un retrato —desvió la mirada hacia el lienzo, con la imagen de las manos de su señor manchadas de pintura en la mente—. Lo importante no es el dibujo en sí, sino lo que representa para usted.

Regine dio un paso hacia él, inclinando la cabeza ligeramente hacia un lado.

—¿Te estás ofreciendo como modelo?

Carson miró súbitamente al hombre delante de él, sorprendido. Abrió por un segundo la boca, pero la cerró cuando nada salió de ella, aun así esos ojos azules, que lo analizaban con intensidad, no se apartaron de él. Regine entrecerró los ojos demandando una respuesta, y parecía dispuesto a esperar lo que hiciera falta, no parecía estar bromeando, pero el mayordomo no entendía a dónde iban a llegar con eso. Carson apenas podía respirar correctamente, y su cerebro trabajaba tan rápido que estaba seguro de que sus pensamientos se podían oír desde la distancia. Una batalla entre lo que quería decir y lo que era apropiado estaba sucediendo dentro de su cabeza, porque decirle que haría cualquier cosa por él no valía, la razón por la que lo haría se asomaría entre sus palabras. Tragó saliva y tomó el aire suficiente para hablar.

—Si eso es lo que quiere, no tendría ningún problema, señor —dijo con más confianza de la que realmente tenía.

Regine lo observó durante unos segundos antes de sonreír levemente y apartarse. A veces Carson no sabía si lo hacía a propósito o solo era su manera de ser, pero solía sacar a las personas de sus casillas, se infiltraba bajo su piel y removía todo desde dentro con sus palabras. El problema era, que siempre golpeaba mucho más profundo dentro de él. Esos juegos no eran necesarios, únicamente su presencia hacía que el mayordomo se sintiera en paz y completamente en caos al mismo tiempo.

—Tal vez en otra ocasión —respondió Regine antes de ir hasta la caja registradora y pagar lo que llevaban.

Mientras guardaba las cosas en una bolsa, sintiendo su pulso en los oídos, Carson no pudo evitar preguntarse qué había sido eso. Había visto a su señor actuar de ese modo antes, pero algo se sentía fuera de lugar, inapropiado. Últimamente, sucedían muchas cosas que se salían de lo que era normal y lo inquietaban, lo hacían sentir inestable, como si todo su mundo se sacudiese de lado a lado y de lo único que dependía para no caer eran sus propias piernas.

Carson miró el cielo a través de la ventana del vehículo, aunque horas antes estaba totalmente despejado, habían aparecido un par de nubes grandes y negras que indicaban una inevitable tormenta. Tomó el teléfono y escribió un mensaje rápido a Rosa avisándole de que las nubes se dirigían hacia la mansión.

Casi era el momento del concierto. Después de comprar en la papelería, habían dado un par de vueltas por el centro de la ciudad, comido en un restaurante e incluso, Regine le había regalado unos guantes a Carson al ver como el dorso de sus manos estaba agrietado por el frío. Ahora que miraba hacia atrás, el tiempo parecía haber volado. Había sido agradable acompañar a su señor en el paseo, además este parecía haberlo disfrutado de igual manera, se veía más relajado.

El coche en el que iban aparcó frente a un edificio de estilo clásico, contrastaba totalmente con las construcciones cerca de él que tendían a ser más contemporáneas. Carson y Regine bajaron del vehículo y caminaron hacia la puerta de entrada. El mayordomo observó maravillado las columnas jónicas cuando las cruzaron al caminar por el pórtico, era tal y como había visto en los libros de arte, sin embargo, en persona se veían majestuosas. Al entrar casi sintió como el lugar le robaba el aliento, no era la primera vez que lo veía, pero no podía evitar que el suelo de mármol, la amplia alfombra roja y la amplitud del lugar le pareciera simplemente irreal. Sin duda alguna, era un punto de prestigio, lleno de cuadros y esculturas protegidas por cubículos de cristal.

Regine a su lado se fijó en como el moreno miraba la arquitectura, no podía negar que el pabellón le gustaba, era limpio y ordenado. Caminaban por la alfombra hacia el guardia de seguridad que pedía las entradas.

—Hicieron un buen trabajo con la reforma —dijo el de ojos azules mientras fijaba la mirada en las lámparas de araña que colgaban del techo—. Cuesta creer que no fuera hasta el siglo XVI que le dieran importancia al edificio. Para ese entonces solo quedaba la fachada delantera.

Carson salió de su admiración para escuchar a Regine y asentir ante sus palabras.

—Es lamentable pensar en la cantidad de obras como estas que no han sobrevivido al paso del

tiempo… —habló, miró a su señor y sonrió—. No obstante, las obras que siguen en pie tienen una historia muy larga que contar.

Regine asintió con la cabeza, esa era una visión optimista ante las calamidades por las que habían pasado las obras perdurables, sin embargo, se preguntó cuánto valor real les añadía el tiempo. Se detuvieron frente al guardia y Carson volvió a hablar cuando este los miró.

—Tenemos reserva a nombre de Regine Karpovich —dijo Carson.

El hombre revisó en su lista y se hizo a un lado para dejarles pasar.

—Disfruten de la música —respondió.

Carson miró alrededor antes de agradecer y pasar con Regine. Lo miró fijamente, preguntándose por la verdadera razón por la que todavía estaba ahí con él. Podía haber ido con cualquiera, o incluso solo, pero lo escogió a él.

¿Por qué a él, de entre tantas opciones?

¿Por qué ahora, después de tantos años?

—¿Sucede algo? —preguntó su señor sin darse la vuelta, como si pudiera escuchar los pensamientos del mayordomo. Caminaba por delante de él, cada paso era elegante, poderoso, resonando contra las paredes del pasillo. En cambio, los que le seguían eran silenciosos y gentiles, como si no quisieran disturbar al primero. El dueño de estos últimos era la sombra, el que se encargaba de la obra principal ocultándose detrás del telón. Nunca al lado del director, pero siempre cerca.

—Pensé que iba a traer a otro invitado, señor —respondió con sinceridad mientras agachaba ligeramente la cabeza, mostrando su respeto. El contrario tardó un poco en responder.

—Otra persona me arruinaría la experiencia con sus tontas habladurías. —Ralentizó un poco el paso para caminar al lado Carson y lo miró—. Confío en que tú no lo harás.

—No lo haré, señor —aseguró, esbozando una sonrisa—. Muchas gracias —le agradeció nuevamente. En su mente todavía permanecían las mismas preguntas, pero desistió, sabiendo que no encontraría las respuestas que buscaba.

Regine fue hasta sus asientos en uno de los palcos del auditorio, le gustaba la privacidad. Observaba de reojo a Carson cuando se sentó, preguntándose si disfrutaría del concierto. Creyó que tal vez disfrutaría ese tipo de experiencias, siendo que apenas tenía tiempo para otros

intereses. La presencia de su mayordomo no lo incomodaba, además sabía cuando mantener silencio, por lo que no sería un problema durante el concierto.

Se cruzó de piernas observando a las personas en el patio de butacas bajo él, todos llevaban ropa elegante, vestidos y trajes, algunos de colores atrevidos y otros más clásicos. Regine prefería admirar el color de la tapicería, un carmín oscuro que le provocaba calidez. De todos modos, se fijó en los asistentes. Un hombre con bigote que sonreía mientras le hablaba a su acompañante, una mujer con vestido verde que dejaba una de sus piernas al descubierto, esta parecía estar más interesada en una pelirroja dos filas más adelante. Fijándose en el anillo de matrimonio en la mano de cada uno, pensó en que no durarían mucho tiempo juntos.

Repentinamente, sintió como su piel se erizaba y levantó de golpe la mirada hacia uno de los palcos laterales. Ahí encontró a un hombre mayor que apartó los ojos de él, disimulando una charla junto al que parecía su hijo, un chico rubio que se removía en su asiento y lanzaba miradas nerviosas hacia el escenario.

—Llevaba mirando un rato —informó Carson a su lado, con la vista hacia la misma dirección, luego se giró hacia Regine—. ¿Lo conoce?

El de ojos azules negó con la cabeza frunciendo levemente el ceño, preguntándose si, en cambio, ese hombre lo conocía a él. Dejó pasar el asunto cuando las luces se atenuaron y los músicos tomaron asiento. Contó en silencio los instrumentos que había, asegurándose de que la orquesta entera estuviera ahí, se sintió satisfecho al ver que ese era el caso.

Carson no volvió a hablar al ver que comenzaba el concierto, se sentía feliz, no solo por poder verlo, sino por hacerlo junto a Regine. Normalmente, esperaba fuera hasta que terminaba, oyendo la música desde la distancia, del mismo modo que observaba a su señor. Esta vez, podría verlo disfrutar de la música en un asiento privilegiado para él: a su lado. Se sobresaltó al oír los instrumentos comenzar a sonar a la vez, no esperaba que el volumen fuera tan alto. El hombre a su lado le lanzó una mirada rápida y se sintió tentado a disculparse, pero no quiso disturbarlo más.

Sonrió mientras miraba los instrumentos, parecían hablar los unos con los otros, en perfecta sintonía. No entendía cómo podía ser capaz de entender cómo se sentían únicamente con el sonar de unas notas, pero pensó en que la música debía ser un lenguaje universal que cualquiera podría entender. Pronto se dejó llevar por la melodía, disfrutando de algunas composiciones que había visto escuchar a Regine en la mansión.

Giró levemente la cabeza hacia un lado para observar a su señor, con curiosidad por ver sus reacciones. Al verlo, su corazón se detuvo por un segundo antes de comenzar a latir con fuerza. Podía ver sus ojos azules brillar con entusiasmo mientras observaba a los músicos, su rostro iluminado, dejándose llevar por lo que escuchaba. El mayordomo se quedó congelado, sin poder

mover un músculo, incluso cuando su señor puso los ojos sobre él.

Tal vez, fue por culpa de la música que pareció envolverlo en ese preciso instante, le hizo sentir como si estuvieran en un lugar completamente diferente donde solo ellos dos existían. Ya no había nadie alrededor, no estaban en el auditorio, no estaban en ese mundo. Acercó la mano hacia la de Regine, sin desear otra cosa más que poder sostenerlo.

Entonces, su señor cortó el contacto visual y volvió a fijar la mirada en el escenario, devolviendo a Carson de una bofetada al mundo real. El moreno tragó saliva apretando el puño sobre su muslo, dándose cuenta de que el único atrapado por la música y un mundo que no existía era él. Las notas lo habían sacudido con crueldad, presentando lo imposible frente a él únicamente para arrebatárselo al segundo siguiente. Mordiendo el interior de su mejilla, recordó el rostro de Regine, preguntándose si él mismo se veía así al verlo o si solamente era presente en sus ojos el dolor permanente de su pecho.

Debió haber sido masoquista, pues durante el resto del concierto se quedó observándolo, pero, a diferencia de antes, esta vez mantuvo las defensas altas sin relajarse en ningún momento para no caer nuevamente en aquella agridulce trampa.

Al terminar el concierto, horas después, Regine se sentía renovado, como un hombre diferente. Sus preocupaciones momentáneas se habían disipado. Los violines se habían llevado sus pensamientos, las trompetas los problemas. Pensó en ir a hablar con el director y felicitarlo, sin embargo, volvió a notar como el mismo hombre de antes lo miraba. Tensó la mandíbula sintiendo como el individuo nuevo en el que se había convertido segundos atrás se esfumaba. Aun así hizo ver como que no se había dado cuenta de que lo estaban vigilando. Se preguntó si formaba parte de algún grupo. Después de todo, con tantos enemigos, se había acostumbrado a que esa fuera su principal preocupación, el quién, no el porqué.

Se puso en pie y miró a Carson, él asintió ligeramente con la cabeza, actuando de la misma manera antes de tomar su teléfono y enviar un mensaje a sus guardias avisando sobre la situación antes de salir del palco. Ambos caminaron en silencio hacia el pasillo principal, desviaron su ruta y fueron hacia la puerta trasera, en dirección contraria a donde iban el resto de personas.

Solo se oían sus pasos por el pasillo y las voces en el pabellón central eran solo un murmuro bajo. Regine respiró hondo y se detuvo un metro antes de la unión de otro pasillo que salía de su izquierda. Rápidamente, miró hacia las esquinas en el techo, comprobando que no hubiera cámaras presenciando lo que estaba a punto de pasar.

En ese momento, el hombre que los estaba siguiendo salió de ese pasillo, viéndose sorprendido al encontrarlos de frente. Sonrió amablemente y asintió levemente con la cabeza a forma de saludo. Regine miró a Carson y luego dio un paso hacia atrás, dejando que este se acercase. El individuo, al ver que el mayordomo se acercaba a él, metió la mano dentro de su chaqueta,

sacando una pistola con la que iba a dispararles. Carson fue rápido, nada más ver el brillo que reflejaba el mango negro del arma, acortó el espacio que quedaba entre ambos y golpeó su muñeca con fuerza, tomando la pistola y levantándola, apuntando directamente a la sien de ese desconocido.

Regine observó la interacción en silencio, preguntándose por qué últimamente todos parecían subestimarlo.

—Dígale a su hijo que salga, sé que está detrás y le aseguro que mi mayordomo no tardará más de dos segundos en dispararle a usted y luego a él.

Como si confirmase las palabras de su señor, Carson asintió mirando al hombre frente a él. No disfrutaba de la violencia, de hecho, prefería resolver las cosas de forma pacífica, pero si la seguridad de su señor estaba en juego, no dudaría en apretar el gatillo.

El individuo miró a ambos hombres antes de tragar saliva. No parecía tener miedo del arma que lo apuntaba, pero sí parecía en desacuerdo con involucrar a su hijo en ello. Regine entrecerró los ojos, era imposible que ese hombre no formase parte de una organización. Era común ver en los criminales independientes un valor elevado ante su propia vida, pues era lo que usaban para conseguir lo que anhelaban, el medio para el fin. En un grupo, la mayoría eran peones, mano de obra que podía ser remplazada siempre que el líder no se viera afectado. La cabeza de la serpiente tiene una importancia diferente a la cola.

Por lo que podía ver en los ojos verdes sin brillo de ese hombre, formaba parte de una cola.

—Baja el arma —dijo una voz tensa a su espalda. Regine se giró para observar al joven, tenía gran parecido con su padre, pero se notaba su falta de experiencia en el temblor de la mano con la que alzaba su pistola. Carson no movió ni un músculo, todavía mirando al mayor, pero atento a cualquier movimiento del chico.

—Fermín, vete —gruñó su padre alternando la mirada entre los presentes.

Regine comenzó a caminar hacia él, a pesar de que este todavía alzaba el arma. Pudo sentir la tensión acumulándose en Carson detrás de él. Al acercarse pudo ver que ese tal Fermín parecía tener la misma edad que Mario, su pelo rubio le recordaba a él.

—¿Por qué traería a su propia debilidad con usted? —preguntó mientras avanzaba, viendo como el chico retrocedía varios pasos.

—Voy a disparar —susurró el joven con voz temblorosa, casi como si intentase convencerse a sí mismo.

—¡Déjelo en paz! —exclamó su padre, sin embargo, sus palabras fueron ignoradas.

—Adelante, no tienes a dónde ir —Regine lo miraba fijamente a los ojos, se acercaba y el chico no podía retroceder más, había chocado su espalda con la pared—. Dispara, mátame a mí y luego a mi mayordomo. Huye con tu padre… Consigue la recompensa. Sobrevive. —Dejó que el silenciador de la pistola tocase su pecho—. ¿No querrás decepcionarlo, verdad? —ladeó la cabeza—. Su propio hijo, dejándole morir. Trágico.

—Voy a disparar —volvió a avisar, esta vez su voz sonaba más alterada. No podía apartar la mirada de Regine.

—Una vez salgamos de aquí me lo llevaré—Regine observaba el miedo en sus ojos verdes—. Me aseguraré de que hable, sin embargo, cuando lo haga, no seré yo el que termine con él —miró hacia Carson mientras todavía hablaba con el chico—. ¿Sabes lo decepcionado que estaría tu padre?

El chico cerró los ojos con fuerza, deseando no oír más esas palabras y, jadeando como si se fuera a ahogar, apretó varias veces el gatillo, temblando violentamente sin poder oír nada por culpa del sonido de su propio pulso. Abrió lentamente los ojos segundos más tarde, viendo como el cuerpo alto frente a él no se había derrumbado. Todavía seguía intentando procesar aquello, cuando unas manos pálidas y frías tomaron su pistola, no se opuso, siendo incapaz de poder moverse. El hombre se inclinó sobre él.

—No has quitado el seguro, Fermín —susurró.

Observó en silencio al rubio, preguntándose si Mario hubiera hecho lo mismo en esa situación. Una sensación amarga se instaló en su garganta y aguantó las ganas de soltar una risa igual de tóxica al reconocer que su hijo hubiese estado más que encantado de dejado morir.

En ese momento, un par de hombres trajeados y corpulentos entraron por la puerta de salida, tomando al hijo y al padre.

—Señor, nos los llevamos —informó el más musculoso de ellos.

—Beretta 92FS. —Giró el arma en su mano observándola, era demasiado genérica como para atribuirla a una organización en particular. Se la dio al guardia que acababa de hablar—. Necesito saber quién los ha mandado, no me importa el método que utilicéis.

—Diré todo —dijo repentinamente el padre—. Pero dejad a mi hijo, él no tiene nada que ver, tampoco sabe nada —pidió el hombre mayor, tragándose su orgullo para proteger al chico.

—¡No! —exclamó el rubio, corriendo hacia él antes de que Travis, uno de los guardias, lo detuviera, sosteniendo sus antebrazos desde atrás.

Regine alternó la mirada entre ambos y arqueó ligeramente una ceja, acercándose al hombre. Carson bajó el arma, separándose para que pudieran hablar.

—Debería haberse asegurado de que podía protegerlo antes de venir aquí —dijo con frialdad —. No actúe como una víctima, usted mismo lo ha matado. —Levantó la mirada hacia Carson y le hizo una leve señal con la cabeza. Salió de ahí con él, oyendo dos voces todavía suplicando a su espalda.

El resto del día pasó con velocidad sin más sorpresas. Fue lo habitual: trabajo, más trabajo y una cena incómoda entre Mario y Regine, pues ninguno de los dos habló con el otro. La vida en la mansión no solía ser muy excitante, todo giraba en torno a los negocios. No era aburrido para Carson, quien disfrutaba de aprender cada día nuevas cosas, su señor podía ser frío y reservado, pero era alguien culto con el que se podían tener conversaciones realmente interesantes si se encontraba con ánimos.

Todos estaban durmiendo, o deberían, sin embargo, Carson pasó horas dando vueltas en su cama. Todavía estaba inquieto por los eventos durante el día, demasiadas emociones que necesitaba procesar. Sus sábanas parecían haberse transformado en rocas pesadas que aplastaban su cuerpo y no lo dejaban respirar. Hizo otro intento de acomodarse, pero, apartando las mantas junto a un suspiro de exasperación, se sentó dándose por vencido. No podía dormir.

Al escuchar un par de pasos pesados en su techo supuso que no era el único en una situación parecida y se puso en pie. La habitación de Regine estaba justo sobre la suya, era el mismo caso que con la de Rosa y la de Mario, por lo que podía escuchar cuando se levantaba. Se pasó las manos por la cara y consideró ponerse de nuevo el uniforme hasta que escuchó la puerta del piso superior cerrarse, decidió no perder tiempo.

No encendió la luz de su habitación al salir, pero sí utilizó la linterna de su teléfono cuando caminó por los pasillos, no quería despertar a más personas. Subió por las escaleras que había a un lado del pasillo y así llegó al primer piso. No se detuvo ahí y siguió hasta el segundo, sabiendo que seguramente su señor había vuelto a ir a… Suspiró, preguntándose si algún día Regine sería capaz de dejar todo eso en el pasado.

No tuvo que caminar mucho más hasta encontrar a su figura detenida en medio del pasillo, observando fijamente la puerta de una habitación que estaba prohibido abrir. Gracias a su pijama de seda blanco, la silueta se podía distinguir de la oscuridad que lo rodeaba. Carson no se asustó, sabía quien era, pero las historias sobre fantasmas que le contaba Regine ciertamente lo hacían ir con precaución, por las dudas.

Encendió las luces del pasillo antes de acercarse en silencio hasta llegar a su lado. Regine seguía mirando la puerta, tenso y absorto en sus propios pensamientos. Carson no quiso preguntar por qué estaba ahí, lo sabía aun cuando su señor nunca se atrevió a decirlo, sin embargo, mantenía la esperanza de que algún día lo hiciera, solo entonces podría intentar ayudarlo.

—¿Señor, quiere que le prepare una infusión? —habló en voz baja sin saber bien si se había dado cuenta de que estaba a su lado, dudó si volver a repetirse en un tono más alto.

—¿No es como una prisión? —murmuró sin apartar la mirada de la puerta—. Todos estamos aquí atrapados por un motivo u otro.

Se oyó a Carson respirar hondo.

—Sabe que estoy aquí por decisión propia —refutó y, cuando Regine lo miró, trató de sonreír un poco.

—Aun si no lo hubieras decidido… estás igual de atrapado que el resto —se acercó a él, sus ojos se veían agotados y Carson sintió su estómago tensarse al no encontrar ningún resto de la mirada entusiasmada que tenía durante el concierto.

El mayordomo asintió interiormente dolido por el hecho de que el contrario pensase que obligándolo a quedarse era la única forma en la que se mantendría a su lado. No tenía planes de abandonar la mansión, abandonar a su familia, abandonarlo a él. No podía ni siquiera pensar en eso.

—No me voy a ir, ni aunque pudiera —dijo bajando la voz hasta que solo ellos dos la escuchaban, fijando los ojos sobre los de su señor para que supiera que hablaba en serio.

Regine bajó la mirada a sus labios por un segundo y luego, asintiendo, se alejó.

—Iré a la sala de estar, llévame la infusión ahí cuando la prepares —habló de espaldas a él, bajando por las escaleras.

Carson se dio prisa en volver a apagar las luces y caminar a su lado con la linterna del teléfono. Lo acompañó hasta la sala de estar, donde encendió las dos lámparas de pie al lado del televisor, tenían un brillo cálido y no muy intenso. Después de asegurarse de que todo era correcto, fue a la cocina.

Regine caminó con Carson al lado, se sintió más relajado al no tener que cruzar solo esos pasillos. Cuando llegaron, se dejó caer en el sofá, agradeciendo internamente que no hubiera encendido la lámpara de araña que colgaba del techo, era demasiado luminosa y no ayudaría con su migraña. Odiaba ese tipo de noches, en las que no podía dormir, los recuerdos lo abrumaban y al día siguiente no podía dar el máximo de sí mismo. Aun así, le reconfortaba saber que su mayordomo iría tras él al levantarse y le ayudaría a reconciliar el sueño, siempre lo hacía.

Quiso distraerse un poco, así que encendió el televisor y dejó lo primero que apareció en pantalla: un documental sobre pingüinos. La fauna de la Antártida no era uno de sus mayores intereses, pero no le apetecía ver dramas o películas románticas. Pensó en ir a buscar otro pedazo de tarta de limón de la mañana, sin embargo, Carson volvió con su infusión. Este le dio la taza sobre un platillo y echó un vistazo a los pingüinos que se agrupaban para mantener el calor y sonrió.

—Siéntate —le ordenó Regine señalando hacia el sofá con la cabeza.

Carson se sentó a su lado, manteniendo una distancia prudente entre ambos. Lo observó mientras bebía la infusión.

—¿Está bien así? —preguntó. Regine solo asintió antes de dejar la taza sobre la mesita que había al lado del sofá. Cerró los ojos, dejando caer la cabeza hacia atrás sobre el respaldo. Para Carson, no pasó desapercibido el movimiento que hizo la nuez en su cuello al tragar.

Durante unos minutos únicamente se escuchó la voz del narrador del documental. El mayordomo incluso llegó a pensar que su señor se había quedado dormido, no obstante, su respiración no era del todo calmada. Regine abrió los ojos con cansancio.

—¿Si te concedieran un deseo, poder hacer cualquier cosa, qué elegirías? —Movió entonces la cabeza hacia un lado, sin quitarla del respaldo, mirándolo directamente.

Era una pregunta inesperada, pero no sorpresiva, Regine disfrutaba de pequeñas charlas sobre situaciones hipotéticas y dilemas filosóficos. Normalmente, hablaba de esos temas cuando quería distraerse. Además, poder adentrarse un poco más en los pensamientos de aquel reservado hombre era más que un placer para el mayordomo.

Sin embargo, para desgracia de Carson, sin que pudiera evitarlo, su mente creó mil escenas, todas relacionadas con el hombre sentado a su lado. Se lo imaginó a su lado al despertar, preparando el desayuno juntos, permitiéndose hacer todas las cosas que se había prohibido a sí mismo todos esos años. Se lo imaginó riendo, siendo un hombre que se permitía sentir. En ese momento, deseó cada una de esas cosas, lo deseó a él. Pero todas esas posibilidades se clavaron en su pecho, atravesándolo sin piedad y recordándole que no vendría ningún genio a concederle nada y, aunque le dolía terriblemente, reunió todas sus fuerzas para sonreírle con amabilidad.

—No lo sé, señor, supongo que nunca me lo había planteado —respondió.

Regine lo observó durante unos segundos, como si hubiera estado esperando otra respuesta.

—¿No hay nada que te guste? —tomó de nuevo la taza y se terminó la bebida.

A Carson le sorprendió la pregunta, no por ella en sí, sino porque no sabía como responder. Toda su vida había estado centrado en las actividades dentro de la mansión, nunca había tenido tiempo de explorar y descubrir sus pasatiempos.

—Estoy satisfecho aquí, en la mansión —reflexionó—. No tengo algo así como un pasatiempo, aunque sabe que disfruto de la lectura.

—¿Y si pudieras escapar en los libros? —volvió a colocar la taza en la mesita, miraba a Carson con interés.

«¿Y alejarme de usted?», pensó el mayordomo.

—Son solo historias ficticias, creo que deberían mantenerse así —contestó en su lugar y quiso cambiar la dirección de la conversación al sentirse interrogado—. ¿Usted qué haría? —Imitándole, apoyó la cabeza en el respaldo, sosteniendo su mirada.

Regine pareció reflexionarlo profundamente antes de hablar.

—Considero que tener la posibilidad de hacer cualquier cosa es más gratificante que la acción en sí —miró hacia la pantalla—. Una vez que utilizases esa oportunidad, la perderías en un único momento. Preferiría conservarla —volvió a cerrar los ojos.

Eso tenía sentido, aunque el mayordomo no sabía si para él esa decisión sería la correcta. A él no le importaba el sentimiento de poder, aunque tal vez su deseo estaba relacionado con ello, tener el poder de ver a la persona que amaba feliz. Pensándolo así, usaría su deseo sin dudarlo.

Después de unos minutos, Carson se preguntó si Regine seguía navegando por todas esas posibilidades, no obstante, su respiración se había calmado. Ahora su pecho se elevaba y descendía con lentitud, estaba dormido.

Esbozando una pequeña sonrisa, sostuvo con cuidado su nuca y lo tumbó en el sofá, su señor lo mataría si lo llevase como a un niño en brazos hasta la cama. Aun así, se levantó y puso una manta sobre su cuerpo, intentando que estuviera lo más cómodo posible.

Arrodillándose a su lado, se fijó en la tensión de su rostro y en un mechón de pelo negro que caía sobre su frente. Permitiéndose un lujo que no debía tener, aprovechó para pasar los dedos por su cabello, bajo la excusa de poder acomodarlo. Era suave, y aunque quiso seguir acariciándolo, se obligó a apartar la mano, aun cuando Regine pareció relajar su expresión ante el tacto.

Había tanto que deseaba de su señor, pero se conformaba con pequeñas cosas que significaban el mundo entero para él. Solo quería poder decirle lo mucho que le importaba. Sintiendo su pecho apretarse, nuevamente, se dejó llevar por sus esperanzas y decidió que si le concedieran un segundo deseo lo utilizaría para poder acariciar su rostro cuando estuviera despierto.

—Buenas noches, señor —susurró volviendo a forzar una sonrisa, aunque sintiera su corazón agrietarse cada vez que las formaba.

Se quedó despierto el resto de la noche, a su lado.

Capítulo 5

22 años antes (Edad: 16 años)

Regine pateaba las hojas secas bajo sus pies mientras esperaba a su amigo. Sonrió al ver a Carson corriendo hacia él. Por las tardes solían quedar frente al árbol más grande del jardín, algo alejado de la mansión. Gracias a la frondosidad de este, si subían lo suficiente nadie podía verlos. Después de tantos años ocultándose de sus padres, habían llegado a la conclusión de que ese era el mejor lugar para estar sin que los molestaran.

—Comenzaba a pensar que no vendrías —dijo mientras observaba como el moreno se inclinaba apoyando las manos en sus muslos y luchaba por recuperar el aliento. El chico había corrido lo más rápido que pudo para no hacerlo esperar demasiado—. ¿Por qué has tardado tanto? —Dio un paso hacia él y puso la mano sobre su espalda, preocupado porque se fuera a ahogar al oír como respiraba.

—Lo siento —respondió Carson cuando pudo hablar—. Mi padre me hizo limpiar todo el suelo de la sala de baile.

—¿A ti solo? —Regine levantó una ceja, la sala de baile era enorme, construida para celebrar fiestas con una gran cantidad de invitados, debió haber sido más que agotador. Dio una suave palmada sobre la mejilla de su amigo—. Al menos ahora podrás descansar un poco.

Carson asintió con la cabeza y juntó sus propias manos entrelazando los dedos, se agachó un poco, colocándolas frente a su amigo para que pusiera su pie sobre ellas. Este no dudó, aprovechando el impulso de sus manos para saltar y agarrarse a una gruesa rama. Se sacudió en el aire un poco hasta que logró subir, entonces se inclinó y tomó la mano del contrario para ayudarle a llegar hasta él. Subieron un par de metros más y se sentaron uno al frente del otro, Regine apoyado contra el tronco del árbol.

—Si sigues creciendo ya no seré capaz de levantarte —dijo repentinamente, consciente de que la altura del menor había aumentado unos centímetros más en las últimas semanas.

Carson agradeció internamente que su color de piel pudiera cubrir el calor que estaba subiendo a sus mejillas. Negó con la cabeza.

—No soy el único que se hace mayor —respondió señalando su propio labio superior, haciendo referencia al extraño bigote en la cara de Regine. Este se pasó los dedos por el vello facial que se había dejado crecer.

—¿No te gusta? —Vio como Carson apartaba la mirada mientras mordisqueaba su mejilla, gesto que hacía cuando no quería o no sabía cómo responder. No pudo evitar reír—. Me lo quitaré en unos días.

A él tampoco le agradaba, aunque su cara no tenía rasgos femeninos, ese bigote desentonaba con él. Sin embargo, ver la cara de desaprobación de su padre valía la pena. Podía aguantar un poco más si se trataba de molestarlo.

Durante un buen rato estuvieron hablando de cómo había ido su día. Carson le explicó las tareas que había realizado, además de anécdotas divertidas con los demás sirvientes. Regine habló sobre lo que había aprendido en clase, mantuvo la conversación alrededor de los estudios y no sobre sus compañeros. Cada uno escuchó en silencio el relato del contrario, pensando en que su día había sido más interesante que el propio.

Cuando se quedaron en silencio, Regine apoyó la cabeza en el tronco y observó el paisaje a través de un espacio entre las hojas. Desde ahí podía ver el campo y el camino de tierra hacia la montaña más cercana, siempre había querido llegar a la cima, pero solo conseguía llegar hasta la mitad de camino. A esa hora el sol comenzaba a ocultarse, así que todo estaba cubierto por un tono rojizo cálido. Sintió un hormigueo intenso en la punta de sus dedos, necesitaba pintar esa vista, pero no en ese momento, así que guardó la imagen en su mente para otra ocasión.

Carson, en cambio, miraba en silencio como ese mismo tono se colaba entre la vegetación del árbol y cubría al chico frente a él. Sonrió en silencio, recordando a un modelo que había visto en la portada de una revista. No podía negar que su amigo era atractivo. Regine lo miró y fue contagiado por su sonrisa.

—¿Qué es tan divertido? —se inclinó hacia adelante apoyando las manos sobre los muslos del moreno, este se sostuvo rápidamente a la rama cuando sintió su cuerpo tambalearse, asustado.

—No se apoye así, por favor, nos caeremos —avisó intentando ignorar la distancia entre ellos y el suelo. No tenía especial miedo a las alturas, pero caer desde ahí podía resultar fatal.

—¿Crees que te dejaría caer? —Regine rodeó su cintura y lo acercó más hacia él. La rama era gruesa y aguantaba perfectamente el peso de ambos, pero no quería arriesgarse a que se partiera con Carson en el extremo.

El menor no se opuso a acercarse, todavía sosteniéndose en la rama. Vio como sus rodillas se

rozaban y volvió a tener ese extraño sentimiento que aparecía constantemente cuando Regine estaba cerca. Intentando ignorar la aceleración de su pulso, quiso establecer conversación.

—¿Qué tal le fue el examen de matemáticas, ya le entregaron la corrección? —preguntó. A diferencia de él, el de ojos azules tenía dificultades con los números, por lo que Carson lo ayudaba a estudiar para sus exámenes. Esa vez no había sido una excepción, estuvieron repasando los ejercicios durante horas hasta que Regine pudo completarlos por sí solo.

El cuestionado desvió la mirada, mordisqueando su labio inferior antes de responder. Hubiera preferido no hablar de ello, le hacía sentir culpable haber gastado el tiempo de Carson solamente para obtener un resultado tan pobre.

—Aprobé, pero no con buena nota —respondió, sintiéndose desanimado—. Estuvimos mucho tiempo estudiando, debí haber practicado más por mi cuenta. —Negó con la cabeza, frunciendo el ceño hacia sí mismo, volviendo a culparse como había hecho horas antes en el aula.

Carson le sonrió apoyando la mano sobre su hombro con suavidad para animarle.

—La próxima vez irá mejor. No se preocupe por ello —mantuvo la sonrisa en su rostro, Regine pareció relajarse un poco al verla—. Además, aprobar sigue siendo un buen logro. ¿En qué se equivocó?

—Según Hannah, el procedimiento era correcto, lo que fallaban eran los cálculos —respondió mientras balanceaba un poco su pierna.

El moreno se sintió algo angustiado ante la mención de la chica. Le hacía feliz que Regine tuviera una amiga, no era muy abierto con los desconocidos, por lo que, una relación así, era algo bueno. No obstante, Carson no podía bloquear esos sentimientos, aparecían súbitamente sin que él se lo esperase.

Hannah era una buena chica, formaba parte del mismo grupo de clase que el señorito y era inteligente y bondadosa. Además, alguna vez la había visto cuando esperaba en la puerta de la academia y se veía hermosa, tenía el pelo dorado junto a unos ojos verdes que llamaban la atención fuera a donde fuera. Tal vez era por ello que le irritaba escuchar su nombre, porque era consciente de la buena pareja que podía hacer con Regine.

—Entonces, usted consiguió entender lo que le expliqué. Solamente debe practicar más los cálculos —Mantuvo una actitud positiva. Las matemáticas eran importantes, pero su amigo tenía otras habilidades en las que era excelente, como el arte y la música. Si quería mejorar su rendimiento en los números le ayudaría sin problema, pero si quería explotar los ámbitos en los que era bueno, también lo apoyaría plenamente.

Regine abrió la boca para responder, sin embargo, justo en ese momento, una voz femenina llamó al contrario a lo lejos.

—Adoro a tu madre, pero hay veces que no te deja respirar —se removió al ver que el moreno comenzaba a colocarse para bajar y él hizo lo mismo—. ¿Vas a ir?

—Debo hacerlo, le dije que estaría con usted y solo me llamase si era urgente. —Abrazando la rama en la que estaban, estiró las piernas para apoyarse en la de abajo.

—¿Le has dicho a tu madre que estábamos aquí? —frunció el ceño.

—No haría eso, señorito —negó con la cabeza—. El otro día nos vio cuando bajábamos. Pero me prometió que no se lo diría a nadie. —Sintió el escepticismo en la mirada que el de ojos azules le dio. Carson sí creía en las palabras de su madre, nunca antes le había mentido. Apartó la mirada cuando volvió a oírla llamarlo y, de repente, sintió el vacío bajo sus pies.

Al ver como Carson resbalaba a cámara lenta, Regine se abalanzó hacia delante, tomó rápidamente y con fuerza la muñeca de este, sin embargo, no se esperó el ser arrastrado con él. Sin poder ver a lo que se agarraba, tuvo que apoyar la mano en lo primero que tuvo cerca. El peso del cuerpo del menor le obligó a apretar el lugar donde se sostenía y, aunque no sintió el dolor gracias a la adrenalina, si pudo notar la piel de su palma cortarse con algo punzante.

Los dos se miraron, Regine apretó más la muñeca de Carson al ver el vacío bajo él, negándose a soltarlo. Podía ver el miedo en los ojos del moreno, pero desapareció y, en su lugar, se apareció la preocupación cuando este fijó la mirada en la gota de sangre que caía por el antebrazo de Regine. Con esfuerzo, consiguió levantarlo lo suficiente para que volviera a poner sus pies sobre la rama, entonces se permitió respirar de nuevo, soltando primero un largo suspiro.

Carson terminó de bajar, esta vez prestando más atención a dónde apoyaba los pies.

—¿Señorito, está bien? —preguntó angustiado cuando llegó al suelo, acercándose para ayudarlo. Miraba hacia arriba mientras Regine bajaba, dejando marcas de sangre en la corteza.

Nada más sus pies tocaron la tierra, un pálido Carson se apresuró a sostener su mano herida, ahora empapada en rojo. Este miró alrededor con nerviosismo mientras Regine lo miraba fijamente, pensando en lo fugaz que podía ser la vida, quiso detener el tiempo en ese instante, donde ambos estaban seguros.

—¿Le duele mucho? —sacó un pañuelo de tela de su bolsillo y lo presionó sobre su herida. Se veía bastante mal, solo esperaba que no fuera demasiado grave. Sus propias manos temblaban, había sido su culpa, por no tener más cuidado, por haberse distraído, por haber accedido a subir a un sitio peligroso, por bajar primero, por…

—Carson. —La voz de Regine lo sacó de sus pensamientos y le obligó a levantar la mirada hacia él, justo cuando este apoyó la mano sana sobre su mejilla y le dio una suave caricia—. Estoy bien, dije que no te dejaría caer. Sabes que siempre mantengo mi palabra. —Vio al moreno agachar de nuevo la mirada hacia el pañuelo—. Solamente es un rasguño, vamos —insistió revolviendo sus rizos, alzó la mirada viendo a la madre del menor acercarse corriendo hacia ellos.

Recordaba haber sido llevado por ambos a la enfermería, varios sirvientes uniéndose a ellos, preocupados por su herida. Él observaba en silencio el corte mientras lo lavaban con agua, parecía haber alargado la línea de la vida de su palma. Levantó la mirada para ver a Carson y le sonrió agradecido.

Actualidad

Todos los sirvientes iban de un lado a otro con pasos rápidos, preparando los últimos detalles, todo debía ser perfecto. Carson ayudaba a llevar los platos del banquete, los colocaba sobre varias mesas que tenían dispuestas en la sala. Solo el olor le hacía salivar, se veía delicioso y esperaba que los invitados tuvieran el mismo criterio. Las botellas de vino también eran una buena elección, casi podía ver al espíritu de Mario rondando cerca de ellas. Casi era mejor para el rubio no estar presente. Adoraba las fiestas, pero no las de ese tipo, él era más como un alma libre. Además, por el último mensaje que recibió de los guardias que lo acompañaban, parecía ya estar divirtiéndose con un hombre que había conocido frente a su restaurante.

Después de girar el plato para que el estampado en este coincidiera con el de los demás, vio a Jackson buscando a su hermano pequeño, llevaban jugando al escondite desde temprano. Este lo vio, pero no devolvió la sonrisa que Carson le dio.

El día anterior habían discutido respecto al incidente con Mario. Resultaba que usaba el

alcohol como moneda de cambio para conseguir algunas cosas que quería. Aunque esas cosas estaban relacionadas con su pasión por la medicina, no lo justificaba, él era consciente del problema del rubio con la bebida. Se sintió decepcionado cuando descubrió su actitud, no obstante, entendía por qué lo hacía, era difícil aceptar el hecho de que no iba a salir de esa mansión. Jackson era un chico en una edad complicada que anhelaba conocer un mundo que le habían prohibido.

Aunque a final le prometió que hablaría con Regine para ver si podía hacer algo para ayudarlo, podía sentir la tensión en el aire cada vez que se acercaba. Esperaba que la situación mejorase un poco con el tiempo, era un buen chico.

—¿Ya hablaste las cosas con Jackson? —preguntó Rosa al acercarse a su lado, mirando a ambos.

—Algo así… Pensé en pedirle al señor que le permita trabajar con el doctor, pero no sé si aceptará. —Reflexionó, con pesar, que daba igual lo mucho que se esforzara en hacer las cosas bien para todos, Regine siempre tendría la última palabra.

—No pongas tanta presión sobre ti mismo, él sabe que lo intentas, solo está enfadado, dale tiempo —lo animó Rosa, frotando su espalda con sus ancianas manos.

Carson se sintió mejor ante el tacto, pero quiso cambiar el tema de la conversación.

—¿Usted no debería estar descansando? —tomó con suavidad su mano y caminó con ella hacia la puerta de la sala de baile. Últimamente, su salud no había sido muy buena, así que había estado en reposo la mayor parte del tiempo.

—¿Tú no deberías haberte vestido ya? —sonrió—. ¿Qué le vamos a hacer? —Carson sonrió con ella y se dejó llevar hacia las habitaciones—. No pude evitar ver el traje cuando lo trajeron, te verás hermoso —se detuvo frente a la puerta de su habitación y acarició su mejilla—. Tal vez conozcas a alguna mujer con la que formar una familia… o un hombre, hoy en día nunca se sabe —se encogió de hombros mientras Carson reía.

—Vaya a descansar, creo que ya comienza a delirar —soltó su mano y abrió la puerta mientras negaba con la cabeza.

—Ya voy, ya voy —respondió la mujer, riendo con él—. Recuerda divertirte también —sacudió la mano en el aire antes de entrar, el mayordomo fue a su propia habitación después.

Cuando Carson cerró su puerta, se apoyó sobre esta y miró el traje que descansaba doblado sobre su cama. Pensó en la idea de la familia y se sintió como si de repente pesara el doble. Por supuesto que quería tener un amor que fuera correspondido, pero no lograba imaginarse con

alguien que no fuera Regine, no quería imaginarse con alguien distinto.

El suave sonido de las agujas en su reloj de bolsillo le obligó a volver a la realidad. Caminó hasta su cama y se quitó la ropa mientras observaba el traje verde, su señor había elegido el color y no le disgustaba. Se puso los pantalones y ató sus zapatos, todo estaba hecho a medida para esa ocasión. Tomó su camisa cuando la puerta se abrió de golpe y una figura de rojo entró por ella cerrando tras él.

Se quedó quieto, sorprendido por la intrusión de Regine. Todavía tenía el pecho descubierto, a diferencia del contrario, que ya estaba completamente vestido. Por un momento creyó que su corazón iba a hacer un agujero en su pecho e iba a escapar por lo fuerte que latía. El color carmín de su traje destacaba, pero no tanto como lo hacían sus ojos azules tras la máscara, la cual resaltaba los afilados rasgos de su mandíbula.

—Señor, se ve estupendamente —Carson inclinó levemente la cabeza antes de ponerse la camisa, queriendo tapar su piel, la mirada del contrario comenzaba a hacer que esta ardiera.

Regine asintió en silencio, sin apartar los ojos del pecho desnudo del contrario. No solía verlo de ese modo, siempre estaba pulcramente arreglado, por lo que la vista era refrescante. Se acercó a él y apartó sus manos, abrochando él los botones de su camisa. Se tomaba su tiempo con cada botón, sus pensamientos eran un enigma.

—Se lo agradezco —dijo Carson intentando deshacerse de ese silencio no habitual. Se puso el chaleco y la levita, se preguntaba el por qué de la presencia de su señor, habían acordado reunirse en la entrada para recibir a los invitados. Antes de poder preguntar escuchó su voz.

—El sastre hizo un buen trabajo —dijo Regine de repente, mientras tomaba la máscara y pasaba los brazos por detrás de la cabeza de Carson para poder atarla, podía solo haber pedido al mayordomo que se diera la vuelta.

El moreno no pudo responder, con la mandíbula apretada y el cuerpo quieto, observaba el rostro del contrario a centímetros del propio mientras le dejaba atar su máscara. Regine levantó la mirada, sus ojos se cruzaron y, aunque ya había terminado de colocarla, no se apartó. El pulso de Carson se aceleró súbitamente cuando los segundos pasaron y la distancia entre ellos no aumentaba. Como si fuera una dulce maldición, sentía como el azul bajo el accesorio en la cara de su señor se convertía en la gravedad de su mundo, atrayéndolo inevitablemente hacia él. Mientras luchaba contra esa fuerza para no inclinarse hacia delante, pudo ver como ese azul en los ojos del contrario era consumido por el negro de sus pupilas al dilatarse.

Los ojos de Regine bajaron hasta sus labios y las manos de Carson comenzaron a temblar.

Regine se separó rápidamente al oír unos pasos acercándose a la habitación. Un segundo

después llamaron a la puerta y abrieron sin esperar primero una respuesta. Farah apareció tras ella, su sonrisa animada se borró al ver al de traje rojo en esa habitación. Su mirada alternó entre él y Carson por un segundo antes de cambiar su postura.

—Los invitados ya están llegando, señor —informó, agachando la cabeza con respeto.

Esa fue la excusa perfecta para que Regine saliera de la habitación sin decir nada más, ignorando lo que acababa de pasar y sin siquiera mirar hacia atrás. Carson también se movió, yendo tras él como siempre, siendo bloqueado por Farah cuando intentó salir.

No le pasó por desapercibida la mirada que le daba Farah, estaba frunciendo el ceño y mirándolo con total seriedad. Tragó saliva, asustado. ¿Se habría dado cuenta de la forma en la que había mirado a su señor?

—Espero que sepas lo que haces —murmuró Farah antes de negar con la cabeza y salir.

¿Qué acababa de pasar?

Carson tuvo ganas de maldecir, eso había sido un desastre. Primero Regine había aparecido, todavía no sabía para qué, y cuando parecía que se había conseguido acercar un poco más, apareció Farah en el peor momento. No tenía sentido gastar su energía en un enfado injustificado, menos cuando era la preocupación lo que se lo estaba comiendo. Confiaba en Farah, era buena chica, aun así toda la escena había sido un gran descuido que no podía permitir.

Se obligó a dejar esos pensamientos de lado, tragando con fuerza las agujas que sentía en su garganta y deshaciéndose de cualquier esperanza estúpida que burbujease en el fondo de su estómago. Regine necesitaba a su mayordomo, no a un hombre dañado e inseguro incapaz de hacer su trabajo. Caminó con largos pasos para alcanzar a su señor, el cual encontró detenido en medio de un pasillo observando un jarrón grande.

Cuando consiguió llegar a su lado, se dio cuenta del pequeño cuerpo escondido detrás del jarrón y reprimió una pequeña sonrisa al darse cuenta de que era Marlon, el hermano pequeño de Jackson. El pequeño miró a Regine, y sin reconocerlo, llevó uno de sus diminutos dedos a sus labios, pidiéndole que guardara silencio.

Carson se acercó rápidamente para tomarlo, pero Regine lo interrumpió poniendo la mano en medio.

—Déjalo —ordenó, resumiendo su paso. Estaba de buen humor, además el niño no molestaba a nadie.

Carson obedeció, pero le preocupó que el niño pudiera salir corriendo y chocar contra algún invitado.

Fue hasta la sala de baile con él, recibiendo a los invitados a medida que llegaban. Ya habían pasado las ocho de la noche, pero todos se veían con más energía que en un día normal, o tal vez solo lo aparentaban, su especialidad. Cada persona parecía haber llamado a sus mejores sastres para elaborar su atuendo, y es que, aunque Regine no había indicado ningún código de vestimenta, más que las máscaras, todos llevaban vestidos y trajes extravagantes de época.

Los invitados habían sido puntuales, habían llegado exactamente a la hora estipulada. Regine miró en silencio la sala desde una esquina, todos se veían animados, hablaban entre ellos y algunos ya se habían servido alguna copa de vino. Se cruzó de brazos volviendo a repasar con la mirada a los invitados. De repente tuvo el sentimiento de que había algo que se sentía fuera de lugar, sin embargo, no estaba seguro del qué.

Los dos agentes que lo habían atacado en el auditorio la semana pasada no habían revelado mucho sobre quién estaba detrás de ello, pero eso solamente confirmaba sus sospechas: alguien poderoso intentaba darle caza. Por más que intentó conseguir más información sobre ello, únicamente le llegaban datos contradictorios que complicaban la investigación, por lo que supo que estaba lidiando con algo bastante peligroso esa vez.

—Ya han llegado todos los invitados, señor —informó Carson, colocándose a su lado—. Esperan unas palabras antes de comenzar.

Esa era la parte que Regine más odiaba. No tenía problemas en hablar frente a multitudes, pero no era alguien especialmente extrovertido.

—¿Quiere que…? —empezó a sugerir Carson.

—No hace falta —respondió, tomando la copa de vino blanco que le ofreció el mayordomo y dirigiéndose frente al banquete, donde todos pudieran escucharlo.

Tan pronto como se detuvo y alzó la mirada hacia la multitud frente a él, se hizo el silencio.

—Les doy la bienvenida a todos los presentes —comenzó a hablar con voz firme y alta que resonaba en la sala—. Tal y como habrán escuchado, la situación en los altos cargos es tensa. En unas semanas se celebrarán las elecciones presidenciales y saben bien lo que ello conlleva: investigaciones policiales, cuentas bancarias congeladas… Interrumpirán cualquier trato del que puedan sacar beneficios. Sucedió hace cuatro años y, sin duda alguna, volverá a suceder.

Se mantuvo unos segundos en silencio, que aprovechó para pasar la mirada por los presentes, escuchaban con atención, después de todo, era un tema que los involucraba directamente.

—Nadie quedará sin ser escrutado, sin importar su posición. Y cuando llegue el momento, confío plenamente en su apoyo, al igual que ustedes contarán con el mío. —Alzó su copa de vino hacia los invitados mientras ellos asentían y alzaban las suyas—. Disfruten de la velada —terminó el discurso, viendo como algunos de los presentes aplaudían y creaban sonrisas falsas.

Quiso mantener el discurso conciso, sabía que los billetes eran el idioma que más se ganaría a los hombres y mujeres que se encontraban ahí. Esas palabras no eran más que formalidades que solo servían para hacerles sentir como que no cometían abominaciones, como que no jugaban con la vida de cualquier ser, como si todo lo que hacían fuera honorable.

Era plenamente consciente de que no contaría con su apoyo si no fuera por su posición. La gran mayoría huiría en cuanto las cosas se pusieran demasiado oscuras, pero con lo que no contaban es que entonces daría igual lo profundo que estuviera, Regine siempre saldría de entre las sombras para atraparlos uno a uno, obligándolos a pagar su parte del trato. Les estaba haciendo creer que podían decidir si apoyarlo o no.

Al finalizar su discurso, vio a su mayordomo desaparecer rápidamente entre la multitud, al mismo tiempo que los músicos comenzaban a tocar. Quiso ir tras él, pero un grupo de hombres se acercaron a él para hablar sobre negocios. Hizo su mejor intento por socializar, pero oír tantos porcentajes y números hacía que su cabeza comenzase a doler y no era así como esperaba pasar esa velada. Estuvo unos minutos hablando con ellos, tratando de mostrarse mínimamente interesado, aún sabiendo que su expresión facial siempre era la misma, fría e indiferente, por lo menos la máscara conseguía ocultarlo.

Cuando encontró a Carson, este estaba hablando con un hombre que lo miraba con desdén. Jasmine, una de sus sirvientas, estaba a su lado, se la veía sumamente incómoda mientras trataba de arreglar la falda de su uniforme.

Excusándose de su conversación, Regine dejó su copa sobre la mesa del banquete y se dirigió hacia ahí, colocándose detrás del hombre, en silencio. Llegó justo a tiempo para escuchar como Carson terminaba de reprenderlo.

—… y tendré que pedirle que se retire si mantiene ese comportamiento —el mayordomo hablaba con seriedad, manteniendo a Jasmine detrás de él, ella sostenía su mano con fuerza mientras hacía su mejor intento por permanecer calmada. El moreno levantó la mirada del hombre para ver a Regine, pero la volvió a bajar cuando el individuo rio.

—¿Por una sirvienta? Vamos, hombre —hizo un movimiento con la mano para quitarle importancia, sin embargo, al ver como Carson lo seguía mirando con severidad se detuvo, frunciendo el ceño en su lugar—. No te creas tanto solo por llevar esa ropa, sigues siendo el mayordomo —tomó la pajarita de Carson y la torció mientras hablaba. Sonrió con superioridad

antes de darse la vuelta para irse, encontrando a Regine detrás de él. Su cara palideció de inmediato.

El de ojos azules no se molestó en inclinarse, en cambio, lo miró desde arriba.

—Señor Peters, yo no repetiré las palabras del señor Doyle tan amablemente. —Regine pudo sentir la confusión de Carson al oírle usar su apellido, la sirvienta a su lado parecía igual de sorprendida que él—. Vuelva a poner la mano sobre cualquiera de mis sirvientes y le aseguro que no volverá a tocar nada más —lo miró con frialdad, entonces atacó en su punto más débil—. ¿Cómo acariciará entonces a su pequeña hija?

Ante la mención de su hija, ese tal Peters no pudo hacer más que apretar los puños, disculparse y retirarse de ahí lo más rápido posible. Gracias a la música, nadie, excepto los implicados, se habían dado cuenta de la situación.

Regine, entonces, miró a Carson en silencio, este lo miró a él. Jasmine observó a ambos, sintiendo como la tensión en el ambiente comenzaba a sofocarla. Los dos hombres parecían comunicarse con miradas, aun así, ninguno se atrevía a hablar. Tragó saliva viendo a Lily, su mejor amiga, hacerle señales sutiles desde la puerta.

—Les agradezco mucho la ayuda —dijo con una pequeña reverencia antes de ir junto a su amiga, no quería estar a solas de nuevo.

Carson apartó la mirada de Regine para despedirse de ella.

—Avísame a mí o a los otros si necesitas algo —dijo, soltando con delicadeza su mano, dejando que se fuera.

—Si ves a otro invitado comportarse de ese modo, haz que se retire —ordenó Regine, tomando la pajarita de Carson y acomodándola de nuevo.

—De acuerdo, señor —respondió, quedándose quieto para que pudiera acomodar el accesorio. A su mente volvió la escena en su habitación, pero rápidamente desapareció al escuchar una risa infantil a su derecha, por lo que giró la cabeza y pudo ver a Jackson alzar en brazos a su hermano pequeño y abrazarlo. Casi reprimió un suspiro mientras se preguntaba cómo arreglar las cosas con él.

—¿Qué sucede? —preguntó su señor, haciendo que sus ojos se posaran de nuevo sobre él.

—Quería hablar con usted sobre eso, pero no creo que sea el momento adecuado —esbozó una dulce sonrisa para que no se preocupase. Regine solo lo miró en silencio, obligándolo a seguir

hablando—. Es sobre Jackson.

—¿Necesita más libros? —caminó hacia el banquete con Carson, donde tomó una de las chocolatinas servidas y se la ofreció. Este la aceptó, soltando una suave risa cuando lo invadió la nostalgia.

—Es un chico inteligente, está interesado por la medicina —miró de nuevo hacia su dirección, dándose cuenta del odio con el que Jackson miraba a los hombres y mujeres que ahora bailaban y se divertían al son de la música—. No sé si sería posible ayudarlo de algún modo. Tal vez hablar con el doctor para que le enseñe algunas cosas. —Mordió el interior de su mejilla, esperando la respuesta de Regine.

El de ojos azules se metió una de las chocolatinas en la boca. Masticó en silencio, sin prisa, antes de responder.

—Pensaré sobre ello —dijo, antes de comerse otra chocolatina.

Carson lo imitó, saboreando algo que era demasiado dulce para su paladar adulto. Aunque no era la mejor de las respuestas, por lo menos no era un no.

Era una decisión complicada, no podía dejar que los sirvientes fueran libremente donde quisieran. Podían poner en peligro a todos, sin embargo, muchos no lo entendían y solo se sentían como prisioneros de Regine, sin darse cuenta de que él estaba igual de atrapado.

En el momento en el que uno de sus sirvientes pusiera un pie fuera de la mansión, sus enemigos irían a por él. Intentarían sacar toda la información posible de lo que ocurre dentro de sus muros, protegidos por múltiples guardias, y no dudarían en utilizar los métodos que fueran necesarios para ello. Y, aunque había excepciones, como su jardinero, el doctor privado o los guardias, que vivían en sus respectivos hogares, era debido a que ellos podían protegerse, estaban entrenados para ello.

Mientras comía chocolates, volvió a mirar alrededor del salón, más parejas se estaban uniendo al baile, algunos se movían torpemente, solo para divertirse.

—¿No va a ir, señor? —preguntó Carson a su lado, observando a dos mujeres jóvenes bailar juntas, riendo, mientras intentaban no pisar el vestido de la otra.

—No lo creo —respondió, pensando si tomar otra chocolatina sería abusivo.

—¿Ni siquiera si lo invito?

Regine miró al mayordomo a su lado, que alzaba una mano hacia él, esperando a que la tomase mientras sonreía.

Carson sabía que tal vez se había arriesgado demasiado, sin embargo, prefería intentarlo antes que dejar a su señor hartarse a dulces. Podría incluso animar su humor. El nudo que comenzaba a formarse en su garganta se apretaba a medida que pasaban los segundos.

—Es una invitación del señor Doyle —trató de bromear para deshacerse de los nervios.

Uno de los ojos de Regine se entrecerró ligeramente mientras negaba con la cabeza, estaba reprimiendo una sonrisa y eso causó que la de Carson se hiciera más amplia.

—En ese caso no puedo negarme —respondió antes de tomar su mano.

Llevando a Regine más cerca de la pista donde todos bailaban, posó una mano sobre su costado, extendiendo el brazo con el que sostenía la de su señor. Aunque la canción que sonaba ya había empezado momentos antes, se unieron a su sonar, sin esperar a que esta acabase o comenzase la siguiente.

Ninguno de los dos bajó la mirada para evitar pisar al otro, se miraban fijamente mientras sus cuerpos se movían al unísono, desplazándose entre las personas que se movían a su alrededor. Giraron a la vez, soltando el agarre de una mano solamente para volver a juntarlas después. Carson observaba como, la luz de las lámparas en el techo se reflejaba directamente en los ojos azules del contrario, haciendo que estos brillasen cada vez que alzaba la mirada hacia él.

—¿Has estado practicando en secreto sin mí? —preguntó Regine de repente, sin pasar por alto la habilidad de su mayordomo al moverse.

Recordaba con claridad como el moreno tropezaba una y otra vez cuando comenzaron a aprender, muchos años atrás. A pesar de que su instructor solía reprocharles seguidamente por reírse durante las clases, siempre acababan carcajeando, sin poder evitar contagiarse con la risa del otro. El mayordomo seguramente recordaba lo mismo, pues sonrió, recordando esos tiempos donde la relación entre ambos no era tan complicada.

—Usted también ha mejorado mucho, debo decir —respondió.

—Qué puedo decir, he tenido un buen compañero de práctica.

—Ciertamente, debe haber sido alguien habilidoso —bromeó consciente de su torpeza juvenil.

Entonces una pequeña sonrisa divertida se formó en los labios de su señor, una que solo

Carson pudo llegar a ver. La música dejó de sonar y, aunque ambos se detuvieron, no se separaron del otro. Los sitios donde sus manos se apoyaban quemaban, sin embargo, los dos aceptaban ese fuego, aceptaban arder juntos.

El mayordomo observaba a su señor en silencio, casi sin parpadear, lamentando que en cuanto lo hiciera, perdería un segundo de ese instante, que guardaría bajo llave muy dentro suyo.

Regine cortó el contacto visual, al ver una figura al otro lado de la habitación. Se fijó en ella por encima del hombro de Carson. El hombre que lo observaba, apoyado contra la pared y con los brazos cruzados, sonrió bajo una máscara que cubría casi todo su rostro, alzando su cara. A pesar de la distancia, pudo ver como sus ojos verdes brillaban antes de gesticular con los labios. Regine pudo leer en ellos:

«Corre»

La piel de sus brazos se erizó y, tomando a Carson por la chaqueta, tiró de él, agachándose justo cuando una bala rozó por encima de ellos, impactando en el cráneo de una mujer a su lado. Pudo verla caer a cámara lenta, muerta antes de tocar el suelo. Durante unos segundos solo oyó el silencio, hasta que un grito, acompañado del sonido de las ventanas rompiéndose, desataron el caos en el lugar.

Capítulo 6

Actualidad

Carson, al oír el primer disparo, no tardó más de un segundo en tomar a Regine por el antebrazo y correr con él hacia la salida mientras lo cubría con su cuerpo, con un solo objetivo en mente: protegerlo.

Regine, en cambio, se dio el lujo de observar alrededor mientras corrían. Entre las copas rompiéndose, los cuerpos cayendo y el sonido de los gritos, pudo ver a los atacantes. Eran hombres con trajes de asalto, completamente equipados, que habían entrado por las ventanas y disparaban a todo lo que se movía. Sus propios guardias respondieron con la misma lluvia de balas, indicando a gritos a todos los presentes que se agachasen.

Entre el caos, algunos invitados intentaron salir de ahí por su cuenta, ignorando las indicaciones de los guardias. Así fue como, al salir por la puerta que daba al jardín, se encontraron de frente con más de esos agentes que no dudaron en abrir fuego contra ellos. El de ojos azules podría haber sentido pena por la cantidad de personas que caían sin vida al suelo, sin embargo, no podía dejar de preguntarse cómo los asaltantes habían conseguido entrar, burlándose de toda la seguridad que tenía.

Llegaron hasta la puerta de entrada, que se conectaba con el interior de la mansión, donde, al parecer, todavía no había agentes. Era casi un milagro que todavía no hubiesen recibido ningún disparo. Iban a continuar corriendo, aprovechando los segundos de ventaja que habían conseguido, cuando una voz entre la multitud hizo que Carson se detuviera en seco y se girase.

—¡¡Marlon!! —El desesperado grito de Jackson cruzó por toda la sala mientras intentaba abrirse paso hacia su hermano pequeño, que estaba quieto mirando alrededor y se apartaba con torpeza cuando alguien pasaba por su lado corriendo. El pequeño observaba todo, sintiendo bajo sus pies las vibraciones que producían las personas corriendo y los cuerpos que caían al suelo. A su alrededor se desarrollaba un caos que para él era silencioso.

Esa era la parte que no debería haber visto el mayordomo, su propia familia corriendo y luchando por esconderse de las balas, por llegar hasta sus seres más queridos, por sobrevivir. Miró hacia su señor, ni siquiera le hizo falta hablar para que este supiera lo que iba a hacer. Sin

perder más tiempo, dio un paso hacia el interior de la sala para ir a buscar al pequeño. No obstante, Regine tiró de su levita hacia atrás y entró corriendo en su lugar. Carson abrió ampliamente los ojos, no lo llamó para no llamar la atención de los atacantes, pero de inmediato echó a correr tras él para cubrirlo, sintiendo como si un enorme agujero se hubiera formado bajo sus pies. Miró rápidamente alrededor, buscando algún arma para poder defenderse cuando alguien lo llamó.

—¡Eh, mayordomo! —gritó un hombre con máscara y traje negro antes de lanzarle una pistola desde el otro lado de la sala. Sin tiempo para poder agradecer, solamente tomó el arma en el aire y disparó hacia los atacantes mientras Regine tomaba al niño en brazos y corría de nuevo hacia la salida, esquivando los cuerpos inertes a su paso.

Carson corrió tras él, echando un último vistazo hacia Jackson, al que acababan de golpear en la cabeza y estaba en el suelo, mirando al agente que lo apuntaba. Antes de que este pudiera disparar, el mayordomo lo hizo antes, viendo como su cadáver caía sobre el joven. Finalmente, salieron de ahí, corriendo por los pasillos, buscando una habitación lo suficientemente segura para esconderse. Sin embargo, aunque subieron al primer piso, el caos no sonaba muy lejos de ellos.

Cuando escuchó los disparos lo suficientemente lejos, Regine se detuvo en un pasillo vacío. Respiraba agitado, no podían seguir corriendo con el niño en brazos, era demasiado peligroso. Por ello, se acercó a uno de los armarios donde guardaban los objetos de limpieza, entre otros utensilios, y lo abrió. Ahí se inclinó y metió dentro a Marlon.

—¿Te gusta jugar al escondite? —tomó una sábana mientras hablaba, el pequeño solo lo miraba fijamente mientras se encogía dentro del armario, sin comprender bien lo que estaba sucediendo. Regine lo miró por unos segundos antes de alzar las manos y signar con ellas palabras básicas—. *Quédate aquí. No salgas* —signó, esperando unos segundos hasta que Marlon levantó su pequeña mano y frotó su dedo corazón en la base de su dedo pulgar mientras asentía. Cuando se aseguró de que lo había entendido, puso la sábana y algunas toallas sobre él, ocultándolo bajo ellas. Luego, cerró la puerta del armario y se incorporó, mirando a Carson.

El mayordomo observaba a su señor, nunca lo había visto arriesgarse de esa forma por un sirviente, mucho menos en una situación como esa. En ese momento se había sentido como si estuviera frente al mismo amigo que había perdido tiempo atrás, sin embargo, todavía sentía recorrer por su cuerpo el miedo que apareció cuando este volvió a entrar a la sala. Había sido demasiado peligroso. Separó sus labios para hablar justo cuando unos pasos se oyeron, estos provenían de un lado del pasillo. Carson alzó su arma hacia esa dirección antes de darse cuenta de que también se aproximaban por el otro lado. Pronto dos hombres completamente equipados se acercaron a ellos con las armas en alto, acorralándolos.

—Aquí Bravo siete, estamos en el primer piso, pasillo norte. Tenemos a Karpovich y a su mayordomo —dijo uno de ellos, apoyando un dedo sobre su auricular, luego volvió a sostener su

arma con firmeza, sin siquiera pestañear, sus ojos no tenían brillo—. Baje el arma o nos veremos obligados a disparar —ordenó dando un paso hacia Carson.

El mayordomo, aún consciente del hombre que se acercaba por el otro extremo del pasillo, tampoco apartó la mirada del agente que les había hablado. No podía arriesgarse a disparar a uno, no había lugar donde cubrirse para después disparar al otro, además Marlon estaba en el armario, y el mueble no era precisamente a prueba de balas. Aun así, no se movió, esperando a las órdenes de Regine.

El de ojos azules observó en silencio a ambos agentes, luego comenzó a caminar hacia la ventana, alejándose del armario. Apoyó ambas manos sobre el alfeizar interior y se inclinó hacia el exterior, el guardia que todavía no había hablado lo apuntaba a él.

—¿Qué le parecen las flores? —dijo Regine, con la frialdad inquebrantable de siempre, mirando a través de la ventana—. El jardinero se aseguró de que se vieran lo mejor posible esta noche. Lamentablemente, quedarán cubiertas por la pólvora —susurró lo último para sí mismo, luego se giró y miró a su mayordomo.

—Baje el arma, no lo volveré a repetir —respondió el agente mientras daba otro paso hacia ellos. Hizo caso omiso a las palabras de Regine. Sin embargo, Carson supo exactamente lo que este le estaba pidiendo.

El mayordomo, entonces, contuvo la respiración y apretó la mandíbula antes de disparar hacia la cara del agente, manteniendo el brazo firme para no fallar el disparo. Vio a cámara lenta cómo caía mientras un segundo disparo a su espalda rompía la ventana. Por unos segundos tuvo que aprender a respirar de nuevo y el tiempo volvió a correr con normalidad.

Miró hacia una de las torres de vigilancia del exterior, donde el destello de un francotirador le deslumbró los ojos antes de posar el reflejo de la luz roja sobre una de las puertas. Casi pudo sentir la mirada intensa del hombre que los protegía a través de la mirilla, el jardinero. Dentro de esa gran mansión, los sirvientes, a excepción del mayordomo, eran los únicos que no habían pasado por un arduo entrenamiento. Necesitaban tener una gran seguridad para ese tipo de ataques, por ello, la mayoría de los guardias eran excelentes en su ámbito. Eso incluía al jardinero, un agente desertor que solía ser la mejor arma a distancia que poseían las fuerzas del gobierno. Jamás fallaba un disparo.

—Vamos.

La mano de Regine apretó con fuerza su antebrazo, guiándolo inmediatamente a la puerta sobre la que se mantenía el destello de luz, lo arrastró con él dentro de la habitación mientras más pasos se acercaban hacia el pasillo. Al entrar, cerraron la puerta tras ellos y miraron alrededor buscando un buen lugar para esconderse, solo tenían un par de segundos más para decidir.

Se encontraban en una de las habitaciones de servicio. Había una gran cantidad de productos de limpieza apilados en el suelo y organizados en estanterías. Un grupo de taquillas llamó la atención de Carson, que se acercó inmediatamente y abrió una de ellas, sacando una fregona con su cubo del interior. Mientras tanto, Regine tiró varias botellas de detergente por el suelo para destapar uno de los conductos de ventilación que estaba al nivel del suelo. Abrió la rejilla que lo cubría antes de volver a acercarse a las taquillas, no les daría tiempo a escapar por el conducto de ventilación, pero podría funcionar como una distracción.

Los sonoros disparos del jardinero impactaron en varios de los atacantes que estaban al otro lado de la puerta, sin embargo, se detuvieron súbitamente, Carson supuso que lo habían encontrado en la torre de vigilancia. Miró entonces a Regine para que entrase en la taquilla, él tendría que vaciar otra, ya que no estaba seguro de que ambos cupieran en esa, aunque tampoco creía tener el tiempo suficiente para meterse en otra, estaban a punto de entrar. Tal vez solo debería quedarse fuera, procurando la seguridad de Regine como siempre había hecho.

Entonces, inesperadamente, volvió a ser arrastrado por su señor, esta vez dentro de la taquilla, cerrando la puerta de esta con ambos dentro. Sus cuerpos estaban pegados, presionándose contra el del contrario, ese lugar no estaba hecho para que dos hombres adultos entraran en él, pero tampoco tenían otra alternativa. No pasó ni un segundo desde que cerraron la puerta cuando los hombres armados entraron, disparando alrededor hacia todos los rincones de la habitación.

En cuanto entraron, Carson tomó la cintura de su señor con una mano, girándolo todo lo que el pequeño espacio le permitió para cubrirlo con su propio cuerpo mientras los asaltantes disparaban. Regine sintió el cuerpo del moreno encogerse y apretar la mandíbula para no hacer ningún ruido.

Pronto, un líquido caliente traspasó la ropa del mayordomo, convirtiendo su traje verde en el mismo color que el de su señor. Este último llevó una de sus manos hacia su espalda, presionando con fuerza sobre la zona que estaba sangrando, provocando que sus cuerpos se apretasen todavía más. Cuando a Carson se le escapó un jadeo de dolor, el contrario subió la mano hasta su cabeza, atrayéndolo para que escondiera su cara en su cuello, amortiguando su respiración errática contra su piel.

Cuando los disparos se detuvieron, se pudieron oír los pasos de los atacantes, entrando para inspeccionar la habitación. Carson cerró los ojos, esperando que la suerte estuviera de su parte esa vez, aun así, no lo dejó todo al destino y rodeó el cuerpo de Regine con sus brazos, cubriéndolo completamente con su cuerpo en caso de que volvieran a disparar. El de ojos azules hundió repentinamente los dedos entre su pelo, acariciándolo con suavidad para calmar al contrario, la tensión le causaría más dolor. El moreno trató de concentrarse en ello, en la propia respiración de su señor, incluso en como la piel de su cuello reaccionaba con cada suspiro que soltaba sobre ella.

—Revisen los conductos de ventilación, pueden haber escapado a través de ellos —dijo el que supuso que era el líder. Parecía que habían conseguido despistarlos por un momento, sin embargo, por la forma en la que este hablaba, Regine supo que eran profesionales. No sería tan sencillo—. Revisen la habitación antes de irnos.

Tan pronto como oyó esas palabras, el de ojos azules le quitó el arma a Carson, empuñándola y esperando a que abriesen la taquilla en la que se encontraban.

El abrazo de su mayordomo se apretó al escuchar los pasos acercándose, este pensaba en el protocolo que tenían sus guardias para las emergencias, preocupado por si no llegaban lo suficientemente rápido. Sentía injusto disfrutar de la cercanía de su señor en una situación así, pero se preguntó si le habían concedido un último deseo, ya ni siquiera podía mantenerse en pie por su cuenta.

La mano del líder de ese grupo se acercó a la primera taquilla, la que estaba justo al lado de en la que se escondían sus objetivos, y la abrió, se oyeron las armas apuntando firmemente a esta. Caminó entonces a la siguiente, no había forma de esconderse, si la abrían verían a ambos ahí, los tendrían a su merced. A pesar de ello, la respiración de Regine seguía calmada aun cuando su pulso se aceleraba, no estaba seguro si los culpables de ello eran los hombres en la habitación o el que se apoyaba contra él, a punto de perder el conocimiento por la pérdida de sangre.

Escuchó la respiración del líder del grupo a través del frío metal de la taquilla y alzó su arma hacia su dirección, una sorpresa por si llegaba a abrir la puerta. Entonces, justo cuando el desconocido puso la mano sobre la manilla, una fuerte explosión sacudió la habitación donde estaban, creando unas grietas inestables en la pared. Inmediatamente, los hombres se movieron, el líder habló a través de su radio.

—Bravo Uno para Alfa, ¿qué ha sido eso? Cambio. —Se quedó unos segundos en silencio antes de volver a preguntar, entonces alguien respondió.

—Aquí Alfa Uno, francotirador neutralizado. —Se oyó una pausa antes de que siguiera hablando—. No tenemos visual clara del resto de Alfa; la explosión ha sido en la sala de baile. Solicito autorización para retirarnos tras verificar el estado de Alfa, cambio.

El líder volvió a guardar silencio por un segundo antes de responder, pensando en que el ataque se había complicado mucho más de lo previsto.

—Realicen el recuento de bajas en Alfa. Tienen autorización para retirarse. Cambio y fuera —después de hablar se tomó el tiempo de mirar a sus hombres y asentir mientras estos alzaban nuevamente las armas y salían de la habitación con pasos rápidos.

Regine esperó unos segundos hasta dejar de oírlos, entonces, abrió la puerta de la taquilla. Tuvo que sostener a Carson cuando su cuerpo finalmente cedió, habiendo perdido la consciencia por la pérdida de sangre. Salió de la taquilla, arrastrando su cuerpo con él hasta tumbarlo en el suelo boca abajo. La mitad de la parte de atrás de su traje estaba cubierta de rojo hasta el muslo, la mano de Regine era del mismo color al apretar su herida intentando detener la hemorragia.

—Carson —lo llamó, pero no obtuvo respuesta.

Frunció el ceño y apretó la mandíbula, no podía perder la cabeza, necesitaba pensar en frío. Levantó la mirada y se fijó en una caja con una gran cruz roja que descansaba en la estantería. Fue hasta ahí y la tomó con prisas antes de volver a arrodillarse al lado de su mayordomo. Buscó dentro de la caja y encontró un par de gasas y vendas. Levantando todas las capas de las prendas, colocó inmediatamente las gasas y las aseguró con la venda, luego puso dos dedos sobre su cuello. Tenía el pulso débil.

Le retiró la máscara y observó su rostro, pálido, sin embargo, se veía como si estuviera descansando. Oyó un par de disparos a lo lejos y no tardó en rodear la cintura de Carson, pasando el brazo de este por sus hombros. Entonces, sosteniéndolo con fuerza, se levantó y salió de la habitación, caminando lo más rápido que podía por los pasillos, arrastrando el cuerpo del contrario. Recordaba haber corrido con él sobre esa misma alfombra, jamás se hubiera imaginado tenerlo que hacer en esa situación.

Respirar se volvió difícil por culpa del esfuerzo. Él no era una persona en baja forma, pero el cuerpo de su mayordomo pesaba más que el propio, correr en esa situación no era de las cosas más sencillas. A pesar de que todos sus músculos le pedían que se detuviera, no lo hizo. Siguió corriendo, sintiendo el peso de cada segundo sobre él, no era una herida superficial, pero se negaba a dejarlo tirado.

Sintió un peso imaginario aliviarse al encontrar a cinco de sus guardias al girar por un pasillo, que se acercaron corriendo tan pronto como los vieron y tomaron a Carson.

—Ha perdido mucha sangre —dijo Regine—. Llevadlo de inmediato al hospital —ordenó.

Observó en silencio como se lo llevaban dos de los guardias mientras el resto se quedaba con él. Sus propios pies lo traicionaron, dando un par de pasos tras Carson antes de obligarse a detenerse y dar la vuelta, tenía que ocuparse primero del caos que había en la planta baja. Volvió a girarse, solo para ver cómo desaparecían al doblar una esquina.

—¿Señor? —lo llamó uno de los guardias.

Carson estaría bien, o al menos, eso se dijo a sí mismo.

Con la compañía, bajó por las escaleras y se quitó la máscara, dejando que cayera al suelo. Al acercarse a la sala de baile apretó la mandíbula, deseando con todas sus fuerzas que no fuera tan malo, pero cuando abrió la puerta sus manos comenzaron a temblar.

Lo primero que vio fue la cantidad de cuerpos muertos que se apilaban en el suelo bajo los escombros, una de las paredes estaba completamente destrozada y el techo se caía a pedazos. Los lamentos y llantos de los heridos llenaban el lugar tal y como la música lo había hecho momentos antes. Parecía que se hubiera desatado una guerra en el salón.

Una figura joven se cruzó frente a su visión, esta sacaba a las personas de entre los escombros y los arrastraba hasta una esquina más estable de la sala. Lo reconoció como el sirviente que Carson había mencionado antes, Jackson. A pesar de tener la cara cubierta de sangre, el cuerpo sucio por los escombros y una herida en el muslo que no paraba de sangrar, cuando dejaba a alguien tumbado en la esquina de la sala volvía a moverse para sacar a otra persona atrapada bajo los escombros. No era el único ayudando, pero era el que dirigía a los demás y les decía dónde colocar a los heridos. Cuando este levantó la mirada y se fijó en Regine, no tardó más de un segundo en acercarse a él.

—¿Dónde está mi hermano? —preguntó con urgencia.

Al de ojos azules no le gustaba la forma en la que siempre lo miraba, los sirvientes solían bajar la mirada cuando hablaban con él, pero ese no era el caso con Jackson. Aun así, no mencionó nada al respecto. Miró a los heridos y pudo contar unas treinta personas, entre ellas había tanto sirvientes como invitados. Volvió a mirar al chico. En caso de emergencia, los invitados tenían prioridad , al menos esa era la teoría. Sin embargo, agradeció en silencio a Jackson por ocuparse de todos sin discriminación.

—En el armario, al lado de la sala de mantenimiento, primer piso. Está escondido —respondió. Tan pronto como lo hizo, el joven se dirigió hacia ahí, dejando huellas rojas en el suelo a su paso, por culpa de una herida en su pierna. Regine miró entonces a un guardia e hizo un leve movimiento con la cabeza hacia el chico para que fuera con él, no necesitaba más muertos en los pasillos.

Se acercó hacia los heridos y observó en silencio a una de las mujeres que antes bailaba, ahora lloraba sobre el cuerpo sin vida de su amiga. Los médicos llegarían pronto, eran a los primeros que avisaban en casos así, no obstante, no creía que llegasen a tiempo para todos. Cuando la mujer lo vio se puso en pie.

—¡Es tu culpa! —gritó.

Algunos heridos pusieron la mirada sobre ellos al oír el grito y un par de guardias se pusieron delante de ella para impedir que se acercara a Regine.

—¡¿Me oyes?! ¡Todo esto es tu culpa! —volvió a gritar antes de derrumbarse en el suelo, sobre el cuerpo de su amiga para llorar en su pecho sin vida.

Regine no respondió mientras la miraba. El olor de la pólvora, la sangre y los lamentos no eran algo nuevo para él, sin embargo, nunca habían atacado de esta manera dentro de los muros de su propia mansión, no pudo evitar preguntarse una y otra vez cuál había sido su error. Esa mujer tenía razón, todo lo sucedido ahora era responsabilidad suya, por no haberlo anticipado, por no haberlo detenido antes. Todas esas muertes ahora recaían sobre sus hombros, los fantasmas quedarían atrapados dentro de la mansión, para seguir atormentando a las generaciones futuras. Burlándose de esta noche por la eternidad.

Se giró al oír el susurro de una voz conocida, una que lo despertaba por las noches, pero como siempre, no vio a nadie. Entonces quiso extender una de sus manos hacia el lado, dándose cuenta de que el lugar que solía ocupar su mayordomo también estaba vacío.

Se permitió unos segundos para volver a ubicarse en la habitación, haciendo caso omiso de la mirada inexistente que sentía sobre su nuca. Necesitaba centrarse, mantener la calma. Volviendo a echar otro vistazo por la sala, vio al hombre que le avisó segundos antes del desastre, el mismo que luego le había dado el arma a Carson. Ya no llevaba su abrigo y su máscara estaba rota, por lo que uno de sus ojos estaba descubierto.

Regine se acercó al hombre mientras este tomaba una de las copas que milagrosamente se había salvado y se servía un poco de vino, que bebió sin saborear.

—Andrew Bennett —lo llamó cuando llegó a su lado—. ¿Desde hace cuánto lo sabía?

El contrario sonrió al verlo.

—Reg… —se calló antes de decir su nombre completo, consciente de la mirada que le estaba lanzando Regine, era mejor no buscar problemas—. No lo sabía. ¿Le apetece una copa de vino? —alzó la suya hacia el de ojos azules, que solo lo observaba fijamente. Andrew finalmente cedió —. Está bien, llamaron a uno de mis hombres, se especializa en desactivar sistemas de seguridad. Me pareció sospechoso que lo llamasen para trabajar cerca de la fecha de la fiesta, así que vine aquí a confirmar mis sospechas por mí mismo. —dijo mientras se servía otra copa de vino—. Parece que estaba en lo correcto. Ha sido una velada interesante.

Alzó una mano para dar una palmada sobre el hombro de Regine, pero la detuvo a mitad de camino después de pensarlo mejor. Dejó la copa de vino vacía sobre la mesa.

—No se equivoque, Bennett. Estoy buscando al responsable y usted y su comunidad están los primeros en la lista.

Andrew lo miró con seriedad por unos segundos.

—Sabe que yo no controlo los trabajos que aceptan, pero puede llamarme cuando me necesite. —No pudo reprimir la sonrisa que se le volvió a formar—. Y parece que va a ser pronto. No sé con quién se ha peleado ahora, pero esta vez los ha hecho enfadar de verdad —dijo Andrew, luego hizo una breve reverencia y se fue de ahí, sabiendo lo que le convenía.

Regine reflexionó sobre lo que le había dicho. El grupo de Andrew, si se le podía llamar así, estaba completamente desorganizado y aun así se mantenían juntos. Ellos eran los peones de la partida, capaces de hacer absolutamente cualquier cosa por un precio. Sin embargo, solo mantenían en silencio cualquier trabajo hasta que este se completaba, a no ser que se comprase también su silencio. El de ojos azules pensó entonces que este no había sido otro intento de asesinarlo sin más, había sido un plan elaborado no solamente para acabar con él, sino también con sus conexiones; los invitados.

Uno de sus guardias se acercó a él después de sacar uno de los cuerpos de los atacantes bajo los escombros, haciéndole salir de sus pensamientos.

—Señor, creo que es necesario que vea esto —lo guió hasta el cuerpo, uno que había colocado apartado del resto. Cuando llegaron, el guardia se inclinó y le quitó el chaleco antibalas, dejando a la vista su uniforme.

Regine se fijó primeramente en el estado del cuerpo, al parecer la explosión había sucedido muy cerca de él, teniendo en cuenta el estado en el que se encontraba. Sin embargo, lo que le llamó la atención fueron las siglas en su ropa junto a un logo rojo.

—Son de las fuerzas de operaciones especiales, señor —dijo el guardia.

Regine volvió a mirar hacia el lado esperando ver a Carson, tuvo que disimular el gesto. Los FGOE eran un grupo no público del gobierno. Ellos actuaban en las sombras, eliminando todo aquello que pudieran ver como una amenaza, sin miedo a represalias por la falta de eticidad en sus misiones. Regine había tratado con ellos anteriormente, formando un acuerdo con el que se suponía que no lo atacarían y él mantendría silencio sobre los secretos de estado que conocía. Claramente, con todo el descontrol de las elecciones presidenciales, alguien había decidido atacarlo, seguramente por su influencia en el resultado de estas.

Volvió a observar alrededor, todo era un caos, pero eso solo había comenzado. Los invitados que quedaban vivos y las familias de los que no habían tenido tanta suerte esperarían venganza, no se quedarían tranquilos hasta que se derramase más sangre. Así que no solamente tendría que recuperarse de esto, sino también pensar en una forma de devolver el ataque sin causar un golpe de estado.

La situación pintaba cada vez peor a medida que seguía pensando en el siguiente paso que debía tomar y, mientras observaba a los invitados llorar y pensaba en el estado de Carson, escuchaba cada vez más fuerte una voz grave que le susurraba:

Sigues siendo débil.

Capítulo 7

18 años antes (Edad: 20 años)

A Regine le gustaban los días como ese, el sol brillaba con fuerza, pero el viento hacía que el clima fuera agradable. Últimamente, pintaba cada vez menos, pero esa vez los colores del jardín se veían radiantes, no podía ignorar el cosquilleo en sus dedos. Por ello, se encontraba sentado en el jardín, recreando cada detalle del paisaje con sus pinceles.

Se fijó en una pequeña mariposa que decidió descansar sobre su paleta. Todavía absorto en los colores y las formas, tomó un poco de amarillo con cuidado para no espantarla y decidió añadirla a su cuadro. Estaba pintando la segunda ala cuando un balón chocó contra su pierna e hizo que el insecto se fuera volando.

—Mario, tenga cuidado, no tire el balón hacia ahí —dijo Carson a su espalda.

El mayordomo también había aprovechado el buen tiempo, pero para jugar un rato con el hijo de Regine en el jardín.

El de ojos azules todavía se sentía extraño al pensar en el pequeño como una creación suya. Todo había sucedido tan rápido que no había tenido tiempo para acostumbrarse, llegados a ese punto solo aceptaba cualquier cosa que viniera. No obstante, Mario había iluminado, aunque fuera un poco, su mundo, por lo que era algo que había acabado aceptando con gusto.

El pequeño se acercó corriendo con pasos torpes a buscar el balón. Cuando lo recogió del suelo levantó su carita para mirar a su padre con curiosidad. A Regine le tranquilizaba ver como eran tan diferentes entre sí, no podría soportar verlo convertirse en alguien igual a él… o a su padre. Mario tenía las facciones delicadas de su madre, además de su pelo liso y rubio, pero la prueba de que también tenía sus genes estaba en sus ojos, completamente azules, con la diferencia de que los suyos todavía mantenían la inocencia que Regine había perdido años atrás.

El rubio cambió su foco de atención hacia el cuadro, fijándose en la cantidad de colores que había en este y sonrió. Eso hizo sentir mejor a su padre, que lo cargó y lo sentó sobre sus piernas.

—¿Quieres intentar pintar algo tú? —le preguntó mientras tomaba de nuevo el pincel.

—¡Sí! —respondió Mario emocionado, dando pequeños saltos sobre sus piernas.

Carson se acercó hacia ellos, tomando el balón de las manos del rubio para que pudieran estar más cómodos. Mantuvo la distancia mientras esbozaba una pequeña sonrisa, se sentía feliz cada vez que los veía pasar tiempo juntos, consciente de que su señor estaba ocupado la mayor parte del tiempo.

Regine tomó la pequeña mano de Mario y la comenzó a pintar de amarillo mientras este se retorcía riendo por las cosquillas que le causaba, su padre reprimió una sonrisa mientras lo sostenía para que no se cayera.

—Tu mano será el sol, ¿dónde quieres ponerlo? —lo acercó al cuadro para que pudiera llegar.

Mario miró todo el lienzo y puso enérgicamente la mano sobre el césped que había pintado. Regine arqueó una ceja.

—¿El sol está en el suelo? —preguntó, intentando comprender la visión de su hijo.

El pequeño volvió a mirar el cuadro y apoyó de nuevo la mano sobre otra parte del césped mientras intentaba ocultar su risa. Regine entonces descubrió sus intenciones y sonrió antes de atacar la barriga de Mario con cosquillas.

—¿Así que lo haces a propósito, eh? —no detuvo su ataque.

—¡No! ¡No! —El rubio se retorcía entre carcajadas e intentaba escapar de los brazos de su padre—. ¡Cazon! —llamaba al mayordomo, pero veía como este solo reía a su lado.

Después de un minuto, Regine lo dejó tranquilo. Rodeó a su hijo con los brazos y, observando el cuadro detenidamente, asintió con la cabeza.

—Creo que dos soles en el suelo podrían funcionar, sí —concluyó. Sintió a Mario acurrucarse en sus brazos mientras este asentía del mismo modo con su cabeza dorada.

Regine escuchó un par de pasos a su espalda, parecía que habían llamado la atención de alguien a causa de las carcajadas del pequeño. No necesitó girarse para saber de quién se trataba, pudo adivinarlo solo con ver la postura firme y seria que adoptó Carson a su lado.

—¿Está todo listo para la reunión? —dijo el hombre detrás de él.

Mario se giró para verlo y se acurrucó más en el pecho de su padre, buscando protección.

—Sí, todos los documentos han sido organizados y los socios han confirmado su asistencia —respondió Regine mientras frotaba con suavidad la espalda de su pequeño.

—¿Has repasado lo que vas a decir, los acuerdos, cualquier imprevisto que pueda haber? —insistió el hombre. Ante el silencio del de ojos azules continuó hablando—. Deberías estar considerando todo eso antes de venir a pintar. Ve a revisar todo. —Se acercó por su espalda para observar la pintura—. Y deshazte de ese cuadro.

Regine apretó con suavidad a Mario contra su pecho mientras se ponía en pie. Era consciente de que sus palabras eran solo una excusa para apartarlo de cualquier cosa que él no consideraba apropiada.

Ahora que se fijaba mejor, el jardín no se veía tan brillante, los colores estaban apagados, muchas de las flores marchitas. Le hubiera gustado seguir viendo el paisaje vibrante de antes, no obstante, ya no podía hacer nada más al respecto.

—Sí, padre —respondió con tono monótono, como si su interior estuviera vacío. Dejó que Carson cargase a Mario y, antes de irse, se giró para mirarlo—. Deshazte del cuadro.

No quiso quedarse a ver como los ojos del rubio se humedecían al preguntarle a Carson si había sido por su culpa.

Actualidad

Regine se frotó los ojos con fuerza antes de tomar otro sorbo de café, el cansancio consumía su cuerpo, adolorido por el sillón en el que había pasado toda la noche.

Tan pronto como el ataque terminó y hubo dado las indicaciones de llevar al hospital al resto de invitados, comenzó el trabajo. Horas y horas de llamadas, de acuerdos, de investigación. Todos los planes de negocio que había hecho tenían que volver a estructurarse a raíz de lo que había sucedido la noche pasada. Sin embargo, lo peor era que cuando conseguía arreglar un problema, otro surgía, por no hablar de ni siquiera contar con la ayuda de su mayordomo.

Levantó la mirada de su ordenador portátil y observó a Carson, durmiendo sobre la cama. Según el doctor, se encontraba estable, pero la herida podría haber causado un final peor. Tal vez, si no hubieran llegado a tiempo… Frunció el ceño, se negaba a pensar en eso, el moreno estaría bien.

Estaban en la habitación del mayordomo, Regine fue hacia ahí en cuanto escuchó que lo habían traído de vuelta a la mansión después de una cirugía para extraer la bala y varias transfusiones de sangre. Estaba ahí para vigilar su estado, pero había algo en la presencia del moreno que le hacía calmarse, como si las cosas estuvieran en orden, aunque ese no fuera el caso.

Levantándose del sillón para aclarar su mente y tomar un descanso, se estiró antes de apretar uno de sus hombros con la mano. Con el paso de los años, haber pasado tantas horas sentado trabajando comenzaba a pasarle factura. Intentaba mantenerse lo más sano posible, pero eso no siempre encajaba en sus planes, como en esa ocasión, no sabía cuanto tiempo llevaba en ese incómodo sillón.

Al sentir una brisa se fijó en la pequeña ventana que había y se preguntó como, con tan poca ventilación, el lugar se sentía tan frío. Tampoco era un espacio muy grande, por lo que se sentía atrapado ahí.

Añadió en su lista de tareas mentales revisar la posibilidad de remodelar las ventanas en las habitaciones de los sirvientes para que dejasen de parecer celdas. Aunque de momento podía conformarse con una manta, al menos para deshacerse del frío. Viendo la sábana sobre Carson pensó en buscar otra para él, su condición empeoraría si además enfermaba.

Caminó por la habitación hasta el armario, pero al abrirlo solo encontró los uniformes del mayordomo. Levantó una ceja al ver que conservaba todos los que le había comprado, ya estuvieran desgastados o viejos. Se preguntó por qué los guardaba en vez de tirarlos.

Arrodillándose, abrió los cajones de la parte inferior del mueble, encontrando la mayoría vacíos hasta que llegó al último, ahí vio un objeto rectangular envuelto en una tela. Antes de tomarlo miró hacia la cama, el mayordomo parecía esconder más secretos de los que esperaba.

Volviendo a mirar la tela, desenvolvió el objeto, encontrando un cuadro que al principio no

reconoció hasta que vio dos pequeñas palmas amarillas sobre el césped que había pintado en este. Se quedó inmóvil, los recuerdos de ese día llenando su mente mientras ponía su propia palma sobre la del cuadro. Pensó en lo mucho que había cambiado el autor de los soles en el césped, todavía recordaba con claridad como este solía perseguirlo a todas partes, ahora temblaba aterrorizado solo con verlo. Respiró hondo, recordar todo eso solamente le hacía desear volver a una época peligrosa que prefería olvidar.

Rápidamente, volvió a envolver el cuadro y lo puso tal y como lo había encontrado, sintiendo que había visto algo que el mayordomo había ocultado por una razón. Se incorporó, se acercó hasta donde reposaba Carson y lo miró fijamente. ¿Cuán presente tenía su pasado? ¿Por qué no era capaz de olvidar todo eso como lo había hecho él? Podría preguntarle al despertar, pero tenía el presentimiento de que no quería oír la respuesta.

Al ver su expresión tranquila volvió a recordar en silencio los sucesos de la fiesta, como sonreía mientras bailaban, como lo abrazó dentro de la taquilla, su respiración mientras trataba de mantenerse en silencio… Se frotó el cuello con una mano, su piel se había erizado como si todavía pudiera sentirlo. Estuvo tan cerca de él, sus cuerpos tocándose por completo y, a pesar de ello, no se sintió mal. Su tacto era el único que no le hacía querer vomitar, siempre era delicado, respetuoso, sin intenciones oscuras detrás de ello. Se sentía cómodo con él.

Extendió el brazo hacia su pelo despeinado, le gustaba verlo de ese modo, con sus rizos sueltos, se veía más humano. A veces dudaba que lo fuera, siempre era perfecto en todo lo que hacía, no llegaba tarde ni un segundo y parecía saber siempre lo que quería, hecho que facilitaba mucho su propio trabajo.

Todavía enfocado en sus rizos, tal y como lo había hecho cientos de veces en su infancia, volvió a hundir los dedos entre ellos. Lo acarició tomándose su tiempo, jugando con los mechones que envolvían su mano, aprovechando que nadie estaba ahí para juzgarlo.

Entonces, la cabeza de Carson se apoyó sobre su mano. Regine casi tuvo que reprimir una sonrisa, parecía que había cosas que no cambiaban ni siquiera con el paso del tiempo. Bajó la mano hacia la mejilla del moreno, que volvió a apoyarse en ella, esta vez rozando sus labios sobre la palma y suspirando mientras esbozaba una sonrisa.

Regine contuvo la respiración por un momento mientras un escalofrío recorría todo su cuerpo. Sus labios eran suaves, y su aliento le hacía recordar vívidamente la sensación de este sobre su cuello. Sintió el inesperado impulso de inclinarse hacia delante para sentirlo más de cerca.

Estaba seguro de que con la cantidad de calmantes y la anestesia que tenía Carson, este apenas estaba consciente; pero él sí y no podía sacarse de la mente la sensación que acababa de cruzar por todo su ser, como si se hubiera acercado a una fruta prohibida y quisiera dar mucho más que solo un bocado.

Pasó el pulgar lentamente por su mejilla, dirigiéndose tentadoramente hacia sus labios. La idea de acariciarlos cruzó por su mente antes de que la conciencia repentina de lo que estaba haciendo lo sacudiera, obligándolo a apartarse.

Frunció el ceño, apretando los puños para reprimir el temblor en sus manos. No podía hacer eso, no podía pensar de esa manera, era peligroso. Enfadado consigo mismo sintió la tensión acumularse en su cabeza, ese pequeño desliz del que no conocía su procedencia le acababa de causar otro problema más. Le relajó suponer que debía ser culpa del estrés, estaba seguro de que cualquier… tentación desaparecería en cuanto las cosas se calmasen.

De esa forma se excusaba, ignorando el momento en el que había decidido acercarse a él mientras el moreno se vestía, o lo muy consciente que era del tacto de su cuerpo. Fuera como fuera, sabía que todo eso solo traería problemas y ya que Carson parecía más que aceptar lo que fuera que estuviera haciendo, era el deber de Regine detenerlo. Estaba seguro de que el mayordomo no tenía ni idea del desastre en el que se quería adentrar, Regine sabía que si había alguna forma de protegerlo, era marcando distancias con él.

Aún sintiendo su pulso acelerado, volvió a sentarse en el sillón cuando llamaron a la puerta, por ella entró el doctor privado que tenían, Izan Hafstain.

—Buenos días —saludó educadamente nada más abrir la puerta.

El hombre, un poco más joven que Regine, pero más corpulento, comenzó a revisar a Carson en silencio para asegurarse de que todo estaba correcto. Regine agradecía que fuera un individuo profesional, no podría soportar una conversación banal en ese momento.

Lo observaba hacer su trabajo en silencio, pretendía mantenerse así hasta que recordó la petición que le hizo el mayordomo sobre Jackson. Era un buen momento para comentarlo. No le gustaba la actitud del chico, pero ciertamente, según lo que sus guardias le habían dicho más tarde, este estuvo poniendo a salvo a los heridos aun cuando el tiroteo no había acabado. Confiaba en el criterio de Carson y, si este se lo había comentado, creía justo darle una oportunidad.

—¿Es capaz de enseñar sus conocimientos en medicina? —preguntó, rompiendo el silencio de la habitación.

El doctor no apartó la mirada de su paciente mientras respondía.

—He dirigido a estudiantes de medicina en sus prácticas. —Iluminó los ojos de Carson con una pequeña linterna, asegurándose de que no había daños cerebrales—. ¿Tiene algo en mente?

—Carson lo contactará cuando sea el momento —respondió antes de volver a quedarse callado.

El doctor comprobaba el estado de Carson con detenimiento, fijándose en cada pequeño detalle. Regine sabía que él tampoco había dormido esa noche, la cantidad de heridos que hubo no solo incluía a los invitados, que ya habían sido trasladados al hospital, sino también a los sirvientes, que no podían salir de la mansión por su propia seguridad. Por ello, Izan se había encargado de revisar y tratar personalmente a cada uno de ellos. E ignoraba su propio cansancio mientras seguía haciendo su trabajo a la perfección.

Regine había dudado en contratarlo después de que el anterior doctor falleciera, pero recientemente se había dado cuenta de que fue la decisión correcta, llevaba muchos años sirviendo a la mansión y nunca lo había decepcionado.

Después de varios minutos, el doctor recogió sus utensilios y los volvió a meter en su maletín.

—¿Está todo correcto? —preguntó Regine, viendo como el doctor volvió a colocar la sábana sobre el cuerpo del moreno.

—Sí. No hay signos de infección u otro tipo de daños por la cirugía —dijo antes de dirigirse hacia la puerta—. Debería seguir bajo los efectos de la anestesia durante unas horas más. Llámeme si surgen complicaciones, estaré por la mansión, atendiendo al resto de sirvientes.

—¿Puede avisar a algún sirviente para que traigan una manta? —preguntó cuando Izan abrió la puerta, este se limitó a asentir antes de irse, dejándolos solos de nuevo.

En cuanto cerró la puerta, tomó de nuevo su ordenador, colocándolo sobre sus muslos, podría usar el escritorio, pero desde ahí veía bien al moreno, se daría cuenta antes de si le sucedía algo. Aunque la valoración del doctor había conseguido relajarlo un poco sobre su condición, todavía tenía el presentimiento de que si apartaba la vista del mayordomo algo malo le sucedería.

Consiguió volver a concentrarse en los documentos que tenía en la pantalla, llenos de números, fechas y nombres. Escribía y subrayaba varias de esas filas, principalmente los negocios que se habían visto afectados, por lo que gran parte de la pantalla estaba marcada en rojo. Afortunadamente, tenía planes para gran parte de esos negocios, por si algún líder fallecía, pero que tantas personas muriesen a la vez alteraba la mayoría.

Todavía desconocía al individuo que había dado la orden de atacarlo y, por culpa del hermetismo entre los grupos gubernamentales, sería arriesgado indagar mucho. Había pensado en infiltrar a uno de sus hombres para obtener información, pero era un plan que primero quería consultar con Carson.

Un ruido lo sacó de su mente, obligándolo a mirar a su mayordomo, que había comenzado a murmurar cosas ininteligibles. Acercó el sillón hacia él, para entender qué decía.

—¿Señor?… —murmuraba una y otra vez, intentando abrir los ojos.

Regine dudó unos segundos antes de responder:

—Estoy aquí. —Vio los ojos del moreno abrirse ligeramente.

—Lo lamento, por… —no pudo terminar la frase antes de que los químicos volvieran a hacer efecto, llevándolo de vuelta al sueño profundo.

El otro hombre lo miró en silencio, fijándose de nuevo en sus labios, sus sentidos parecían haber aumentado, ya que podía escuchar cada respiración del moreno. Bajó la mirada hacia su pecho, cada vez que exhalaba, la camisa de su pijama dejaba ver algunas pistas de la piel que escondía bajo ella.

Volviendo a frotar sus ojos con las manos, se inclinó hacia delante, cubriendo mejor su cuerpo con la sábana. Esperaba que trajeran pronto la manta… y que no tardase mucho en recuperarse, así las cosas volverían a la normalidad.

Carson colgó la llamada después de despedirse, segundos después ya había marcado el siguiente número al que debía llamar. Habían pasado solo tres días desde su cirugía y, aunque se suponía que debería seguir descansando, al ver el caos tanto dentro como fuera de la mansión, no había sido capaz de quedarse en la cama. Gracias a los calmantes, no sentía tanto dolor y podía ayudar en ese tipo de tareas. Al fin y al cabo, debía hacer su trabajo.

Antes de llamar al siguiente individuo, revisó rápidamente sus mensajes privados, quería saber

si ya habían encontrado a Mario. Era consciente sobre su naturaleza rebelde, pero no era una idea muy sensata desaparecer con un hombre que acababa de conocer, tampoco mejoraba el estado de ánimo de Regine.

—¿Lo han encontrado ya? —preguntó su señor, sentado a su lado mientras hacía cambios a los documentos más importantes en su ordenador, relacionados con inversiones y finanzas.

No era como si no lo hubiera visto antes, pero cada vez que Carson se fijaba en el rostro del contrario le sorprendía verlo en tal estado. Estaba pálido, con un ceño fruncido permanente y unas ojeras profundas. Además, estaba seguro de que había dormido como máximo cuatro horas en los últimos tres días, principalmente porque había estado a su lado y, ese mismo día, había tenido que asumir la culpa por no haberlo despertado cuando se derrumbó sobre el escritorio. Por su parte, había querido acompañarlo en todo momento, pero su señor le había ordenado descansar y, aunque iba a su habitación a tumbarse, se quedaba despierto, aprovechando el tiempo para avanzar trabajo. ¿Cómo podría dejarlo solo en una situación así?

—Sí, ya lo están traye…

—Envía a alguien para que se deshaga del hombre con el que estaba —interrumpió sin apartar los ojos de la pantalla.

El contrario únicamente pudo asentir antes de mandar un par de mensajes concisos a uno de sus sicarios. No era una persona sin sentimientos, claramente sabía qué acciones en qué contexto estaban mal moralmente, pero no obedecer órdenes directas, empeoraría las cosas. No ponía en duda las decisiones de su señor, pero intentaba dañar a la menor cantidad posible de personas al cumplirlas.

La habitación volvió a caer en silencio y ambos siguieron con sus propias tareas. Podía sentir la tensión en el ambiente, Regine ni siquiera lo miraba y las veces que hablaba con él eran para darle alguna orden o consultar alguna decisión. Su relación no era tan abierta o afable, pero tampoco solía ser tan distante como en esos últimos días.

Había repasado mil veces mentalmente cada una de sus acciones desde la noche de la fiesta, intentando encontrar algún error que explicase por qué lo trataba así, estaba seguro de que no era solamente por el estrés de la situación. Sin embargo, por más que buscaba, no encontraba nada. Claro que se había planteado el preguntarle directamente, pero no era el mejor momento para estresarlo todavía más con sus dudas absurdas, si había hecho algo mal, él mismo debería saberlo.

Reescribía los planes en la agenda según los cambios que había tenido que hacer cuando, de repente, la pantalla de su móvil se encendió. Tomó el aparato fijándose en que el número que lo llamaba pertenecía al sicario. Era extraño ya que solía enviar un simple mensaje corto cuando el

trabajo estaba hecho, así que tal vez había surgido algún problema.

Miró a Regine antes de contestar, pensando en resolver el asunto por sí mismo para no darle algo más de lo que preocuparse.

—¿Hola? —respondió cautelosamente al aceptar la llamada.

—Buenas noches —dijo una voz grave, calmada—. ¿Puedo saber por qué ahora hay un desconocido muerto en el suelo de mi apartamento?

Carson volvió a mirar a su señor, sorprendido por la persona que hablaba al otro lado de la línea, claramente no era su sicario. ¿Con quién se había juntado Mario esta vez?

Regine apartó la mirada de su portátil y miró a su mayordomo al oír al hombre que había contestado tras la línea. No tardó en tomar el teléfono y contestar él mismo, poniendo el altavoz. El mayordomo se sintió culpable a pesar de que el error no había sido suyo.

—Buenas noches, ¿con quién tengo el placer de hablar? —preguntó su señor.

Aunque sonaba completamente neutral, Carson podía ver como pellizcaba el puente de su nariz, gesto que hacía cuando su dolor de cabeza aumentaba. Inmediatamente, mientras su señor se ocupaba del asunto de la llamada, se levantó y buscó dentro de uno de los muebles una aspirina. Se la ofreció a su señor, que la tomó al instante junto con un trago de café.

—Me llamo Sam —respondió el individuo después de unos segundos—. Tú debes ser Regine, ¿estoy en lo correcto?

Un tic nervioso contrajo el párpado del de ojos azules al oír como ese hombre lo tuteaba y no dudaba en usar su nombre. Ese tipo de faltas de respeto lo corroían por dentro, sin embargo, no dejaría que el contrario lo notase. Continuó con la conversación, tuteando a Sam del mismo modo:

—¿Qué más te ha contado mi hijo? —No quería estar perdiendo el tiempo con los novios de Mario, cada vez más frecuentes, así que simplemente vería si podía ignorar el asunto, o al menos posponerlo.

—Lo suficiente para saber que no quiere estar ahí —respondió el hombre.

Por Dios, ya tenía demasiados problemas como para tener que lidiar también con un hombre con complejo de héroe. No era el primero y, desgraciadamente, tampoco sería el último.

Odiaba cuando veían a su hijo como una doncella que necesitaba ser salvada, su hijo estaba ahí por su propio bien, cuando demostrase que podía ser un humano funcional, él mismo lo dejaría ir. Sin embargo, esa no era la única razón por la que se acercaban a él: dinero, poder o información, daba igual, Mario no era capaz de ver eso, por lo que tenía que encargarse él de esos asuntos.

Sin querer perder más tiempo, llevó su mano hacia el teléfono para colgar la llamada, llamaría a otro sicario y pondría fin al tema.

—Yo no haría eso —amenazó Sam. Eso hizo que Regine se detuviera antes de pulsar el botón, frunciendo el ceño con confusión—. Podría ir y llevármelo, pero creo que ambos somos más civilizados que eso.

Seguramente fue por la amenaza, o tal vez por lo enfermo que le hacía sentir el tono que usaba, rozando la prepotencia., pero las ganas de encargarse personalmente de ese tipo lo invadieron.

—¿Por qué no vienes a cenar? —sugirió al instante—. Hablemos los tres sobre el tema.

—Envíame la dirección y estaré ahí en media hora. Me muero de hambre.

A Carson no le gustaba hacia donde estaba escalando la conversación, pero no podía decir nada. O el misterioso hombre tenía demasiada confianza en sí mismo o simplemente era un suicida, Regine lo estaba invitando directamente al núcleo de un nido donde no tendría oportunidad para protegerse o huir si las cosas se complicaban para él. Sin embargo, en quien más pensaba era en Mario, la noche volvería a acabar con el suelo manchado de carmín y sabía lo mucho que eso afectaba al rubio.

—Mis guardias irán a recogerte —informó antes de colgar.

Regine podía sentir la mirada de Carson sobre él, casi podía oír los engranajes funcionando dentro de su cabeza. Sabía que guiarse por las emociones no era de sus movimientos más sensatos, pero necesitaba liberar todo el estrés con alguien, y para mala suerte de Sam, él había sido elegido.

—Quiero toda la información sobre él antes de que llegue —dijo poniéndose en pie, Carson lo imitó.

Necesitaba aclarar su mente antes de que llegase o estaría en desventaja, no podía permitir que lo alterase como había hecho hace unos segundos solo con su tono de voz.

Caminó hacia la puerta de la habitación, sin embargo, repentinamente su visión comenzó a distorsionarse, y con ello se fue su equilibrio. Estaba seguro de que era culpa de la falta de sueño. Tratando de mantenerse recto, sintió como su cuerpo caía hacia el lado antes de que alguien lo sostuviera con delicadeza. Miró a Carson.

—¿Se encuentra bien, señor? —preguntó con preocupación—. Puede descansar un rato, yo le avisaré cuando su invitado llegue.

Sin embargo, Regine no podía concentrarse en lo que decía, su piel vibraba en los lugares en que Carson apoyaba sus manos para sostenerlo. El cosquilleo se extendía por el resto de su cuerpo, revolviendo sus órganos y acelerando su pulso. Se apartó bruscamente de él como si lo quemase y se apoyó en el primer mueble que encontró. Miró al mayordomo, con un terror en su mirada que rápidamente transformó en una furia que ni él sabía hacia quién estaba dirigida.

—No me toques.

Mientras salía apresuradamente de la habitación, escuchó al moreno disculparse detrás de él, o al menos creyó hacerlo, ya que dentro de su cabeza solo había ruido. Intentando huir de este, se encerró en el baño, mojando su cara con agua fría una y otra vez, hasta que se dio cuenta de que el calor que sentía provenía de otra parte.

Capítulo 8

Actualidad

—Lo lamento mucho, señor —se apresuró a decir Carson en cuanto vio la reacción de Regine. No supo con seguridad si este lo hubiera escuchado, ya que había salido de la habitación como si su vida dependiera de ello.

Sus ojos, llenos de furia, le habían recordado por qué todos esos años había mantenido la distancia, un solo movimiento en falso y podía acabar horriblemente mal. Lo único que quería era estar a su lado y sentía que con un único pequeño error lo perdería para siempre. Por ello, se esforzaba al máximo en cada tarea y se agobiaba de sobremanera cuando algo se salía de lo planeado, aun así, nunca dejaba que se viera, debía permanecer calmado siempre, ya que así lo necesitaba su señor.

Sin embargo, ahí se encontraba, su pecho doliendo mucho más que cuando la bala había impactado en su espalda. Se culpaba a sí mismo por haber provocado esa reacción en Regine. Podría haberse quedado a su lado como soporte por si lo necesitaba o haberle insistido más en tomar un descanso, tal vez podría haber trabajado el doble para que su señor hubiera podido relajarse más, había mil opciones que debería haber valorado antes de actuar. Fuera como fuese, no podía quedarse ahí lamentando lo sucedido, debía asegurarse de que todo lo que viniese fuera perfecto.

Aunque respiró hondo, el nudo en su garganta no le dejaba tragar, por lo que se bebió el resto de agua que quedaba en su vaso sobre la mesa y lo llevó hasta la cocina. Antes de llegar, avisó a uno de los guardias que se encontró para que fueran a buscar a Sam.

Se encargó de lavar el vaso y guardarlo mientras miraba alrededor, solamente el chef estaba cerca. La mansión había sido mucho más silenciosa los últimos días, ya que la mayoría de sirvientes todavía se estaban recuperando de sus heridas.

Le hubiera gustado pensar en positivo y agradecer que no hubieran matado a todos durante el ataque, pero las muertes que sí habían sucedido se acumulaban en su espalda, no había podido protegerlos y ese era un peso que llevaría el resto de su vida.

Los funerales y las despedidas fueron mucho más rápidas de lo que sentía correcto, pero simplemente no había tiempo para llorarlos mientras todos estaban en tensión, esperando el siguiente golpe.

—Carson, acaba de llegar Mario —repitió el chef alzando un poco la voz al ver al mayordomo absorto en sus pensamientos.

—Sí, lo lamento —asintió con la cabeza antes de dirigirse con pasos rápidos hacia la puerta principal.

El ruido del motor era claro, ¿cómo no lo había escuchado?

Antes de abrir la puerta, se apoyó en esta para recuperar el aliento. La herida de su cirugía le ardía como mil demonios, pero no podía permitirse descansar. Sacó un pañuelo de su bolsillo para limpiar el sudor en su frente y se incorporó para abrir la puerta.

Frente a la entrada, reprimió el impulso de frotar sus manos por el frío mientras veía el coche detenerse. Al primero que vio fue a Travis, que salía del asiento del copiloto, este abrió la puerta trasera antes de sacar a rastras a Mario, que gritaba y se retorcía, otra vez con su nariz sangrando y sus manos atadas con cinta americana. El mayordomo sintió un déjà vu al ver la escena, al parecer las cosas sí podían ir a peor.

—¡Tengo que volver! ¡Tengo que volver, por favor! —gritaba el rubio mientras forcejeaba con el guardia antes de ser sacudido con fuerza por este para que se quedase quieto.

Carson apretó la mandíbula y se acercó inmediatamente, apartando a Travis con brusquedad y sosteniendo a Mario, tenía el ceño fruncido.

—Me da igual lo mucho que se resista, vuelve a ponerle un dedo encima y seré yo el que tome cartas en el asunto —amenazó al guardia mientras se deshacía con cuidado de la cinta americana en las muñecas del rubio.

—¿Quieres que nos acabe matando con sus rabietas de crío? —preguntó Travis, alzando su voz, se lo veía alterado, pero eso para nada justificaba sus acciones.

Carson terminó de quitarle la cinta a Mario y se giró hacia el guardia, quedando frente a él, mirándolo fijamente.

—Quiero que hagas tu trabajo.

No dijo nada más mientras llevaba a Mario al interior de la mansión, este caminaba con él,

sosteniendo con fuerza su brazo. Al estar dentro, arrastró al mayordomo hacia una esquina para poder hablar con él de manera más privada, aunque su voz igualmente resonó por toda la entrada.

—¡Carson, tienes que hacer algo, por favor! ¡Lo van a matar! —Mario tomó sus mejillas, haciendo que lo mirase—. Por favor, Carson… No quiero pasar por lo mismo, otra vez no… —sus ojos se humedecieron.

El mayordomo respiró hondo antes de tomar sus manos con delicadeza y acariciarlas, negó con la cabeza. Lo que le pedía era algo que se salía de sus manos, podría haber protegido a Sam, pero este había decidido ir hacia ellos en vez de huir, ahora solo le quedaba impedir que el impacto fuera demasiado fuerte para Mario.

—Viene por cuenta propia, su padre lo ha invitado a cenar —informó con el tono más suave que pudo poner.

—Lo va a destrozar… —murmuró soltando a Carson y alejándose de él, su rostro había palidecido.

Ambos sabían lo que significaba cuando Regine invitaba a alguien a la mansión, únicamente había dos opciones: un negocio importante del que podía sacar provecho (aunque era más habitual tener una reunión en otro lugar, ya que no le gustaba tener invitados) o un asunto que quería resolver personalmente. En el segundo caso, las personas que entraban por la puerta no volvían a salir.

A pesar de que podía predecir cómo la situación iba a acabar, no pudo evitar tratar de arreglar o mejorar lo que se presentaba frente a él, dándole esperanzas al rubio sin saber si sus esfuerzos darían resultado. No podía soportar más ver la desolación en sus ojos azules, tan parecidos a los de su progenitor.

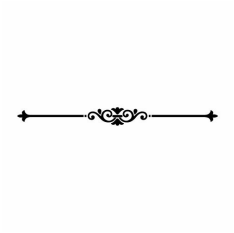
—Escuche… su padre no ha tenido buen ánimo estos últimos días. —Empujó al fondo de su mente lo sucedido hacía unos minutos, no quería verse afectado frente a otra persona, además ese no era el momento para pensar en ello—. Sabe que no tengo ningún problema con lo que haga en su vida privada, sin embargo, lo más sensato sería no provocar más a su padre —vio el ceño del rubio fruncirse—. Hablaré con él, tal vez si se relaja lo suficiente pueda dejarlo pasar —sonó mucho más convencido de lo que realmente estaba, pero esa era la seguridad que Mario necesitaba y pareció ayudarlo a calmarse.

—Gracias… —susurró, parecía bajar más el tono de su voz cada vez que hablaba—. Él no puede… esta vez no…

El mayordomo lo abrazó con suavidad, hundiéndolo entre sus brazos mientras acariciaba su cabeza en silencio, simplemente haciéndole saber que estaba a su lado. Sabía que Mario era

demasiado sensible para la vida dentro de los muros de esa mansión. Este podía volver a derrumbarse en cualquier momento y aunque él intentaba ofrecerle todo el apoyo posible, no era suficiente para que no se viese afectado por los sucesos.

En silencio se preguntó si se haría más fuerte por ello o cedería antes de conseguirlo. Deseó que no llegase ese momento, ya que esas dos opciones significaban perderlo para siempre al cruzar el punto de no retorno.



Carson llamó a la puerta del despacho de su señor en cuanto recibió el mensaje de que Sam estaba a punto de llegar. Respiró hondo, le había dicho a Mario que hablaría con él, pero estaba aterrado, las cosas seguían tensas entre ambos y no quería que empeorasen.

Cuando oyó el pomo de la puerta se tensó y mejoró su postura, aunque esto provocase un fuerte ardor en su herida. Sin embargo, de la habitación no salió el hombre enfadado que había visto minutos antes, como había previsto, sino un hombre vacío que había vuelto a colocarse su máscara de impasibilidad.

—¿Ya ha llegado? —preguntó Regine mientras cerraba la puerta tras él y acomodaba las mangas de su americana.

—Llegará en cinco minutos, señor —respondió—. No obstante, Mario ya está sentado en la mesa y los guardias en sus puestos.

—De acuerdo. —Regine comenzó a caminar por los largos pasillos hacia el comedor, evitando los lugares que habían bloqueado por las reformas—. ¿Cómo se encuentra Mario? —preguntó mientras bajaba por las escaleras.

El mayordomo supuso que se refería a las heridas que Travis le había infligido. Las ventanas de su despacho daban directamente al jardín y a la entrada, justo donde el coche se había detenido. Así que, no le extrañaría que los hubiera visto cuando llegaron, era algo común en su

señor, observar sin ser observado.

—Le puse hielo para bajar la inflamación de su nariz, no se ve muy grave, de todos modos he llamado al doctor para que lo visite mañana temprano.

Pensó en que el problema más grande que tenía el rubio no era físico, sino emocional, pero no lo dijo en voz alta.

Regine solamente asintió, volviendo a guardar silencio mientras caminaba.

Carson lo siguió, tomando aire antes de hablar al ver que ya casi habían llegado al comedor.

—Señor, con mi más sincero respeto, si me permite aconsejarle, no creo que hacerle daño a su invitado sea apropiado. —Al oír el silencio de su señor siguió hablando—. Las autoridades tienen la vista puesta sobre la mansión desde la noche de la fiesta. Considero que tan solo traerlo aquí ya es un movimiento arriesgado.

Esperó durante unos segundos en los que nadie respondió, supuso que su señor lo estaba ignorando hasta que repentinamente habló.

—No lo voy a matar, Carson —dijo con calma, sin apartar los ojos del camino—. No hoy, no a él.

El mayordomo se preguntó exactamente qué significaban esas palabras, le inquietaban, sobre todo, por el hecho de saber que la muerte no era el peor de los finales. Además, ¿a qué se refería con ‘‘no a él’’? Quería preguntar, pero no quería arriesgarse a hacer que cambiara su decisión. Al menos no mataría a Sam, por lo que todavía tenía margen para ayudarlo.

Siguieron caminando hasta llegar al comedor, ahí Regine hizo algo extraño: se detuvo en la entrada y observó a todos los guardias presentes. Carson, a su lado, también se detuvo, confuso por su actitud.

—¿Sucede algo, señor? —se apresuró a preguntar, sin embargo, esa vez sí fue ignorado.

El mayordomo observó la sala, intentando encontrar qué era lo que su señor buscaba, pero todo se veía en orden. La mesa estaba lista para servir la cena, Mario estaba sentado en uno de los extremos y, aunque se notaba que no quería estar ahí, hacía un esfuerzo por mantenerse calmado. Los guardias también estaban en su posición, totalmente firmes en cuanto su señor había entrado.

Regine se dirigió directamente hacia su hijo en cuanto lo vio, tomó su barbilla y alzó su cara

con dos dedos. Su hijo se bloqueó solamente con verlo a los ojos, incapaz de moverse o decir algo. Su cara estaba libre de sangre, pero, tal y como le había informado Carson, su nariz seguía roja e inflamada.

Carson apretó la mandíbula por un segundo antes de acercarse también, sin embargo, su señor volvió a alejarse, dirigiéndose hacia los guardias. El mayordomo miró a Mario, que agachaba la mirada mientras su cuerpo temblaba. No podía acercarse más a él en ese momento, ya que sería inapropiado, pero creyó que servirle un poco de agua ayudaría.

Buscó sobre la mesa la garrafa, entonces el sonido del seguro de un arma activó todas sus alarmas. Rápidamente, se dio la vuelta, justo a tiempo para ver como Regine disparaba en la cabeza a uno de sus guardias, manchando por completo la pared tras él.

Mario sobresaltó al oír el disparo y cerró con fuerza los ojos, no quería ver nada de eso. No fue el único, puesto que el resto de los presentes dejaron de respirar, ninguno se atrevía a hacer ruido, con miedo a sufrir el mismo destino que el hombre que ahora estaba en el suelo.

Carson apoyó una mano sobre el hombro del rubio y lo apretó ligeramente antes de ir hacia su señor, quitándole con suavidad el arma, consciente de la tensión que había en el ambiente. Lentamente, miró hacia abajo, encontrándose con los ojos sin vida de Travis. Entonces, entendió las palabras de su señor y el motivo por el que lo había hecho se reveló en cuanto este se dirigió a todos los presentes.

—Proteger. —Caminó hacia el centro de la sala, echando un vistazo a Mario, que seguía temblando, ahora más violentamente—. Esa es vuestra tarea principal —miró hacia los guardias, que mantenían la vista fija hacia el frente—. Nos protegemos mutuamente. ¿Os he fallado en algún momento?

Nadie respondió, por lo que Regine continuó hablando:

—Permití que Travis siguiera trabajando a pesar de su primer error y en eso fue en lo que yo me equivoqué, pensé que para entonces ya hubiera aprendido —apretó la mandíbula—. Pero mi paciencia también tiene un límite y estos días no tengo el tiempo para dedicarlo a recordar cómo debéis hacer vuestro trabajo.

Caminó hasta su asiento, en el otro extremo de la mesa y se detuvo al poner una mano sobre el respaldo de la silla. Volvió a pasar la mirada por cada uno de los guardias, esta vez se oscureció por completo.

—No quiero que esto se repita. La muerte será un regalo en comparación con lo que haré si hay una próxima vez.

Con un nudo en la garganta, Carson miraba a Regine, sabía que no era placentero para nadie ese tipo de charlas, como si los guardias fueran niños pequeños a los que se les tuviera que regañar.

Lo que acababa de ocurrir no era correcto, pero el mayordomo no podía negar que si Travis le hubiera vuelto a poner la mano encima a Mario, él hubiera hecho algo todavía peor. Se fijó en su señor preguntándose como eso influiría en su ánimo, pero lo único que pudo ver fueron unos ojos igual de muertos que los del que se encontraba en el suelo. Tragó saliva y caminó hasta su posición cuando las puertas del comedor volvieron a abrirse.

—Señor, su invitado ha llegado —informó el guardia que se asomaba por la entrada antes de dejar pasar al invitado.

Un hombre corpulento, alto y de piel oscura entró por ella, se fijó en el cuerpo de Travis y frunció el ceño antes de acercarse a Mario, ignorando por completo a Regine y al resto de los presentes.

—¿Estás bien? —le preguntó al rubio mientras tomaba con suavidad su mejilla.

—Sam, vete de aquí, por favor, tienes que irte —susurraba con desesperación el rubio mientras tomaba su mano, aterrado por lo que le podía pasar, pero a la vez agradecido por tenerlo cerca de nuevo.

Regine se sentó en su silla mientras miraba a Sam de arriba a abajo, analizándolo por primera vez. Carson fue el único que pudo ver como una emoción fugaz cruzaba por sus ojos.

Los documentos que habían encontrado sobre el hombre eran simples: nombre, edad… Lo único importante era un periódico antiguo sobre un accidente de coche con un único sobreviviente, un niño. No tenían más información sobre él y eso era sumamente sospechoso, pero Carson esperaba que jugase a favor de Sam y Mario, a Regine no le gustaba arriesgarse sin conocer primero todos los datos que pudiera haber. De momento parecía estar funcionando.

—Ahora que estamos todos aquí, podemos comenzar la cena. Espero que el viaje haya sido agradable, Sam. ¿Por qué no te sientas? —Regine señaló hacia el lugar al lado de Mario con la cabeza.

Mientras el hombre se sentaba, dos sirvientes cruzaron la puerta para servir la cena: un delicioso bistec con ensalada de patatas. Uno de ellos, que sostenía una botella de vino tinto, le sirvió a Regine, a Sam y, por último, miró a su señor, este asintió con la cabeza, por lo que también vertió el líquido en la copa de Mario. El rubio inmediatamente alzó la mirada hacia su padre, apretando la mandíbula, sabiendo exactamente al juego que estaba jugando.

—Espero que no seas vegetariano —dijo Regine mientras cortaba un pedazo de carne y se lo metía a la boca.

—Una pena que no haya sido Mario el que ha preparado la cena —contestó Sam, dándose cuenta de como el rubio evitaba el contacto visual con la copa. Deslizó su mano por debajo de la mesa para tomar la suya.

Regine dejó su tenedor sobre el plato, sintiendo su estómago cerrarse ante la forma en la que esos dos se acercaban. Aunque su objetivo principal era saber más sobre el misterioso individuo delante de él, prefería acabar rápido con el asunto, por alguna razón le hacía sentir alterado, así que no tardó en poner el asunto sobre la mesa.

—Es mejor para Mario quedarse aquí, por lo que no voy a permitir que se vaya a quién sabe dónde con un desconocido —alzó ligeramente su voz, para resaltar su tono firme.

—Él no es un objeto que te pertenezca a ti o a mí, puede decidir por él mismo lo que hacer. —Levantó la mirada de nuevo hacia él—. Voy a decirte lo que vamos a hacer, ¿sí? —se inclinó hacia delante en su asiento—. No quieres que venga conmigo o que se vaya solo, eres demasiado posesivo y controlador para ello, no hace falta mirar mucho. —Hizo un movimiento con la cabeza, señalando a los sirvientes y guardias que estaban en la sala—. Por ello, tomaré el trabajo que claramente tus guardias no saben hacer bien y cuidaré a Mario.

Carson frunció el ceño al oír como ese individuo trataba a su señor sin ningún tipo de respeto. Aunque fuera importante para su hijo, tuvo que reprimir el impulso de decirle algo, también sería vergonzoso para su señor ser defendido por un simple sirviente.

Mario parecía pensar lo mismo que el mayordomo, solamente que por otros motivos, por ello sacudió la mano de su compañero bajo la mesa, en un intento de hacerlo callar.

En el momento en el que Sam miró directamente a Regine, sin miedo, el pulso del de ojos azules se aceleró, se dio cuenta de que la mirada de su invitado, aunque arrogante, reflejaba el daño que podía hacerle, y eso fue lo que más le afectó: sentir que el peligro estaba cerca, pero no saber por qué. Era un único hombre rodeado de guardias con armas, en cualquier momento podían matarlo, sin embargo, sus ojos parecían decir lo contrario.

A pesar de la incertidumbre y el mal presentimiento que tenía, mantuvo su voz y postura firme, su carta más poderosa siempre fue la seguridad.

—¿Pretendes trabajar para mí? —preguntó ocultando su propia confusión, debía estar completamente loco. No era la primera vez que alguien lo proponía, pero ese hombre lo afirmaba como si estuviera en su propia mano decidirlo.

—Para ti no —dijo Sam antes de llevar su mirada hacia el rubio—. Para Mario.

—¿Por qué aceptaría eso? —Regine arqueó una ceja, toda esa conversación le parecía irreal.

—Porque es la única opción que podrás aceptar —respondió.

El rubio miró a Sam con incredulidad, preguntándose por qué no se iba de ahí sin más, estaban tentando demasiado a la suerte. Apenas se acababan de conocer, por lo que era todavía más extraño verlo arriesgarse por él de ese modo. Según hasta donde sabía, era una persona normal, tal vez misteriosa y solitaria, pero no se veía como alguien con el poder suficiente como para ser capaz de mirar a su padre como lo estaba haciendo.

A diferencia de su hijo, Regine tenía la sensación de estar hablando con alguien importante y, si toda su seguridad era un farol, era la mejor actuación que había visto nunca. Recordó las palabras de su mayordomo, podría buscar más problemas si le hacía algo a Sam y luego resultaba ser alguien que no debería haber tocado. Habitualmente, las personas de las que no se sabía mucho solía ser porque trataban de ocultar algo, se preguntaba qué era lo que ese hombre escondía. Teniendo eso en mente, concluyó que la mejor opción era buscar más información sobre él antes de decidir qué hacer, por lo que finalmente accedió.

—Mario tiene unas obligaciones. —Pensó que tal vez podría sacar provecho de la situación—. Tendré que intervenir si no puedes hacer el trabajo que claramente mis guardias no saben hacer bien —resaltó las palabras que Sam había usado momentos antes.

Sam era consciente del cuerpo del guardia que seguía en el suelo, a metros de él, cuando respondió:

—No creo que haga falta —se levantó tomando la mano de Mario—. Ha sido una cena… interesante, la comida estaba deliciosa, por cierto —dijo, aunque ni el rubio ni él habían dado un solo bocado.

Mientras se ponía de pie, viendo como Carson se acercaba rápidamente y se colocaba a su lado, Regine recordó una de las frases más memorables de El Padrino que había escuchado muchos años atrás: ‘‘Mantén a tus amigos cerca, pero a tus enemigos aún más cerca’’. No le gustaba la idea de tener a un desconocido tan cerca de él y de su hijo, pero su instinto le decía que no actuase impulsivamente esta vez. Lo mantendría cerca y vigilado para asegurarse de que no le hacía daño a su hijo. En un mundo moderno era difícil mantener secretos por mucho tiempo, por lo que estaría ahí únicamente un par de días.

—Preparadles una habitación —miró de arriba a abajo las prendas de Sam—. Y un uniforme —añadió.

Regine salió con Carson del comedor sin haber terminado su plato, pensando en lo que acababa de suceder. Todavía sentía que algo en Sam no encajaba, ¿un hombre totalmente solo sin ningún miedo al peligro? Además, apenas había conocido a Mario y ya se estaba arriesgando por él… Tenía que haber algo más. Había decidido mantenerlo cerca de momento, al menos hasta saber más sobre él, tampoco tenía intenciones de hacerle daño a su hijo, por lo que estaría seguro.

Sin embargo, su cuerpo seguía vibrando por más que intentaba reprimirlo. Ese hombre le había recordado a… Apretó la mandíbula y cerró los puños al sentir como sus manos comenzaban a temblar. Necesitaba dormir, un sueño profundo para deshacerse de todo eso, olvidarse de todos sus problemas, aunque fuera durante unas horas.

Aumentó el ritmo de sus pasos y su mayordomo hizo lo mismo. Parpadeó varias veces intentando aclarar su vista, pero era como si tuviera una nube de niebla permanentemente en ellos. Mantenerse firme durante la cena había quemado todavía más el estado de su mente y cuerpo.

Entonces, mientras trataba de deshacerse de la neblina de su vista, comenzó a escuchar una voz inexistente acercarse por detrás, cada vez más fuerte, acompañada de alguien que gritaba y lloraba de fondo. Su cabeza volvía a llenarse, aumentando la presión dentro de ella. A partir de ahí, todo comenzó a empeorar a una velocidad trepidante.

Su respiración era agitada mientras secaba el sudor de sus manos en su camisa, necesitaba llegar pronto a su cuarto. Supo que Carson habló porque este se inclinó hacia él, supuso que le preguntó como estaba, pero no entendió lo que dijo, no podía escucharlo bien entre las voces de fondo, así que simplemente asintió con la cabeza. Pronto, el recuerdo de mil manos se presionaron contra su piel, tocaban cualquier parte de él, como si su carne les perteneciera. Ese fue el límite que no quiso cruzar.

En un intento de escapar de ello, tomó al mayordomo por la camisa y lo arrastró dentro de la primera habitación que encontró. Ahí, tomó su cuello, estampándolo contra la puerta que acababa de cerrar mientras el moreno soltaba un gemido de dolor. Sin dejarle tiempo para reaccionar, presionó con fuerza sus cuerpos juntos, como si en medio de todo eso, Carson fuera el único capaz de hacer que parase.

—Estoy aquí —susurró su mayordomo, subiendo la mano para tomar la nuca de Regine, pero a medio camino la volvió a bajar.

Regine se concentró en su voz ahora que estaba cerca, también trató de igualar su respiración con la de Carson, sin embargo, pudo sentir su pulso en la palma con la que sostenía su cuello, estaba tan acelerado como el propio.

Se fijó en el rostro del moreno, ahí estaba otra vez esa mirada, como si pudiera ver a través de él. En ese momento, Carson esbozó una suave sonrisa, podía sentir el cuerpo de su señor y, aunque eso lo estaba volviendo loco, hizo su mejor esfuerzo para que no se notase. Sin embargo, Regine no pudo evitar quedarse callado e ignorarlo esa vez.

—¿Por qué me miras así?

El moreno borró su sonrisa al oírle y se quedó completamente quieto. No se esperaba esa pregunta, ni en ese momento ni en el futuro. Tragó saliva en el momento en que su respiración también se aceleraba. Tomó en cuenta la posibilidad de decirle que no sabía de qué hablaba, pero eso sería mentirle en la cara y no era capaz, por lo que simplemente se quedó en silencio, sin apartar la mirada.

El de ojos azules al no recibir respuesta acarició con el pulgar la yugular del moreno, este se estremeció involuntariamente, haciendo su mejor esfuerzo por no reaccionar. Regine volvió a mirarlo en silencio mientras algo parecía estar ocurriendo dentro de su mente, ninguno de los dos sabía qué.

Finalmente, como si quisiera descubrir las consecuencias de sus acciones en un territorio inexplorado, volvió a presionar su cuerpo contra el de su mayordomo. Aunque este pensó que era otra forma que tenía su señor de llevarlo al límite, sintió su pulso detenerse al notar que algo duro se apretaba contra su pelvis.

Sin atreverse a bajar la mirada, Carson solo siguió fijándose en esos ojos azules, sus pupilas se habían dilatado, no parecía haberle disgustado, ya que su señor volvió a moverse contra él, esta vez presionando sus entrepiernas conscientemente. El mayordomo no pudo callar el jadeo que le provocó, sin entender nada de lo que estaba sucediendo.

Regine, por su parte, soltó un gruñido mientras volvía a apretar el cuello del moreno con el ceño fruncido, la corriente de placer se deshacía del resto de sensaciones en su cuerpo. Levantó la mirada hasta los ojos del moreno, que parecía estar viendo algo imposible, pero su cuerpo también había reaccionado al toque de su señor, podía sentirlo igual de duro que él, por lo que continuó moviéndose, encontrando un retorcido y novedoso placer en ver las reacciones del contrario.

Carson abrió y cerró varias veces los labios, incapaz de formar una sola palabra, solo jadeos y gemidos bajos salían cada vez que su señor se frotaba contra él. Se sentía mareado, como si se fuera a derrumbar en cualquier momento, pero no quería separarse ni un milímetro. Estaba bloqueado, sin saber cómo asistir a Regine en su cometido, al mismo tiempo que recordaba sus palabras: ‘‘no me toques’’. Por ello, en vez de tomar la cintura del de ojos azules y presionarse más contra él como anhelaba hacer, se sostuvo en el pomo de la puerta, dejando caer su cabeza hacia atrás en la puerta.

—No cierres los ojos —ordenó Regine en un gruñido mientras metía una de sus piernas entre las de Carson.

El mayordomo miró a su señor tal y como le había ordenado, aunque este trataba de mantener su cara seria de siempre, sus ojos brillaban ligeramente y sus labios estaban entreabiertos y, sin avergonzarse de los sonidos que salían de estos. Carson pensó que no había visto nunca nada tan atractivo como ello. Relamió sus labios mientras reunía toda su fuerza de voluntad para no mover sus caderas hacia él, con miedo a provocar que se apartase.

Regine bajó la mirada hacia los labios del moreno y entrecerró los ojos, sintiendo el calor acumulándose por su cuerpo. Con la mano con la que no sostenía su cuello, tomó su cadera, presionando con más fuerza sus erecciones juntas y, a pesar de estar completamente vestidos, solo ver y escuchar la reacción de Carson ante su movimiento lo empujó más cerca del borde. Volvió a moverse de la misma forma una y otra vez, observando como el contrario temblaba y trataba con todas sus fuerzas de permanecer sereno, lo miraba con desesperación, aunque estaba seguro de que este no se daba cuenta de ello.

Sintiendo la tensión en su abdomen acumulándose, apretó con más fuerza el cuello de Carson, evitando así que el moreno pudiese huir de su agarre.

—Señor… —intentó avisarle de que se estaba quedando sin aire, se aferró al pomo de la puerta—. Se… ñor… —repitió cuando no obtuvo respuesta, tratando de tomar aire al mismo tiempo que intentaba contenerse.

Su señor volvió a mirarlo a los ojos, gruñendo y jadeando con él.

—No me llamo así… —murmuró antes de inclinarse más cerca, haciendo que sus respiraciones chocasen—. ¿Cuál es mi nombre, Carson? —susurró.

—Regine… —Más que palabras, lo que pronunció fueron gruñidos, antes de inclinarse hacia delante, sus caderas sacudiéndose contra las de Regine por cuenta propia mientras su ropa se manchaba. Trataba de ahogar sus gemidos mordiendo su propio labio, pero su señor volvió a apretarlo contra la pared, quitando su labio de entre sus dientes con el pulgar.

El de ojos azules lo miraba fijamente mientras su propio rostro se contraía por el placer, grababa en su mente todas las expresiones que el moreno hacía, dejándole descargar todo contra su cuerpo mientras él hacía lo mismo. Un brillo apareció en sus ojos, el mismo que aparecía siempre que probaba algo nuevo, la adrenalina de lanzarse hacia lo desconocido y no saber si saldría de ahí con vida.

Carson jadeaba, mirando a su señor como si no pudiera tener suficiente, como si quisiera todo

de él, este lo miraba del mismo modo.

Entonces, como si le hubieran echado un cubo de agua fría por encima, Regine se movió repentinamente para separarlo de la puerta. Sin esperar siquiera a que el mayordomo recuperase la respiración, salió de la habitación, dejándolo nuevamente solo.

Carson miraba la habitación donde estaban, un pequeño estudio que no se solía utilizar, mientras se preguntaba si había hecho algo mal otra vez. Sin embargo, su mente no podía dejar de cuestionarse si lo que acababa de pasar había sido real o no, tal vez era solamente un sueño, pero el escozor en su espalda y la humedad en su ropa interior le confirmaban lo contrario.

Llevando las manos hacia su cara, la tapó, soltando un largo suspiro tembloroso. Jamás hubiera pensado que algo así sucedería y, desde luego, en su imaginación nunca había sucedido de ese modo.

Regine había tomado lo que había querido sin dejar primero que Carson asimilase lo que estaba ocurriendo. El moreno había soñado con algo así mil veces, sin embargo, nunca fue tan desgarrador como la realidad. Le hubiera gustado quedarse abrazado a su señor, o que este se hubiera quedado a su lado un poco más, pero la realidad no era un cuento de hadas, era cruda y fugaz. Por lo que se sentía como si le hubieran dado algo que había deseado por décadas, pero solo hubiera tenido unos segundos para degustarlo.

Sin embargo, eso no era lo peor. No podía entender qué era lo que había pasado por la mente de Regine en esos momentos y eso le hacía sentir como si fuera a ciegas en la situación. No sabía qué se suponía que debía hacer ahora y, aunque quiso esperar unos segundos más para volver a ubicarse, se obligó a salir de ahí, yendo directamente hacia el baño.

Era como si su mente estuviera completamente en blanco. No tenía ni la menor idea de cuál sería su siguiente paso.

Capítulo 9

18 años antes (Edad: 20 años)

—… por ello creo que debería aplazar la firma del acuerdo, al menos hasta que la situación se calme. Por otra parte, también recibí un correo de… —Levantó la mirada desde su agenda hacia Regine en medio de su discurso, dándose cuenta de que este parecía más concentrado en lo que veía a través de la ventana de su despacho que en sus palabras.

Carson se acercó cerrando su agenda y se colocó a su lado para saber qué era lo que lo distraía tanto. En el jardín vio a una hermosa mujer jugando con su hijo, los dos tenían el mismo pelo rubio, contrastaban con el negro de Regine. Esa mujer, Hannah, se dio cuenta de que la observaban y levantó la cabeza, sonrió al ver al de ojos azules y atrajo a su pequeño niño, señalando hacia su dirección, para que pudiese ver a su padre. Mario inmediatamente sonrió emocionado y sacudió su pequeña manita junto a su madre, saludando.

El moreno pudo ver como Regine, ahora a su lado, esbozaba una calmada sonrisa mientras levantaba su mano para saludar de vuelta. Sintió como su corazón se contraía con fuerza, siempre había sabido que su señor eventualmente formaría una familia, pero eso era… Cortando esa línea de pensamiento negó con la cabeza para sí mismo. Eso era algo estupendo, Regine merecía ser feliz, además hacían una gran pareja y tenían un hijo precioso y enérgico. Por mucho que le doliese, le llenaba ver que alguien le ofrecía el amor que él no podía darle.

—¿De quién era el correo? —preguntó su señor, reanudando la conversación que había estado escuchando en segundo plano. Se giró para ver a su compañero, sus ojos brillaban más después de ver a las dos personas en el jardín.

Ese brillo no pasó desapercibido para Carson, que abrió la boca para contestar antes de cerrarla de nuevo, pensando en una mejor idea. Regine debía estar ahí abajo junto a su nueva familia, no encerrado en su despacho trabajando todo el día.

—¿Por qué no baja con ellos? Puedo quedarme a adelantar su trabajo, no se preocupe por ello —ofreció mientras sonreía por encima de su dolor. Procurar su bienestar no solo era su trabajo, sino también su deseo.

El moreno juró ver como la cara de Regine se iluminaba por un segundo antes de que este volviera a ver el jardín y toda felicidad desapareciera. Rápidamente, volvió a seguir su mirada, viendo como Hannah se ponía en pie y cargaba a Mario en sus brazos mientras dos figuras se acercaban a ella: su padre y el de su señor.

—Carson, ven —ordenó inmediatamente el de ojos azules antes de salir con largos pasos del despacho.

Regine caminaba con rapidez por los pasillos, bajó las escaleras de dos en dos hasta llegar al jardín, escuchaba al moreno detrás de él, intentando seguir su ritmo. Cuando llegó, Hannah y su padre ya se encontraban en una conversación no muy amistosa, por la forma en que la mujer lo miraba. Sus discusiones no eran nada nuevo, sus formas de pensar chocaban con las del otro y aunque nunca llegaban a algo mucho más fuerte, sí iba escalando la tensión entre ambos. A Regine le asustaba imaginar lo que su padre le podía hacer a su esposa cuando llegase al límite de su paciencia.

—Yo le dije que podía usar mi baño, no creo que eso sea un problema —decía la rubia, sostenía al pequeño Mario entre sus brazos, escondiéndolo en su pecho.

—Los sirvientes tienen su lugar por una razón. Sabes que no pueden traspasar de esa forma —respondió el padre de Regine, claramente ignorando cualquier argumento que Hannah le soltó.

—Ya veo, ¿te refieres a un único baño para todos ellos? —atacó la mujer, negando con la cabeza, desaprobando sus palabras—. ¿Se supone que tengan que hacer fila para tomar una simple ducha? Ya que estamos, podrías darles una sola cama, para que duerman los veinte ahí.

Hannah se giró al oír a Regine y Carson, dejó con cuidado a Mario en los brazos del moreno. Entonces, la mujer dio un paso hacia el hombre con el que discutía, con su cabeza alzada para poder mantener el contacto visual, claramente inafectada por la mirada fría de él.

Regine no sonrió, pero le gustó ver como alguien era capaz de plantarle cara a su padre. Siguió escuchando en silencio la conversación para entender de qué iba el asunto. Por lo que había escuchado supuso que un sirviente utilizó el baño de la habitación de Hannah.

—¿Sabes, Bernard? El mundo no se va a acabar solo por tratar a los humanos como humanos —continuó su esposa, casi no podía creer la poca decencia que tenía el padre de Regine con las personas que trabajaban en el servicio.

—Están para servir —respondió Bernard, oscureciendo su mirada al ver como la mujer le hablaba como si estuviese en su misma posición—. No voy a tolerar este tipo de comportamiento.

Regine decidió intervenir, había visto esa mirada antes y no le gustaba nada, hacía que todo su cuerpo temblase, aunque luchaba con todas sus fuerzas para que no se notase. Sabía que las cosas podían acabar terriblemente mal si su padre terminaba enfadándose.

—Basta —dijo mientras rodeaba a Hannah con un brazo y la colocaba detrás de él. Odiaba tener que coexistir en el mismo espacio que su padre, sin embargo, no iba a dejar que atacase a su ami… esposa—. Podemos reformar el baño de los sirvientes, así tendrán más espacio y se mantendrán en su parte de la mansión —propuso, mirando a su padre a los ojos.

Sabía que esa no era la mejor solución, pero era una intermedia en la que ambos podían ganar algo. Esperaba que Bernard la pudiera aceptar, quería que el conflicto se acabase rápido. Antes de que este pudiera contestar, una voz grave a su espalda habló, apoyando la idea de Regine.

—Si me lo permite, no sería una reforma muy grande. En los planos se muestra una zona cercana a los baños con espacio sin utilizar que podría servir —Carson dio un paso hacia delante, le pasó de vuelta a Mario a su madre, manteniendo la mirada hacia sus pies con educación—. Considero que le añadiría más valor al edificio —añadió después, intentando convencerlo.

—No es de mi interés lo que consideres —respondió Bernard de inmediato, manteniendo su decisión firmemente—. No gastaré recursos en un plan sin valor. Esta mansión no es un hotel. Vuestro propósito es trabajar, nada más.

Regine vio a su mujer abrir la boca para responder con el ceño fruncido por la indignación, pero él volvió a interponerse, manteniendo su postura al igual que su progenitor. No le gustaba nada la forma en la que había callado las palabras de Carson, su opinión era importante, además estaba fundamentada.

—No es necesario, lo haré yo —dijo, sin apartar sus ojos azules de la cara de su padre. Sabía que ahí no podía negarse, se encargaría del proyecto con sus propios fondos, algo que excluía a su padre.

Bernard miró a su hijo en silencio, la sonrisa de superioridad que siempre llevaba en sus labios se borró. El enfado se reflejaba en su mirada, pero no dijo nada más. Simplemente, caminó hacia el interior de la mansión después de asentir con la cabeza, se encargaría del asunto de otra manera. No tuvo que esperar para que el padre de Carson, su mayordomo, lo siguiera como una sombra.

Un escalofrío subió por la espalda de Regine, erizando el vello de su nuca mientras veía al hombre retirarse. La incertidumbre de lo que podía causar ese estado de ánimo en su padre lo atormentaba por dentro, no obstante, ese era el precio a pagar por proteger a las personas que eran valiosas para él.

Un par de imágenes le vinieron a la mente, de repente estaba en una de las habitaciones, tirado en el suelo, todo su cuerpo le ardía, pero las lágrimas sobre su rostro eran las que quemaban más. No notó que Hannah lo estaba abrazando hasta que Mario comenzó a jugar con su corbata, devolviéndolo a la realidad.

—¿Sabes que solo intento hacer lo mejor posible para todos, verdad? —murmuró su esposa mientras apoyaba su cabeza con suavidad sobre su pecho, esta pensaba en lo difícil que era intentar complacer a los que más se lo merecían.

Regine la hundió entre sus brazos con Mario y acarició con suavidad la mejilla del pequeño. No sería igual que su padre, lo protegería de todas esas cosas horribles por las que él sí había tenido que pasar. Tenía que hacerlo.

Mientras reflexionaba sobre lo que debería hacer a continuación, levantó la mirada encontrando los ojos preocupados de Carson. Recordó la manera en la que lo había defendido frente a su padre y tuvo que reprimir una sonrisa, seguía siendo el mismo niño de hace años. Sostuvieron sus miradas juntos mientras respondía a la pregunta de Hannah, aunque no supo si se lo dijo más a ella o al moreno.

—Estaremos bien. No es demasiado tarde para cambiar las cosas.

Actualidad

A pesar de que esa noche el cuerpo de Carson había colapsado en cuanto tocó el colchón, cuando despertó se sentía como si no hubiese dormido nada. Lo sucedido el día anterior mantenía sus niveles de ansiedad por las nubes, daba igual la hora que fuera o lo calmado que necesitase verse. Era problemático, principalmente porque era un añadido al estrés que ya vivía a diario.

Sin embargo, no sabía si era peor lo sucedido ayer o el incómodo encuentro con Regine

cuando fue a despertarlo. Se habían saludado con las mismas formalidades de siempre, aun así una fuerte tensión se extendía por el ambiente y según parecía, su señor no tenía intenciones de mencionar al elefante en la habitación.

Estaba seguro de que Regine no estaba enfadado, o al menos, no lo aparentaba. A pesar de eso, no podía descifrar nada de lo que pasaba por su cabeza y, por tanto, estaba algo perdido sobre lo que debía hacer. El de ojos azules le había pedido que se pusiera ropa cómoda, algo que hacía cuando pretendía salir a correr con él, por lo que esperaba que el aire fresco le sentase bien… a ambos. No admitiría frente a nadie que necesitaba ese pequeño escape, pero estaba más que agradecido de poder alejarse de todo por al menos una hora, aunque estuviera al lado de lo que causaba su inestabilidad.

Al terminar de vestirse con su uniforme deportivo, consistente de un chándal verde y unas zapatillas blancas, salió de su habitación. No estaba seguro de por qué su señor parecía siempre escoger ese color para él, pero al menos agradecía que fuera un verde no muy llamativo.

Caminando por el pasillo donde estaban las habitaciones de los sirvientes, se cruzó con Jackson, que salía de los baños, seguido por su hermano pequeño. Ambos tenían el pelo mojado y una toalla sobre los hombros, acababan de salir de la ducha.

—Buenos días, Carson. ¿Vas a salir a correr? —preguntó Jackson mientras se acercaba a él usando sus muletas, se estaba recuperando de un disparo en su pierna. Le dio un toque suave en la pierna a Marlon con el metal para que se detuviera, este se giró y miró a ambos.

—Sí, no creo que tardemos mucho. ¿Necesitas algo? —Vio a Jackson negar con la cabeza y luego miró hacia Marlon. Al ver sus ojitos grandes observándolo no pudo evitar sonreír. Apoyó una de sus rodillas en el suelo para quedar a su altura y alzó las manos para signar—. *¿Ya has terminado de leer el cuento que te presté?*

Jamás se cansaría de ver el brillo que aparecía en los ojos de Marlon cada vez que iniciaba una conversación con él. Aparte de su hermano, Carson y uno de los guardias, nadie más en la mansión sabía lengua de signos, sin contar el conocimiento muy básico que tenía Regine. Por lo que no tenía muchas opciones para elegir con quien conversar, a no ser que escribiese o intentase comunicarse de otra forma con el resto de sirvientes.

Marlon levantó también sus pequeñas manos, respondiéndole a Carson.

—*Me ha gustado mucho. ¿Puedo coger otro?* —inclinó su cabeza hacia el lado al terminar de signar.

El mayordomo soltó una suave risa, pensó que tanto él como su hermano eran iguales, con la cara siempre hundida en algún libro.

—Sí. Creo que en la biblioteca hay varios más. Más tarde buscaré un libro para ti — respondió.

Marlon le regaló una sonrisa mientras llevaba sus dos manos a su barbilla y luego las inclinaba hacia Carson, agradeciéndole.

El mayordomo se volvió a incorporar después de anotar mentalmente buscar un nuevo libro para el pequeño y miró a Jackson mientras este acariciaba la cabeza de su hermano. Aunque le gustaría hablar más con ambos, tenía un horario que seguir. Tal vez por la noche podría conversar con ellos.

—Debo irme ya —le dijo al mayor mientras miraba su reloj de muñeca—. Intenta mantener reposo.

Sabía que no era el más indicado para hablar sobre descansar, pero Jackson era joven, no podía permitirse no recuperarse completamente. Se giró comenzando a caminar hacia la entrada, donde esperaría a Regine.

—Carson —lo llamó Jackson antes de que se fuera y lo miró por unos segundos antes de morder el interior de su mejilla—. Siento mucho como me he comportado contigo últimamente.

El mayordomo esbozó una sonrisa al oírlo disculparse y asintió con la cabeza. No necesitaba sus disculpas, pero estas solo confirmaban lo que pensaba sobre él: no era un mal chico, solo estaba intentando encontrarse a sí mismo.

—No te preocupes por eso… —reanudó el paso. Recordó lo que había hablado con Regine sobre el joven. Aunque el plan se había pospuesto hasta que las cosas se calmasen, le había dado el visto bueno a su idea—. Yo que tú repasaría tus libros de medicina, pronto te serán útiles —le dijo con tono sugerente antes de estar demasiado lejos.

Aunque no vio a Jackson, ya que estaba de espaldas a él, si pudo escuchar la emoción en su voz y su respiración agitada.

—¿A qué te refieres? —Su mente estaba llena de posibilidades. Cuando Carson no respondió, sonrió negando con la cabeza—. Cuando vuelvas no te dejaré escapar, tú espera, ya verás. —Lo apuntó con su muleta amenazándolo antes de irse con Marlon, la emoción burbujeaba en su estómago.

El mayordomo continuó caminando mientras dejaba salir una suave risa. Se fijó en el vapor de ducha que salía del baño. En él había bastantes cubículos, le recordaba a un baño público, donde

se tiene intimidad suficiente, pero no la que a uno le gustaría. De todos modos, le vino a la mente el recuerdo de cuando lo reformaron, fue un proceso complicado. El padre de Regine, en desacuerdo con el cambio, se entrometió cada vez que pudo, una vez impidiendo el paso de la mano de obra. Recordaba lo estresado que estaba su señor por ello y, en un arrebato de ira, tomó uno de los mazos, se puso un casco y él mismo derrumbó las paredes del lugar para ampliarlo.

Carson sonreía mientras recordaba como lo ayudó a romperlo todo, fue divertido liberar toda la rabia junto a su señor con cada golpe que daban. Entonces, recordó lo que sucedió ese mismo día cuando llegó la noche y las comisuras de sus labios descendieron, borrando su expresión feliz.

Odiaba revivir ese momento, aunque fuera solo en su imaginación, no solamente porque fuera uno de sus recuerdos más dolorosos, sino porque ese evento marcó todo lo que vino después, lo que se llevó el último pedazo que quedaba de su mejor amigo. Lo peor de todo era que, aunque no fuera culpable de ello, sí cargaba con la responsabilidad de sus acciones y, por más que le doliese, volvería a hacer lo que hizo una y mil veces más si eso significaba proteger a Regine.

No se dio cuenta de que había llegado a la puerta principal hasta que no escuchó una risa conocida bajando por las escaleras. Levantó la mirada, encontrando a Mario tomando de la mano a Sam, arrastrándolo detrás de él mientras hablaba animado sobre cómo babearía con el desayuno que le iba a preparar.

—¡Hola, Carson! —saludó rápidamente sin detenerse mientras prácticamente corría hacia la cocina, toda su cara estaba iluminada.

Sam, a su lado, asintió con la cabeza a forma de saludo mientras sonreía, escuchando al rubio hablar y hablar, dejando que lo arrastrase de un sitio a otro. Aunque el día anterior parecía haber dominado la situación mientras el rubio temblaba, la dinámica entre ellos había dado la vuelta y ahora Mario parecía ser el que llevaba las riendas.

A pesar de que a Carson no le había gustado nada la forma irrespetuosa en la Sam había tratado a su señor durante la cena, debía admitir que parecía hacer feliz a Mario. Tampoco había visto nunca a nadie arriesgarse de esa forma por él. Tenía la sensación de que podría cuidarlo tal como había prometido y eso lo tranquilizó un poco.

Volvió a levantar la cabeza al oír unos pasos mucho más firmes bajando por la escalera y, esa vez, encontró a Regine vestido con su mismo chándal pero en color negro. Todavía no lograba comprender por qué a veces este lo trataba como un igual, dejando que utilizase las mismas cosas que él, y otras seguía manteniendo las distancias. Además, todavía no había olvidado la forma en la que había usado su apellido en la fiesta, tenía la sensación de que el recuerdo lo acecharía alguna de esas noches.

Los ojos de su señor se dirigieron hacia él cuando llegó al final de la escalera, observándolo por unos segundos antes de mirar hacia el frente y salir. Esperó a que Carson lo siguiera después de que este tomase una pequeña mochila con dos botellas de agua y algunos productos en caso de emergencia. En un silencio incómodo, ambos estiraron frente a la entrada para evitar lesiones, luego Regine comenzó a correr y su mayordomo fue tras él.

Normalmente, corrían por las cercanías de la mansión, dando un par de vueltas, pero ese día el de ojos azules había tomado un camino distinto, el que llevaba hacia la montaña más cercana. No era excesivamente alta, pero jamás pudieron llegar a la cima hasta que no fueron adultos, el camino se empinaba a partir de la mitad y se hacía más difícil subir a medida que uno avanzaba. Sin embargo, había un viejo mirador en la cima con unas vistas por las que merecía la pena esforzarse.

—¿Quiere subir hasta la cima, señor? —preguntó Carson mientras corría detrás de él. Pensando que no le había escuchado aceleró para colocarse a su lado y volver a preguntar, Regine continuó sin responderle.

El mayordomo mordisqueó el interior de su mejilla, quedándose en silencio mientras se preguntaba si lo seguiría ignorando por el resto del día. No pudo ignorar el salto que dio su corazón cuando su señor empezó a hablar después de varios minutos, todavía no lo miraba a los ojos, pero era un avance.

—¿Sabías que esta solía ser una ruta comercial muy transitada hace casi doscientos años? —preguntó, manteniendo su mirada al frente.

Carson se fijó alrededor, el camino de tierra por el que corrían estaba rodeado por un campo seco a cada lado. Recordaba que cuando eran pequeños, esos campos solían cultivar trigo, pero por alguna razón dejaron de cuidar la tierra. Más allá de la vegetación seca había frondosos bosques que cubrían kilómetros hasta la ciudad más cercana.

—¿No era más sencillo rodear los bosques en vez de cruzar por la montaña? —Sabía que a Regine le gustaba hablar de ese tipo de datos aleatorios, así que le siguió la conversación. Eso ayudó, ya que su señor lo miró mientras contestaba.

—Era demasiado camino para los carros de la época, por lo que les salía más a cuenta cruzar la montaña, así ahorrarían tiempo —aminoró el paso cuando llegaron a la base, comenzando a subir por los caminos empinados—. Luego… —jadeó para tomar aire—. Llegaron los coches, con ellos las carreteras y se hizo más conveniente rodear los bosques. Ahora nadie pasa por aquí… Excepto tú y yo. —Se agachó para que una de las ramas no le diera en la cara al pasar, sintió al moreno hacer lo mismo detrás de él—. También fue muy útil durante la guerra, los enemigos que se acercaban por el campo estaban completamente descubiertos.

Carson asintió con la cabeza mientras pensaba en lo que le decía, preguntándose de dónde sacaba todas esas historias. No respondió, estaba demasiado ocupado tomando aire intentando ignorar el dolor punzante de su espalda, pero a Regine no le hizo falta, sabía que lo estaba escuchando.

Los dos se quedaron callados respirando con dificultad hasta que llegaron a la cima. Ahí, Regine se sentó en un banco de piedra y extendió la mano hacia Carson mientras veía la extensión de tierra frente a él. El mayordomo se acercó a él y, sacando una de las botellas de agua de su mochila, se la tendió. Él tomó la otra, dando sorbos largos para hidratarse.

Las vistas eran incluso mejores de lo que su memoria recordaba y se aseguró de observarlas durante al menos un minuto completo. Estaba seguro de que se vería todavía mejor con el naranja de la puesta de sol, aun así, la gran extensión de paz frente a él le robó el aliento. La mansión se veía diminuta desde ahí, recordándole como sus problemas eran todavía más insignificantes. Bajó la mirada por un segundo antes de darse la vuelta y fijarse en su señor, que jugaba con la botella ahora entre sus manos, intentando deshacerse del cosquilleo que aparecía cada vez que quería retratar algo.

Carson se planteó animarlo a traer ahí sus utensilios de pintura para grabar el paisaje, pero recordando la escena en la tienda hacía apenas unas semanas decidió quedarse callado. Su mente vagó por esas memorias en las que su señor se acercaba más de la cuenta, aparentemente sin otras intenciones ocultas, al menos hasta que volvió a repasar los eventos más recientes. Revivió el semblante de Regine distorsionarse por el placer mientras atrapaba el cuerpo de su mayordomo con el propio, capturándolo, pidiéndole con la mirada que no se alejase, en una orden silenciosa.

Podía ver a su señor mucho más calmado que los últimos días ahora que había podido dormir y eso le hizo preguntarse si debería hablar sobre el tema que estaba trayendo esa tensión extraña entre ambos. El miedo se acumulaba en su estómago mientras observaba en silencio a su señor, tratando de encontrar las palabras adecuadas para comenzar.

—Habla —ordenó Regine todavía mirando hacia el paisaje, luego alzó la cabeza para ver a Carson de pie frente a él—. Antes de que me acabes haciendo un agujero en la cara —esbozó una mueca parecida a una sonrisa.

Se decidió a hablar, ya no eran adolescentes, los dos eran adultos con la capacidad de hablar las cosas directamente cuando algo iba mal. Su señor no lo mataría por mencionar algo que lo preocupaba… o al menos, le gustaba pensar eso. Carson tomó aire antes de empezar.

—Señor, sobre ayer… —comenzó a decir, pero se calló en el momento en que la mirada de Regine se oscureció.

El de ojos azules se puso en pie y, dejando la botella de agua sobre el banco, se acercó a su mayordomo. Cuando este retrocedió instintivamente un paso, arqueó una ceja, acercándose más a él hasta que se quedó en su sitio.

—Estuvo… bien, para ambos. —Lo había visto de primera mano, la desesperación en la cara de Carson mientras se aferraba a los restos de su sanidad mental para mantenerse firme ante el tacto de Regine. Cuando vio que el contrario no contestaba, continuó hablando. No estaba acostumbrado a hablar sobre cómo se sentía, por lo que fue difícil encontrar las palabras adecuadas, más cuando la escena en cuestión se cruzaba una y otra vez por su mente—. Podemos mantenerlo como algo estrictamente físico.

Ninguno de los dos podía creer las palabras que salían del mayor, pero Carson volvía a sentirse como si estuviera en un sueño. No era su fantasía perfecta y aun así era lo mejor que había podido obtener. Regine le estaba ofreciendo una relación sexual entre ambos y aunque quería decirle que lo que buscaba de él eran otro tipo de sentimientos, se quedó en silencio. ¿Sería avaricioso pedirle algo más? ¿Qué haría si se negaba, se terminaría todo? Entonces, viendo como el arrepentimiento comenzaba a asomarse bajo la máscara del contrario, se apresuró a contestar.

—¿Es lo que usted quiere? —fueron las únicas palabras que pudo formar.

Regine desvió la mirada por un segundo antes de tomar su antebrazo y acercarse todavía más, ahora sus cuerpos se rozaban. Pensaba en la fiesta de máscaras, sin estar seguro de que todo hubiera empezado a partir de ahí, pero sabía que había comenzado a escalar en cuanto sintió la calidez del cuerpo de su mayordomo y como este se aferraba a él. No tenía sentido reprimirlo más después de que todo explotase la noche anterior. Reprimirlo no haría que desapareciera, eso lo sabía bien.

Su vida sexual era básicamente nula desde la muerte de su esposa e, incluso con ella, se ciñeron únicamente a buscar un hijo. Así que se mantenía firme a la idea de que, tal vez, sus necesidades íntimas se habían acumulado hasta estallar al sentir un cuerpo ajeno tan cerca de él. Claro que podría simplemente llamar a alguien que hiciera el trabajo por él, sin embargo, solo el pensamiento de dejar que otras manos tocasen su cuerpo le provocaba náuseas.

Aquí ya no se trataba de si era un hombre, de si era su mayordomo o de si su color de piel era igual que el de los hombres que lo atormentaban en sus pesadillas por la noche. La persona que veía frente a él era Carson, el único en quien podía confiar para lo que fuera, y si un acuerdo así podía ser beneficioso para ambos, valía la pena intentarlo.

—Si mi opinión cambia no dudaré en notificarlo —respondió firme—. Espero que tú hagas lo mismo.

Carson asintió con la cabeza, tratando de poner en orden todas las imágenes e ideas que aparecían en su mente. Por primera vez le estaban ofreciendo en bandeja algo que había deseado por años y ahora que lo tenía, no sabía por donde comenzar o siquiera cuáles eran los límites.

—¿Qué tan lejos pretende llegar? —preguntó, bajando la mirada hacia sus labios por instinto.

Ese gesto no pasó desapercibido para Regine, que acercó sus caras, dejando sus labios a míseros milímetros de distancia, viendo como su mayordomo luchaba por no moverse. Era deleitoso saber que podía tentarlo tanto como quisiera y este mantendría su compostura, le hacía querer jugar más al mismo tiempo que se sentía seguro de que este jamás le haría algo que no quisiera. Calculaba posibilidades a la vez que un calor recorría por todo su cuerpo, ¿qué tanto podría hacer hasta romper su compostura?

—Ponme a prueba.

Sentía que se estaba arriesgando demasiado, todavía más teniendo en cuenta su falta de experiencia, pero en cualquier caso podría detener todo en el momento que quisiera, olvidarían todo y seguirían como siempre. Obviamente, sabía que su relación podría cambiar, pero ¿no lo había hecho ya en cuanto lo apoyó contra la puerta y lo usó como una almohada? Sería mejor aclarar todo eso antes de que volviera a suceder de forma descontrolada como la última vez.

Quería deshacerse de la sensación que aparecía cada vez que el moreno entraba en su campo de visión, le provocaba sensaciones que creía más que enterradas después de todos esos años. Era como si quisiera hundirse en sus brazos, cerrar los ojos y fundirse en él hasta que no quedara nada de su persona, desaparecer plácidamente en el cuerpo de su mayordomo. No podía permitirse sentir de ese modo, debía mantener todo bajo control.

Bajó su mirada hacia las manos de Carson, que se habían transformado en puños y se mantenían pegados a sus costados, como si tuviera miedo de acercarse demasiado al de ojos azules y que este se acabase alejando. Regine las tomó, guiándolas hacia su cintura, dándole permiso para explorar su cuerpo. Así volvió a comprobar como el tacto de su mayordomo era diferente al de cualquier otro, su pulso parecía relajarse y acelerarse a la vez, no comprendía qué significaba eso, pero sabía que no tenía ningún deseo de alejarlo de él.

Carson tuvo que gritarse mentalmente para poder reaccionar, todo su cuerpo se había quedado paralizado, mirando el rostro de su señor fijamente, intentando encontrar cualquier prueba que le confirmase que ese era un sueño. Sin embargo, se veía real, demasiado. Cuando dejó que guiase las manos sobre su cintura, apoyó la palma completamente en él. Su cuerpo era sorprendentemente cálido, contrastando con su siempre frío aspecto. Sintió el aliento del contrario chocar contra sus labios cuando este suspiró ante su tacto, haciendo que su estómago se retorciera sobre sí mismo. No deseaba otra cosa más que inclinarse un poco más…

—¿En qué piensas? —preguntó Regine, mirándolo directamente a los ojos.

Las manos de su señor comenzaron a subir por sus antebrazos lentamente, como una serpiente que lo rodeaba para atraparlo y devorarlo. A pesar de sentirse en peligro, solamente lo aceptó, sin pensar un solo segundo en apartarse. Su corazón latía tan fuerte que creía que en cualquier momento se detendría. Sumergido en la mirada del contrario, no pudo hacer otra cosa que contestarle con la verdad: lo que estaba cruzando por su mente en esos momentos una y otra vez.

—Quiero besarlo —respondió en un susurro, incapaz de contener sus palabras, mientras el contrario envolvía su cuello con la mano y lo apretaba con firmeza—. Por favor.

Vio como una emoción desconocida cruzó por el rostro de Regine, pero antes de poder disculparse por sus palabras, este cerró el espacio entre ambos, juntando sus labios en un beso que el moreno había estado esperando casi toda su vida. No pudo reprimir el jadeo que salió de sus labios para fundirse entre el beso. Carson sostuvo la cintura del contrario con más firmeza antes de dar un paso hacia él, profundizando el beso. La respiración de Regine se aceleró y este apretó con más fuerza su cuello, presionando su cuerpo contra el del moreno.

Regine fue el primero en separar el beso, respiraba algo alterado. Empujó a Carson hasta que este cayó sobre el banco de piedra tirando la botella de agua que descansaba ahí. Sin embargo, al moreno no pudo importarle menos, toda su atención estaba sobre su señor mientras este se inclinaba sobre él, apoyando una de sus rodillas a su lado. El mayordomo volvió a poner las manos sobre su cintura, esta vez guiándolo para sentarlo sobre sus muslos.

Carson alzó su cara con los labios entreabiertos, buscando otro de sus besos, no obstante, su señor tenía otros planes. Al sentir la mano de Regine sobre su cabeza dejó que lo guiase hasta su cuello, donde atrapó su piel entre sus dientes antes de pasar la lengua por encima. Su estómago volvió a apretarse al oír el gruñido que soltó su señor, seguido de un jadeo cuando hundió los dedos entre sus rizos y lo presionó contra él. Quería más. Carson tuvo que reprimir una sonrisa.

Eso era muy diferente a lo que había pasado el día anterior. Cuando lo acorraló había podido ver a un Regine asustado, buscando refugio en él antes de que las cosas se torcieran repentinamente y acabasen de manera extraña. El sentimiento que había tenido en ese entonces había sido agridulce, ni siquiera había podido tener tiempo para procesar lo que estaba pasando. En cambio, en esos instantes, podía pensar, podía tocar a Regine y saber que cada uno de los sonidos que salían de su boca eran provocados por él y nadie más. No había sentimientos amargos, solo ellos dos disfrutando del cuerpo del otro. Seguramente, estar haciendo eso al aire libre no era un movimiento muy sensato, pero nadie pasaría por ahí, principalmente porque todo ese terreno pertenecía al de ojos azules.

Carson hundió la cara en su piel, saboreando cada centímetro de esta, como siempre había querido hacer, mientras inhalaba el masculino olor que los rodeaba. Deslizó sus manos hacia la

espalda del contrario. Al notar como Regine se movía hacia delante, creyó que estaba huyendo de sus manos hasta que este comenzó a mover sus caderas contra él, frotando sus entrepiernas. Podía sentir sobre la tela como ambos estaban completamente duros y, al igual que su señor, dejó escapar varios suspiros de placer.

Entonces, la mano del de ojos azules se unió a la ecuación, bajando entre ellos para estirar el elástico de la ropa de Carson hasta sacar su miembro, hizo lo mismo con el propio, dejando que chocasen entre ellos.

El moreno soltó un gruñido mientras un escalofrío se apoderaba de su cuerpo, creía que en cualquier momento comenzaría a hiperventilar. Sin embargo, cuando vio que el de ojos azules se había quedado quieto, se separó lo suficiente para poder mirarlo.

Frotarse sobre la ropa era una cosa, sentir sus miembros piel contra piel era otra muy diferente y Regine pareció pensar lo mismo en un momento de claridad en el que se quedó quieto, enfrentándose directamente con el hecho de que estaba con otro hombre. Estaba sosteniendo otro miembro aparte del suyo y no el de cualquiera, sino el de su mayordomo y mejor amigo.

Cuando su señor subió de nuevo la mirada hacia él, Carson supuso, con pesar, que su experimentación había llegado hasta ahí, que se separaría y le pediría que nunca más recordasen eso. Sin embargo, eso no pasó.

Moviéndose sobre las piernas del moreno, Regine se acomodó antes de tomar su mandíbula con una mano, obligándolo a alzar su cara antes de atrapar su labio inferior entre sus dientes. Lo miró a los ojos mientras usaba su mano para envolver a ambos, apretando su agarre antes de comenzar a moverla, viendo con los ojos entrecerrados como el moreno dejaba caer su cabeza hacia atrás y su piel se erizaba. Gruñían al unísono mientras Regine sacudía sus miembros en un ritmo constante y rápido, pronto la mano del contrario se unió a la suya, ejerciendo presión y aumentando el ritmo a la vez que sus gruñidos elevaban su volumen.

Regine se mordió el labio, más excitado por las reacciones del contrario que por lo que estaba sintiendo, aunque tampoco podía negar que un solo tacto de Carson era suficiente para superar cualquier otra experiencia que hubiera tenido en su vida. Queriendo ver más de él, llevó su mano a la cremallera de su chaqueta, la bajó antes de tomar su camiseta y levantarla, aprovechando para pasar su palma sobre su piel morena. En su torso encontró varias cicatrices de todas las veces que se había puesto delante de él para protegerlo y extrañamente, eso lo encendió más.

Movía las caderas contra su mayordomo, una gota de sudor resbalando por su pecho, hacía frío fuera, pero solo podía sentir un intenso calor en esos momentos. Aceleró los movimientos de su mano junto a la del moreno, su cuerpo se estaba tensando, indicando que pronto el orgasmo lo sacudiría por completo.

—Carson… —murmuró entre un gruñido para avisarle de que estaba cerca de terminar.

Sin embargo, Regine se dio cuenta tarde de como decir su nombre en esa situación afectaba al moreno. Fue arrastrado más cerca de él con la mano que este tenía en su espalda y sintió, repentinamente, su boca atrapando nuevamente su cuello, succionando una de sus zonas más sensibles. Eso envió una corriente de placer directamente hacia abajo, que le hizo estallar mientras estiraba los rizos de Carson con la mano. Se mordía el labio mientras gemía, expulsando todo sobre el abdomen del mayordomo.

En medio de su éxtasis, se obligó a abrir los ojos, separando al moreno de su cuello, tomando su mejilla para poder verlo mientras este se corría con él, incapaz de contenerse más al oír los gemidos de Regine. Pudo ver como la mirada de Carson trataba de enfocarse en él mientras este gemía su nombre una y otra vez. Regine lo apretó contra su cuerpo y aunque así estaba manchando el torso del moreno, a este parecía que no podía importarle menos.

Olas de placer lo recorrieron mientras se negaba a apartar la mirada del mayordomo, disfrutando de como su cara reflejaba lo mismo que estaba sintiendo él. Regine subió la mano hacia su pelo, donde hundió los dedos y lo estiró con suavidad para liberarlo del odioso gel con el que controlaba sus rizos. Tuvo un extraño sentimiento de nostalgia al verlo, como si por esos segundos, pudiera ver al verdadero Carson frente a él una vez más.

Mientras respiraba hondo para calmar su pulso, observaba la cara del moreno mientras este también se recomponía, mirándolo con los ojos entrecerrados, inundado por el placer. Regine apretó la mandíbula, se tensó, no por pensar en que lo que acababa de pasar era completamente real y una locura, sino porque se dio cuenta de que eso no iba a acabar ahí, todavía quería mucho más de él.

Acarició el labio de su mayordomo con el pulgar, fijándose en el tono rosado que habían adquirido por los besos. Su pulso volvió a acelerarse antes de inclinarse y atraparlo otra vez en un beso profundo.

Esperaba que ese sentimiento no durase mucho más, y si lo hacía, esperaba que la caída no fuera a doler demasiado.

Capítulo 10

Actualidad

Tan pronto como terminó, Regine se levantó, separándose de Carson y tomó una de las toallas que había en la mochila para limpiarse, le pasó otra a su mayordomo mientras volvía a acomodarse la ropa y luego se apoyó en unas vallas de metal mientras miraba hacia los campos. Le daba la espalda a su amigo mientras lo oía limpiar y guardar todo en silencio.

No tenía ni idea de por qué había sucedido todo eso, perdía el control cada vez que Carson lo miraba y, aunque sabía que debería tan solo ignorarlo, no podía. El mayordomo lo miraba como si lo necesitase cerca de él y eso provocaba reacciones anormales en su pulso.

Carson metió todo en la mochila y se levantó, miraba la espalda de Regine mientras se preguntaba por qué escapaba tan rápido de ello, de él. Le gustaría que pudiera cerrar los ojos y descansara apoyado en su cuerpo hasta que sus respiraciones y pulsos volvieran a la normalidad, pero supuso que eso era demasiado pedir. Su señor era siempre así: hacía lo que tuviera que hacer y luego pasaba a la siguiente cosa, olvidando la anterior. Aun así, se permitió desear poder tener entre sus brazos a Regine, sin hacer nada más, solamente disfrutando la compañía del otro.

—Volvamos ya —dijo Regine sin mirarlo, volviendo por el mismo camino que habían llegado, esquivando las ramas de los árboles como hizo al subir.

El mayordomo lo siguió sin rechistar, volviendo a ponerse la mochila en la espalda y echando un último vistazo al paisaje. Unas nubes negras se asomaban desde la distancia. La lluvia le iría bien al cultivo, pero seguramente tendrían que detener las reformas de la mansión.

Miró a Regine delante de él mientras caminaban ahora rodeados de hierba seca y se mordió el labio para evitar decir algo a pesar de lo mucho que quería hablar con él. Cualquier tema le servía, solo quería escuchar su voz. La mayoría de silencios con él eran cómodos y normales, pero este no, casi podía escuchar la mente de su señor dándole vueltas al tema. Tal vez debería haberse negado, no le gustaba el curso que estaban tomando las cosas si eso implicaba alejarse todavía más de él.

Así fue como recorrieron el resto de camino en silencio, cada uno perdido en sus propios

pensamientos sobre el contrario y la situación, ¿cuándo se habían torcido tanto las cosas?

Para el momento en el que ya habían llegado a la mansión, unas chispas de lluvia golpearon sobre ellos y tuvieron que apresurarse a entrar. Ahí se separaron y cada uno fue hacia su propia habitación para ducharse y vestirse.

Mientras se dirigía hacia su habitación, Regine escuchó una voz grave y suave llamándolo. Al principio la ignoró, creyendo que era alguno de los susurros que solían resonar por las paredes, pero cuando escuchó que lo volvían a llamar, esta vez más alto, se dio la vuelta. Le alegró ver al jardinero ahora frente a él.

—Señor, me gustaría poder hablar con usted —dijo el Jardinero, deteniéndose a tan solo unos pasos de él—. Es algo bastante urgente sobre el ataque —añadió.

Regine se tomó unos segundos para mirarlo, hacía días que no iba a trabajar y las flores estaban poniéndose cada vez más enfermas.

El Jardinero era un hombre de unos treinta años, alto, el verde, ya de por sí intenso, de sus ojos destacaba todavía más por el moretón reciente en su sien, más discreto a medida que pasaban los días.

—¿Qué sucede? —preguntó Regine, dando un paso hacia él.

El Jardinero miró momentáneamente hacia el cuello de Regine antes de devolver la mirada a sus ojos, hubo un ligero cambio en su expresión que no supo disimular lo suficiente, ya que vio al de ojos azules lanzarle una mirada con la que le decía que se metiera en sus propios asuntos.

—Le he traído a uno de los atacantes.

El rostro de Regine oscureció de pronto, cuerpos ensangrentados y lamentos aparecieron de pronto en su mente, junto a una imagen muy clara de Carson inconsciente entre sus brazos. Dio un paso hacia delante para ir a buscarlo, obtendría su venganza después de obtener la información, ese hombre desearía estar muerto. Su paso se vio interrumpido por el Jardinero, que se puso frente a él para bloquearlo. Regine alzó la mirada mientras arqueaba una ceja.

—Ha venido por voluntad propia, le aseguro que tiene mucha más información de lo que podría imaginar. —Su rostro se tornó firme, determinado a no dejarle dar un paso más—. Sin embargo, no dejaré que le haga nada. Esa es mi única petición.

Regine sostuvo su mirada, repasando mentalmente lo que sabía sobre el Jardinero y entonces dio con ello. El Jardinero, hasta hacía tan solo unos años, pertenecía al mismo grupo que el que

los había atacado la noche de la fiesta. Sin embargo, toda información que le pudiera dar ya la había obtenido el día que aceptó que trabajase para él, dos años antes. Lo importante era conseguir más y nueva información, y que mejor forma de conseguirla que de alguien que había estado entre sus filas recientemente.

—¿Es un antiguo compañero? —preguntó, relajando su postura. Esa era la explicación más lógica para su actitud.

—Más que eso, señor.

Aunque no le gustó lo que eso insinuaba, Regine lo dejó pasar, centrándose en repasar todo lo que había sucedido. Era mucho más importante conseguir las herramientas para destruir la raíz del problema que matar a uno de los soldados, sin embargo…

—¿Pudo haber disparado a Carson? —Eso era algo que no iba a dejar pasar.

El Jardinero arqueó una ceja ante la pregunta de Regine y negó con la cabeza.

—Él estaba conmigo cuando ustedes fueron atacados —dijo mientras alzaba vagamente la mano para señalar el hematoma alrededor de su ojo.

Sabía que era arriesgado confiar en la palabra del enemigo o lo que este tuviera para ofrecerle, pero no tenía nada mejor y necesitaba actuar pronto, por lo que Regine accedió. De nuevo, pensó que no tenía sentido atacar solo a uno cuando podía conseguir las cabezas de todos. Además, era la primera vez que el Jardinero le hacía una petición personal. Lo tenía en alta estima y por ello, le había ofrecido su favor, por lo que, no podía negarse si eso era lo que quería.

—De acuerdo. Esperad en mi despacho, estaré ahí con vosotros en un momento —dijo antes de resumir su camino.

No tardó en llegar al baño y, mientras se desnudaba, se dio cuenta de qué era lo que había estado viendo el Jardinero en su cuello: un intenso chupetón resaltaba sobre su piel pálida, era imposible no verlo.

Frunció el ceño mientras ponía la palma de su mano sobre este, recordando los labios de su mayordomo sobre la piel. Soltó un suave gruñido antes de meterse a la ducha y pensar en los atacantes de la noche de la fiesta, no necesitaba la imagen de Carson aferrándose a él en su mente en esos momentos.

Al terminar de ducharse, se vistió, esta vez no usó una de sus camisas, sino un jersey gris de cuello alto que ocultase la marca. Después de estar listo, caminó directamente hacia su despacho,

donde encontró a Carson esperándolo frente a la puerta cerrada. Sintió un hormigueo sobre su cuello.

El mayordomo mejoró su postura al ver a Regine y se preparó para entrar al despacho, pero frunció ligeramente el ceño confundido cuando no lo vio detenerse y, en cambio, este fue directo hacia él.

Lo siguiente que Carson supo fue que estaba apoyado en la pared mientras su señor lo sostenía con fuerza, sus dientes apretándose contra la piel de su cuello mientras succionaba. Tuvo que morder su propio labio con fuerza para no hacer ningún ruido, consciente de las dos personas dentro del despacho a su espalda y de que ellos estaban en el pasillo, a la vista de cualquiera que pasase por ahí. Pero, tan rápido como Regine lo atacó, lo dejó ir, separándose antes de mirarlo por unos segundos y luego entrar a su despacho.

Carson tragó saliva, completamente desorientado, mientras echaba un vistazo rápido a ambos lados del pasillo, asegurándose de que no hubiera ningún testigo. Subió la mano hacia su propio cuello, sintiendo la zona algo sensible. Se volvió a morder el labio para evitar una sonrisa, claramente había sido una venganza. Ese hombre era peligroso, su corazón lo afirmaba al latir con fuerza.

Cuando el mayordomo entró en la habitación y cerró la puerta, haciendo su mejor intento por verse inalterado, miró a los dos hombres sentados frente al escritorio de Regine. Se colocó al lado de su señor, aprovechando para ver a los invitados. Conocía al Jardinero, él mismo había propuesto contratarlo al ver su historial. Sin embargo, al hombre a su lado solo lo había visto en fotografías: Jefferson Dakota Litcher, sargento en el equipo cuatro del FGOE, la élite de las fuerzas de operaciones especiales. Era uno de los hombres que había atacado durante la noche de la fiesta.

—Según tengo entendido, ha venido por voluntad propia —comenzó a hablar Regine al sentarse en su silla. Volvía a verse como el hombre frío y firme de siempre, nadie imaginaría lo que había hecho apenas treinta segundos antes en el pasillo—. Usted es el señor… Litcher, si no recuerdo mal. Hagamos esto rápido. ¿Qué tiene para mí?

Jefferson se tomó unos segundos para mirar de arriba a abajo a Regine, se fijó en cada centímetro de él, buscando cualquier pista que le revelase algo, sin embargo, no encontró nada, solamente una máscara que este había perfeccionado a lo largo de los años. A pesar de ello, se veía como alguien responsable, alguien que sabía lo que hacía y no dudaba en tomar medidas.

Echó un vistazo al Jardinero, no parecía haberle mentido cuando le dijo que podía confiar en él. Aun así, se reservó sus dudas. ¿Estaba finalmente frente al hombre que había imaginado matar una y otra vez y ahora debía confiar en él? ¿Entregarle todo por lo que había trabajado esos últimos dos años? Sus brazos comenzaron a hormiguear y tuvo que reprimir el impulso de

clavar las uñas en su piel.

—Jefferson Litcher, sí —asintió con la cabeza antes de ir directamente a la raíz de todo, como le había pedido Regine. Se inclinó hacia delante, poniendo una pequeña tarjeta SD sobre la mesa —. Ahí tiene, la caja de Pandora junto a una pseudo disculpa y un ‘‘gracias’’. —Volvió a acomodarse en su asiento.

Regine miró a Carson, quien se apresuró en inclinarse para tomar la tarjeta. El de ojos azules odió ser tan consciente del aroma familiar y masculino que le llegó, respirando profundo para inhalarlo. La voz del Jardinero lo devolvió al presente.

—En su interior hay información sobre todo lo que sucedió dentro y fuera de las paredes de la base: misiones, objetivos, corrupción…

—Y a eso agréguele planos de las bases, futuros planes, archivos desencriptados… —añadió Jefferson—. Hay lo suficiente para desestabilizar todo el sistema, está en sus manos el proceder. Sin embargo, quiero dos cosas —miró a Regine los ojos antes de seguir hablando—. Como sabrá, cada día miles de hombres y mujeres en el ejército dan su vida para cubrir antojos de los altos manos o para sepultar sus errores, sin poder hacer nada para impedirlo. No es la primera vez que el ejército ha realizado misiones suicidas para deshacerse de soldados que supieran más de la cuenta. Pasó con el anterior equipo del Jardinero y pasó con el nuestro hace dos años.

El Jardinero puso la mano sobre el muslo de Jefferson por instinto, ni siquiera él se dio cuenta de ello. Pero, por un segundo, se pudo ver la mirada de Jefferson agrietarse, antes de que este pusiera su mano sobre la del contrario.

—¿Quiere que acabe con la corrupción en las fuerzas armadas? —preguntó Regine. No era algo imposible, pero sí bastante improbable y fuera de su ámbito—. Primeramente, ¿cómo sé que puedo confiar en usted? —Entendía sus motivos para traicionar a las fuerzas del gobierno. No obstante, si los había traicionado a ellos, nada impedía que le clavase el puñal por la espalda a él cuando las cosas no fueran como quería. Vio como Jefferson miró rápidamente al Jardinero antes de responder.

—He pasado años enteros de mi vida en las fuerzas armadas. Cumpliendo orden tras orden, cada una más atroz que la anterior, camufladas bajo la voluntad de ‘‘proteger’’ cuando lo único que hacíamos era destruir —apretó el puño—. Créame cuando le digo que si tuviera el poder para hacerlo acabaría con ellos yo mismo. —Se inclinó hacia delante en su asiento—. También tengo motivos para desconfiar. No obstante, le doy esta oportunidad porque Jota sí confía en usted. Tiene lo suficiente para destruir a esos hijos de puta. Quiero eso, y estar en paz.

Regine no apreció el uso de palabrotas.

—Podría matarlo ahora y cobrar lo que usted y su equipo le hicieron a mi mansión el otro día —dijo Regine inclinando la cabeza hacia un lado. Le había dado su palabra al Jardinero de que no le haría daño a Jefferson, simplemente quería saber la respuesta del agente. Aun así, pudo notar como el de ojos verdes se tensaba, mirando a ambos en silencio.

—¿Cree que le daría toda la información de golpe? No he sobrevivido todo este tiempo arriesgándome sin tener un plan B —se obligó a formar una leve sonrisa amarga, la borró al continuar hablando—. En el momento en el que intente algo no volverá a vernos, y le aseguro que tengo mucho más que solo eso —señaló con la cabeza hacia Carson, que estaba introduciendo la tarjeta en un pequeño portátil.

—Señor… —llamó Carson, ocultando su propia sorpresa al ver la cantidad de archivos y el contenido de estos antes de acercarse a Regine y mostrarle lo que había en pantalla.

Regine reprimió también una mueca de sorpresa antes de mirar a Jefferson durante unos segundos. No creía en la suerte, pero se sintió afortunado.

—Entonces tenemos un trato, señor Litcher —dijo, sin alargar innecesariamente la situación. Tenía asuntos de los que ocuparse—. Entrégueme el resto de la información, le doy mi palabra al igual que se la di a su compañero —señaló con la barbilla al Jardinero—. No voy a atacarles y haré lo que esté en mi mano para lo que me pide. Sin embargo, quiero que tenga claro que la situación va a volverse mucho más tensa y aunque yo le pueda asegurar que no le haré daño, no puedo garantizar su seguridad. ¿Entiende eso?

—Tranquilo, me he defendido en situaciones peores, y créame cuando le digo que no me va a temblar la mano cuando los tenga delante de mí —respondió refiriéndose a los altos mandos. Se puso en pie.

Regine lo imitó, pero no extendió la mano para estrechársela.

—Ha sido un placer, señor Litcher. —Miró al Jardinero—. Arregle el jardín antes de irse —ordenó.

—Sí, señor. Gracias —respondió él.

El Jardinero y su compañero, amigo, pareja o lo que fuera, salieron del despacho. A Regine no le interesaban los asuntos amorosos de sus empleados, pero no pudo evitar recordar que el Jardinero ya estaba viviendo con otro hombre, supuestamente su pareja.

Esperó a que Carson cerrase la puerta antes de hablar con él.

—¿Qué opinas sobre eso? —preguntó Regine una vez estuvieron solos nuevamente. Tomó el portátil y lo colocó sobre la mesa, apoyó las manos sobre esta, inclinándose hacia delante mientras leía algunos de los archivos. Podían hacer mucho daño si eso salía a la luz—. El gobierno está en nuestra contra. No pararán hasta acabar con nosotros, sepan o no que tenemos esto en nuestras manos.

Carson se acercó al escritorio y observó en silencio varias de las misiones, abrió un poco más los ojos al leer sobre asesinatos encubiertos y eliminación de testigos. Sabía, al igual que Regine, sobre muchas de las cosas que el gobierno ocultaba al público general, pero aun así era sorprendente la cantidad de misiones inmorales que se habían llevado a cabo solamente en los dos últimos años.

—Señor, si esta información sale a la luz sabe que el sistema entero colapsará. No solo afectará al resto de estados, los demás países tomarán cartas en el asunto —dijo Carson, apretando ligeramente el puño. Este ya no era solo un asunto entre los negocios de Regine y personas importantes, ahora podía ser un asunto de importancia internacional que involucraría miles de vidas inocentes—. Creo que quien lo ha atacado sabe bien que no es beneficioso para nadie que revele lo que sabe, ni siquiera para usted.

Regine miró a Carson, bajando la mirada por unos segundos hacia su cuello, la marca que había dejado, aunque era difícil de ver a causa del tono oscuro de su piel, estaba ahí.

Obligándose a apartar la mirada, se dirigió a un armario lleno de carpetas y archivos, lo abrió y tomó una de las carpetas del primer cajón, era toda la información que había podido conseguir por parte del Jardinero cuando este desertó de las fuerzas armadas. Se acercó y la dejó caer sobre el escritorio, abierta en la primera página.

—Ese alguien… —señaló con del dedo hacia el archivo antes de caminar hacia la ventana y apoyarse en el alfeizar mientras observaba el jardín—. Debería replantearse sus decisiones.

Regine se quedó en silencio durante unos segundos. Sabía que no podía culpar a otra persona por lo que debía hacer y haría a continuación. Aun así, algo muy dentro de él comenzó a arder con rabia. Podrían haber respetado su acuerdo y ahora nadie tendría que pagar las consecuencias. Le gustaría que las cosas fueran más sencillas, poder quemar todo y empezar de cero, pero desear no era suficiente.

Carson observó el archivo que ahora estaba sobre la mesa y lo tomó, en este vio la fotografía del hombre que había dado la orden: el ministro de defensa. El mayordomo se fijó en la forma en la que Matthias Birkbeck sonreía a la cámara, sus ojos eran del mismo color que los de su señor, pero eso solo le hizo tensarse más de lo que estaba. Sonreía a la cámara como un hombre que no había pasado por el infierno que sí se reflejaba en la mirada de Regine. Creía que esa era un gran contraste entre ambos, Birkbeck lanzaba sus órdenes sin ser consciente de las consecuencias, sin

vivirlas, siendo intocable.

Podría decirle a Regine todas las cosas que no le aconsejaba hacer, sin embargo, sabía que el contrario odiaba el gasto de palabras sin propósito, querría una mejor solución que la que Carson sabía que estaba cruzando por su mente en esos momentos.

Por una parte, era consciente de que atacar a cualquier miembro del gobierno solo se convertiría en una bola de nieve que crecería sin control hasta crear un conflicto mucho más grande. Todavía le sorprendía el poder que una persona de carne y hueso podía tener gracias a su posición. Por otra parte, era evidente que las amenazas no habían dado resultado, por lo que las palabras esta vez no valdrían.

Regine decidió su siguiente paso antes de volver a acercarse al escritorio, cerró la carpeta con los documentos sobre el ministro de defensa y caminó hacia Carson, apoyándola contra su pecho.

—Trae a alguien para que organice todo esto —ordenó—. Prepara un coche, nos vamos.

Carson tragó saliva cuando el tacto de su mano en su pecho, aún sobre los papeles, le hizo recordar lo que había sucedido por la mañana.

Regine también pareció sentir lo mismo, por lo que se separó tan pronto como pudo. Caminó hasta la puerta y la abrió.

—¿Dónde quiere ir? —preguntó Carson a espaldas de Regine.

Su señor se detuvo durante un momento para contestar.

—Vamos a soltar la correa del perro.

Luego salió al pasillo.

Estuvieron en el coche durante una hora hasta llegar a su destino. Durante el viaje, Carson estuvo hablando con Regine sobre otras alternativas que podrían ser igualmente útiles. No le gustaba nada lo que iban a hacer, valía la pena valorar otras opciones.

—Considero que revelar algunos de sus escándalos podría ser útil para alertarles de que está dispuesto a liberar el resto. El blanqueo de capitales del mes pasado podría ser una buena opción o el incidente de…

—¿Qué crees justo, Carson? —interrumpió Regine, mirando hacia la ventana, no estaba seguro de si Carson sabía o no que lo miraba a través del reflejo del cristal.

—¿A qué se refiere, señor? —preguntó, sintiendo que sus esfuerzos por intentar hacer lo mejor no valían nada.

—Podemos tirarles una piedra para que recapaciten. Tal vez lo hagan, podría servir —se tomó un momento para respirar hondo, las náuseas del viaje lo invadían—. Sin embargo, ¿no hicimos eso hace años? Aun así decidieron atacarnos, no solo a nosotros, sino a todo lo que se movía dentro de la mansión. —Mientras el coche aparcaba, se giró para mirar a Carson—. Lo que nos han hecho a nosotros, se lo harán a cualquiera. No quiero volver a tomar el riesgo de esperar a que aprendan, me aseguraré de que estén tan abajo que no puedan volver a levantarse.

Carson se quedó en silencio mientras se apresuraba a salir, rodeó el coche para abrir la puerta de Regine y ayudarlo a salir.

Estar en ese tipo de negocio era una constante lucha, con los demás, con el mundo, con el pasado y el futuro, pero sobre todo con uno mismo. Un constante tira y afloja donde tenía que cerrar los ojos frente a las situaciones más inmorales y simplemente caminar hacia delante, sin fijarse en los cuerpos que pisaban al pasar. Sin embargo, él no podía hacer eso, creía firmemente en que siempre se podía tomar otra opción, no completamente pacífica, pero sí mejor que cualquier otra.

Tuvo que salir de sus propios pensamientos, él no tenía la última palabra y debía hacer cumplir la voluntad de su señor, por lo que no tenía otra opción más que aceptar mientras se guardaba su opinión para sí mismo.

Regine tuvo que apoyarse en la puerta del vehículo para tomar un par de inhalaciones profundas. No había sido buena idea subir a un vehículo después de varios días con condiciones de salud pésimas. Odiaba tener que verse así cada vez que se desplazaba de un lugar a otro y, sin embargo, no podía evitarlo. Ni siquiera las visitas del médico habían conseguido dar con la causa de sus mareos e, hiciese lo que hiciese, solo podía reducirlos, no deshacerse completamente de

ellos. Apretó la mandíbula antes de separarse y caminar hacia delante.

Echó una mirada alrededor, con cuidado de no pisar la basura que había por el pavimento agrietado y antiguo, aunque era prácticamente imposible, la suciedad estaba por todas partes. A pesar de la niebla que cubría el lugar, a lo lejos se podían ver los altos y modernos edificios del centro de la ciudad, contrastando con los suburbios de esta, donde se encontraban en esos momentos. Esa era la parte abandonada hacia la que nadie miraba.

Se fijó en al menos cinco personas que dormían sobre cartones, abrazando sus pertenencias para que nadie las robase. El olor de sus cuerpos inundaba el ambiente aunque estuvieran al aire libre y al lado de algunos de ellos, había jeringuillas usadas.

Regine se preguntó por qué había aumentado el consumo de drogas en las zonas pobres de la ciudad. Ese sería un asunto que debería tratar pronto, cuando tuviera el tiempo suficiente para ello.

Caminaron dejando atrás a los sin hogar y se adentraron en un viejo edificio que se veía como si fuera a derrumbarse en cualquier momento. Mirasen donde mirasen solo había decadencia.

Nada más entrar, los recibió un chico de pelo verde con varios tatuajes que se asomaban por el cuello de su camiseta, este se movió y abrió una puerta de metal para ambos sin decir ninguna palabra, sin embargo, sí los siguió con la mirada mientras los dejaba entrar.

Regine y Carson subieron al ascensor que había tras esa puerta, uno viejo de metal que parecía haber tenido mejores días hacía varias décadas.

El chico de pelo verde entró con ellos, pulsando uno de los botones. El ascensor crujió varias veces antes de comenzar a descender. Por un momento lo único que se pudo ver fue una pared de hormigón antes de revelar lo que verdaderamente se ocultaba ahí abajo.

El lugar escondía una pequeña sociedad subterránea, donde ninguna ley reinaba más que el interés mutuo de vivir y dejar vivir. ¿El fundador de todo eso? Andrew Bennett.

Los tubos fluorescentes del techo iluminaban las pasarelas de metal que conectaban las estructuras que hacían llamar edificios. En cada una de esas instancias había movimiento, cada persona ocupada en sus propios asuntos, no era muy legal lo que hacían ahí debajo, pero todos se veían conformes con la manera en la que era su vida.

Cuando salieron del ascensor, el de pelo verde comenzó a hablar con un compañero, quería saber si Andrew estaba disponible para recibirlos.

Mientras estos hablaban, Carson miró alrededor, encontrando varios ojitos que los miraban con curiosidad, escondidos detrás del metal de una de las pasarelas. Sonrió al ver a ese grupo de niños y les levantó ligeramente la mano para saludarlos. Ellos no devolvieron el saludo, pero siguieron mirando con curiosidad.

—Lo siento, Andrew está con un invitado justo ahora, pueden esperar o… —No pudo terminar la frase antes de ver como Regine cruzaba entre ellos y él mismo se dirigía hacia el despacho de Andrew—. Espere, no puede cruzar sin más —dijo mientras alzaba una mano hacia él.

Carson intervino, tomando su muñeca antes de que alcanzase a su señor y la bajó lo más suavemente que pudo.

—No se preocupe, solo tomará un momento —le dijo educadamente antes de seguir a Regine.

El resto de personas ahí abajo parecían saber más que el chico de pelo verde, puesto que todos se apartaron del camino de Regine nada más verlo. El hombre en cuestión solamente miraba hacia delante, asqueado por el olor del tabaco, el alcohol y el sexo que la gente no se preocupaba en mantener íntimo.

Cuando al fin llegó a su destino, se detuvo, dejando que Carson abriera la puerta después de llamar con los nudillos. Al abrir, se encontró a Andrew riendo en su sillón mientras charlaba con un no tan contento Scott, el agente novato que había ido a su mansión después de que se deshicieran del señor Merrill en la cafetería.

Ambos se giraron hacia la puerta al oírla abrirse, Scott se tensó de inmediato al ver a Regine ahí.

Regine se preguntaba qué demonios hacía ahí un agente.

—Vaya, el señor Karpovich en persona —dijo Andrew sonriendo, luego se fijó en Carson—. Y su fiel mayordomo, Alfred —bromeó.

—Buenos días, señor Bennett —saludó con educación Carson.

Regine no respondió, seguía mirando a Scott, este mantenía su mirada.

Andrew se fijó en ello, así que se giró hacia Scott.

—¿Por qué no sales y das una vuelta un rato? —sugirió. Al ver que Scott abrió la boca para replicar, borró su característica y casi permanente sonrisa—. Fuera —ordenó con seriedad.

El joven agente se quedó quieto durante unos segundos antes de dirigirse hacia la puerta y salir, no sin antes lanzar una fría mirada a los recién llegados.

—Lo siento —dijo Andrew mientras apartaba una pila de papeles doblados de una de las sillas, solo para dejarlo sobre el escritorio—. Lleva pegado a mí toda la semana diciendo algo sobre erradicar el mal de las calles —se dejó caer sobre su sillón—. Ya sabe cómo son estas cosas. Es el nuevo héroe de la ciudad —se mofó.

Carson supo que Regine no quería charlas innecesarias cuando lo vio inclinar ligeramente la cabeza hacia él. Sin perder ni un segundo, se acercó al escritorio de Andrew y dejó sobre el resto de papeles una carpeta con varios archivos en su interior.

—Dado que las anteriores amenazas no han surtido efecto, necesito que le lance una advertencia más concreta —habló Regine—. Dentro tiene información sobre su horario, propiedades, lugares que frecuenta y otra información de su interés.

Andrew lo miró antes de abrir la carpeta, no era común que Regine se presentase en persona para encomendarle alguna misión, esto se trataba de algo más. Observó los papeles en el interior y sus ojos se agrandaron antes de soltar una carcajada negando con la cabeza.

—¿El ministro de defensa? —Se fijó en la foto debajo de la del hombre, en ella pudo ver a sus dos hijas—. ¿Quiere causar un conflicto político? Sabe que siempre estoy disponible para golpes de estado, aunque prefiero que no sea un lunes por la mañana.

Regine ignoró su último comentario.

—Si es inteligente se detendrá, la situación no tiene por qué escalar más —respondió con frialdad. Era lógico atacar de vuelta después de que el ministro enviase un equipo a su mansión, era justo. Este podía ser el final del conflicto, así no tendrían que involucrar a más personas.

—¿Sus dos hijas? —preguntó Andrew mientras observaba la fotografía

Regine se quedó en silencio durante unos segundos y miró de reojo a Carson, este tenía la vista al frente, ocultando todo lo que estuviera sintiendo.

—Solo una, destrózala —contestó, volviendo a mirar al hombre—. Le aterrorizará pensar en lo que podríamos hacerle a la otra.

Andrew soltó otra carcajada.

—Es usted un individuo retorcido, Karpovich.

Regine no contestó, solo estrechó su mano cerrando el trato, no quería seguir ahí debajo, apenas podía respirar, aunque no creía que tuviera que ver con el aire que había.

Reflexionó sobre sus palabras mientras salía de esa parte de la sociedad escondida. Debía ser retorcido, frío y cruel, esa era la única manera en la que podía ser capaz de proteger a los demás. No tenía otra opción.

Sin embargo, al mismo tiempo que salía de ahí, echó un vistazo hacia Carson, pensando en lo mucho que este le había insistido por probar otras opciones. No era estúpido, sabía que no disfrutaba de tener que hacer este tipo de cosas, del mismo modo que a él también le repulsaba.

Sintiendo la presencia de su mayordomo más intensa que antes, sacó su teléfono personal del bolsillo y le escribió un mensaje corto a Andrew:

«No hagas que sufra».

No cambiaría nada, podría creer que sí, pero al final del día el resultado sería el mismo. No era mejor persona por ello.

Guardó el teléfono y siguió caminando hacia el vehículo, con pasos pesados y la mandíbula apretada mientras su pecho se oprimía. Tragó cualquier horrible sentimiento que acompañase a su decisión. No podía dar la vuelta, tendría que seguir hacia delante con ello, al igual que seguía cargando todo el peso de sus peores acciones. No había un solo centímetro de sus manos que estuviera limpio de sangre.

Sin embargo, ese era el precio de ser un mártir. Un precio que estaba destinado a pagar, hasta el último centavo.

Capítulo 11

21 años antes (Edad: 17 años)

Viendo alrededor de la sala en la que se encontraba, Regine no pudo ver más claro la clase de personas con las que se relacionaba su padre. Sabía que teniendo en cuenta el negocio en el que estaba, no tenía muchas expectativas, pero aun así había conseguido decepcionarlo.

Era alarmante la cantidad de hombres que habían acudido a esa ‘‘reunión’’. Regine ingenuamente había pensado que se trataría de algo más serio y formal, por ello no había puesto tanta resistencia cuando su padre le dijo que asistirían. Pero estando ahí, se había dado cuenta de lo equivocado que estaba: eso no era ninguna reunión y mucho menos algo formal. Parecía más bien una escena sacada de El Padrino.

Lo primero de una larga lista de cosas que le disgustaron, fue el intenso olor a tabaco que inundaba la sala. Las nubes de humo que exhalaban la mayoría de los invitados destacaban a causa de la tenue luz de las lámparas de techo. El lugar ya era oscuro y cerrado de por sí, ese humo solo empeoraba la sensación claustrofóbica.

Tratando de ignorar el ambiente, se fijó en las personas presentes en la sala, encontrando a varias chicas con ropa ligera. Él no tenía problemas con lo que ellas decidieran hacer, pero aparte de que no se veían muy contentas de estar ahí, algunas de ellas se veían sospechosamente jóvenes. Le lanzó una rápida mirada a su padre, que este, por supuesto, ignoró.

Engañado. Era la palabra que mejor describía como se sentía. Había ido ahí con la promesa de algo distinto, solo para después encontrar ese panorama. En parte había sido su culpa por confiar en la palabra de su padre sabiendo lo poco honesto que el hombre era. Si Bernard estaba de por medio, no podía esperar algo mejor que eso.

Se había adentrado unos pasos más en la estancia, solo lo suficiente para mantenerse al lado de su padre y el mayordomo, cuando dos figuras muy parecidas entre sí se acercaron a ellos: un hombre de más de setenta años y otro más joven.

Steven Merrill y su hijo, Aaron, les dieron una cálida bienvenida mientras los llevaban hacia una barra y pedían un par de bebidas.

Ambos eran los dueños del territorio del muelle, nada de lo que trajeran otros comerciantes por vía marítima pasaba sin su supervisión. Por esa razón eran sumamente conocidos en ese mundillo. Habían hecho tratos con casi todos los comerciantes de la ciudad, incluido su padre.

Regine había visto a Steven antes en alguna de las sí formales reuniones a las que había asistido, pero esa era la primera vez que veía a su hijo. Sabía que lo más probable era que cuando a él le tocase tomar las riendas del negocio, Steven ya no estaría, y tendría que tratar con su hijo. Y aunque intentó mantenerse positivo, la actitud poco seria de Aaron no le transmitió mucha confianza. Era una pena que el negocio de Steven muy probablemente viera su fin cuando pasase a manos de su hijo.

Intentó concentrarse en la conversación que estaban teniendo.

—No esperaba que fueras a traer a tu hijo esta vez, Bernie —dijo Steven mientras daba un trago a su copa.

—Debe ir acostumbrándose, necesito que esté preparado para mantener todo en pie cuando yo ya no esté —respondió vagamente el padre de Regine.

Cuando Steven soltó una carcajada que se transformó en una fuerte tos, Regine pensó que tal vez ese hombre fuera a fallecer antes de lo que había previsto. Mentiría si dijera que no consideró llamar a una ambulancia.

—Aaron tardó bastante en adaptarse, aunque estoy seguro de que tu hijo está hecho para esto —dijo cuando recuperó el aliento, mirando por un segundo al mencionado—. Vuestra familia tiene el control de esta ciudad desde hace casi más de un siglo. Llegados a este punto, creo con total certeza que hay algo en los genes de los Karpovich —bromeó.

Bernard miró fijamente a Regine al hablar.

—Sí, lo lleva en la sangre —dijo antes de dar un largo trago a su bebida.

Regine sintió un escalofrío recorrer su nuca, pero siguió actuando normal.

—Eso es cierto —concordó con Bernard, luego miró a Regine—. Pronto formarás parte de todo esto oficialmente, chico —rio mientras daba una palmada en el hombro del de ojos azules, cuando vio la manera fría en la que este lo estaba mirando se apresuró a quitar su mano—. Bueno… nos vemos alrededor, es un gusto tenerte por aquí, Bernard —le sonrió brevemente antes de alejarse de ahí para hablar con otro grupo de invitados.

Regine pudo respirar mejor cuando ese hombre y su hijo se alejaron, prefería no hablar con nadie. Bajó la mirada hacia su copa, sabía que Carson lo mataría si se enteraba de que había bebido, por lo que dejó la copa llena sobre la barra.

Pensar en su mejor amigo le hizo desear volver a la mansión todavía más de lo que ya quería. Ese lugar no era para él, no podía mantener conversaciones superficiales con los demás como hacía su padre, simplemente era incapaz. Solo estaba perdiendo el tiempo y eso era algo que no soportaba.

—¿Cuánto tiempo tenemos que quedarnos aquí? —preguntó, interrumpiendo la charla que su padre estaba teniendo ahora con el mayordomo.

Bernard se giró para mirarlo.

—Apenas hemos llegado. Habla con los demás, involúcrate un poco —señaló con la mano alrededor—. No nos quedaremos mucho tiempo —añadió al ver que la expresión de su hijo no cambió.

Regine no tuvo otra opción, tal vez si su padre lo veía hablar con alguien, podría usar la excusa de que ya se había involucrado lo suficiente y este le dejaría irse primero.

Soltó un suspiro mientras se daba la vuelta y caminaba hacia el centro de la sala, todos parecían ignorarlo.

Siguiendo las recomendaciones de Hannah, la única amiga que tenía fuera de los muros de la mansión, forzó una sonrisa, intentando verse más asequible y amigable, pero solo recibió un par de miradas extrañas por parte de los invitados.

Rindiéndose en su cometido, caminó hasta uno de los sillones vacíos y se sentó ahí. Cómo deseaba haber traído alguno de sus libros… La historia que le había recomendado Carson era mejor de lo que esperaba.

Después de unos minutos, levantó la mirada cuando vio unas piernas delgadas frente a él, y encontró a una chica morena mirándolo con una sonrisa.

—No esperaba ver a alguien tan joven aquí —dijo la chica mientras se sentaba en el brazo del sillón.

Regine se fijó en ella, era una chica muy atractiva, pero se suponía que debía hablar con otro tipo de personas, no con las chicas de compañía. Tuvo que apartar la mirada de golpe al descubrir que su ropa interior era visible por debajo de la falda y se removió incómodo en el

sillón.

—Podría decir lo mismo —respondió secamente.

Un par de segundos pasaron antes de que la chica riera.

—Soy Jasmine —extendió la mano.

—Regine —la estrechó.

Lo que siguió no fue la mejor conversación que había tenido, pero al menos hizo la situación amena durante media hora. A Regine le gustó la sinceridad de la chica, era educada a pesar de decir las cosas directamente, no como el resto de personas que había ahí: deshonestos e interesados. Sin embargo, aunque le hubiera gustado seguir hablando, un hombre con traje, como todos los que había ahí, se acercó.

—Jasmine, vámonos —ordenó este.

Jasmine se fijó en el hombre mientras su sonrisa se borraba, pero al girarse para ver a Regine volvió a formarla.

—Ha sido un placer, Regine —se inclinó en el sofá para darle un suave beso en la mejilla, luego se levantó y caminó hacia el hombre.

El de ojos azules solo asintió en silencio, dejando que se fuera. Vio con impotencia como el hombre la sujetaba bruscamente por el brazo mientras la arrastraba hacia la salida. Antes de que salieran, vio como Jasmine se giraba para darle un último vistazo, luego desapareció tras la puerta.

Se quedó unos minutos clavado en el sillón, nuevamente solo, pensando en si podría hacer algo por la chica que acababa de conocer. Apretó la mandíbula, él no podía hacer nada, no era un héroe, no podía arreglar cada cosa mala en el mundo. Aunque tal vez si Carson estuviera ahí…

Se levantó de golpe, no iba a quedarse más tiempo en ese lugar, comenzaba a sentirse enfermo, y aunque conocer a Jasmine le había ayudado a pasar el rato, ahora que no estaba se sentía todavía peor. Miró alrededor hasta encontrar a su padre y entonces, caminó hasta él.

—¿Ya podemos irnos? —le preguntó una vez que llegó a su lado, ignorando a los hombres con los que estaba hablando.

Bernard interrumpió lo que fuera que estaba diciendo.

—¿Cuál es la prisa? —miró alrededor—. Creí que ibas a irte con esa chica con la que estabas hablando, te veías bastante interesado en la conversación —dejó salir una suave risa.

Dos de los hombres con los que estaba rieron también, probablemente por compromiso.

Al ver la cara de desagrado de Regine ante el comentario, Bernard se alejó de ahí con su hijo. Cuando estuvieron solos volvió a hablar:

—Escucha, no me importa lo que experimentes o lo que te guste hacer, pero vas a mantener las apariencias en público —comenzó a borrar su tan característica sonrisa.

Regine lo miró completamente confuso al ver el cambio de tema tan drástico. Era consciente de que seguramente no había dado la mejor impresión, pero no se había comportado inapropiadamente en ningún momento. No entendía a qué venía eso.

—¿De qué estás hablando? —preguntó

—De que te alejes del hijo del mayordomo y busques a alguien más acorde a tu posición —respondió directamente.

Regine tardó unos segundos en entender lo que su padre estaba insinuando, pero cuando lo hizo, no tuvo ni idea de cómo pudo mantener la compostura aún sintiendo su pecho revolviéndose con violencia. ¿Qué tenía que ver una cosa con la otra?

Últimamente, su padre trataba de sacar el tema de encontrar pareja con cada pequeña oportunidad que tenía y por alguna razón Carson era mencionado cada una de las veces. De hecho, estaba seguro de que Bernard veía al hijo del mayordomo como una especie de diablillo sobre el hombro de Regine, que lo obligaba a llevarle siempre la contraria. Regine estaba cansado de todo ello, era capaz de pensar por sí mismo, si no tenía pareja era porque no estaba interesado en nadie, al igual que si le llevaba la contraria a su padre era porque no estaba de acuerdo con sus decisiones.

—No necesito que te involucres en mi vida privada —respondió.

—Solo te aconsejo lo que es mejor para ti —dijo Bernard—. Y para él —añadió. Su tono amenazante no pasó desapercibido para Regine.

Si antes ya estaba tenso, ahora se sintió furioso, furioso por tener que estar ahí a pesar de que no quería, furioso de ser siempre revisado con una lupa, furioso de estar siempre rodeado de ese ambiente sofocante. Pero sobre todo, furioso porque amenazase a la única persona que de verdad

le importaba.

Seguramente no fue el movimiento más inteligente que Regine podría haber hecho, pero apretando su mandíbula, no pudo contenerse más y contestó:

—Por supuesto, porque lo mejor es acostarse con chicas que no tienen ni la mitad de tu edad. —Su voz salió mucho más alto de lo esperado, tal vez indirectamente hablando con todos los presentes, los que aceptaban y promovían ese tipo de conductas—. Es asqueroso —sus palabras resonaron por toda la sala, causando el silencio de los invitados que estaban ahí.

Bernard no respondió, solo seguía mirando a Regine en silencio, sin importarle que ahora los estuvieran viendo muchas más personas.

Regine se quedó también en silencio, sosteniendo desafiante la mirada de su padre. Había tenido suficiente.

Dándose la vuelta para irse de ahí, no le dio importancia al brillo oscuro que apareció en los ojos de su padre, ni a la forma en la que las comisuras de sus labios se elevaron ligeramente.

Eso sería algo de lo que se arrepentiría el resto de su vida.

Una vez fuera, caminó directamente al coche y se subió en la parte trasera. Colocándose el cinturón, vio la mirada que le dio el chófer, pero también decidió ignorarla. No quería seguir con el resto de sus obligaciones ese día, él ya había cumplido su parte.

—Llévame de vuelta.



Carson fue de los primeros en escuchar sobre la situación poco antes de que Regine llegase a la mansión, por lo que cuando supo que su señorito ya había llegado, caminó con prisas por todo

el lugar, buscándolo.

Según lo que había escuchado, el de ojos azules se había marchado sin mirar atrás en una importante reunión, desobedeciendo completamente al señor de la mansión. Sabía que no disfrutaba de esos eventos y, que odiaba tener que estar en el mismo espacio que su padre, pero nunca se había marchado de esa manera. Estaba seguro de que había algo mal.

Llamó a la puerta de la habitación de Regine antes de entrar, miró alrededor una vez dentro. No había nadie ahí, la cama estaba hecha y todo parecía estar en orden.

Iba a continuar buscándolo, cuando, de repente, la puerta del baño se abrió y encontró a un pálido Regine sumergido en sus propios pensamientos. Este, al verlo, entrecerró nuevamente la puerta, poniendo una barrera entre ambos. Carson pudo escucharlo tomar aire.

El moreno se acercó al baño y aunque la puerta no estaba completamente cerrada, se mantuvo fuera, dejándole espacio para que pudiera relajarse.

—¿Escuchaste lo que sucedió? —preguntó Regine después de unos minutos, apoyándose en la pared, intentaba que su voz saliera lo más estable posible, la opresión en su pecho le hacía difícil respirar.

—No mucho —respondió Carson, mirando hacia la puerta—. Solo supe que se fue de la reunión… y que llamó la atención de todos al hacerlo —mordisqueó su labio, no quería hacerlo sonar tan malo como había escuchado—. Aunque sabe que la información que llega es bastante dudosa —añadió, intentando suavizar la situación.

—Eso no era una reunión —respondió Regine en un murmuro—. Había chicas. Eran más jóvenes que nosotros. —Cerró los ojos, pero tuvo que volverlos a abrir cuando encontró la cara de Jasmine tras sus párpados.

Todo volvió a quedarse en silencio durante unos segundos.

Asegurándose de que no se viera tan mal como se sentía, Regine abrió la puerta y salió del baño negando con la cabeza, manteniendo la vista en todas partes, menos en su mejor amigo.

—Lo siento, debería haberme quedado callado —se disculpó. Podría haber hecho las cosas diferentes, haberse comportado de ese modo les traería problemas a los demás, no solo a él—. Sé que esto lo hace más difícil para ti, para todos. Cuando…

Tuvo que dejar de hablar cuando volvió a costarle respirar, mordiéndose con fuerza el interior de la mejilla hasta saborear sangre. Recordó la mirada apagada de Jasmine mientras se la

llevaban, y como todos los demás solo reían y charlaban como si nada malo estuviera sucediendo. Él no quería formar parte de ello.

Debería haber hecho algo más y al mismo tiempo no debería haber hecho nada. Era una constante lucha en la que hiciera lo que hiciera, alguien saldría herido. No quería tener que seguir tomando decisiones. Necesitaba salir de ahí, ir lejos, donde nadie lo considerase responsable por cada una de las cosas negativas que sucedían, donde pudiera ser simplemente él mismo, no un villano más.

Regine sentía que su cabeza iba a estallar en cualquier momento, pero entonces, una mano cálida envolvió su mano, haciendo que toda su tensión se liberase de golpe. Soltó un suspiro mientras veía como la mano de Carson sostenía la suya. Rodeó a su amigo con los brazos y lo atrajo, abrazándolo con fuerza, sosteniéndose en él.

El hijo del mayordomo trató de mantenerse tranquilo a pesar de la obvia aceleración en su pulso al sentir cómo lo abrazaba. El sentimiento que lo invadió al sentirlo tan cerca contrastaba completamente con el que apareció al ver a Regine de en ese estado.

Tal vez Regine no era un sirviente, pero eso no significaba que su vida estuviera rodeada de rosas, como pensaban algunas personas dentro y fuera de la mansión. Carson sabía lo mucho que el de ojos azules se esforzaba cada día por intentar hacer lo mejor posible, bajo la abrumante presión de no poder cometer ni un solo fallo.

—Estaremos bien —susurró el moreno—. Todo esto pasará. Sabes que nunca es demasiado tarde para cambiar las cosas —intentó animarlo.

Así, Carson rodeó también con sus brazos a Regine y lo apretó contra él. No necesitaba decir nada más, se centró en transmitirlo todo a través del abrazo, hacerle ver que a pesar de todo lo malo, él se quedaría a su lado. Cerró los ojos y agradeció en silencio poder estar ahí para él.

Actualidad

Regine odiaba tener que modificar su horario y trabajar horas extra por la noche por culpa de su insomnio. Las pastillas para dormir solucionarían ese problema, no obstante, no quería pedírselas a Carson, le hacía sentir incómodo.

De todos modos, su mayordomo parecía preferir ofrecerle alternativas más naturales como infusiones. No ayudaban mucho, pero le gustaba la compañía de Carson mientras bebía el líquido. Prefería no arrastrarlo a su falta de sueño, sin embargo, hablar de cualquier cosa con él lo tranquilizaba y eso sí lo ayudaba a dormir.

Esa noche había sido igual, Carson y él hablando por horas hasta que finalmente se fueron a dormir, cada uno en su habitación. Por lo que era normal que esa mañana no quisiera levantarse de la cama.

Regine se retorció entre las sábanas antes de tomar su teléfono, encenderlo y ver la cantidad de llamadas perdidas que tenía. Compadecía a Carson, cuando él no contestaba las llamadas se redirigían al teléfono de su mayordomo, por lo que seguramente las estuvo atendiendo desde hacía horas.

Volvió a colocar el aparato en la mesita de noche antes de sentarse, mirando el espacio vacío en la cama a su lado. No era como si quisiera que Carson durmiera con él ahora que su relación se había transformado en… una forma extraña de liberar sus necesidades sexuales, le gustaba la forma en la que todo seguía siendo casi como siempre. Sin embargo, al imaginar a su mayordomo dormido a su lado, la idea no le disgustó tanto como debería.

Se pasó una mano por el pelo con frustración, debía deshacerse de todo eso antes de que escalase a más, como si no fuera lo suficientemente grave ya. Él nunca perdía la cabeza y siempre pensaba en frío, pero las conexiones de su cerebro funcionaban distinto últimamente cuando Carson se cruzaba por su mente.

A mitad de su crisis, el moreno llamó a su puerta, obligándolo a incorporarse y acomodar su pijama antes de pronunciar:

—Adelante.

Vio a Carson entrar a la habitación, cerrando la puerta tras él mientras lo saludaba, se veía demasiado bien para haber estado atendiendo llamadas incluso desde antes de que saliera el sol. Regine no entendía como alguien podía verse así siempre.

—No hace falta que prepares el baño, me daré una ducha —dijo al ver que su mayordomo se dirigía al baño—. ¿Me haces un resumen de las llamadas de esta mañana? —preguntó mientras

tomaba el vaso de agua al lado de la cama.

Carson asintió con la cabeza mientras entraba al vestidor de Regine y buscaba prendas adecuadas para ese día.

—¿Recuerda el problema con el vendedor de drogas de Easthope? —comenzó a decir.

—Pensé que ya estaba resuelto —respondió Regine mientras se ponía en pie y caminaba hasta la entrada del vestidor, se apoyó en el marco mirando con los brazos cruzados a Carson.

—Mario lo internó en un centro de rehabilitación —dijo con una sonrisa suave mientras colocaba sobre una cómoda la ropa que había escogido—. Me informaron que de momento todo iba bien.

Carson se sentía orgulloso por la actuación de Mario esa vez, aunque suponía que había sido influenciado mayormente por Sam. Le gustaba que al menos el hijo de su señor sí intentase otras opciones en vez de solo deshacerse del problema con brusquedad. Se sentía orgulloso por ello.

Al darse cuenta de que Regine no contestaba, dejó de sonreír, volviendo a adoptar su postura seria y profesional de siempre. Sabía que esa no era la manera en la que a Regine le gustaba hacer las cosas y no había olvidado la cantidad de veces que habían traicionado a su señor en el pasado, pero tener un poco de fe en los demás de vez en cuando también podía ser algo bueno.

Regine había intentado seguir el hilo de la conversación, al menos al principio de la conversación. Pero vio mucho más interesantes los dos hoyuelos se formaron en la cara de Carson a causa de su sonrisa, por lo que se distrajo mirándolos. Le hubiera gustado poder verlos un poco más…

Se separó del marco de la puerta y se acercó al moreno, preguntándose si siempre era así, conteniendo sus emociones, mostrando solo lo que Regine quería ver. No quería que siguiera siendo así, al menos no cuando estuvieran solo ellos dos. Quería ver al Carson real, sonrisas sinceras, miradas sinceras.

Antes de darse cuenta, estaba acariciando su mejilla, tratando de devolver los hoyuelos a su lugar, hacer que aparecieran de nuevo.

Carson entrecerró los ojos, apoyando con suavidad su cara en la mano de Regine, disfrutando de sus caricias. No sabía por qué su señor lo estaba acariciando, pero no necesitaba darle más vueltas. Como si hubiera leído su mente, con una nueva y suave sonrisa, levantó la mirada hacia los ojos de Regine. Vio como las pupilas de este se dilataban.

El de ojos azules podría haber jurado que su pulso se detuvo por unos segundos al ver la forma en la que el moreno lo miraba. Tenía la tentación justo delante de él.

Regine sostuvo su mejilla mientras terminaba de acercarse y juntaba sus labios con suavidad antes de jalar el de Carson con los dientes y volver a separarse.

El mayordomo llevó sus manos hacia la cintura de Regine y lo sostuvo dando un paso hacia delante, volviendo a besarlo, esta vez más profundo. El jadeo que salió del contrario y golpeó sus propios labios casi hizo temblar sus piernas. De repente, sintió las manos de su señor sobre su cinturón, usándolo para acercarlo más a él.

Regine retrocedió llevando a Carson con él hasta que chocó de espaldas contra la cómoda. Se separó del beso para guiar al moreno de nuevo hacia su cuello, permitiéndole el paso a una de sus zonas más sensibles. No pudo evitar soltar un gemido ronco cuando sus labios atraparon su piel, antes de que Carson diera un suave mordisco ahí.

Era algo incómodo que la tela suelta de su pantalón de pijama no hiciera nada para ocultar su evidente erección, pero tampoco se preocupó demasiado, podía sentir que Carson estaba en el mismo estado.

El de ojos azules bajó su mano entre ambos y acogió la entrepierna de su mayordomo con la palma de su mano, como había hecho con su mejilla momentos antes. Su estómago se revolvió placenteramente al oír el gruñido de Carson contra la piel de su cuello y presionó con más fuerza su entrepierna, tratando de obtener más.

Ambos se sobresaltaron al oír que alguien llamaba a la puerta.

Regine se obligó a separarse mientras trataba de controlar su respiración, todo su cuerpo estaba ardiendo. Miró directamente hacia la puerta de su habitación y maldijo a cualquiera que estuviera al otro lado, en cuanto supiera quién era…

No, tenía unas responsabilidades, debía dar a cada cosa su tiempo, y en ese momento debía trabajar, asegurarse de que todo fuera correctamente, sobre todo en una época tensa como esa. El trabajo siempre había sido lo primero y no iba a cambiar sus prioridades ahora.

Levantó la mirada hacia Carson, que lo miraba fijamente en silencio, esperando órdenes, como si no se fuera a separar a menos que Regine se lo dijera. El de ojos azules relamió sus labios antes de susurrar:

—Por la noche, dúchate y ven aquí —dijo, seguidamente fue al baño a prepararse para el día que le esperaba, dejando que su mayordomo se ocupase del asunto tras la puerta.

Carson no hubiera podido describir lo que sintió al escuchar esas siete palabras, ni aunque su vida dependiera de ello. Hubiera pensado que había muerto y estaba en alguna clase de más allá si no fuera por el claro golpeteo de su corazón resonando en sus orejas. ¿Por la noche? ¿Por la noche qué? No era ingenuo, sabía lo que eso implicaba, pero no tenía ni idea de qué tan lejos llegarían esta vez. Aunque fuera en sus fantasías, se había preparado toda su vida para un momento así y, ahora que finalmente podía suceder, no podía sentirse menos preparado.

Cuando la puerta volvió a sonar, se apresuró hacia ella, tragando todo lo que sentía, aplazando el caos dentro suyo para un momento más adecuado. Se detuvo antes de abrir para acomodarse la ropa y respirar hondo varias veces. Necesitaba bajar su temperatura y controlar su pulso, pero su cuerpo no cooperaba mucho.

Notando que algo faltaba en su cintura, se giró, encontrando su cinturón en el suelo del vestidor. Se tomó al menos dos segundos contemplando si ir a recogerlo, pero finalmente abrió la puerta, esperando que quién estuviera tras ella, no se diera cuenta de ese pequeño detalle.

Rosa borró su sonrisa al ver a Carson cuando este abrió la puerta, había vivido demasiado como para conocer todas sus expresiones. Echó un vistazo al interior de la habitación antes de lanzarle una mirada inquisitiva al mayordomo.

—¿Sucede algo? —preguntó el moreno, intentando cambiar el foco de atención al sentirse observado.

Carson sintió que algo no iba bien cuando Rosa tardó en contestar, pero tampoco podía profundizar en el tema en ese preciso instante.

—El ministro —dijo finalmente ella—. Están hablando sobre él en las noticias.

Carson sintió el resto de calor abandonar su cuerpo al recordar la fotografía de la pequeña hija. Sabía de lo que se trataba, el trabajo estaba hecho. Mejoró su postura mientras tomaba aire y asentía con la cabeza.

—Gracias, Rosa. ¿Puede hacer una grabación? Ahora iremos —le pidió.

Esa clase de días eran algunos de los más difíciles. Sucedían situaciones terribles de las que tenía que hacerse cargo, mantener su postura profesional de siempre. Sin embargo, lo peor era la culpabilidad que lo invadía cada vez que algo bueno sucedía en su vida. El recuerdo de todo lo malo que pasaba alrededor le hacía sentir que no merecía esos pequeños momentos de felicidad.

—Ya lo estamos grabando, no te preocupes —Se quedó en silencio por unos segundos, como

si estuviera contemplando sus siguientes palabras—. ¿Puedo hablar contigo, Carson?

El moreno miró instintivamente alrededor, buscando algo que estuviera mal. Tal vez el problema solo estaba en él, pensó.

—Por supuesto —dio un paso para salir de la habitación, pero entonces escuchó como el agua de la ducha cesaba y tuvo que detenerse—. ¿Puede ser más tarde? —esbozó una suave sonrisa a modo de disculpa.

—Sí, ven a verme cuando tengas tiempo —respondió Rosa cortamente antes de irse.

Carson se quedó quieto en su lugar. Eran pocas las veces que había visto a Rosa tan seria. Esperaba que lo que quisiera decirle no fuera algo grave, las cosas ya estaban suficientemente tensas.

Cuando cerraba la puerta, otra posibilidad se le cruzó por la cabeza. ¿Había notado algo entre Regine y él? Aparte de algunas marcas en el cuello de Regine (que había estado ocultando con prendas de cuello alto) se estaban comportando como siempre fuera de sus momentos de intimidad. Hacían el mismo trabajo de siempre y se concentraban en hacer todo eficientemente. No había forma de que otros supieran lo que estaba pasando, ¿verdad?

Sin embargo, cuando fue al vestidor a recoger su cinturón, se vio a sí mismo en el espejo. Sus ojos brillaban con emoción, de hecho, toda su cara estaba brillando. Se veía mejor de lo que se había visto en años, incluso décadas. Agachó ligeramente la cabeza, sintiendo sus mejillas calentarse. Se notaba demasiado que algo estaba sucediendo.

Reprimió un suspiro pensando en Rosa. No quería hablar sobre ello, no se sentía capaz. Prefería no nombrar lo que fuera que estuviera pasando con Regine, tan solo quería disfrutar de lo que tenía en el momento. Emocionarse solo le haría más daño, y de eso ya había tenido suficiente.

Mientras se colocaba el cinturón y trataba de olvidarse del asunto, vio a Regine a través del espejo. Sus ojos viajaron hasta la piel de su pecho que se asomaba bajo su albornoz y luego subieron hasta su cuello, donde una nueva marca roja adornaba la anterior.

—¿Por qué llamaban a la puerta? —preguntó el de ojos azules al mismo tiempo que se quitaba el albornoz, mostrándose completamente desnudo frente a Carson. No le molestaba hacerlo, siempre había sido algo normal entre ellos, por lo que no tenía sentido comenzar a ser recatado.

El mayordomo descubrió lo complicado que ahora le resultaba verlo de ese modo y tener que ocultar lo que sentía cuando ya había podido probar su piel, se sentía sumamente tentado a inclinarse y terminar de explorar el resto de su cuerpo con los labios. No obstante, era un

profesional en la materia, por lo que se acercó y lo ayudó a terminar de vestirse mientras contestaba.

—Están hablando sobre el asunto del ministro de defensa en las noticias. —Tan pronto como pronunció esas palabras, notó el cuerpo de Regine tensarse bajo sus manos.

—Es una novedad que Bennett se haya ocupado del asunto tan pronto —dijo.

A Regine no le hizo sentir más tranquilo ese hecho. Él creía firmemente en la planificación y el orden, en dar pasos lentos pero seguros. No habían pasado ni siquiera veinticuatro horas y Andrew ya se había encargado de ello. Algo no cuadraba.

—¿Quiere que contacte con él? —preguntó Carson, casi podía leer la mente de su señor, él también creía que había sido demasiado pronto.

—Después, necesito ver primero lo que han revelado al público.

Regine terminó de vestirse con rapidez antes de salir de la habitación sin esperar al moreno.

Podría parecer que lo más importante siempre eran los detalles que el gobierno ocultaba al público general, sin embargo, a Regine le gustaba pensar lo contrario. La forma en la que cualquier hecho era comunicado dejaba algo muy claro: la postura que adoptaba el gobierno y la forma en la que planeaban ocuparse del asunto. Por supuesto, más de la mitad de lo que decían públicamente eran formalismos, pero transmitían un mensaje muy distinto si se sabía leer entre líneas.

Al entrar en la sala de estar, encontró a tres sirvientes alrededor de la pantalla, todos escuchando con atención al portavoz de Seguridad Nacional, que hablaba sobre lo sucedido.

—Retrocede hasta el principio —ordenó Regine al colocarse frente a la pantalla, notó a Carson colocarse a su lado.

Jasmine, que sostenía el mando del televisor, hizo como le ordenó y retrocedió el vídeo hasta el principio del informativo.

La corta música con la que iniciaba el programa sonó antes de que una mujer apareciese en pantalla y comenzase a hablar sobre la noticia.

—‘‘Esta mañana la hija del ministro de defensa ha sido hallada sin vida en su vivienda. Los hechos presuntamente han sucedido entre las tres y las cinco de la mañana, donde vecinos aseguran que se pudieron escuchar una serie de extraños sonidos proviniendo de la casa. Ahora

pasamos con Marçal que se encuentra en la zona de los hechos. Cuéntanos, ¿cómo está la situación?’’

Un hombre joven apareció en pantalla, detrás de él se encontraban otros reporteros, pero sobre todo, un gran número de policías y paramédicos.

—‘‘Buenos días. Sí, como puedes ver, detrás de mí hay toda una movilización de policías, y es que nos encontramos a tan solo unos metros frente a la vivienda donde han sucedido los hechos. La policía forense ha estado movilizándose aquí desde hace apenas unas horas y desalojando la zona. Aunque no nos han respondido directamente, fuentes nos informan que la víctima ha sido María Birkbeck, la hija del ministro de defensa, de tan solo nueve años.’’

Aunque el reportero continuaba hablando, Regine no pudo entender lo que decía mientras veía como sacaban el cadáver dentro de una bolsa negra y una foto de la pequeña sonriendo aparecía en pantalla. Se dijo a sí mismo que eso era algo que debía ser hecho, la otra noche asesinaron a cualquiera que se moviera dentro de su mansión, no debería sentirse tan culpable por haber matado a una sola persona. Había hecho lo necesario. Había hecho lo necesario.

Carson observaba a su señor mientras escuchaba al hombre hablando de fondo, dando los detalles que había podido conseguir hasta el momento sobre el caso. Sabía que todo eso podría y debería haber sido diferente, pero las cosas ya estaban hechas, no había vuelta atrás.

Sin embargo, mientras el resto de presentes en la sala lanzaban miradas discretas hacia su Regine, estuvo seguro de que nadie más notó como este metía las manos en sus bolsillos cuando empezaron a temblar.

Tuvo que apartar la mirada para reprimir el impulso de acercarse y sostener sus manos, como había hecho muchos años atrás. En cambio, se fijó de nuevo en el televisor, terminando de escuchar lo que el reportero decía.

—‘‘La investigación se encuentra en curso, pero la policía no descarta que se trate de un atentado terrorista. Ahora pasamos con el portavoz del departamento de Seguridad Nacional, que en estos momentos se encuentra dando un comunicado frente a la prensa.’’

La imagen en el televisor cambió, esta vez mostrando a un hombre trajeado detrás de un atril de madera. Su discurso ya había comenzado, pero lo sintonizaron a tiempo para escucharlo decir:

—‘‘… no dejaremos pasar este tipo de actos terroristas. El gobierno responderá con la misma fuerza y no nos temblará la mano a la hora de tomar medidas contra estos abominables actos.’’

Devolverían el golpe. Eso no se había acabado.

Regine salió de la sala.

Capítulo 12

Actualidad

Regine se mantuvo el resto de la mañana yendo de un lado a otro, manteniendo su mente ocupada con todo lo que debía supervisar: negocios, tratos, algunas amenazas… Necesitaba quitar de su mente todos los detalles grotescos que le había contado Andrew cuando lo llamó, sabía que darle vueltas no cambiaría ni el pasado ni el destino de aquella niña. Sin embargo, su cabeza insistía en mantenerlo como recordatorio de lo que significaba sobrevivir.

Bajó del coche cuando llegaron a la mansión. Nada más salir, tuvo que apoyarse en la puerta cerrada durante unos segundos para que se le pasaran las náuseas. No había sido una muy buena idea ir de arriba a abajo en coche, pero tenía muchos asuntos que atender y poco tiempo para hacerlo.

Tomando aire, aprovechó para echar un vistazo al jardín desde donde estaba mientras Carson se colocaba a su lado.

Las plantas y flores no se veían tan mal como cuando estaban llenas de pólvora, sangre y escombros, pero dudaba que en tiempos próximos se fueran a ver como estaban antes: con colores vibrantes y llamativos. Según había oído, el Jardinero se había llevado algunas de las más enfermas a su hogar para darles un cuidado especial. Regine se alegraba de que estuviera haciendo su trabajo y el pronóstico fuera positivo, pero extrañaba la vista vivaz que tanto admiraba de su jardín.

Tal vez fuera por el estrés, pero le costaba ver lo positivo de la situación. Solo podía pensar en cómo podía arreglar las cosas para que todo volviera a la normalidad. Porque de eso se trataba, volver a como estaba antes. No era perfecto, pero era lo que conocía y lo menos arriesgado. Fue por ello, que cuando vio a un gato naranja cruzando por el jardín, fingió no verlo y caminó hacia el interior de su mansión. Tenía suficiente con sus problemas como para encargarse de algo más.

Nada más entrar, le disgustó encontrarse a Samir, o Sam, en la entrada hablando con un guardia. Llevaba el uniforme que se le había proporcionado y sostenía a Mario cerca de él. El rubio no paraba de ojearlo de una manera que revolvía el estómago de Regine.

La verdad es que le sorprendía que todavía estuviera ahí, con su intervención o no, su hijo no solía mantener al mismo hombre alrededor durante mucho tiempo. Eso no hacía más que aumentar las sospechas sobre su persona, estaba seguro de que no era alguien común.

Le gustaría poder confirmar sus sospechas con datos probados, pero seguían sin encontrar información sobre ese hombre. Tampoco es que fuera su máxima prioridad en esos momentos, tal y como estaban las cosas. Consideró deshacerse de él, ya que podría ser peligroso tenerlo dentro de la mansión, pero sabía que él no había tenido nada que ver con lo sucedido en la fiesta y se pasaba el día pegado a Mario. Además, si era alguien importante, lo mejor sería mantenerlo cerca.

Iba a acercarse para saber de qué estaba hablando con el guardia, pero el sonido de las herramientas trabajando de fondo llamó más su atención. Había dejado que Carson y su arquitecto especialista se encargasen del asunto, pero echar un vistazo por sí mismo no haría daño, por lo que comenzó a caminar hacia el antiguo salón de baile.

El mayordomo siguió a Regine por la mansión, por la dirección a la que estaban yendo, supuso que iba a revisar la obra, por lo que adelantó un poco su paso y consiguió dos cascos de seguridad antes de volver con él. Le colocó con cuidado uno de ellos antes de ponerse el otro y le ofreció una sonrisa amable a modo de saludo al obrero con el que lo encontró hablando.

—… No está ahora mismo, así que tendrá que conformarse conmigo —terminó de decir el obrero, ofreciéndole otra sonrisa a Carson—. Buenos días —saludó.

Regine se acomodó el casco mientras preguntaba:

—¿Cuánto tiempo cree que llevará acabarlo?

El obrero rascó su prominente barba mientras pensaba.

—Encontramos unas grietas peligrosas en uno de los muros de carga, así que tal vez nos retrasemos un poco —respondió.

Sí, Carson había oído algo sobre eso a primera hora de la mañana. Esperaba que no fuera algo grave. De todos modos, había dejado a Farah atenta sobre cualquier incidente que pudiera haber. Había calculado que la obra podía alargarse al menos un mes más si esas grietas eran graves.

—Aunque ahora están el arquitecto y el jefe de obra valorando los daños en el segundo piso —añadió el obrero—. Les diré que les informen cuando terminen.

Carson sintió su propio cuerpo tensarse completamente al mismo tiempo que el de Regine al

oír las palabras del obrero.

—¿Están ahora en el segundo piso? —preguntó el de ojos azules con tono bajo antes de que el moreno pudiera hacerlo, intentando contener lo que fuera que estaba sintiendo.

Tan pronto como el obrero abrió la boca para contestar, Carson vio a Regine prácticamente volar hacia la escalera y, con pasos amplios y rápidos, subir los escalones de dos en dos.

El mayordomo apenas tuvo tiempo para reaccionar antes de echar a correr tras él para detenerlo. Sabía que el lugar y todo lo relacionado con él era como un campo lleno de minas, tan solo mencionarlo provocaba una gran reacción en Regine, algo parecido a una explosión. Y no era la primera vez que alguien salía herido por ello.

Carson trató de llamarlo varias veces, pero ninguna de ellas funcionó, nada parecía poder detener su camino. Entonces, estiró el brazo para agarrarlo, pero volvió a recordar las palabras de su señor y pensó que sería peor si lo detenía de ese modo.

Cuando Regine llegó al segundo piso y vio a un puñado de personas dentro y frente a la habitación que había jurado no volver a abrir jamás, se sintió completamente vulnerable. Retrocedió un paso, valorando el irse de ahí, pero, en cambio, hizo lo mejor que sabía: fingir. Apretó la mandíbula y, haciendo ver que no le dolía, se acercó y entró a la habitación.

—Fuera de aquí, ahora. —No se dio cuenta de su propio tono, pero por el cambio en las expresiones de los presentes y lo rápido que salieron de ahí, supuso que había funcionado.

Cuando no quedó nadie en la habitación, echó un vistazo a esta, dirigiendo sus ojos finalmente hacia una de las esquinas. Apretó con tanta fuerza el mango de la puerta, que sus nudillos se pusieron blancos, pero no podía notarlo. No se sentía como si estuviera ahí, sino en otro lugar, en otro cuerpo, en otro tiempo.

Si pudiera sentir algo, terror sería lo principal, pero su cerebro estaba demasiado ocupado asimilando lo que significaba tener esa puerta abierta. Ellos habían escapado de la habitación, rondarían por la mansión, lo acecharían para traerlo de vuelta, a él y a todo lo que le importase. Ellos volverían a por él, volverían a…

—Señor —susurró Carson a su lado.

Regine volvió al presente al oír a Carson y se dio cuenta de la forma en la que su cuerpo entero estaba temblando. Respiró hondo en un intento de calmarse y salió de ahí también.

—¿Quién les ha proporcionado la llave? —preguntó terminando de cerrar la puerta. Cuando

nadie contestó se giró para mirarlos. Vio como todos estaban en silencio, tensos, mirándose discretamente unos a otros sin entender qué estaba sucediendo, pero suficientemente asustados como para hacer nada—. No me hagan tener que repetirlo —amenazó.

—Señor, yo soy el responsable de revisar la reforma —se apresuró a responder Carson, poniéndose frente a los obreros.

Aunque no era una mentira, sí estaba ocultando información. Él no había entregado ninguna llave, estaba seguro de que eso había sido fallo de la persona a la que dejó a cargo esa misma mañana, Farah. Sin embargo, prefería mil veces cargar él con la culpa. Sabía que podía aguantar todo lo que viniera, no quería hacer pasar por ello a la pobre chica.

No obstante, Regine no era estúpido y sabía lo que estaba haciendo Carson. Como siempre, con la intención de proteger a los demás.

—No lo volveré a preguntar, Carson —dijo, viendo como el moreno apretaba la mandíbula.

El mayordomo intentó mantenerse firme, pero sabía que Regine lo descubriría de una manera u otra, por lo que no tuvo más remedio que ceder.

—Dejé a Farah supervisando esta mañana —contestó finalmente.

Antes de poder elaborar su respuesta, vio a su señor comenzar a caminar, buscando a la culpable habitación por habitación. Se apresuró para seguir el paso rápido de Regine.

—Señor, le dije que facilitase el trabajo de los obreros y los ayudase si necesitaban algo. Por favor, no la castigue a ella por seguir las órdenes que yo le di —hablaba rápido mientras iba tras él.

A pesar de no ser directamente el culpable, sentía que él había causado eso, que debería haber pensado mejor. Pero por más que deseaba tener todo bajo control, era incapaz de estar en dos lugares a la vez. Aun así, ahí se encontraba, preguntándose una y otra vez qué podría haber hecho mejor o diferente para evitar esa situación.

Regine se detuvo por unos segundos y se giró para mirar directamente a Carson, este último se detuvo de golpe para no chocar contra el contrario.

—Todos ellos saben que esa puerta no puede abrirse —dijo—. Ese no fue tu error, fue el suyo —añadió después de unos segundos sosteniendo la mirada de Carson antes de continuar su camino.

Carson continuó caminando detrás de él. Era cierto que todos sabían que ese lugar estaba prohibido, pero podía sentir de alguna forma los pensamientos de Regine como si fueran los propios, y no le gustaban nada las medidas que pretendía tomar. Él podía hacerse cargo de ello, no obstante, Regine parecía determinado a tomar el asunto entre sus propias manos y, por más que insistiese el mayordomo, no iba a cambiar de decisión.

Aun así, Carson tenía una gran lucha interna, entre querer detener a su señor y saber que no se suponía que lo hiciera.

Cuando llegaron a la sala de descanso de los sirvientes, Regine no dudó en entrar, sorprendiendo con su presencia a los que se encontraban ahí. Sin embargo, no le dio importancia al resto mientras caminaba directamente hacia Farah sintiendo la ira creciendo en su interior a cada paso que daba. Vio como Farah se giró para verlo y se quedó congelada en su sitio, sabiendo que nada bueno se avecinaba.

Más le valía sentirse así. Podría encerrarla en el sótano, torturarla durante días, enterrarla viva… y esas eran ideas que le acababan de venir a la mente, si le daban un poco más de tiempo tal vez se le ocurriese algo más original. Pero se aseguraría de que se arrepintiese y lo que le sucediera sirviera como lección para los demás.

Fuera como fuese, se ocuparía de ello con sus propias manos. No obstante, justo antes de llegar a ella, un cuerpo se puso entre ambos, protegiendo a la sirvienta. Regine alzó la mirada hacia Carson, ahora bloqueando su paso, y sintió que su burbuja de ira desaparecía y era reemplazada por la confusión. ¿Qué creía que estaba haciendo?

Todos los presentes se quedaron en completo silencio, observando a ambos hombres y a la sirvienta. Farah retrocedió con las manos sobre su boca. Eran conocidos los métodos que podía llegar a usar Regine cuando algo le molestaba, por lo que, pensar en lo que podía hacer con la furia reflejada en sus ojos la aterrorizó.

Regine salió de su confusión y levantó una mano para apartar a Carson del camino, pero no pudo, ya que este tomó su mano con suavidad.

—Suéltame, Carson —ordenó. El agarre no era fuerte, podría liberarse con facilidad si quisiera, pero no debería necesitar fuerza, el mayordomo debía obedecerlo.

El mayordomo no respondió, solo mantenía la mirada de Regine con la mandíbula apretada. Los sirvientes no eran una amenaza, no le harían daño. Su principal trabajo era proteger a su señor, pero como mayordomo debía hablar por los sirvientes, si había algún problema, él se ocuparía de ello, pero no de la manera que Regine tenía en mente. No quería tener que limpiar otro cadáver del suelo ni enterrar a nadie más.

No se oía a nadie respirar, nadie quería ser el próximo punto de mira de Regine. Aun así, todos miraban con los ojos bien abiertos la situación, igual de sorprendidos que Regine por la manera en la que Carson se había puesto frente a él.

Después de lo que se sintieron como horas, Carson sintió que podía volver a respirar cuando Regine cedió y bajó su mano, sin embargo, su pecho se apretó al ver la mirada dolida que le lanzó su señor. No pudo decir nada mientras este se daba la vuelta y se iba de ahí sin mirar atrás.

El mayordomo se sintió tentado a seguirlo, sin embargo, pensó que un poco de tiempo a solas le iría bien para calmarse, agobiarlo sería contraproducente. Reprimió un suspiro, había odiado tener que ponerse en medio, sobre todo por la manera en la que Regine lo había mirado después, pero había sido necesario.

Se acercó a Farah para comprobar su estado, no tenía tiempo para perderlo pensando en cómo él mismo se sentía.

—¿Estás bien? —preguntó. Puso las manos sobre sus hombros con suavidad, inclinándose ligeramente para ver su cara.

Farah asintió con la cabeza, incapaz de hablar, ya que su garganta estaba completamente cerrada. Se la veía muy pálida. Se inclinó hacia delante, apoyando la frente en el pecho de Carson y dejó salir un largo suspiro tembloroso.

Jasmine y Lily se acercaron para frotar la espalda de Farah y reconfortarla.

—¿Se puede saber qué ha sido eso? —preguntó Jasmine con el ceño fruncido, alzando la mirada para ver a Carson.

Carson no quería mentir, pero tampoco podía decir el por qué de la reacción de Regine, no le correspondía a él.

—Me ocuparé de ello —prometió ignorando la pregunta.

Jasmine no se veía muy convencida.

—¿Antes de que nos mate o después? —Al ver la mirada tensa que le lanzó Carson, tomó aire y volvió a hablar, más calmada—. Lo siento, pero esto debe acabar. ¿Ahora debo mantener un ojo abierto por la noche por si a mi propio jefe le apetece asesinarme por… no sé, acostarme con su hijo? —Vio como todos los presentes se la quedaban mirando, sabían cómo podía acabar esa historia—. No lo he hecho, es solo un ejemplo —aclaró encogiéndose de hombros.

—Si Carson dice que se va a ocupar de ello, lo hará —intervino Farah, separándose con cuidado del pecho del moreno.

—Una cosa son sus intenciones y otra que Él de verdad lo escuche —dijo Jackson mientras mantenía a Marlon dormido entre sus brazos—. Lo siento, Carson, pero sabes que es cierto —se disculpó también con la mirada.

—Creo que estáis olvidando algo —dijo un sirviente con la misma edad que Jackson, Roberto, que estaba sentado sobre una de las mesas—. Todos aquí seguimos con vida gracias a él. Se os suele olvidar que en el momento que pongamos un pie fuera van a venir a por nosotros —miró alrededor—. Tampoco es como que tengamos una mala vida aquí, hacemos nuestro trabajo… —levantó una mano—. Vivimos en paz —levantó la otra.

—¿Y Farah? Ella siempre hace su trabajo —replicó Jasmine.

—Si esto es por la puerta del segundo piso, es su culpa. Sabemos que no debe abrirse y se lo dije antes de que le diera la llave a los obreros —vio como Farah agachaba la mirada—. Creí que ya había quedado claro la última vez que sucedió esto. —El silencio volvió a reinar en la sala, varios sirvientes apartaron la mirada al recordar lo que sucedió esa última vez—. No debería siquiera haber sacado la llave de su lugar —añadió encogiéndose de hombros.

—¿Y dejar que el edificio se caiga encima? —Jasmine volvió a replicar, simplemente no veía justo el trato que se le daba a los sirvientes.

El mayordomo reprimió otro largo suspiro mientras escuchaba a todos comenzar a discutir de nuevo entre ellos. Le gustaría que Rosa estuviera presente para controlar la situación, al menos para calmar un poco las cosas, pero supuso que estaba ocupada con otra tarea.

—Nadie va a matar a nadie ni el edificio se va a caer —dijo con firmeza, haciendo que todos los presentes guardasen silencio—. Son momentos difíciles para todos. La mansión está medio destruida, se avecina un conflicto político y toda esta tensión y desconfianza solo acentúan los problemas —miró directamente a los ojos de cada uno antes de forzarse a mostrar una de sus sonrisas amables—. Me ocuparé de ello, os doy mi palabra. Por el momento, solo necesito que todas las tareas se hagan como de costumbre. Yo me encargaré de la seguridad de todos, como he hecho hasta ahora —Al ver que nadie respondía, se dio la vuelta, no sin antes pronunciar—: Que nadie vuelva a acercarse a la habitación del segundo piso sin avisarme primero, por favor.

Los sirvientes decidieron confiar en Carson, después de todo, los había protegido siempre hasta el momento.

Un té caliente, galletas y dos caramelos de limón.

Era lo que llevaba a modo de ofrenda de paz. Era consciente de que eso no iba a arreglar por completo el ánimo de Regine, pero esperaba que ayudase.

Carson llamó a la puerta del despacho mientras sostenía la bandeja con la otra mano y entró cuando su señor le dio permiso.

Como había supuesto, Regine seguía sin verse de buen humor, y aunque ahora no parecía querer destruir todo a su alrededor, le preocupaba que estuviera reprimiendo todo dentro de él. Aunque él mismo no era el más indicado para hablar sobre lo malo que era eso.

—Le he traído el té —dijo una vez cerrada la puerta.

—Déjalo sobre el escritorio —respondió Regine. Tenía la mirada agachada, fija en los papeles con los que estaba trabajando.

Carson obedeció, colocando el té junto a los dulces y las galletas a su lado. Cuando estuvo cerca aprovechó para tomar la mitad de la pila de los papeles y sentarse en un extremo del escritorio dispuesto a ayudarle con el trabajo.

Varios minutos pasaron en incómodo silencio, trabajando en finanzas, modificando contratos, organizando y apuntando sus finanzas en el registro. Carson miraba una y otra vez la taza de té, extrañado porque Regine no bebiera, aunque más preocupado por el hecho de que no se hubiera comido ya los dos caramelos. ¿Iba a mantener el mal humor?

Regine levantó ligeramente la mirada, fijándose en Carson. No le gustaba nada esa tensión extraña que había en la habitación. Confiaba con su vida en él, por ello le gustaba mantenerlo cerca, nunca era una molestia. También sabía que el moreno se encontraba entre él y el resto de sirvientes, por lo que no lo culpaba por su accionar, simplemente se sentía… Se suponía que siempre debía ponerlo primero a él.

Sin querer mantener ese ambiente incómodo, tomó uno de sus caramelos favoritos de limón al ver que Carson no dejaba de ojear el platito de té y se lo ofreció.

—¿Quieres uno? —preguntó mientras se lo acercaba.

Carson miró hacia Regine y luego se fijó en el caramelo. Le sonrió agradeciendo antes de tomarlo y metérselo a la boca. Esperaba que eso animase a su señor a comerse el otro, al menos sentía que estaban progresando poco a poco, se sentía algo aliviado.

Regine observó en silencio la sonrisa del contrario y los hoyuelos que se le habían formado en las mejillas. Su pulso se aceleró discretamente.

—¿Por qué no haces eso más a menudo? —preguntó en voz alta, sin poder detener sus palabras antes de que salieran.

Carson lo miró con confusión mientras saboreaba el dulce.

—¿Comer caramelos?

—Sonreír —aclaró Regine.

El mayordomo se sintió todavía más confundido por esa respuesta. No entendía de dónde venía ese deseo, pero si era lo que Regine quería…

—Puedo hacerlo más si eso quiere —sugirió.

Regine negó con la cabeza y volvió a mirar sus papeles para seguir trabajando. No le gustaría que Carson sonriera solo para complacerlo u obedecerlo, prefería su sinceridad, saber que hacía lo que hacía por voluntad propia y no por lo que otros esperasen de él. Casi sonrió con amargura, eso era lo contrario a lo que había deseado que hiciera en la sala de sirvientes.

Dejando de lado esos pensamientos, escribió varios números en el papel antes de sentir algo diferente en el ambiente. No era incómodo, pero la piel de su mejilla picaba como si alguien estuviera observándolo. Levantó la mirada de inmediato y se quedó completamente quieto cuando encontró a Carson todavía mirándolo, apoyando su barbilla en su mano y manteniendo una sonrisa divertida mientras lo hacía. Una sonrisa para él.

Regine tragó saliva, sintiendo los restos de su ira disiparse, antes de levantarse de golpe e inclinarse sobre él. Tomó con fuerza su cuello y lo besó con brusquedad. Podía sentir el sabor de su caramelo favorito en los labios del moreno, que no hizo más que incitarlo a profundizar el

beso. En un momento de distracción, unió su lengua con la de Carson y, antes de separarse, le robó el caramelo.

El mayordomo miró completamente aturdido a su señor, mientras respiraba con dificultad, como si de pronto le hubieran robado todo el oxígeno de sus pulmones. Santo cielo, ¿en algún momento se detendría esa montaña rusa de emociones?

Esta vez Regine no le dio una orden verbal, simplemente lo tomó por el antebrazo y lo puso en pie antes de arrastrarlo fuera del despacho y caminar por el pasillo, sin importarle en absoluto el guardia con el que se cruzaron en el camino.

Carson sintió sus orejas arder al pasar al lado de ese guardia, intentó hacer su mejor esfuerzo por parecer sereno antes de entrar a la habitación de Regine, pero sabía que su aspecto no debía ser el mejor. Al entrar, decidió quedarse quieto frente a la puerta, no sabía los planes que su señor tenía para ambos, pero estaba dispuesto a darle cualquier cosa que quisiera si eso significaba poder obtener otro beso más.

—Ve a la ducha —ordenó Regine mientras se quitaba la americana y la dejaba sobre su escritorio

—Señor… —comenzó a decir Carson, pero se quedó en silencio cuando oyó a Regine morder el caramelo.

Decidió simplemente obedecer y se dirigió al baño.

Mentiría si dijera que no dudó antes de comenzar a quitarse la ropa. Estar en el baño de Regine ya era suficientemente extraño. Era cierto que recibiría con los brazos abiertos lo que fuera que este quisiera darle, pero eso no quitaba el miedo de que las cosas se torcieran en cualquier momento. Sus cambios de humor últimamente eran demasiado bruscos y, aunque sabía que parte de ello era por el estrés del momento, otra parte suya quería creer que Regine se estaba abriendo más con él, mostrando lo que realmente quería, como si de repente descubriera que podía hacer ese tipo de cosas y todo lo reprimido saliera a flote sin ningún tipo de orden.

Pensaba en todo ello mientras se desnudaba y se metía en la ducha. Dejaba el agua caer sobre su cabeza cuando de repente unas manos lo rodearon desde atrás sin previo aviso y sintió un cuerpo caliente pegarse a él y respirar en su nuca.

Regine cerró los ojos, dejándose con paciencia concentrarse en la sensación del cuerpo desnudo de Carson contra el suyo y hundió la cara en el hueco de su cuello. Su pulso volvió a comportarse erróneamente, latiendo más deprisa y más lento al mismo momento, como si estuviera emocionado por sentirse en calma. No tenía ni idea de por qué se sentía de ese modo con su mayordomo, pero no podía controlarlo.

Sus manos se movieron solas, deslizándose por el pecho del mayordomo, acariciando cada centímetro de su piel antes de bajar hacia su abdomen con ellas y recorrer la forma de sus músculos. El mayordomo había podido tocar su cuerpo en muchas ocasiones, pero Regine nunca había acariciado de esa manera a Carson. Hacerlo ahora era como descubrir un mundo completamente nuevo, lleno de opciones. Sintió el impulso de alejarse cuando su erección se presionó contra el cuerpo del contrario.

Cuando Regine comenzó a tocar zonas peligrosas en su pelvis, Carson se dio la vuelta, él también quería tocarlo, acariciarlo, sostenerlo… Al girarse, pudo ver durante unos segundos la mirada vulnerable de Regine. Se veía completamente diferente a como se mostraba normalmente, ahora su verdadera cara se estaba escapando de debajo de su máscara y lo que podía ver Carson con claridad era el deseo reflejado en sus ojos.

Sin poder contenerse más, tomó las mejillas de Regine y cerró el espacio entre ellos besándolo con suavidad. Sintió como las manos de Regine iban a su cintura antes de que este lo sostuviera con firmeza y se empujase hacia él para volver juntar sus cuerpos. Carson respondió de la misma forma, tratando de acercarse más de lo que era físicamente posible.

Pronto, el beso, que había comenzado con relativa suavidad, se transformó en uno apasionado. Las emociones de ambos estaban por todo el lugar, empujándose el uno contra el otro en un intento de sentir más, de no volver a separarse. Se movían como la marea, como si fueran dos olas que chocaban constantemente entre sí.

—Señor… —murmuró Carson mientras hacía su mejor intento por contenerse.

Regine no parecía tener esos planes en mente, al menos no mientras bajaba una de sus manos y apretaba el miembro de Carson con la mano. El contrario soltó un gruñido mientras apoyaba la cabeza contra la pared. Regine aprovechó para morder su cuello mientras movía la mano arriba y abajo, frotando el miembro del moreno contra su abdomen.

—Señor… —volvió a hablar Carson, esta vez acompañado de otro gemido ronco—. La cama… —susurró mientras estiraba uno de sus brazos para cerrar el agua.

Regine se separó cuando dejó de escuchar el agua y volvió a tomar a Carson del antebrazo, arrastrándolo velozmente hacia la habitación de nuevo. Lo empujó hacia la cama cuando estuvieron frente a ella, haciendo que el mayordomo cayera sobre ella. No perdió el tiempo antes de apoyar una de sus rodillas en el colchón entre sus piernas e inclinarse sobre él para seguir besándolo, mordiendo y succionando su labio con fuerza. De repente, sintió el brazo de Carson rodeando su cintura y, en menos de un segundo, se encontró bajo él. Ahora era el contrario el que controlaba el ritmo del beso.

Cuando se giraron, Carson se separó de los labios de Regine, pero no de su piel, pues continuó besándolo, esta vez mientras sus labios bajaban por su cuello y llenaban de besos cualquier rincón de su piel, atrapando con la lengua las gotitas de agua sobre su piel. El mayordomo se derretía cada vez que sus labios provocaban algún suspiro en su señor, además podía sentir la prueba de lo mucho que le gustaba presionando contra su propio abdomen. Cada jadeo y suspiro de Regine le robaba el aliento, apenas podía respirar correctamente, pero se centraba en transmitir lo que sentía a través de cada uno de los besos.

El concepto de placer que tenía Regine acababa de dar un giro de ciento sesenta grados. Casi no era capaz de entender por qué, tan solo la vista de Carson sobre él conseguía encenderlo de tal forma. Le preocupaba la intensidad de sus emociones en ese momento, sobre todo lo fuerte que latía su corazón, pero trató de quedarse quieto. Estaba completamente abrumado y cada vez que creía haber llegado al límite, los besos de Carson, ahora en su abdomen, lo empujaban un poco más lejos.

El moreno esbozó una suave sonrisa al sentir la piel de su señor erizarse bajo sus labios. Él estaba provocando eso y la prueba de lo mucho que le gustaba a Regine, se encontraba rozando su mejilla ahora que repartía besos por su ingle. Sin embargo, decidió ignorar su erección y dobló la pierna de Regine, siguiendo su camino de besos por el interior de su muslo hasta su rodilla.

No sabía bien lo que Regine esperaba de ese momento. Tal vez esperaba que fuera como en la montaña, ambos frotándose entre sí… Pero, ahora que Carson estaba ahí y tenía la oportunidad de ir más allá, su mente estaba trabajando a tiempo completo en mil planes e ideas. Se preguntaba si sería posible hacer realidad alguna sin que su señor decidiera acabar con ello y se alejase de nuevo.

Carson se dio cuenta de que había estado pensando por demasiado tiempo cuando su señor habló:

—¿Sucede algo? —preguntó Regine, su voz sonaba ronca por culpa de la excitación.

El moreno se apresuró a negar con la cabeza.

—Quiero hacerle sentir bien, señor —susurró con miedo, como si no tuviera derecho a expresar las cosas que deseaba hacer.

Regine se sentó para poder tomar a Carson de la nuca y acercarlo de nuevo a sus labios, pero se detuvo justo antes de besarlo.

—¿Ves que te esté deteniendo? —respondió antes de terminar de cerrar el espacio entre ambos, aprovechando para lamer el labio inferior del mayordomo y morderlo con suavidad.

Carson quiso sentirse aliviado ante sus palabras, pero no estaba del todo seguro de que su señor no lo detendría cuando realmente diese rienda suelta a sus imaginaciones. Decidió comenzar con pasos cortos.

—¿Tiene lubricante? —Se separó de sus labios y miró a su alrededor.

A Regine se le escapó un pequeño gruñido cuando Carson se separó e intentó disimularlo con una pequeña tos. Contrario a lo que le decía su cerebro, se sentó en la cama para buscar en su mesita de noche. Del fondo de uno de los cajones sacó un pequeño bote de lubricante y se lo pasó a su mayordomo.

—Usa ese.

Carson se quedó mirando el lubricante con confusión, la última vez que vio su cajón, eso no estaba ahí.

—¿De dónde ha sacado esto? —preguntó mientras examinaba el bote, estaba sin abrir.

Regine arqueó una ceja al responder:

—Lo compré —dijo con obviedad.

Carson decidió no preguntar nada más mientras quitaba el envoltorio de plástico. Aunque se quedó en silencio, su pulso volvió a acelerarse. Una parte de él quería creer que lo compró para ellos, para ese momento.

¿Regine también estaba esperando esto?

—Acomódese en la cama —pidió el moreno saliendo de su ensoñación mientras abría el botecito.

Levantó la mirada al sentir el silencio que hubo ante su petición. Encontró a Regine con los ojos fijos en él, sin moverse.

—¿Sucede algo, señor? —ahora fue su turno de preguntar.

Regine lo miró en silencio durante unos segundos antes de negar con la cabeza y recostarse en el colchón, dejando a Carson entre sus piernas. Todo su cuerpo estaba tan tenso que pensó que en cualquier momento algún músculo podría desgarrarse.

—Deja de llamarme así —dijo—. Solo usa mi nombre.

—Lo lamento, señ… Regine —pronunció su nombre lentamente, se sentía demasiado extraño entre sus labios y tuvo que mirar a su señor para asegurarse de que estaba bien.

Regine tragó saliva visiblemente al oír su nombre en la boca del moreno, por un segundo sintió que había retrocedido en el tiempo y eso trajo de vuelta momentos que había elegido no recordar.

Tomó de nuevo la mejilla del moreno para volver a besarlo y agradeció internamente al sentir el tacto del contrario. Las caricias que este le daba por el cuerpo lo ayudaban a relajarse, al menos hasta que sintió la mano del moreno deslizarse entre sus nalgas.

Bajó de golpe su propia mano, sosteniendo con demasiada fuerza el antebrazo de Carson. Al ver que el contrario sobresaltaba y se tensaba también, relajó el agarre y sintió el impulso de disculparse. Había pasado tanto tiempo con fuertes muros a su alrededor, que dejar a alguien cruzarlos era difícil.

—Está bien, continúa —se apresuró a decir apartando la mirada, recordándose que eso era una decisión propia, que él lo estaba permitiendo y que Carson no le haría daño.

El moreno se inclinó sobre él para desplazar sus besos a su cuello, atrapando la piel varias veces entre sus dientes y aprovechando para succionar y dejar pequeñas marcas ahí. Se mantuvo repartiendo besos suaves por la zona hasta que su señor volvió a relajarse.

Al oír los jadeos de Regine, decidió continuar avanzando. Por lo que, abrió el lubricante con una de sus manos y aplicó un poco del líquido en sus dedos antes de volver a deslizarse entre las nalgas del de ojos azules y comenzar a masajear con estos su entrada, asegurándose de preparar bien la zona.

Regine casi quiso maldecir en voz baja mientras dejaba al contrario hacer lo que quisiera con él. A veces le sacaba de quicio que Carson supiera tanto de él, que pudiera ver todos sus puntos más débiles. Si el mayordomo quisiera destrozarlo podría hacerlo con facilidad y, aun así, Regine confiaba en él.

Hundió los dedos entre el cabello del contrario, presionando más su cara en su cuello. Prefería centrarse en eso y no en la sensación de los dedos de su mayordomo ahí atrás.

—Relájese… Puede detenerme en cualquier momento —ronroneó Carson contra su oreja antes de dar un beso suave sobre esta.

A pesar de sus palabras, y de intentar relajar su cuerpo, Regine no dejó de sentirse incómodo. Era consciente de que a muchos hombres eso les causaba placer, pero estaba seguro de que el único placer que estaba sintiendo en esos momentos era gracias al tacto y presencia de Carson, por no hablar de sus besos.

La sensación que tuvo cuando uno de los dedos de Carson se deslizó en su interior era incluso peor de lo que había previsto. Era como si todo su cuerpo le estuviera negando la entrada, por lo que no pudo evitar estrecharse con fuerza alrededor del dedo del contrario.

—Mm… —frunció levemente el ceño mientras soltaba un gruñido.

Miró al moreno con intenciones de decirle que había cambiado de opinión y que se detuviera, pero al encontrar su cara, vio la emoción reflejada en su expresión. También se veía preocupado, mirando también al de ojos azules para asegurarse de que todo iba bien, pero había algo en su expresión, que hizo imposible a Regine hablar.

—¿Está bien? —preguntó el moreno.

El de ojos azules no contestó, dejó caer la cabeza en la almohada y decidió aguantar un poco más. Respiró hondo y cerró los ojos, intentando encontrar algo diferente a incomodidad y tensión, lo intentaría por Carson. Incluso cuando el mayordomo comenzó a mover lentamente el dedo en su interior, no sintió nada especial.

Se apoyó sobre uno de sus antebrazos y deslizó una de sus manos sobre el pecho de Carson, decidiendo acariciar su piel para distraerse. Relamió inconscientemente sus labios mientras bajaba la mano por su abdomen, recorriendo con la yema de los dedos los músculos. El mayordomo tenía mejor forma física de la que había imaginado a pesar de la cantidad de cicatrices que adornaban su cuerpo. Ahora que lo pensaba, todas ellas habían sido para protegerlo…

—¡Mgh! —Regine se aferró de golpe al antebrazo de Carson nuevamente, saliendo súbitamente de cualquier cosa que estuviera pensando.

Ambos se quedaron quietos, mirándose el uno al otro en silencio. Incluso Regine estaba sorprendido por el sonido que acababa de escapar de su propia garganta, pero todavía más confundido por la fuerte corriente de placer que acababa de recorrer todo su cuerpo.

Vio a Carson entrecerrar ligeramente los ojos antes de que este volviera a mover el dedo en su interior, presionando sobre el mismo punto, en su próstata. Dejó caer la cabeza en la almohada junto a un gruñido cuando el mayordomo comenzó a masajear la zona. Su respiración y su pulso se aceleraron mientras su interior se contraía ante cualquier movimiento de Carson. ¿Cómo era

posible sentirse así?

Carson sabía bien lo que estaba haciendo, o al menos eso es lo que pensó Regine mientras se aferraba a la sábana y algunos gemidos se escapaban de su boca. Cada vez que el mayordomo movía su dedo alrededor de su próstata, Regine sentía un fuerte tirón en todo su interior, un escalofrío que lo recorría por completo y del que no podía tener suficiente.

Pronto acercó a Carson lo suficiente como para poder sostener su miembro. Lo sintió presionar más fuerte con su dedo en cuanto él tomó su carne y Regine arqueó su espalda con un intenso temblor. Estaba jadeando con fuerza mientras sostenía la mirada de su mayordomo. Movía rápido su propia mano, dándose cuenta de que Carson seguía su mismo ritmo.

Todo eso era demasiado. Volvió a dejar caer la cabeza en la almohada y gruñó con fuerza cuando el calor se apoderó de todo su ser.

Un fuerte cosquilleo apareció en lo más bajo de su pelvis y entreabrió los ojos para ver a su mayordomo mientras soltaba gruñidos y fuertes jadeos que chocaban contra los labios del contrario. Su pulso iba demasiado rápido y podía sentir la sangre recorriendo velozmente por todo su cuerpo.

Al sentir que no podía más, soltó el miembro de Carson y tomó su nuca para besarlo en un profundo beso donde callar cualquier sonido que saliera. Se corrió con una sacudida violenta en el cuerpo, sin tocar su propio miembro, solo con la estimulación del moreno en su puerta trasera.

Regine jadeaba con fuerza sobre los labios de Carson, sus ojos estaban brillantes por el descubrimiento de esa nueva sensación y su pulso resonaba fuerte en sus oídos. Quería más de ello, como si solo con una pequeña probada ya pudiera sentir la abstinencia.

El mayordomo retiró con cuidado el dedo, satisfecho por su trabajo, hipnotizado por la expresión de satisfacción en el rostro de su señor. De repente, sintió como Regine tomaba su miembro y lo presionaba entre sus nalgas. Era como si le hubieran echado un cubo de agua fría sobre la cabeza… No, más bien era un cubo ardiente de lava. Podía jurar haber sentido como su corazón escapaba de su pecho y se iba corriendo.

—Señor… —comenzó a replicar Carson poniendo una mano sobre la del contrario. Estaba preocupado porque el de ojos azules se fuera a hacer daño.

—Señor Doyle, ¿debo repetirle mi nombre? —contestó Regine sin preocuparle si se hacía daño o no, solo lo quería dentro suyo.

Carson se quedó en silencio, aturdido por la manera en la que lo había llamado, luego tuvo que apretar los labios para intentar disimular la sonrisa nerviosa que se le estaba formando.

Regine arqueó una ceja antes de tomarlo por el hombro y dar la vuelta en la cama, poniéndose sobre él.

—¿Qué le hace tanta gracia, señor? —volvió a hablar Regine apoyando una de sus manos en el pecho de Carson mientras con la otra usaba el bote de lubricante para embadurnar el miembro del mayordomo.

Carson tragó saliva en el momento en el que vio el cuerpo desnudo de Regine sobre el suyo. Su abdomen todavía estaba húmedo por su semilla y su pecho, ligeramente brillante por el sudor, se elevaba y bajaba con rapidez, Carson estaba seguro de que no era solo por el orgasmo de hacía unos momentos. ¿Su señor se sentía igual que él? ¿Como si todo el oxígeno hubiera abandonado sus pulmones y se estuviera ahogando ante la cercanía del otro? Aun con los labios apretados, no podía dejar de mirar a Regine. El moreno pensó que en cualquier momento uno de los dos desfallecería y el que más probabilidades tenía de colapsar era él mismo.

Su sonrisa se borró con suavidad, pero el brillo que tenía en los ojos no desapareció.

Aun así, se las arregló para responder con sinceridad:

—No me hace gracia… —susurró y antes de poder callar su boca añadió—: Creo que nunca había pensado en lo bien que suena su nombre cuando me pide que lo diga…

Vio como Regine miraba hacia otro lado reprimiendo su propia sonrisa y se sintió un poco más tranquilo al ver que sus palabras no habían estropeado el momento. Era incapaz de reprimir todo lo que pensaba ahora que todo comenzaba a desbordarse por culpa de las acciones de su señor. Lo estaba volviendo loco.

Un gruñido salió de entre sus labios cuando sintió que su señor frotaba su miembro entre sus nalgas y, aunque su impulso físico le incitaba a mover las caderas, se quedó quieto dejando que se tomase su tiempo. Aun así, llevó las manos a sus muslos y aprovechó para acariciar y amasar su carne, explorando su cuerpo.

Puedo…

Subió las manos hacia su cintura.

…tocar cada…

Siguió subiéndolas hasta llegar su torso y luego las deslizó hacia sus costados.

…parte de…

Lo sostuvo mientras Regine bajaba sobre su miembro, introduciéndolo en su interior.

…él.

Regine no era alguien que dejaba las cosas a medias, por lo que, a pesar de la cantidad de alarmas que estaban sonando a la vez en su cuerpo, siguió bajando hasta acoger a Carson enteramente dentro suyo. Ciertamente, era incómodo y dolía, sentía que podía romperse en cualquier momento y la sensación era muy diferente a sus dedos, pero había algo en realizar un acto tan íntimo con Carson que calentaba todo su estómago y hacía que pudiera aguantar la sensación.

Apretaba con fuerza la mandíbula mientras su cuerpo se estrechaba con fuerza involuntariamente alrededor del miembro del contrario. La tensión que sentía era constante y apenas le dejaba concentrarse en las manos de Carson acariciando su cuerpo. Las manos del mayordomo lo sostuvieron quieto una vez metió toda la longitud dentro de él. Esta vez no opuso resistencia.

No supo cuánto había pasado sin moverse sobre él, tal vez un minuto o dos y, aunque el mayordomo no lo apresuraba y se veía plenamente satisfecho solo con eso, Regine se preguntaba por qué su propio cuerpo seguía resistiendo y no conseguía relajarse.

Era como si estuviera en una lucha constante, tratando de mantener todo en control aun cuando todo a su alrededor se estaba destruyendo para convertirse en algo nuevo. No sabía si lo que vendría sería bueno o malo, pero tenía ganas de cerrar los ojos y simplemente dejarse llevar.

Regine levantó la mirada y se fijó en Carson, este le sonreía con los ojos muy brillantes y entrecerrados, embriagado. ¿Sería tan malo dejarse caer y confiar en que este lo sostendría? Todo su interior se sentía cansado, cansado de mantener siempre fuertes muros a su alrededor, cansado de desconfiar constantemente de todo lo que lo rodeaba, cansado de siempre tener que lidiar con cada problema que se presentaba y mantener siempre la responsabilidad. Solo quería ceder. Quería ceder en Carson. Era el único capaz de levantarlo una vez que se dejase caer.

Carson vio como Regine se dejaba caer contra su pecho mientras este soltaba todo el aire que había estado conteniendo. Lo recibió con los brazos abiertos y lo rodeó con ellos para acariciar su espalda con cuidado. ¿Cómo podría no hacerlo? Él estaría ahí para Regine fuera cuando fuera.

Giró sobre la cama para volver a dejarlo debajo y se inclinó encima de él, deteniéndose justo antes de juntar sus labios, sintiendo la respiración agitada de Regine sobre estos.

Comenzaba a salir de su interior cuando las piernas de Regine atraparon su cintura. Subió la

mirada con algo de sorpresa y vio a su señor mirándolo fijamente. Tuvo que morderse con fuerza el labio para no sonreír nuevamente y volvió a empujar sus caderas con cuidado hacia dentro, no se detuvo hasta presionar las nalgas de Regine contra sus muslos. Pudo ver como el contrario fruncía el ceño y giraba la cara para mirar hacia otra parte, reprimiendo los sonidos que querían escapar de su garganta.

Tenía una constante sensación de estar fuera de su cuerpo a pesar de sentir cada milímetro de su piel con intensidad. ¿Cómo podría no enfocarse en cada pequeña sensación si estaba finalmente sucediendo lo que había soñado tantas veces? Su estómago se había convertido en un nudo de nervios del que no podía deshacerse.

Comenzó a moverse con lentitud pasados unos minutos más después de asegurarse que la zona estaba bien lubricada, lo último que quería era hacerle daño. Todavía sentía el impulso de detenerse cada vez que Regine se movía mínimamente, pero otra parte de él entraba en combustión viendo cada reacción de su señor. Apretó las sábanas en sus puños, por dios, si Regine pudiera verse… Carson se dio cuenta de que ni sus imaginaciones podían compararse con lo que sus ojos veían en ese preciso instante, era como si su señor estuviera hecho para estar bajo él, como si ese fuera el lugar perfecto donde debía estar.

—M-Mghh… —gruñó el de ojos azules.

Regine cerró los ojos en cuanto su mayordomo comenzó a moverse. Todavía se sentía incómodo, pero su cuerpo reaccionaba solo, con una nueva erección y un fuerte calor que seguía propagándose por su cuerpo. Se sentía completamente diferente a… Volvió a abrir los ojos para escapar de su memoria, concentrándose en la vista que Carson le ofrecía. Se negaba a pensar en ello mientras estaba con el mayordomo.

El hombre se veía como si estuviera teniendo el mejor momento de su vida, aun así, en vez de enfocarse en ello, estaba mirando fijamente a Regine para asegurarse de que él también estuviera disfrutando. El de ojos azules casi sonrió al ver el estado de Carson, parecía estar a punto de estallar.

Tomando su nuca, lo acercó para volver a besarlo y aprovechó para callar ahí cualquier sonido que quisiera salir de su garganta. Llevó su otra mano a la espalda baja de Carson y lo empujó más hacia él. Gruñó sobre sus labios cuando el miembro del moreno continuó abriendo sus paredes.

Tuvo que separarse cuando el ritmo de las embestidas aumentó, mordiendo con fuerza su labio para no soltar más que gruñidos y jadeos. Sin embargo, Carson tenía otros planes, o al menos eso notó cuando este lo volvió a besar.

—¡Ahh! —No tuvo más remedio que gemir contra su boca.

Casi mordió el labio del moreno cuando este se acomodó y sus embestidas comenzaron a golpear contra su próstata. Se volvió mucho más difícil mantenerse en silencio cuando cada movimiento tocaba su recién descubierta zona sensible.

Cerró con fuerza los ojos y lo rodeó con los brazos, necesitaba sostenerse en algo. La sensación de placer aumentó cuando al mayordomo se le ocurrió hundir la cara en su cuello y morder y lamer su yugular. Regine comenzó a tener fuertes escalofríos y a tratar de respirar profundamente entre temblores en un intento de silenciarse.

Regine se aferraba a Carson en cada embestida, alternando entre sostenerlo con fuerza y perder toda esta cada vez que tocaba ese punto sensible en su interior. Le gustaría pensar que podía contener sus gemidos, pero incluso con la cara hundida en el hombro del mayordomo estos resonaban por la habitación.

No le avergonzaba mostrar lo bien que se sentía cada vez que el moreno se movía, todavía menos cuando podía sentir dentro suyo lo mucho que sus gemidos le gustaban a este y como pasó de embestir a dar estocadas contra él. Subió una de sus manos hacia la cabecera para no golpearse contra esta con cada movimiento, aunque dudaba que pasara, ya que Carson lo estaba abrazando con fuerza, impidiendo que pudiera deslizarse hacia arriba.

Constantes cosquilleos recorrían su cuerpo por completo como electricidad, repartiendo el placer por cada poro de su piel. Arqueaba la espalda y apretaba con fuerza las sábanas de su cama, gimiendo con fuerza cada vez que las estocadas de Carson golpeaban en su próstata.

Con su mirada lo dijo todo, y aunque no sabía qué tipo de expresión estaba haciendo, pareció llevar a Carson más allá del límite y sintió como este daba estocadas más intensas, contrastando con las caricias suaves que repartía por su espalda.

Cuando Regine vio que Carson comenzaba a salir para terminar fuera de él, lo atrapó con las piernas y lo apretó, impidiéndole salir. El mayordomo no necesitó una orden verbal.

—¡Ngh!… —gimió Carson contra su piel antes de dar una última estocada, llegando incluso más profundo antes de venirse dentro suyo, escondiendo la cara en su cuello.

Regine gruñó con fuerza mientras se aferraba al cuerpo del contrario y no tardó mucho en venirse con la sensación de la semilla del moreno dentro suyo. Mordió con fuerza su labio para callarse, a pesar de que varios gruñidos y gemidos roncos consiguieron escaparse. Se deleitaba dentro de su propio placer, al mismo tiempo que disfrutaba al sentir los gemidos del mayordomo contra su piel mientras este inundaba su interior con su semilla.

Cerró los ojos, sintiendo su piel cosquilleando por todas partes. Su cuerpo celebraba con

adrenalina y gran cantidad de hormonas el haber podido sentir por primera vez tal placer. Solía estar asustado de disfrutar algo así, de desearlo, pero ahora que finalmente había sucedido, solo podía pensar en lo mucho que quería repetirlo, una y otra vez, solo con Carson. Por la forma en la que este lo miraba cuando volvió a abrir los ojos, supo que estaba pensando lo mismo.

Respiraban con agitación, sus cuerpos todavía unidos, no solo por sus intimidades, sino también por la forma en la que Regine estaba abrazando a Carson, obligándolo a descansar sobre su pecho mientras este acariciaba su cuerpo, flotando en el sentimiento de su fantasía hecha realidad.

Cuando su respiración se calmó, Regine quitó de repente a Carson de encima, reprimiendo un gemido cuando este salió de él, y se sentó para levantarse. Esto último no llegó a suceder, pues, cuando Regine se sentó, una gran punzada de dolor se disparó por su columna vertebral hacia arriba.

Carson se sentó nada más ver como Regine se alejaba de él. Por un momento el pánico lo invadió y su burbuja de satisfacción post-orgasmo desapareció. Tuvo que recordarse a sí mismo que Regine no era un hombre que fuera a acurrucarse con él después del sexo, pero eso no impedía que se sintiera dolido por verlo marcharse de nuevo tan rápido. Se apresuró a acercarse también al ver que su señor estaba adolorido.

—¿Señor? —se levantó de la cama—. Es mejor que vuelva a recostarse, iré a buscar algo que le haga sentir mejor.

Cuando Regine levantó la cabeza para mirar a Carson, el moreno tuvo que morderse el interior de su mejilla para no volver a tener una erección, aunque le preocupaba más la forma errática que empezó a tener su pulso.

Había descrito mil veces a Regine en su mente como alguien atractivo, sexy, masculino, pero esa fue la primera vez que pensó en él como ‘‘adorable’’. Sus rasgos masculinos como su fuerte mandíbula todavía estaban presentes, sin embargo, nunca lo había visto con los ojos tan brillantes, los labios húmedos y rojizos y el cuerpo lleno de marcas, de sus marcas, la evidencia de que lo que acababa de suceder había sido real. Se quedó congelado, guardando esa imagen lo más detalladamente posible en su cabeza.

—Estoy bien, iré a la ducha —negó su ayuda.

Aunque no aceptase la ayuda de Carson, sí sostuvo su antebrazo para levantarse y, al sentir un líquido caliente escurrirse entre sus muslos, no esperó más antes de ir al baño y darse una ducha.

El mayordomo se quedó unos minutos ahí, de pie, con la mirada fija en la puerta tras la que había desaparecido Regine. Necesitaba procesar sus emociones una por una, en orden, pero el

caos en su cabeza se negaba a ello. ¿Eso era un sueño? Últimamente, solía sentirse así, como si nada de lo que pasaba fuera real. Tenía miedo de que todo eso fuera una historieta creada por su mente al no poder contener más sentimientos, al haber llegado al límite y haberse vuelto loco. Pero si eso era una fantasía o un sueño, no quería despertar.

Miró hacia la cama, ahora completamente desordenada. Estaba mojada por el agua de la ducha que se habían dado al principio, las sábanas no parecían mostrar donde estaba el principio o el final y una de las almohadas había desaparecido. De repente, un pensamiento apareció en la mente de Carson.

¿Regine le dejaría dormir con él?

No tenía muchas esperanzas y su vocecita interior le insistía en que dejase de soñar despierto. Sin embargo, lo imposible ya había sucedido.

¿Sería tan malo ser un poco codicioso y pedir algo más?

Fuera como fuese, se puso su ropa interior y cambió las sábanas de la cama, ordenándola nuevamente para que Regine pudiera dormir cómodamente. Llevó las sábanas sucias hacia la cómoda y las dejó ahí mientras iba al baño para recuperar la ropa que se había quitado antes.

Regine justo salía de la ducha cuando Carson entraba al baño. Se envolvió en un albornoz mientras miraba al moreno con curiosidad.

—¿Qué haces? —preguntó cuando vio a Carson comenzar a vestirse de nuevo—. Date una ducha primero —señaló con la cabeza hacia la ducha antes de pasar por su lado, tomando la ropa de Carson, e ir a la habitación.

—Sí, señor —respondió Carson de inmediato.

Siguió a Regine con la mirada, viéndolo salir. Una sonrisa involuntaria se formaba en su rostro y cuanto más intentaba reprimirla, más prominente se volvía. Negó con la cabeza para sí mismo, sintiéndose como un niño al que le acababan de conceder un deseo.

Volvió a quitarse el pantalón que se había puesto y se metió en la ducha. No tardó mucho en limpiarse, secarse y volver a la habitación con solo una toalla envolviendo su cintura.

Cuando volvió, dispuesto a pasar un poco más tiempo con Regine, aunque fuera solo hablando, notó que algo era diferente. Lo encontró con el pijama puesto, el teléfono en la oreja y su expresión completamente seria. Pero no pudo saber con quién estaba hablando, ya que la conversación parecía justo haber acabado.

—De acuerdo. Adiós —se despidió Regine antes de colgar, se quedó mirando el teléfono con la pantalla apagada entre sus manos en silencio.

—¿Señor? —Carson se acercó al ver que el de ojos azules estaba perdido en sus pensamientos.

Regine levantó la mirada.

—Mañana nos reuniremos con el ministro de defensa. Necesito que prepares todo —respondió antes de levantarse y salir de la habitación hacia su despacho.

Carson concluyó que lo imposible no podía suceder dos veces.

Aunque dudó sobre ello al ver que su camisa había desaparecido.

Capítulo 13

21 años antes (Edad: 17 años)

Carson miraba el jardín de la parte trasera mientras esperaba a Regine. Era de noche y, aunque la luna iluminaba, era sospechoso que estuviera rondando por el exterior de la mansión a esas horas. Deseaba que el de ojos azules apareciera pronto, al menos, antes de que apareciese otra persona y lo viera ahí.

Regine le había dicho que se encontrarían detrás del edificio por la noche, pero no tenía ni idea de lo que este tenía en mente.

—¡Carson! —se oyó una voz que lo llamaba en un susurro.

El nombrado se giró y buscó a Regine alrededor hasta que miró hacia arriba y lo encontró asomado desde la ventana de su habitación en el primer piso.

—¿Qué haces ahí? Sube —le dijo. Al ver que el hijo del mayordomo comenzaba a caminar hacia el interior de la mansión, volvió a llamarlo—. Desde dentro no, hay alguien vigilando en la puerta. Sube por el árbol —lo señaló.

Carson miró hacia el árbol y luego a Regine. No estaba muy convencido, pero no era la primera vez que seguía algún plan alocado del de ojos azules, por lo que caminó hacia ahí y empezó a subir. Tuvo la sensación de haber visto una escena similar en alguno de los libros que había leído, llenos de caballeros y leyendas antiguas y, aunque él no era uno de esos príncipes con capa y espada, se divirtió pensando en ello.

Una vez que llegó a la altura suficiente se dio cuenta de un pequeño detalle:

—Está demasiado lejos —dijo.

—Lo he probado antes —aseguró Regine—. Salta, yo te agarraré si no llegas.

Regine se inclinó sobre el alfeizar y extendió su brazo hacia Carson.

El hijo del mayordomo se preguntó en qué momento y cómo exactamente lo había probado Regine, no se lo imaginaba usando su tiempo libre en ese tipo de actividades.

—No creo que estar saltando por su ventana sea un pasatiempo muy seguro —esbozó una pequeña sonrisa nerviosa antes de ponerse en pie sobre la gruesa rama y volver a comprobar la distancia entre esta y la ventana.

Regine sonrió levemente.

—Deja de pensarlo y solo salta —respondió.

Carson sabía que era muy arriesgado, pero confiaba en Regine, por lo que no dudó más en saltar. Sin embargo, una vez en el aire lamentó no haberlo hecho con más fuerza. Veía el vacío bajo él y lo único en que pudo pensar es que la caída le iba a doler.

De repente, vio la figura de Regine sacar medio cuerpo fuera de su ventana y sus manos lo agarraron con fuerza de uno de sus brazos y su uniforme.

Carson se golpeó contra el alfeizar de la ventana y pudo sentir como algo punzante raspaba la piel de su abdomen mientras se retorcía para subir. Gracias a Regine tirando de él consiguió entrar y ambos cayeron al suelo provocando un fuerte estruendo.

Alguien llamó a la puerta de la habitación.

—¿Todo bien ahí dentro, señorito? —dijo la voz de un guardia tras la puerta.

Regine miró a Carson, que ahora se encontraba sobre él, y se llevó un dedo a los labios para que mantuviera silencio.

—Sí, todo bien, gracias —respondió el de ojos azules conteniendo la respiración.

Ambos se quedaron quietos, mirándose mutuamente hasta que escucharon los pasos alejarse.

Entonces, Regine soltó un fuerte suspiro dejando caer su cabeza al suelo.

—Maldita sea, Carson —susurró Regine mientras tomaba aire—. La próxima vez salta más fuerte, vas a hacer que envejezca antes de tiempo.

Carson se separó de él en contra de su voluntad y se quedó sentado en el suelo, apoyando la

espalda contra la pared con los ojos cerrados. Tenía el pulso acelerado y dudaba que fuera a causa del salto.

—Si le soy sincero, espero no tener que saltar la próxima vez —respondió mientras se recuperaba del susto.

Levantó la mirada hacia el de ojos azules y lo encontró mirándolo con una sonrisa, esbozó otra para él antes de que una burbujeante risa se crease en la boca de su estómago. Regine parecía estar sintiéndose igual porque, de repente, vio como empezó a reír y Carson no pudo evitar hacer lo mismo, pensando en que el sonido de la risa del contrario era de las cosas que más le gustaba escuchar.

—Ven —dijo Regine en un susurro, negando con la cabeza al terminar de reír. Se levantó del suelo y fue hasta el vestidor con su amigo.

Carson lo siguió hasta el vestidor, algo avergonzado por lo que estaba sintiendo. ¿Qué era eso de adorar su risa? Debía estar completamente loco.

Su estómago se tensaba y revolvía cada vez que estaba con Regine desde hacía tiempo, pero hacía poco que había podido darle un nombre a lo que estaba sintiendo. Y, aunque sabía que muchos de sus pensamientos eran causados por lo que sentía, todavía le apenaba cuando retrataba a Regine como alguien hermoso o atractivo.

No debía tener esos pensamientos, no solo podía romper su amistad por completo, sino también sabía que era algo imposible, al menos con el padre de Regine alrededor.

—¿Por qué me ha pedido que venga? —preguntó Carson, distrayéndose de su mente, una vez dentro del vestidor.

—No te veré el resto del verano. Quería pasar contigo al menos la noche —explicó Regine mientras colocaba bien las almohadas.

Entonces, el moreno se fijó con una sonrisa en todo lo que había preparado Regine. Había varias mantas colocadas en el suelo junto a almohadas para convertir el lugar en un pequeño rincón para pasar el rato.

—Quítate la camisa, buscaré algo para desinfectarte eso —dijo Regine señalando la camisa de Carson antes de salir del vestidor.

Carson bajó la mirada y vio su camisa ligeramente desgarrada, la piel debajo de ella estaba raspada. Sus ojos volvieron a desviarse a todo lo que había preparado Regine y su sonrisa

comenzó a decaer al recordar el motivo.

Según lo que había escuchado, al día siguiente iba a partir para estar en una academia durante los últimos dos meses de verano. No sabía muy bien de lo que trataba, pero en principio le enseñarían, en palabras de su padre, ‘‘lo necesario para ser un mayordomo’’. A Carson todo eso le sonaba extraño, pero no necesitaba darle muchas vueltas para darse cuenta de que esa era otra de las estrategias del padre de Regine para mantenerlo alejado de él.

Había decidido mantener lo de la academia fuera de su mente, ya que solo le llenaba de nervios, pero el de ojos azules acababa de traerlo de vuelta.

Regine volvió a entrar en el vestidor con algodón limpio, desinfectante para heridas y una tirita. Se quedó mirando a Carson en silencio.

El moreno salió de sus pensamientos y se dio cuenta de que este lo estaba esperando.

—Lo lamento —se disculpó mientras se apuraba para quitarse la camisa.

—Lo lamento… —se mofó Regine en voz baja mientras negaba con la cabeza—. Siéntate —le pidió antes de ponerse de rodillas delante de él.

Carson hizo tal como le pidió y se sentó en el suelo, sobre las mantas. Se dio cuenta tarde de que no era muy buena idea cuando Regine se inclinó sobre él y comenzó a frotar la parte baja de su abdomen con el algodón.

—No hace falta que se moleste, solo es un rasguño —se apresuró a decir, haciendo un ademán para tomar el algodón.

—Quédate quieto —respondió Regine apoyando una mano en su pecho, haciendo que Carson tuviera que apoyarse en uno de sus antebrazos.

El moreno tragó saliva y se quedó quieto por instinto, considerando que tal vez si se quedaba lo suficientemente inmóvil, Regine no vería su cara calentarse o la expresión que lo delataba, tal vez de ese modo tampoco notaría su corazón golpeando contra la mano en su pecho.

No pensaría en ese tipo de cosas, él no era esa clase de chico, pero tener a Regine frotando esa zona con el suave algodón mientras él estaba semidesnudo en su habitación… Rogó para evitar cualquier extraño pensamiento y rogó para que su cuerpo no reaccionase de otra forma.

Regine alzó la mirada al sentir que todo estaba en silencio y reprimió una sonrisa al encontrar a su amigo mirando hacia otra parte. Le causó ternura pensar en que seguramente no se daba

cuenta de lo evidente que era su nerviosismo, al menos para alguien que lo conocía tanto como él.

Claramente, no era tonto como para no saber que Carson tenía alguna clase de sentimientos por él, lo conocía desde que eran bebés, obviamente se daría cuenta de ello. No obstante, le había costado un poco más aceptar que le gustaba gustarle. La forma en la que sus mejillas se volvían rojas cuando se ponía nervioso era algo a lo que se había más que acostumbrado desde pequeño, por lo que ahora que sabía que su simple presencia era lo que lo causaba no podía evitar sentirse halagado.

Carson siempre lo miraba como si tuviera todas las respuestas y, aunque no tenía ninguna, le hacía sentirse mucho más fuerte de lo que en realidad era. Lo más seguro es que hubiera sucumbido ante los deseos de su padre hace mucho tiempo atrás si no fuera por Carson, por eso no le gustaba nada la idea de que fueran a estar separados. No obstante, esta era la oportunidad perfecta para mostrarse fuerte, tal y como su amigo lo veía. Podía hacer eso, demostrarle que podía mantenerse en pie sin ayuda de nadie, que Carson podría apoyarse en él y jamás lo dejaría caer.

Carson volvió a poner su mirada sobre Regine al sentir que su mano se había detenido y se quedó atrapado en sus ojos. Pudo ver como sus pupilas se dilataban y se encontró en el reflejo de estas.

Regine aclaró su garganta, apartando la mirada mientras se separaba y dejaba el algodón usado sobre una cómoda.

—Es solo un rasguño. Me alegra informarte de que vivirás —dijo cortando la extraña tensión que se había formado en el ambiente.

—Gracias —respondió rápidamente el moreno, aliviado, pero al mismo tiempo siendo demasiado consciente de la distancia que ahora los separaba.

Regine tomó una de sus camisas de pijama y se la dio a Carson mientras se sentaba al lado y movía hacia un lado los abrigos que colgaban del perchero, revelando un televisor de tubo que había llevado hasta ahí, junto a un bol con aperitivos y algunas latas de refresco.

—¿Cuándo ha traído esto aquí? —preguntó un sorprendido Carson mientras se ponía la camisa que le había dado Regine. Mentiría si negase que no le gustó sentir la tela del contrario sobre su piel.

Regine ignoró su pregunta, no admitiría que había estado toda la tarde moviendo cosas para esa noche. En cambio, preguntó acercando una caja llena de películas en DVD:

—¿Qué película quieres ver?

Carson no presionó una respuesta a su pregunta, solo sonrió.

—La que usted prefiera está bien.

Regine lo miró por unos segundos antes de asentir.

—Luego no te quejes si te da miedo.

Regine rebuscó entre la caja antes de sacar una película aleatoria, ni siquiera leyó el título, ya que solo quería tenerla de fondo mientras hablaba con Carson. No tardó en meter el DVD en el televisor y bajar el volumen para que no estuviera muy fuerte, luego se acercó a su amigo con los aperitivos.

—Toma, he traído chocolates también —le ofreció.

Se quedó callado con la mirada fija en la pantalla mientras comía aperitivos con Carson. La idea era hablar con él, pero en esos momentos no se le ocurría nada que no fuera lo mucho que lo iba a extrañar cuando se fuera. No quería que eso se convirtiera en una charla deprimente, pero no pudo evitar mencionarlo.

—¿Sabes? Había pensado en que cuando volvieras podríamos ver qué hacer —comenzó Regine—. Tal vez podríamos irnos de aquí —bajó la voz, para asegurarse de que nadie escuchase.

—¿Irnos? —Carson se sorprendió y se giró para mirarlo.

Era consciente de que ese ambiente no era bueno para ninguno de los dos y entendía que Regine quisiera huir, pero él tenía que pensar en su familia, en el resto de sirvientes. Regine pareció darse cuenta de lo que estaba pensando, por lo que se apresuró a aclarar:

—Solo como una idea… Me refiero a… No pretendo quedarme el resto de la vida aquí y sé que tienes a tu madre, pero… —se quedó callado por unos segundos—. Solo piénsalo y ya lo hablaremos, ¿sí?

Carson solo asintió con la cabeza, volviendo a mirar la película. Ni siquiera estaba seguro de que fuera tan fácil como huir, sabía que el padre de Regine jamás permitiría algo así. Pero si eso era lo que haría feliz a Regine… Encontraría una manera.

Regine miró discretamente hacia Carson cuando un beso apasionado salió en primer plano y

aprovechó para intentar romper la tensión:

—¿Cuándo vas a dar el paso? —decidió molestarlo amistosamente.

Carson apartó la mirada de las imágenes y se fijó en Regine.

—¿A qué se refiere? —preguntó inseguro, sin saber a dónde iba la conversación.

—Besar —dijo el de ojos azules señalando la pantalla con la cabeza—. ¿Vas a estrenarte este verano?

Carson desvió la mirada, forzando una pequeña sonrisa. Eso le gustaría, pero la persona que le gustaba no tenía los mismos planes.

—La academia es solo para hombres —respondió cuando no se le ocurrió nada mejor para decir.

—Eso no cambia mi pregunta.

Carson entonces levantó la mirada de nuevo hacia Regine, encontrándose con el frío azul de sus ojos. Su mente se había quedado en blanco, como si hubiera intentado descubrir qué insinuaba con eso y simplemente se hubiera rendido.

Los segundos en silencio pasaban y a medida que avanzaban, la presión en el aire se hacía más fuerte, por lo que no tuvo más remedio que usar uno de los trucos más viejos: responder con otra pregunta.

—¿Y usted? ¿No lo ha hecho ya?

Regine se acomodó en su sitio.

—¿Yo? —levantó una ceja—. Siempre te digo todo, si ese fuera el caso ya lo sabrías.

—… ¿Y Hannah? —Carson quiso callar esas palabras antes de que salieran de su boca, pero no pudo evitarlo cuando ardían tanto dentro de su garganta.

—¿Hannah? —repitió Regine, volviendo a reprimir una sonrisa divertida. ¿Estaba celoso de ella?—. Que sea mi única amiga no hace que la vea de esa forma. —Ambos se quedaron en silencio hasta que Regine añadió—: ¿Sabes? Si pudiera elegir, me gustaría que fuera con alguien en quien confío —añadió mirando de reojo a su amigo.

Vio a Carson asintiendo con la cabeza, de acuerdo con sus palabras. Regine sonrió levemente al darse cuenta de que este no había captado el último mensaje.

—Sí, yo también…

—¿Tú también qué? —preguntó Regine arqueando una ceja—. Pensé que yo era en el que más confiabas.

No podía expresar bien lo mucho que disfrutó del nerviosismo de Carson mientras su cara se ponía roja intentando explicarse.

—No… No me refería a eso —comenzó, sintiendo su pulso ir a mil kilómetros por hora—. Yo solo… —decidió quedarse callado al darse cuenta de que su propio nerviosismo lo estaba delatando.

No era la primera vez que Regine tergiversaba sus palabras, estaba claro que el de ojos azules disfrutaba de su nerviosismo. Pero esa vez se sentía diferente, ¿cómo no podía ser un poco más discreto? Hasta un tonto se daría cuenta de lo que estaba cruzando por su cabeza.

Agachó la mirada, aterrado al pensar en que Regine se alejaría de él si se daba cuenta de lo que estaba imaginando. El de ojos azules había sido siempre el mejor con él y Carson se lo pagaba con fantasías descabelladas y ridículas. Apretó ligeramente los puños, no se merecía tener un amigo como Regine, él debería estar pasando el tiempo con otra persona, algún día se daría cuenta de que él no valía tanto en…

Abrió los ojos de golpe cuando la mano de Regine tomó su mejilla y lo vio inclinarse sobre él, juntando sus labios.

No era capaz de procesar lo que estaba ocurriendo y todas las preguntas que querían inundar su mente fueron rechazadas por el toque que le brindaba Regine. Solo pudo cerrar los ojos y mover torpemente sus labios sobre los del contrario. No sabía bien lo que debía hacer, por lo que solo dejó que Regine guiase el beso, él recibiría todo lo que este quisiera darle.

Sus manos se movieron solas hacia las mejillas de Regine y las sostuvo con suavidad, como si tuviera miedo de presionar lo suficiente y darse cuenta de que todo eso era una ilusión. Pero el contrario le hizo asegurarse de que era real cuando tomó una de estas y la apretó, aprovechando para acercarse más, poniéndose sobre él.

Pronto, empezó a faltarle el oxígeno, si es que le quedaba, pero fue incapaz de separarse, por lo que no tuvo más remedio que tomar una bocanada de aire desesperado antes de volver a

acercar a Regine, sin perder la oportunidad de acariciar sus mejillas con los pulgares. Su piel era tan suave como lo había imaginado cientos de veces…

El cuerpo del contrario se presionó contra el suyo mientras Regine mordía y chupaba sus labios ávidamente. Carson no sabía cómo iba a salir de eso con vida, por lo que se aferró al contrario, juntando sus torsos con el deseo de que nunca terminase.

De repente, sintió a Regine separarse y un intenso escalofrío recorrió por todo su cuerpo cuando este soltó un suave jadeo sobre sus labios. Se fijó en él con la respiración errática y admiró las pupilas dilatadas de Regine y sus labios enrojecidos y húmedos como si el tiempo no existiera.

Regine, entonces, se alejó de él y Carson tuvo que doblar sus piernas para disimular el problema que había aparecido en su entrepierna.

El de ojos azules volvió a sentarse al lado. Estaba igual de confundido que el moreno por lo que acababa de pasar. No tenía ni la menor idea de dónde había salido eso. Había visto a Carson agachar la mirada y lo siguiente que supo era que estaba besando a su mejor amigo, como si su cuerpo hubiera actuado solo.

—Deberíamos cambiar la película —dijo Regine después de aclararse la garganta, con la mirada fija en la escena sangrienta que ahora se mostraba en la pantalla. Necesitaba cambiar de tema.

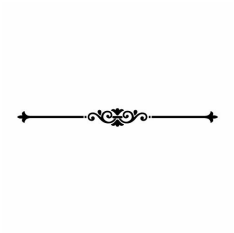
—Sí, deberíamos —respondió Carson, aunque ninguno de los dos se movió de su sitio.

Aunque el moreno quería preguntarle qué se suponía que significaba eso, no pudo reunir el valor suficiente, por miedo a que Regine se arrepintiera. Deseaba disfrutar al menos durante el resto de la noche la emoción de su esperanza, de que su primer beso había significado algo mucho más especial.

Fue por ello que no dijo nada tampoco al día siguiente cuando partió. Pero lo mantuvo en su mente el resto del verano, imaginando más de un millón de posibilidades, imaginando que cuando viera la próxima vez a Regine tendría la fuerza suficiente para preguntarle y pedirle algo más, para tomar su mano y llevarlo muy lejos, a un lugar donde no tendrían que esconderse.

Sin embargo, cuando volvió todo había cambiado. Su madre había fallecido y su mejor amigo dejó de hablarle. Lo peor fue que los demás parecían saber todos los por qué y él era el único tonto que no lo entendía.

Se sintió como si lo hubiera perdido todo.



Actualidad

—Por favor, necesito que alguien se encargue de ayudar al jardinero —hablaba Carson mientras se movía de un lado a otro.

Estaba tratando de adelantar todas las tareas antes de ir a la reunión con el ministro de defensa y así dejarlo todo listo. Necesitaba tener su mente completamente libre para la reunión y mantener su profesionalidad. Aunque bien sabía que era solo una excusa para relajarse después de lo sucedido la noche anterior. Él había… con Regine.

—Yo puedo ir —dijo Jackson interrumpiendo sus pensamientos mientras se acercaba con sus muletas.

Carson vio como este tuvo que esquivar a una de las sirvientas que pasó rápidamente por delante de él. Se giró buscando a Jasmine para entregarle unos papeles.

—Lleva estos papeles al vehículo y ponlos en la guantera, por favor —le pidió a Jasmine mientras le pasaba unos documentos dentro de una carpeta. Luego se acercó a Jackson— No, debes descansar. —lo guió hacia una silla apoyada en la pared para que se sentase.

—Entonces puedo vigilar que se hagan las tareas bien. Tú deberías ir a prepararte para la reunión. Déjame esto a mí, puedo hacerlo —le mostró una sonrisa segura.

—¿Y Marlon? —preguntó Carson antes de acceder, no dudaba de sus habilidades, pero Jackson también tenía sus propias responsabilidades.

Jackson desvió la mirada al responder:

—En su habitación coloreando unos libros…

El mayordomo lo conocía demasiado bien como para saber que eso era una mentira, pero no tenía tiempo para ocuparse de ello ahora. Le preguntaría al volver.

—De acuerdo, entonces cuento contigo. Intenta que la mansión siga en pie para cuando vuelva —bromeó con una suave sonrisa antes de caminar directamente a su habitación.

—¡Ni lo dudes! —respondió Jackson agitando una de sus muletas a modo de despedida.

Sabía que los sirvientes eran más que capaces de sobrevivir por su cuenta, al menos en situaciones normales. Todos hacían lo que tenían que hacer y no ocurría nada. El problema venía cuando la situación se descontrolaba, necesitaban a alguien que les dijera exactamente cómo seguir, alguien que tomase las decisiones, y ese era Carson.

No le molestaba tomar ese papel, pues lo había hecho toda su vida, pero tampoco podía negar que no fuera sumamente estresante. Siempre daba el máximo de sí en cada pequeño detalle, ya que sabía que Regine valoraba la perfección y eso es lo que estaba dispuesto a ofrecerle, no menos.

Al llegar a su habitación entró dejando la puerta abierta y fue a buscar su abrigo. Se detuvo al ver su reflejo en el espejo y se miró de arriba a abajo. Llevaba un traje formal gris, no su típico uniforme de mayordomo, creyó que este sería más adecuado para la ocasión, después de todo, estaría en presencia del ministro de defensa. Aun así, se quedó pensando si sería inapropiado, él era el acompañante de Regine, no un hombre de negocios.

—Ese traje es perfecto, no le des más vueltas —habló una voz dulce a su espalda.

Carson salió de sus pensamientos, fijándose en el reflejo del espejo antes de darse la vuelta, recibiendo a Rosa con una sonrisa.

—Buenos días —saludó.

No le extrañó la telepatía que Rosa tenía con él, la mujer había vivido mucho y conocía a Carson desde que era pequeño. Ella era la mejor amiga de su madre y cuando esta falleció, se convirtió en una nueva figura materna para Carson.

—Buenos días —respondió la señora mientras cerraba la puerta, fue al armario de Carson y sacó varias corbatas, valorando cuál conjuntaría mejor con el traje.

—Disculpe, ¿podría echarle un vistazo a Marlon? Creo que Jackson y él tienen algo entre

manos —le pidió.

Rosa soltó una suave risa.

—Ambos están bien, no te preocupes. Pero si te hace sentir más tranquilo les echaré un vistazo —le guiñó un ojo antes de comparar varias corbatas.

Carson se sintió extraño ante el silencio en la sala, hasta que recordó que el día anterior había acordado verse con Rosa y lo había olvidado completamente.

—Discúlpeme por no haberme presentado ayer, por la noche estuve… —Imágenes de la noche anterior aparecieron en su mente. Veía a Regine bajo él como si estuviera grabado a fuego. Tragó saliva cuando su pulso se aceleró y apartó la mirada—. Ocupado —terminó la frase.

Rosa soltó un suspiro mientras separaba una corbata azul marino del resto y la dejaba sobre el escritorio, luego se dio la vuelta para quedar frente a él. Se acercó y acarició con suavidad su mejilla.

El moreno la miró en silencio antes de sostener su mano con delicadeza, iba a preguntarle por qué tanta seriedad cuando la escuchó hablar:

—Sí, quería hablar contigo sobre ello —dijo Rosa, planteándose cómo sacar el tema, decidió que lo mejor era preguntar directamente—. ¿Estás seguro de lo que estás haciendo? —preguntó en voz baja.

Carson se quedó en silencio al oírla, sin saber a qué se refería. Él estaba bien, todo estaba en orden y tenía las cosas bajo control.

Pudo oír a su subconsciente reír ante esas mentiras. Falsedades que se decía a sí mismo para continuar adelante, como siempre había hecho. No tenía sentido centrarse en las cosas negativas y no tenía tiempo para procesarlas, por lo que siempre era mejor ocultarlo todo muy en el fondo de él.

Por supuesto que estaba emocionado, por Dios, acababa de tener la mejor noche de su vida. Había sido como un sueño hecho realidad, como si finalmente todo estuviera girando en su favor. Pero sabía que eso era otra de las mentiras que se repetía a sí mismo. Las cosas estaban fuera de su control, la mansión estaba hecha un caos, no sabía qué se suponía que buscaban yendo a hablar con el ministro de defensa ni lo que iba a suceder después de ello, pero de lo que menos tenía idea era de qué se suponía que estaba haciendo con Regine.

No tenía ni idea de si para su señor eso era solo un juego, si a pesar de lo bien que conectaban

juntos dejaría todo de lado cuando se cansase. Sabía que era lo más seguro que sucediera, pero eso no hacía más que provocarle más dolor. Aun sabiendo lo que iba a pasar no tenía poder ni voz para detenerlo y prepararse de antemano para lo inevitable solo hacía que empezase a doler antes de tiempo. Era cruel saber cómo iba a terminar y no poder hacer nada para que doliese menos.

Pudo ver algo parecido a la pena en los ojos de Rosa antes de que esta pronunciase:

—Ven, siéntate. —Guió a Carson hasta la cama y se sentó a su lado, sostuvo su mano antes de rodearlo con un brazo y atraerlo para abrazarlo.

Carson se dejó llevar y sintió que las cosas mejoraban al menos un poco.

—Esperaba que no se notase tanto —finalmente susurró.

No le gustaba el cambio de ánimo que había tenido en cuestión de segundos, como si las palabras de la mujer hubieran abierto algo dentro de él, dejando pasar todas sus dudas y miedos.

Rosa sonrió mientras frotaba su hombro.

—Sabes que eres como un hijo para mí. Por supuesto que notaría esas cosas —dijo acariciando su mejilla.

Carson miró hacia el suelo, sin saber qué tanto debía decirle, contemplando la posibilidad de volver a decir que todo estaba bien. Sin embargo, algo en él empezaba a agrietarse, como si fuera un viejo vaso que no podía seguir manteniendo todo el líquido en él.

—No sé qué quiere exactamente de mí —comenzó a hablar, inseguro, suficientemente bajo para que nadie más pudiera escuchar—. No sé qué tanto debo fingir no ser yo mismo. ¿Le repulsaría saber mis verdaderas intenciones? ¿Lo que pienso?

Rosa se quedó en silencio.

Carson sintió su pulso acelerarse y su garganta cerrarse, pero sus palabras continuaron desbordándose.

—Sé perfectamente lo que hará al cansarse de mí. ¿Pero qué podría hacer? —levantó la mirada hacia Rosa—. He estado manteniendo todo dentro mío todo este tiempo, intentando deshacerme de cualquier sentimiento que no sea el de un mayordomo —comenzaba a hablar cada vez más rápido, más alto—. ¿Por qué no puedo deshacerme de estos pensamientos? ¿Cómo puedo seguir con esto cuando hace años maté la esperanza y me convencí de que nunca sucedería? —dijo con

frustración en su voz. Estaba cansado de solo tener preguntas y nunca respuestas.

Rosa lo miró durante unos segundos antes de responder con seriedad:

—Díselo.

Carson no supo bien cómo reaccionar al principio, pero luego esbozó una sonrisa triste y negó con la cabeza.

—Lamentablemente, prefiero poder estar a su lado de este modo que no estarlo en absoluto.

—Carson, cielo… —comenzó a decir la mujer mientras tomaba las mejillas del menor—. No puedes mantenerte en el medio para siempre esperando que una oportunidad aparezca. Esta es tu oportunidad, necesitas ponerle un fin o convertirlo en un principio —sonrió con tristeza, parecía estar recordando algo—. Créeme, no arriesgarse es la opción más fácil, pero siempre será con la que más pierdas.

El mayordomo se quedó en silencio, reflexionando sobre las palabras de Rosa. Pensó en Regine, en cómo él no era capaz de dejar el pasado atrás, pero tampoco de seguir con su futuro, igualmente atrapado. ¿Cómo podría ayudar a Regine si él mismo no avanzaba?

Sin embargo, considerar la posibilidad de alejarse de su señor le provocó náuseas, sintió sus manos temblar por la fuerte presión en su pecho y negó nuevamente con la cabeza.

—No… No puedo. —susurró.

—Carson, mírame —dijo Rosa sosteniendo sus manos con cuidado—. Cielo, te estás ahogando en todo lo que te guardas. Llegará el momento en que no puedas respirar más… —lo miró con preocupación.

Entonces, Carson oyó que las puertas de las habitaciones se cerraban. Esperó unos segundos, oyendo como las voces de los sirvientes decaían y se puso alerta. Eso solo podía significar una cosa: Regine estaba ahí.

Miró hacia la puerta y dos toques sonaron antes de que fuera abierta y apareciese Regine tras ella. Vio como lucía uno de sus mejores trajes, que Carson le había preparado por la mañana, y la corriente de aire le trajo el masculino olor del perfume que estaba usando.

Rosa miró hacia Carson y le ofreció una suave sonrisa antes de besar su mejilla y dirigirse hacia la puerta.

—Buenos días, señor —dijo Rosa junto a una breve reverencia con la cabeza al salir de la habitación.

—Buenos días, Rosa. Tenga un buen día —saludó Regine mientras la dejaba salir.

No tenía ese trato con ninguno de los otros sirvientes, Rosa era la excepción. Era una mujer sabia y tranquila, dos atributos que complacían al de ojos azules.

Regine caminó en silencio hasta el escritorio, de dónde tomó la corbata que había dejado la mujer momentos antes.

Carson lo siguió en silencio con la mirada mientras repasaba las palabras de Rosa e intentaba no mostrarse alterado, volviendo a embotellar todas sus emociones. Se puso en pie y se acercó hacia Regine, por lo menos este se veía de buen humor.

—Debería comprarte prendas nuevas. Verte en otra cosa que no sea tu uniforme es refrescante.

Regine se giró hacia el mayordomo y le colocó la corbata con cuidado. Sintió un ligero déjà vu mientras hacía el nudo, pero no supo por qué. La ajustó en silencio mientras sentía la mirada de Carson sobre él. Al ver que todavía no respondía, se preguntó de qué había hablado con Rosa, parecía algo serio.

—¿Sucede algo? —dijo Regine levantando la mirada hacia el mayordomo, aunque había terminado de atar la corbata, no se había separado ni un centímetro.

Carson sintió su garganta apretarse más de lo que ya estaba, intentaba formular cualquier palabra, pero las letras que conseguía juntar no tenían sentido. No quería mentirle y negarlo, pero tampoco tenía la valentía para hablar, menos todavía cuando estaba tan cerca. ¿Se alejaría repulsado al oír lo que tenía que decir?

Consideró el hecho de que Regine se estuviera manteniendo tan cerca a propósito, que le gustaba verlo nervioso, verlo a él, pero eso no ayudó al caos que de por sí se estaba formado dentro de su mente. No sabía qué parte de él era la que le gustaba a Regine, no sabía si ser el mayordomo de siempre o intentar algo nuevo.

—¿Carson? —Regine frunció ligeramente el ceño, preocupado al ver que este no contestaba.

El mayordomo sintió el pánico apoderarse de él e hizo todo lo posible por mantenerlo a raya.

—Se ve muy bien, señor —dijo, en cambio, evitando mencionar cualquier otra cosa que estuviera pensando.

Regine lo miró durante un par de segundos, pero decidió no insistir, confiaba en que Carson hablaría con él cuando lo necesitase. En cambio, esbozó una sonrisa y estiró de la corbata de Carson, acercándose a su oído para susurrar:

—Deberías verte más a ti mismo —dijo con voz ronca, mirando al moreno de arriba a abajo antes de añadir—: Estoy valorando si hacerte llevar este traje a diario.

Carson tragó saliva sintiendo el calor subir hacia su cara sin poder evitarlo.

Regine se separó colocando correctamente la corbata y volvió a mirar hacia Carson, esbozó una suave sonrisa satisfecha antes de dirigirse hacia la puerta.

—Vamos, tenemos una reunión a la que asistir.

Sí, cierto, la reunión. Carson casi se había olvidado de ello, un error que no podía permitir. Debía mantenerse sereno y asegurarse de que todo estaba en orden.

El moreno forzó una sonrisa antes de salir de ahí con él.

Regine miraba por la ventana del vehículo, repasando todas las medidas de seguridad que había tomado. Todos sus hombres estarían en posición nada más llegar, además había podido escoger el lugar: una cabaña alejada de la ciudad, con una sola carretera de entrada y salida. Sabía que la seguridad que llevaría Matthias Birkbeck, el ministro de defensa, también sería fuerte, por lo que quería estar preparado.

El único problema no solo era lo peligroso que podía ser, sino también tener que hablar de frente con el padre de la niña que había ordenado asesinar a sangre fría. Respiró hondo. No era como si las manos del ministro de defensa estuvieran limpias, pero Regine no podía dejar de pensar en ello. Seguía viendo la fotografía de esa niña alegre en las noticias, en los periódicos, pero lo peor era verla cada vez que cerraba los párpados junto a todas las otras personas que

había asesinado.

Apretó la mandíbula. Era su deber y era consciente de que nada lo justificaría, pero para él servía creer que mantenía al resto a salvo con ello, aunque fuera un solo día más.

Había esperado dejar su punto claro frente al ministro con ese ‘‘mensaje’’, no esperaba que fuera a llamarlo para hablar formalmente. Aprovecharía la ocasión para discutir términos nuevos, asegurarse de que ese derrame de sangre terminaba ahí.

Sintió una mano rozar la suya sobre el asiento y se giró, encontrando la mano de Carson al lado de la suya mientras este le ofrecía una suave sonrisa. Vio al moreno asintiendo con la cabeza y ese pequeño gesto lo ayudó a relajarse. Decidió tomar la mano del contrario entrelazando los dedos. No tenía sentido darle tantas vueltas, debía centrarse en el presente y asegurarse de que pasara lo que pasara, estuvieran preparados.

Cuando el coche se detuvo, Regine respiró profundamente a pesar de detestar el olor del interior de los vehículos y salió después de soltar la mano de Carson.

Lo primero que hizo fue mirar alrededor, colocando bien los pliegues del traje completamente negro que llevaba, un pequeño gesto personal en respeto a la fallecida hija del ministro. Le sorprendió ver únicamente dos vehículos aparcados en la entrada de la cabaña. Supuso que el ministro había ido en uno de ellos, pero eso indicaba que el otro era para los guardias. ¿Había traído poca seguridad?

Pensó que era extraño, pero, después de que Carson le confirmase que todo era correcto, siguió caminando hacia el interior de la cabaña. A pesar de la aparente escasez de seguridad del ministro de defensa, Regine mantendría sus planes, por ello lo acompañaban tres guardias más, entre ellos Jefferson. En circunstancias normales no hubiera dejado que el último fuera con ellos, pero a pesar de su fuerza y experiencia en combate, consideró que podía ser una carta útil para usar contra el ministro si las cosas se torcían.

El lugar era tan lujoso como se esperaba de una reunión con alguien del gobierno, aunque fuera una clandestina. El parqué claro del suelo brillaba como si estuviera recién pulido y los muebles oscuros junto a una gran alfombra roja con detalles en dorado transmitían una sensación de calma.

Regine pensó en que tal vez era tiempo de tomarse unas vacaciones, ir a un paraje hogareño como ese. Sin poder evitarlo, miró a su izquierda, donde Carson caminaba a su lado. ¿Vendría con él si se lo pedía?

Caminaron por un amplio pasillo, donde cinco hombres trajeados formaban en fila al lado de la pared, mirando al frente, impasibles.

Al acercarse a la última puerta, uno de los hombres se movió, llamando dos veces con los nudillos antes de abrir.

Regine fue el primero en entrar, al hacerlo, vio a un hombre bien vestido de espaldas, mirando hacia el bosque a través de la ventana.

El hombre se giró al escuchar a Regine entrando y esbozó una falsa sonrisa que solo resaltó más las arrugas y ojeras bajo sus ojos, parecía haber envejecido mucho más en esos días.

—Buenos días —saludó el hombre con voz ronca, cansada pero inusualmente alta. Su voz se fue apagando al ver a Jefferson, ahora en el bando del enemigo.

—Buenos días, señor Birkbeck —respondió Regine, no pasó por alto la manera en la que miró al antiguo soldado—. Tome asiento, por favor —dijo mientras movía una de las sillas de la larga mesa para reuniones.

El hombre se acercó a la mesa, pero antes de tomar asiento dijo:

—Esperaba poder hablar con usted a solas. —Miró al resto de presentes.

Regine se quedó por unos segundos en silencio, mirándolo con desconfianza, no fue el único.

—No llevo ningún arma —aclaró Birkbeck alzando los brazos—. Solo quiero hablar frente a frente con usted, como personas normales —esbozó una nueva sonrisa que no llegó a sus ojos.

Regine miró a Carson entonces, que estaba esperando sus órdenes. Sabía que el hombre delante de él no intentaría nada, al menos no con sus propias manos, seguía siendo el mismo hombre cobarde de antes de que su hija muriera.

Asintió hacia Carson para hacerle saber que estaba bien.

El moreno no tardó en guiar al resto fuera de la habitación, cerró tras ellos.

Regine entonces se sentó y señaló con la mano el asiento frente a él, al otro lado de la mesa.

—Siéntese.

Birkbeck borró su sonrisa tan pronto como estuvieron solos y se sentó delante de Regine. Se quedó completamente en silencio, inclinándose hacia delante y observándolo por minutos.

Regine cruzó una de sus piernas por encima de la otra y ladeó ligeramente la cabeza mientras sostenía la mirada del contrario.

No era la primera vez que algún familiar de alguna de sus víctimas demandaba verlo en persona, creía que tenía que ver algo con liberación personal. Esas personas necesitaban alguien para odiar, alguien sobre el que poner todo su dolor y Regine no tenía problemas con ello. Por supuesto que no se consideraba un mártir, ni iba a invertir su valioso tiempo en hacer que otras personas se sintieran mejor consigo mismas, simplemente no le importaba si lo odiaban o no y, en la mayoría de casos, opinaba que estaba justificado.

Le gustaba pensar en que era muy diferente a su padre en ese aspecto, nunca negaría la culpa de sus acciones, el dolor que provocaba con ello. Su padre hubiera culpado a Birkbeck por el asesinato de su propia hija.

Finalmente, Birkbeck volvió a hablar.

—Hay que ponerle un fin a esto, Regine —No se molestó en dirigirse hacia el contrario con respeto.

Regine no se sorprendió por ello, sabía que el hombre frente a él miraba a todos por encima de su hombro.

—Sí, ese fue el motivo por el que hicimos un trato. El cual usted incumplió, Birkbeck —recordó.

—La información que tienes es una amenaza para las vinientes elecciones. Es sencillo, entrega todo lo que tengas y podemos acabar con este baño de sangre —dijo Birkbeck.

—¿Para que luego me mate igualmente por lo que sé? —Regine levantó una ceja, no era tan tonto. Los documentos que tenía era tanto lo que causaba los ataques como lo que los evitaba, sin ella solo quedaba lo que tenía en su mente y eso era fácil de borrar con una sola bala.

—Estoy intentando llegar a una solución —insistió el ministro. Ante el silencio de Regine amenazó casualmente—: Puedo seguir enviando grupos de asalto si eso es lo que prefieres.

Las horrorosas imágenes del baile de máscaras acudieron a su mente, pero no dejó que le afectasen.

—Todavía tiene otra hija, yo que usted no me arriesgaría —respondió Regine con frialdad, atacando del mismo modo.

El rostro de Birkbeck cambió, su postura se volvió rígida.

—No vayas por ese camino, Regine —aconsejó—. Sabes que esta historia acaba de la misma forma que la de tu padre.

Ahora fue el turno de Regine de tensarse, luchó con todas sus fuerzas para que no se notase la ira que comenzó a burbujear en su interior. Sabía que estaba usando su misma carta, atacar personalmente para desestabilizarlo, no le iba a dar el placer de conseguirlo. Sin embargo, las imágenes del cuerpo sin vida de su padre sobre una carretera cualquiera lo invadieron.

No estaba enfadado por su muerte, incluso se sentía aliviado por ella. Pero se sentía como si alguien le hubiera arrebatado lo que era suyo, se suponía que él debía haberlo matado, él debería haberlo mirado a los ojos y ver como la vida desaparecía de estos.

Había planeado y planeado durante meses para hacerlo bien, para finalmente poner un fin, pero todo eso desapareció cuando lo llamaron una tarde para informarle que un hombre cualquiera lo había asesinado. El hecho de que nunca descubrieran la identidad del culpable no hizo más que acrecentar el sentimiento de inestabilidad dentro de él, como si la historia estuviera inacabada.

—Cuantos menos enemigos tengas mejor. No te conviene tener al gobierno en tu contra y lamento decirte que no soy al único al que has hecho enfadar. En tiempos actuales lo más recomendable es ocuparte de tus propios asuntos, contrariamente a ello oigo hablar de ti vaya a donde vaya. —Birkbeck sonrió brevemente—. Eres un hombre popular.

—¿Sabe? Recientemente, me han llegado varios documentos confidenciales del FGOE, su nombre también sale bastante en esos papeles. Diría que usted es incluso más popular —respondió Regine y luego negó con la cabeza—. Puede seguir actuando como que sigue teniendo todo bajo control, pero lamento decirle que en cuanto me ponga un dedo encima, en cuanto se acerque mínimamente a mi mansión o intente otro de sus inútiles numeritos, toda la información será pública.

Pudo ver como Birkbeck apretaba la mandíbula.

—Bien, —dijo echándose hacia atrás en su asiento—. Eres un hombre duro. —entrecerró los ojos—. Entrégame la información sobre el FGOE, ciertos desertores que tienes entre tus filas y dejemos esto atrás.

Regine lo miró en silencio por unos segundos, ni siquiera se planteó lo ridícula que era esa oferta. No era su problema si otros lo subestimaban, pero detestaba cuando no lo trataban con respeto.

—No —respondió.

—Creí que querías terminar con esto, te estoy proponiendo una solución —Birkbeck frunció el ceño confuso.

—Escúcheme bien, porque aquí no es usted el que tiene la palabra —Regine se sentó firme en su silla—. Usted no me ataca, yo no publicaré nada. No aceptaré ninguna otra oferta que no sea esa y la reunión no acabará bien si sigue tratándome como si fuera estúpido. —Los ojos de Regine se oscurecieron.

El ministro sostuvo su mirada por varios segundos, fue el primero en desviarla mientras tomaba aire y extendía su mano.

—He intentado lo mejor que he podido —dijo—. De acuerdo, acepto —se dio por vencido—. Te dejaremos tranquilo mientras mantengas un perfil bajo y todo quede bajo llave.

Regine casi sintió ganas de sonreír amargamente, él no era el que había infringido el trato. Sabía que el ministro no había aceptado y que todo eso era solo un gran farol, debía prepararse. Aun así, extendió su propia mano y la estrechó, pero cuando iba a separarse notó el agarre de Birkbeck hacerse más fuerte, atrapando su mano. Lo miró rápidamente.

—Aun así quiero dejarte algo en claro, Regine —siseó con los dientes juntos apretando más su mano—. Todo lo que haces vuelve algún día a ti.

Regine por un breve instante volvió a sentirse como un niño indefenso, pudo oír las risas graves en el fondo de su mente, sentir a los fantasmas trepando por la mano de Birkbeck, comenzando a pasar a la suya.

Sacudió su mano apartándose bruscamente de él y se levantó de su silla. Pudo ver la mirada de Birkbeck agudizarse ante su reacción y supo que debería haberse controlado, pero ya no podía hacer nada sobre ello. Aclaró su garganta mostrándose lo más calmado que pudo y se dirigió hacia la puerta. Antes de salir murmuró:

—He hecho mis paces con ello.

Carson supo que algo no cuadraba en cuanto vio a Regine salir de la habitación, no se lo veía muy contento, pero esperaba que no fuera grave, al menos no les había ordenado atacar… aún. Sabía que no diría nada delante de los hombres trajeados o en un lugar potencialmente peligroso donde cualquiera pudiera escuchar, por lo que no hizo preguntas mientras iban al vehículo.

Una vez subieron, se apresuró a darle una botellita de agua a Regine, viendo como este dejaba salir todo el aire que estaba conteniendo. Entonces, se permitió preguntar:

—¿Cómo lo ve? —se puso el cinturón.

Regine apoyó su cabeza en el respaldo del asiento y cerró los ojos mientras el coche comenzaba a moverse. Otro vehículo de guardias los siguió por detrás.

—Dijo que mantendría el acuerdo.

Carson se quedó unos segundos en silencio, conocía bien ese tono.

—Volverá a atacar —no preguntó, sin embargo, vio a Regine asentir con la cabeza, confirmando sus palabras.

—Son demasiado orgullosos, pero no me sorprende que esa codicia los haya llevado tan lejos.

—¿Quiere que avise a los guardias? —preguntó Carson.

—Diles que se adelanten hacia la mansión, seguramente vuelvan atacarla —ordenó antes de girar la cabeza y observar el paisaje.

Seguía pensando en lo mucho que le gustaría pasar un tiempo en un sitio así de alejado, sin nadie molestando alrededor.

—No creo que vuelvan atacar en un lugar en el que fallaron la primera vez —dijo Carson mientras sacaba su teléfono.

Regine miró los árboles pasar mientras fantaseaba con tumbarse en medio del bosque y solo respirar. Las palabras de Carson hicieron eco en su mente y frunció ligeramente el ceño, tensándose. Sí. Sí, tenía razón, no tenía sentido ir hasta el centro de la colmena. Sería mucho más fácil aprovechar cuando el objetivo saliera del…

Regine abrió los ojos ampliamente de golpe, girándose hacia el conductor.

—¡Detenga el…! —gritó, pero no pudo terminar su frase antes de oír una fuerte explosión debajo de ellos.

Carson apenas tuvo tiempo para reaccionar antes de sentir que estaban en el aire. Tuvo que cerrar los ojos ante el fuerte impacto cuando golpearon en el suelo y cuando los volvió a abrir, vio aturdido como los árboles del camino estaban boca abajo. Se giró rápidamente hacia Regine y alargó su mano para sacudirlo, un humo había comenzado a envolverlos y no podía ver con claridad.

—¡Señor! ¡¿Señor?! —lo llamó varias veces mientras se deshacía de su propio cinturón y caía contra el techo.

Se acercó a Regine, pero lo vio inconsciente. Antes de bajarlo quiso asegurarse de que no estaba herido de gravedad, pero su examen fue interrumpido por el sonido de varios neumáticos frenando de golpe a metros de ellos. Por un momento pensó que eran el resto de guardias, pero sus esperanzas no llegaron muy lejos cuando empezaron los disparos.

El ministro debía haber preparado todo esto incluso antes de la reunión, nunca tuvo intenciones de hacer un trato.

Carson se encogió rápidamente, el coche era resistente, si todavía seguían vivos era gracias a ello, por lo que era más seguro quedarse dentro que salir fuera.

Casi como si un Dios se estuviera divirtiendo con ellos, Carson empezó a oler el inconfundible olor de la gasolina antes de que una intensa llama apareciese a un lado del vehículo, sorprendiéndolo.

No esperó ni un segundo más antes de dirigirse nuevamente a Regine y forcejear con el dichoso cinturón de seguridad para sacarlo de ahí.

Lo primero que supo Regine cuando recobró el sentido fue que estaba colgando boca abajo

mientras un líquido caliente goteaba desde su cabeza hacia el techo del coche. Vio a Carson distorsionado, forcejeando con el cinturón para liberarlo mientras lo oía gritar algo sobre que debían salir de ahí. Entre toda la confusión supo las dos siguientes cosas: hacía calor y oía algo parecido a disparos en la distancia. Parpadeó con fuerza varias veces mientras Carson lo arrastraba fuera del vehículo.

Una vez fuera, pudo escuchar más claramente los disparos, estaban a pocos metros de distancia, contrario a lo que había pensado. Había hombres conocidos y desconocidos por todos lados, no sabía ni quienes estaban en su bando y la confusión del golpe no ayudaba a distinguir sus caras.

—¡Señor! —habló Carson por encima de los disparos—. ¿Puede caminar? —preguntó mientras sostenía con fuerza su mano.

Regine bajó la mirada por unos segundos tratando de esclarecer su mente.

—Creo que… Creo… —murmuró Regine mientras sentía, lo que supuso que era sangre, gotear por su rostro, provocando que la vista de uno de sus ojos estuviera teñida de rojo.

Vio el espanto en la cara del moreno antes de que este rodease su cintura con un brazo y lo ayudase a ponerse en pie para alejarse de ahí. Apenas pudieron caminar un par de pasos antes de que la fuerza de las piernas del de ojos azules desapareciese y cayera al suelo.

Carson lo sostuvo para que no se golpease contra el cemento.

Regine comenzó a jadear con fuerza, como si le faltase el oxígeno, y sus oídos comenzaron a taponarse, sofocando el sonido de los disparos. Abrió la boca para decirle al mayordomo que los sacase de ahí a rastras si hacía falta, pero ningún sonido salió.

—Lo sacaré de aquí —dijo Carson con seguridad, como si hubiera leído los pensamientos del contrario, haría cualquier cosa por cumplir su palabra.

Volvió a sostener a Regine por la cintura y lo llevó a rastras lo más rápido que pudo hacia uno de sus coches a apenas dos metros del que habían usado.

Tan pronto como logró abrir la puerta blindada de este, metió a Regine dentro. Le preocupaba el golpe en su cabeza, no paraba de sangrar y la incapacidad de su señor por mantenerse en pie lo hacía ver grave.

El mayordomo estaba a punto de subir también cuando varias balas impactaron contra el costado del coche. Cerró la puerta de golpe y se deslizó hacia la parte de atrás, cubriéndose con

el vehículo. Por suerte cada uno de ellos estaba fuertemente blindado contra balas, así que de momento Regine estaría seguro, pero no podía arriesgarse a quedarse ahí mucho tiempo más, debía sacarlos del medio de todo ese caos.

Trató de moverse hacia la puerta del pasajero para entrar desde ahí, pero tan pronto como dio un paso una nueva ráfaga de balas volvió a golpear hacia su dirección y tuvo que cubrirse nuevamente.

Los guardias habían salido del vehículo para disparar contra los hombres contratados por Birkbeck, pero Carson había visto que los números no eran suficientes, necesitaba que llegasen el resto de coches que se iban a adelantar hasta la mansión, los refuerzos. Soltó un suave suspiro que había estado conteniendo antes de fijarse a su alrededor, necesitaba un arma.

A pocos metros de él vio el cuerpo del conductor arrastrándose fuera del vehículo en llamas mientras tosía sangre. Había sido su conductor desde hacía años, más de los que podía contar y ahora estaba ahogándose con su propia sangre en una carretera cualquiera.

No podía darle más vueltas, era un mundo cruel, pensó Carson con pesar mientras veía al señor, incapaz de salir a ayudarlo.

Volviendo a sus asuntos, decidió asomarse lo suficiente para ver quiénes los atacaban. Pudo ver al menos tres hombres vestidos de negro fuertemente armados que se dirigían hacia él, antes de tener que esconderse de nuevo detrás del vehículo.

Respiró hondo, calculando las posibilidades que tenía. No creía poder acabar él solo con los tres, menos todavía sin un arma, por lo que su mejor opción era aguantar hasta que llegasen los refuerzos y así entrar al vehículo y sacar de ahí a Regine. De todos modos, no deberían estar muy lejos de la zona. Aun así, no estuvo seguro de poder aguantar mucho más.

—Carson… —oyó la voz del conductor llamarlo mientras este rebuscaba con dolor en su cintura hasta tomar el arma que llevaba y deslizarla por el suelo hacia el mayordomo. Le asintió con la cabeza antes de volver a toser, la sangre que salió de su boca salpicó el suelo.

El moreno agradeció en silencio al conductor, tomó el arma y quitó el seguro de inmediato, dispuesto a disparar contra los hombres del ministro si se acercaban lo suficiente.

Sin embargo, la imagen del conductor apareció de nuevo en su mente y tuvo que cerrar con fuerza los ojos. Volvió a mirarlo. El hombre tenía cuatro hijos… No. No podía arriesgarse, tenía que centrarse, tenía que…

Apretó con fuerza la mandíbula antes de salir de detrás del vehículo y correr hacia el conductor mientras vaciaba el cargador contra los atacantes para cubrirse de sus balas.

Arrastró rápido al hombre hasta la parte trasera de otro vehículo y respiró con fuerza al llegar, sin tener ni idea de cómo lo había logrado. El cuerpo del conductor había dejado un rastro de sangre en el suelo.

Carson lo ayudó a sentarse contra la puerta cerrada al llegar y sacó rápidamente un pañuelo del bolsillo de su traje e hizo presión sobre la herida del hombre. Un proyectil de metal parecía haber impactado en su pulmón, lo que explicaba la tos de sangre.

Escuchó a los atacantes del ministro cambiar el rumbo y dirigirse hacia el coche en el que ahora se escondían.

—¿No tendrá por casualidad otra arma? —preguntó Carson al darse cuenta de que ya no le quedaban balas en esa.

El conductor negó con la cabeza.

Genial. Tendría que ingeniárselas.

Tal vez podría salir corriendo en dirección contraria al vehículo donde estaba Regine, eso podría distraerlos lo suficiente hasta que llegasen los refuerzos.

Su pulso empezó a acelerarse, golpeando con fuerza contra su pecho. Eso podía acabar mal, pero si con ello le daba una oportunidad a Regine… Se preparó.

—Quédese aquí —le dijo al conductor.

Se incorporó agachado y dio un paso rápido para empezar a correr, pero se detuvo justo a tiempo, volviendo a esconderse detrás del vehículo al oír otro coche acercándose. Pudo respirar de nuevo al ver que era uno de los suyos.

Los refuerzos finalmente habían llegado.

El resto de guardias salieron del vehículo con las armas alzadas y dispararon a los atacantes, obligándolos a retroceder de inmediato.

Carson oyó la voz del Jardinero gritar sobre los disparos:

—¡Despejen el vehículo!

Dos de los guardias se acercaron a Carson para cubrirlo, entre ellos estaba Jefferson.

El mayordomo en ese momento supo con certeza que habían hecho una excelente decisión al incorporarlo entre sus filas. Jefferson no se veía alterado por tener que disparar hacia el bando del que había formado parte durante años, su expresión estaba en blanco, siguiendo órdenes como el soldado perfecto.

—Buen disparo, Jeffy —dijo el compañero a su lado con el arma en alto.

Jefferson solo esbozó una rápida sonrisa hacia su compañero antes de mirar a Carson y asentirle con la cabeza, indicando que podía salir, antes de seguir avanzando hacia los atacantes.

Carson no esperó más antes de moverse y entrar finalmente al coche. Por suerte, este ya estaba encendido, por lo que echó marcha atrás hasta girarlo y aceleró, alejándose del lugar.

—Aguante un poco más, señor —dijo girando rápidamente la cabeza para ver a Regine.

Regine miró desde el asiento trasero a Carson conducir. No entendió por qué, pero sintió la inexplicable necesidad de aferrarse a él, mantenerlo cerca, hacer que se detuviera.

Extendió uno de sus débiles brazos hacia el moreno, intentando tocarlo, avisarlo. Pero, antes de que pudiera llegar a él, hubo una segunda explosión y el coche volvió a rodar.

Entonces, todo se volvió negro.

Capítulo 14

Actualidad

En el momento en que Regine volvió a abrir los ojos deseó poder dormir de nuevo. Su cabeza palpitaba con fuerza y cuando intentó moverse se dio cuenta de que todo su cuerpo estaba agarrotado. Iba a ser peor en cuanto recordase lo que había sucedido el día anterior, pero de momento se encontraba plácido en su ignorancia.

Dejó el esfuerzo de lado y decidió cerrar los ojos, dispuesto a seguir durmiendo, pero una voz grave lo impidió:

—¿Cómo se siente, señor Karpovich?

Regine se vio obligado a abrir los ojos, o al menos entreabrirlos, pues la luz que entraba por la ventana no hacía más que aumentar su dolor de cabeza. Se incorporó lentamente sobre lo que sintió que era su propia cama y reconoció a Izan, el doctor, inclinándose sobre él con una pequeña linterna.

—Tiene suerte de seguir vivo, sufrió una conmoción grave —dijo mientras iluminaba sus ojos, vio como Regine fruncía el ceño—. ¿Puede seguir mis dedos? —preguntó mientras los movía lentamente frente a él.

Regine no se sentía afortunado en cuanto la realidad lo golpeó. El ministro les había atacado al volver. No solo pesaba en su conciencia el no haber estado más atento y darse cuenta antes, sino también en tener que hacer algo para remediar el daño causado y volver a instaurar la paz. Se estresó solo con la cantidad de trabajo que iba a suponer arreglar ese desastre. Pero de momento se limitó a seguir las órdenes del doctor mientras se sentaba. Un paso a la vez.

Llevó una mano hacia su cabeza, sintiendo una gasa en su frente. Había sido un fuerte golpe, sin duda alguna. Se preguntaba si Carson estaría bien. Miró alrededor esperando que estuviera cerca de él.

—¿Cómo está Carson? —preguntó con la garganta seca al no verlo alrededor. Estiró su brazo

para tomar el vaso de agua que le dio el doctor y lo bebió junto a una pastilla para el dolor.

—¿Recuerda lo que sucedió ayer? —Izan ignoró su pregunta.

—Nos atacaron. Lo recuerdo, estoy bien. Solo necesito… dormir un poco —respondió Regine en un suspiro mientras cerraba los ojos, en su mente vio a Carson en el asiento delantero justo antes de la segunda explosión—. ¿Él está bien? —insistió.

—Carson no está aquí —dijo una voz profunda desde el fondo de la habitación.

Regine entreabrió los ojos, forzándose a enfocar su vista y encontró al Jardinero, ahora acercándose hacia los pies de la cama.

—¿Tuvo que ir al hospital? —volvió a preguntar mientras se apoyaba contra la cabecera de la cama. No tenía tiempo que perder ahí si Carson estaba peor que él.

El Jardinero e Izan compartieron una rápida mirada. El francotirador volvió a mirar a Regine.

—Después de la segunda explosión aparecieron dos coches más. Carson lo sacó del vehículo —pensó en que le gustaría tener más tacto como sus compañeros, pero supuso que Regine agradecería que fuera directo—. Logró ponerlo a salvo, pero a él se lo llevaron.

Regine sintió que su pecho se apretaba y contuvo la respiración.

—¿Qué quiere decir con que se lo han llevado? —preguntó con cautela, sabía la respuesta, pero de alguna forma quiso torturarse escuchándola.

—Le dispararon, lo metieron en uno de sus vehículos y se retiraron —aclaró el Jardinero—. Creo que usted era el objetivo de ese ataque, pero Carson también es un miembro importante, por lo que aprovecharon la oportunidad para secuestrarlo.

Regine se quedó en silencio, digiriendo la información. Luego apartó las sábanas y se puso en pie, apoyándose de golpe en su mesita de noche, sintiendo que todo daba vueltas.

—Señor Karpovich, no está en condiciones para estar fuera de la cama —dijo Izan con firmeza, pero sin acercarse para sostenerlo, sabía que Regine no apreciaría la ayuda.

Regine lo ignoró mientras se acercaba al Jardinero, sabía que no se vería intimidante en ese estado.

—¿Por qué no está aquí? —siseó manteniendo la mirada sobre los ojos del Jardinero.

—Como he dicho, eran hombres sumamente armados. En cuanto aparecieron…

—Eso no es lo que he preguntado —lo interrumpió con toda la firmeza que pudo reunir, su garganta estaba apretada—. ¿Por qué no está aquí? —repitió, sintiendo una fea emoción creciendo en su pecho.

El Jardinero lo observó en silencio durante unos segundos, manteniendo la mirada de Regine sin verse intimidado. Inhaló aire antes de responder con firmeza:

—Mi trabajo es protegerlo a usted, salvar a Carson no era prioritario y suponía un alto riesgo con bajas probabilidades de éxito.

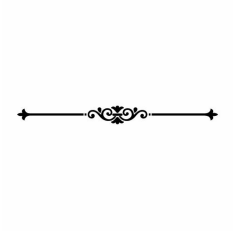
Regine no supo por qué sus palabras le hicieron más daño que el hecho en sí. ¿Así era para los demás? ¿Carson era una pieza desechable?

Respiró profundamente mientras apretaba su mandíbula. Como pensó antes, no tenía tiempo que perder, debía buscar a Carson de inmediato.

—Hágame un reporte de todo lo sucedido —le dijo al Jardinero—. Quiero hasta el mínimo detalle. Llévelo a mi despacho en cuanto lo tenga.

Caminó apoyándose en la pared hasta la puerta para no caer por culpa del mareo y, por mucho que le doliera pronunciar las siguientes palabras, sabía que era lo cierto:

—Que viva o muera depende de qué tan rápido lo encontremos.



Un cubo de agua helada fue lo que consiguió despertarlo.

Carson sobresaltó en cuanto estuvo consciente y se retorció en su lugar, dándose cuenta de que estaba atado a una silla. No tardó mucho más en darse cuenta de la situación cuando lo azotaron los recuerdos del… ¿Día anterior? Miró alrededor. ¿Cuánto tiempo había estado dormido?

No pudo averiguarlo, pues, se encontraba en una habitación completamente vacía, sin ventanas. La única entrada y salida era una gruesa puerta de metal. Por ello, supuso que debía estar bajo tierra.

Lo último que recordaba había sido el fuerte golpe que le habían dado para dejarlo inconsciente cuando lo metieron en uno de los vehículos. No tenía que ser un genio para saber la situación en la que se encontraba: un secuestro.

Volvió a sobresaltar involuntariamente cuando colocaron otra silla delante de él y levantó la mirada hacia el hombre que ahora se sentaba en ella. Su cuello dolió por el gesto y sus ojos tardaron unos segundos en enfocar la imagen, sintió su sangre helarse al darse cuenta de quién era.

—Siento haberte despertado de esta forma, más con el frío que hace fuera —dijo Andrew mientras se sentaba en la silla que había colocado. Se fijó en la forma en la que Carson lo miraba —. Sabes que esto no es personal. Siempre acepto los trabajos con mayor beneficio.

El mayordomo se quedó en silencio volviendo a reprimir sus emociones antes de murmurar:

—Jugar a dos bandos es peligroso, incluso para ti. —No reconoció su propia voz, su garganta estaba completamente seca—. Mantenerte firme al dinero, solo te traerá problemas, Andrew.

—Nunca he tomado ningún bando que no sea el mío —dijo—. Hago lo que es mejor para los míos.

—Esto no es lo mejor… —murmuró Carson.

Andrew se quedó en silencio durante unos segundos, parecía estar repasando las palabras de Carson, antes de cambiar bruscamente el tema.

—Bueno… —dio una palmada—. No tengo mucho tiempo, así que te dejaré con un par de amigos y Hernán, él se encargará de supervisar todo.

Hernán, un hombre trajeado al fondo de la habitación, alzó su mano a modo de saludo antes de volver a cruzar los brazos.

Carson supo, solo con la forma en la que vestía, que era uno de los hombres del ministro, este contrastaba mucho con los de Andrew, que solían vestir ropa llamativa y llevar una gran cantidad de perforaciones en la cara. Vio a Andrew inhalar aire antes de que continuase hablando.

—Karpovich me pidió que no hiciera sufrir a aquella niña, —explicó—. Pero el ministro me ha pedido lo contrario contigo, así que… Lo tienes un poco jodido, amigo.

Carson no respondió, pero la mirada que le lanzó a Andrew lo decía todo. El hombre iba a sufrir mil veces más en cuanto Regine le pusiera las manos encima. No iba a tener piedad alguna con él, por lo que aconsejó:

—Empieza a correr.

Andrew sonrió y se inclinó frente a él.

—Qué miedo —susurró. Lo miró por unos segundos antes de separarse—. Pásalo bien, Carson —se despidió de él antes de dirigirse hacia Hernán e intercambiar un par de palabras.

El mayordomo aprovechó para inspeccionar mejor la situación en la que se encontraba. Sus manos y pies estaban atados con una resistente soga a una silla de metal. Pensó en que con un poco de tiempo tal vez podría deshacerse las ataduras, pero no creía tener la oportunidad de ello, puesto que había cuatro hombres más en la sala, excluyendo a Andrew y Hernán, y no se veía como que fueran a dejarlo solo mucho tiempo.

Intentó forcejear contra las cuerdas, pero un fuerte dolor se extendió por su muslo. Se obligó a ver el feo agujero que había en su pierna. Cierto, le habían disparado. Por suerte, la herida se veía limpia, aunque no parecía haber dejado de sangrar. ¿Cuánto tiempo llevaba así? Carson se sintió mareado.

Cuando finalmente Andrew salió, Carson se inclinó hacia un lado y pudo ver unas escaleras tras la puerta. Confirmó su teoría; estaba bajo tierra.

Hernán se sentó en la silla frente al moreno en cuanto la puerta se cerró y captó su atención.

—Es un placer conocerte finalmente, Carson —sonrió—. El formidable mayordomo de los Karpovich.

El mayordomo sostuvo su mirada, quedándose completamente en silencio.

—Vamos, no me mires así. Nadie aquí desea tu mal, solo seguimos órdenes —dijo entrecerrando sus ojos, todavía mantenía una sonrisa altanera.

—¿Eso es lo sencillo, no? Justificar todo diciendo que son solo órdenes. Nunca tomar la responsabilidad de las consecuencias —acusó Carson.

—Tú y yo somos iguales —comenzó a decir Hernán—. Cumplimos lo que se nos manda y luego seguimos con nuestras vidas. Eso es lo que nos ha tocado. Eso es lo que hacemos.

—Esa es precisamente la diferencia entre ambos —objetó—. Jamás me escondería detrás de excusas vacías para poder dormir mejor por la noche.

Hernán se quedó en silencio antes de empezar a reír.

—Suena bien, qué caballero, Carson. —Se levantó y lo rodeó, fue hasta una mesa con herramientas detrás del moreno y tomó dos de las que necesitaba—. El tema es… que no importa lo arrepentido que estés o la cantidad de vueltas que le des al tema. —Volvió a acercarse a él—. A los muertos no les importa tu dolor.

Carson apretó ligeramente sus labios. Él era consciente de ello… No tenía sentido torturarse por algo así, al menos eso era lo que su parte lógica le decía, pero para él sí importaba, del mismo modo que sabía cómo le importaba a Regine. Lo que habían hecho jamás se podría deshacer, pero ser consciente de ello le daba un valor, un sentido.

Sobresaltó al escuchar como un soplete se encendía detrás de él y quiso darse la vuelta, pero en ese momento uno de los hombres de Andrew, de pelo verde, sujetó con fuerza su mandíbula con una de sus manos. Carson se vio obligado a mantener su cabeza quieta, aunque al ver, por el rabillo del ojo, un cuchillo brillando por el calor, empezó a retorcerse y forcejear con fuerza. Jaló y jaló las ataduras, pero más manos se unieron para mantenerlo quieto.

—No me gustaría que te desangrases antes de empezar. Perdón por no haberme encargado antes de tus heridas —susurró Hernán en su oído mientras bajaba el cuchillo hacia su pierna, donde la herida de bala todavía seguía sangrando.

El moreno apretó tanto sus dientes que chirriaron y no tuvo más opción que cerrar los ojos. En cuanto sintió la hoja ardiendo sobre su piel no se extrañó al sentir que se le congelaba, al menos eso fue durante el primer segundo, al siguiente, una corriente de ardor abrumador recorrió su cuerpo y, al que siguió a este, fue cuando sintió de golpe todo el dolor como si el calor estuviera despedazando su muslo.

Volvió a retorcerse para intentar escapar.

—¡Gh! ¡Mh! —A pesar de que no quería hacer ningún ruido, gemidos y gruñidos de dolor se

escaparon de entre sus dientes cada vez que respiraba, tomando aire como si nada de oxígeno estuviera entrando a sus pulmones.

Dolía, incluso decir que dolía mucho se quedaba pobre en comparación con lo que estaba sintiendo en esos momentos, maldita sea, incluso estaba escuchando su piel cocinarse por la temperatura. No obstante, se negaba a gritar. No les daría el placer de ello.

Cuando por fin lo soltaron y alejaron el cuchillo, Carson dejó caer su cabeza hacia delante mientras jadeaba. La fuerza abandonaba sus músculos, que dejaron de tensarse y solo se rindieron. No podía gastar energía, debía ahorrarla y estar preparado.

Siempre había sido un hombre fuerte, resistiendo cada golpe que la vida le había dado, pero esto era diferente. El dolor era demasiado, pero sabía que gritar solo les daría una sensación de logro a los hombres frente a él. Tenía que permanecer fuerte, incluso cara a cara con el peligro. Era su única oportunidad de sobrevivir.

Los hombres que lo rodeaban estaban en silencio, sus fríos ojos observaban cada uno de sus movimientos. Sabía que tenía que hacer algo, pero ¿qué? Trató de pensar en un plan, pero su mente estaba nublada por el dolor.

De repente, Hernán se puso frente a él.

Carson se preparó, listo para el dolor que vendría a continuación, sin embargo, solo vio como el hombre se acercó a su rostro y lo oyó susurrar:

—Ahora sí. Esto será más fácil para ti si nos hablas sobre… ciertas cosas que conoces — Hernán miró hacia un lado antes de volver a posar la vista sobre Carson.

Casi esbozó una sonrisa amarga, de eso se trataba… Si Regine estaba despierto no les había dado nada y ahora recurrirían a él para averiguar lo que querían.

Y así fue como comenzó la verdadera tortura.

Los hombres lo mantenían atado a la silla y jugaban con él violentamente. Le hacían preguntas y luego lo golpeaban cuando no respondía. Carson sabía que tenía que mantenerse fuerte, pero el dolor se estaba volviendo insoportable.

Carson respiró hondo y levantó lentamente la cabeza. Tenía que mantenerse concentrado y encontrar la fuerza para soportar el dolor. Sabía que tenía que ser fuerte no solo por sí mismo, sino también por aquellos que dependían de él; Regine, sus amigos, su familia, todos los demás en la mansión.

—¿No quieres hablar? —preguntó Hernán mientras se separaba jadeando ligeramente por el esfuerzo que había puesto en cada golpe—. Podemos encontrar nuevas formas para obligarte, no te preocupes, tenemos todo el tiempo del mundo —dijo antes de extender la mano hacia uno de sus hombres, que le entregó una carpeta de papel. La abrió, sacando una fotografía y colocándola frente a Carson—. Se os ve bastante cercanos aquí.

Carson levantó ligeramente la cabeza, apenas podía abrir sus ojos y la sangre goteaba por su barbilla, pero pudo ver lo que Hernán le puso delante: una foto de él y Regine. En ella se estaban besando en el mirador de la montaña al lado de la mansión. Eso había sido la vez que… Carson agradeció que la sangre sobre su cara cubriera su inicial rubor, pero luego el calor abandonó su cara al pensar en como eso podía jugar en contra de Regine. ¿Qué sería de su reputación si eso era difundido? El mundo era un lugar cruel y sabía que aprovecharían hasta la mínima cosa para lanzarse sobre Regine como lobos hambrientos.

Debería haber detenido a Regine en ese momento, haberle recordado lo poco seguro que era. Pero, ¿cómo podría haberlo hecho? La mirada del contrario había estado llena de súplicas silenciosas y sus labios habían sido una tentación que no había podido rechazar.

Cerró los ojos, a pesar de arrepentirse, le hubiera gustado disfrutar más el momento, no estaba seguro de salir vivo de ahí y si lo hacía, eso no aseguraba que Regine quisiera volver a hacer algo así.

Fingiendo no sentirse afectado, alzó uno de sus ojos hacia Hernán y murmuró:

—¿Eso es lo que tienes? —Quitarle importancia era la mejor opción, por ello añadió—: Da igual lo mucho que lo intentes… —sintió un temblor recorrer su cuerpo por culpa del dolor—. No puedes hacerme daño de ninguna forma que realmente importe.

—El objetivo principal no es hacerte daño a ti, Carson. —Hernán se incorporó—. No se necesita matar a una persona para destrozarla. —Sacó unos guantes de látex de su bolsillo y se los puso mientras miraba al mayordomo, el vacío mismo se reflejó en sus ojos—. ¿Crees que Karpovich querrá a un mayordomo que no sea capaz ni de respirar por sí mismo?

¿Hernán creía que era el primero en crearle una duda así? Llegaba décadas tarde, Carson ya se había torturado mil veces con esa misma pregunta.

Esbozó una triste sonrisa al reformular su frase:

—No puedes hacerme daño de ninguna forma que a Regine le importe —O eso quería creer.

—Si ese fuera el caso, Karpovich no estaría poniendo la ciudad patas arriba para encontrarte.

Carson alzó más la cara al oír sus palabras y volvió a preguntarse cuánto tiempo había pasado. Su pecho se oprimió con fuerza al pensar en Regine, ¿estaría bien? Salir fuera no ayudaría a su estado, debía quedarse en un lugar seguro. Él mismo buscaría una forma de salir de ahí y si no lo conseguía… Regine podía estar seguro de que Carson no comprometería su seguridad.

El moreno soltó una risa amarga.

—¿A mí? —susurró con los dientes apretados y levantó la mirada—. Hernán, espero que hagas caso al consejo que le di a Andrew. Cuando Regine te encuentre va a faltarte imaginación para saber todo lo que te va a hacer.

Pudo ver como Hernán apretó la mandíbula antes de que se riese. Sin embargo, Hernán no tardó en golpear su cara con el puño, al primer golpe lo siguieron muchos más. Al igual que antes, Carson perdió la cuenta mientras trataba de respirar entre toda la sangre que salía de su nariz. Tosió varias veces.

Hernán envolvió el pelo del moreno entre sus dedos y lo jaló para mantener su cara alzada.

Carson entreabrió sus ojos, volviendo a mirar directamente al hombre, tragando todo el dolor como podía.

—Lo estaré esperando cuando llegue el momento —susurró Hernán frente a él y lo soltó antes de ir de nuevo a la mesa con los utensilios para la tortura.

Carson decidió no pensar en lo que le esperaba, no tenía sentido torturarse dos veces. Apretó los puños y mantuvo a Regine en su mente, le ayudó a mantenerse centrado. Aguantaría, jamás dejaría que una persona al azar fuera capaz de romperlo, no después de todo lo que había tenido que soportar.

Pero… Las palabras de Hernán volvieron a golpearlo.

¿Regine lo aceptaría si dejaba de ser lo que este necesitaba?

El mal humor que tenía Regine no había hecho más que aumentar con el paso de las horas.

Por la mañana había empezado a llamar a sus contactos, necesitaba de sus conexiones para encontrar a Carson, sin embargo, a la tercera llamada que le colgaron mientras hablaba se dio cuenta de algo: esta vez no lo iban a ayudar.

Sabía bien por qué lo estaban ignorando; lo iban a dejar caer para alimentarse como cuervos de lo que quedase de su imperio. Les convenía para poder conseguir al menos una parte de todo lo que tenía Regine.

Estaba solo en eso, iba a tener que arreglarlo él y por primera vez no estaba seguro de poder hacerlo. La forma en la que había esperado hacía unos minutos, como un bobo, a que un ausente Carson abriera la puerta del vehículo lo confirmaba. Era deprimente.

Acababa de volver a su mansión, había estado todo el día haciendo visitas. Sus contactos no parecían tan valientes como por teléfono cuando lo tenían delante, por lo que había podido conseguir un poco de ayuda, pero, al igual que su acuerdo con el ministro de defensa, no creía que llegase lejos.

Había valorado el buscar al mismo ministro de defensa, pero eso sería otra misión imposible, el hombre había desaparecido sin dejar rastro, como si fuera un fantasma. Si Regine quería ponerse en contacto con él, solo podía esperar a que este decidiera llamarlo.

Finalmente, salió del vehículo, solo para ser recibido por uno de los guardias y la oscuridad de la noche.

—Señor, Scott, de la policía, ha venido a hablar con usted —dijo mientras sostenía la puerta del vehículo.

Regine frunció ligeramente el ceño. ¿Scott? ¿No era ese el agente que había estado siguiendo a Andrew por todas partes? No tenía tiempo como para perderlo con ese agente. Igual que la

última vez que se vieron intentaría infundir su moral hipócrita, dudaba que le fuera de utilidad. No pondría su mirada ahí hasta encontrar a Carson.

—Llévalo fuera —respondió mientras caminaba hacia la mansión.

El guardia asintió y se fue antes de ser remplazado por otro que caminó al lado de Regine, siguiendo su paso mientras le informaba.

—Señor, ya tenemos las grabaciones de seguridad de la ciudad —habló.

—Llévalas a mi despacho. —Regine no detuvo su paso, se quitó el abrigo y lo colgó en la entrada.

No había sido buena idea haber estado todo el día fuera, su cabeza palpitaba con fuerza y el mareo de ir en coche solo lo había empeorado.

Vio al grupo de obreros salir de un pasillo mientras hablaban alegremente. Estos seguían todavía trabajando en la reconstrucción de la sala de baile, pero con suerte terminarían en un par de días.

Los obreros se callaron al ver a Regine y el ambiente se volvió incómodo y tenso.

Regine sintió como lo miraban de reojo, estaba claro que no habían olvidado su escena con la habitación del segundo piso. Era consciente de cómo se había visto. Frunció un poco más el ceño. No necesitaba que lo entendieran, tampoco quería que lo hicieran. Le bastaba con que hicieran su trabajo sin juzgar lo que sucedía dentro de los muros de su mansión.

Tal vez una infusión le ayudaría a relajarse. Se giró hacia un lado.

—Car… —comenzó a llamar, pero se quedó en silencio tan pronto como vio el vacío a su lado.

Esta vez los obreros no fueron los únicos que lo miraron. Los guardias también se fijaron en él, en cómo había llamado a un fantasma que ni siquiera estaba ahí. Debía verse como un loco, la gasa en su frente seguramente no ayudaba.

Ignorando los ojos de todos, Regine se apresuró a ir por el pasillo, necesitaba estar solo. Llegaría a su despacho, tomaría una taza de café y continuaría buscando a Carson.

No se molestó en encender la luz mientras caminaba con prisas hacia la escalera. De repente, su teléfono empezó a vibrar dentro del bolsillo de su pantalón. En menos de un segundo lo tomó

y se fijó en las letras que mostraba la pantalla: ‘‘Número desconocido’’.

Se detuvo en seco a mitad del oscuro pasillo, con los ojos bloqueados en la pantalla. Había esperado esa llamada.

Pulsando el botón de descolgar, se llevó el teléfono al oído y se quedó en silencio, sin respirar. Parte de él quería escuchar la voz de Carson de fondo en esa llamada, saber que seguía vivo, pero era agridulce pensar en que si lo oía sería porque lo estaban manteniendo con vida, y eso significaba que lo estaban torturando.

—¿Lo entiendes ahora? —se oyó la voz de Birkbeck tras la línea.

Regine trató de agudizar su oído, pero solo oyó el silencio de fondo. Apretó su teléfono con fuerza.

—Birkbeck, voy a darle una única y última oportunidad de decirme dónde está Carson —amenazó Regine. Tenía la esperanza de que eso fuera a hacer algo, necesitaba a su mayordomo, estaba perdiendo la cabeza sin él.

Hubo un silencio que duró un par de segundos antes de ser interrumpido por un suspiro del ministro.

—Regine, puedo oír como tu voz tiembla. —Luego añadió—: Parece que es cierto lo que dicen; en cuanto un hombre pierde su arma más poderosa, pierde el resto de su fuerza. ¿Qué eres sin tu mayordomo?

Regine respiró hondo y trató de calmar su voz.

—Puede sentirse intocable, pero le he mostrado que incluso usted puede caer en cuanto use mis recursos —dijo, sus palabras mezcladas con una amenaza apenas disimulada—. Devuelva a Carson. Podemos discutir esto como hombres civilizados.

—¿Estás hablando de ti mismo?

Regine mordió el interior de su mejilla, no podía mostrarse débil, quién sabía lo que podría hacer el ministro con tal poder. Sin embargo, era plenamente consciente de que Birkbeck le había cortado las alas y ahora estaba jugando con él como si fuera un ratón atrapado.

—Lo sencillo sería cobrarme lo que me debes, pero sigo siendo un hombre racional, que pone su trabajo ante todo. —Se oyó un silencio de unos segundos—. Quiero exactamente lo mismo que al principio, pero esta vez no me conformaré con una parte. Lo quiero todo.

No. No podía. No debía.

—Regine, te devolveré a Carson en cuanto lo hagas. Soy un hombre de palabra —añadió.

Excepto que no lo era. Ya había sucedido antes, no iba a caer en esa mentira una tercera vez. Lo que realmente estaban discutiendo era qué tan rápido mataba a Carson y luego a él. Cuánto más iba a hacer sufrir al moreno por culpa de Regine. El de ojos azules tuvo que parpadear varias veces cuando su vista se nubló. Su cabeza palpitaba con fuerza y apretaba tan fuerte el teléfono con su mano que en cualquier momento se iba a romper.

—… Dejaré que pienses sobre ello, te daré hasta mañana a primera hora —dijo Birkbeck al ver que Regine no contestaba—. Toma tu decisión sabiamente —dijo antes de colgar.

Regine no bajó el teléfono, lo mantenía en su oído a pesar de que ya no se oía nada al otro lado. Ojalá pudiera aceptar, decir que le entregaría todo el trabajo de generaciones enteras adornado con un lazo si hiciera falta y así deshacerse de cargar con el peso de los secretos de todos. Sin embargo, lo que más le afectaba era saber que lo haría sin dudarlo para recuperar a Carson si pudiera asegurarse de que podría volver a verlo vivo.

Gran parte de su vida había tenido que fingir que Carson no le importaba para así mantenerlo a salvo. Pero había sido demasiado evidente, había bajado sus muros para dejarlo entrar sin darse cuenta de que con ello la plaga de ratas encontrarían el camino para invadirlo también. Había sido su culpa. ¿Ahora qué sentido tenía seguir fingiendo que no le importaba cuando ya todos lo sabían? ¿Ahora cómo podría protegerlo?

Un ruido que no reconoció cortó sus pensamientos y se giró confundido. No vio a nadie en el pasillo, sería extraño que alguien estuviera caminando a oscuras, ignorando el hecho de que él mismo estaba haciendo eso. De repente pensó en su conversación con el ministro. ¿No podría haber mandado a alguien a por él, no?

Se separó de la escalera frente a la que estaba y comenzó a caminar con cautela hacia el sonido. Se oía como… si alguien estuviera caminando, pero eran muchos. ¿Un grupo de personas? Aceleró su caminar buscando el origen de esos pasos cuando empezó a escuchar una música de estilo clásico que los acompañaba.

Tragó saliva al ver las cintas amarillas que impedían el paso hacia la sala de baile, todavía en construcción. No obstante, los pasos parecían provenir de su interior. ¿Qué hacía alguien ahí? ¿No había visto antes a los obreros irse?

Apretó el puño al sentir su cuerpo empezar a vibrar con fuerza. No debía entrar ahí, no podía. No había nada dentro, se dijo a sí mismo. Pero al bajar la mirada pudo ver gracias a la luz de la

luna un charco de sangre asomándose bajo la puerta.

Su estómago se retorció con violencia antes de empezar a escuchar los gritos dentro de la sala. Negó con la cabeza varias veces antes de darse la vuelta y alejarse rápidamente de ahí. Encendió la luz del pasillo casi corriendo y lo cruzó.

Subió las escaleras de dos en dos, tratando de alejarse y olvidar lo que acababa de ver. Sin embargo, cuando trataba de calmarse, miró hacia las paredes y encontró los cuadros de generaciones pasadas, los ojos de todos lo seguían al pasar, susurrando a su espalda lo débil que era.

Apartó la mirada y la dirigió hacia el suelo mientras prácticamente corría hacia su habitación. Necesitaba respirar, no podía… Se estaba ahogando. Llevó una de sus manos hacia su pecho acelerando más el paso, pero tuvo la mala suerte de chocar contra un guardia en el camino. Se apartó bruscamente y retrocedió un par de pasos.

—¿Señor? —preguntó el guardia, viendo el estado en el que se encontraba—. Venía a avisarle… Están atacando la zona del puerto, intentan…

Regine dejó de escucharlo mientras sus propios pensamientos tomaban el control.

Trozos de papel. Eso era lo que valía la vida de Carson. Papel manchado con tinta y sangre.

¿Pero realmente podía juzgar?

Había mantenido a Carson a su lado todos esos años, sabiendo que con cada orden solo le hacía más daño y el único error que el mayordomo había cometido había sido quedarse a su lado incluso cuando podría haber huido.

Era consciente de que había condenado al que consideró su único amigo a pasar por una sentencia que no le correspondía. Debería haberlo dejado ir, haberle impedido quedarse cerca, pues sabía que bajo la serenidad en los ojos de Carson se escondía también su dolor, uno que el propio mayordomo se negaba a ver.

Pero Regine había sido egoísta, incapaz de renunciar a una de las cosas que lo incitaban a seguir abriendo los ojos cada mañana, necesitando ver de forma constante la prueba viviente de que sacrificar su propia libertad mantenía a los demás a salvo. Y una vez más, volvía a ser egoísta, deseando que Carson pudiera seguir respirando aunque el ministro extrajera toda la vida dentro de él.

¿Entregarle todo a Birkbeck? Tal vez así terminaría todo, tal vez debería darse por vencido de

una vez, tomar a Carson e irse corriendo, pero no solo el moreno dependía de él. Regine tenía demasiadas responsabilidades y la única forma de deshacerse de lo más pesado era…

—Quémalo —lo interrumpió Regine, aunque su voz salió temblorosa.

—¿Disculpe? —preguntó el guardia, todavía más confundido que antes.

Regine alzó la mirada hacia él.

—Difunde toda la información —murmuró aguantando la respiración para tratar de sonar lo más firme posible—. Deja que la ciudad arda.

Eso fue lo último que dijo antes de seguir su paso y entrar a su habitación. Cerró la puerta de golpe y se apoyó en esta mientras jadeaba, tratando de respirar. Apenas podía oír sus bocanadas de aire entre todas las personas que gritaban a su alrededor.

Caminó hasta la cómoda mientras llantos de dolor lo seguían y trató de abrir el cajón de los medicamentos, aun sabiendo que Carson tenía la llave de este. Golpeó varias veces con la mano el cajón como un adicto buscando su próxima dosis, esperando que se abriera mágicamente, pero eso no sucedió.

—*¡No es tu culpa!* —gritó una mujer, seguido de un disparo.

Regine tembló, su vista se nublaba y solo podía pensar en:

—Carson… —susurró.

Se separó de la cómoda y entonces fue hasta su vestidor. Cerró rápidamente la puerta y rebuscó en el fondo de su ropa hasta encontrar lo que necesitaba. Tomó la camisa blanca de Carson que había tomado la noche que estuvieron juntos y la apretó contra su pecho. Abrazó con fuerza la prenda mientras se deslizaba hacia el suelo.

Respiró una y otra vez el aroma de la camisa, oyendo como las voces se hacían más y más silenciosas. Apretó la camisa con fuerza mientras se encogía.

Carson siempre había tenido ese efecto en él. Durante las noches de insomnio, todas las veces que volvía a la habitación del segundo piso, siempre que los susurros salían de las paredes para darle caza, incluso las mañanas en las que despertaba aterrado creyendo que había vuelto al pasado… Todas esas veces Carson había estado ahí para él, brindándole su compañía sin juzgar. Nunca le había preguntado sobre sus miedos y Regine lo agradecía, pues, sabía que sería incapaz de hablar.

Todas esas veces… y ahora Carson lo necesitaba y Regine no sabía ni dónde empezar a buscar. Se sentía igual de desesperado que su yo del pasado, como si finalmente la vida le hubiera recordado que detrás de todo el dinero, los contactos y su imperio, era solo un humano sin fuerza suficiente para proteger lo que quería.

El ciclo se repetía.

—*Me has dejado morir* —susurró Carson en su mente.

Regine sintió una fuerte sacudida que lo sacó de su propio cuerpo cuando oyó la voz de Carson. Ya no era él, no estaba en su vestuario, ni siquiera estaba en su tiempo.

Miró a su alrededor, estaba en el pasillo del segundo piso, frente a una habitación cerrada. Hacía calor y la luz del sol golpeaba con fuerza contra la alfombra del pasillo. Al poner su mirada en el suelo pudo ver como las cosas se veían más antiguas, todo era igual a… a cuando era joven.

Regine alzó la mirada de nuevo, dándose cuenta de que se encontraba frente a esa habitación del segundo piso.

Al ver la puerta que había protagonizado miles de sus pesadillas, le gritó a su mente, intentando escapar del interior de ese cuerpo con todas sus fuerzas, aterrado del infierno por el que iba a volver a pasar, aunque fuera solo un recuerdo.

Debía salir, correr lejos. Sabía bien lo que iba a pasar, lo había vivido ya mil veces, sin embargo, su cuerpo siempre se movía solo y no podía impedirlo. Esa no fue la excepción; sus piernas lo movieron hasta la puerta mientras él estaba obligado a mirar, atrapado dentro de esa carcasa. Siendo espectador de su propio dolor.

Sin poder evitarlo, su mano tomó el pomo de la puerta y lo giró.

—¿Me habías llamado? —Regine se escuchó a sí mismo preguntar al abrir la puerta.

El hombre en el interior de la habitación se giró para mirarlo.

—Adelante —contestó su padre.

Capítulo 15

21 años antes (Edad: 17 años)

Carson había partido hacía unas horas en dirección a la academia a la que asistiría por el resto del verano. Regine no estaba de buen humor, iba a ser un verano muy aburrido, por dios, llevaba solo un par de horas separado de Carson y ya no sabía qué más hacer aparte de estudiar y ponerse a pintar.

Por ello, cuando uno de los sirvientes le dijo que su padre quería verlo en el estudio del segundo piso, no tuvo más remedio que acudir ahí de inmediato. Estresarse de sobremanera cada vez que hablaba con su padre era algo común, no tener a Carson ahí para desahogarse solo haría todo peor. Para calmarse a sí mismo se dijo que sería una conversación rápida, solo diría que sí a cualquier cosa que dijera Bernard y luego partirían por caminos separados. No tenía ganas de ponerse a discutir con el hombre.

Una vez frente a la habitación del segundo piso preguntó:

—¿Me habías llamado? —empujó la puerta.

—Sí, siéntate —respondió su padre.

Regine no quería, pero prefirió no molestarlo, había algo extraño en el ambiente que no le daba buena espina. Sin rechistar, fue hasta el sillón frente al escritorio de la habitación y se sentó ahí, esperando a que su padre empezase a hablar.

—Vas a cumplir dieciocho dentro de poco —dijo una vez se sentó en el sillón frente a su hijo —. He visto que te llevas bien con Hannah, sus padres son bastante reconocidos por aquí gracias a sus inversiones.

Regine mantuvo la mirada en el escritorio, sabía hacia donde iba toda esa conversación.

—Sí, somos amigos —respondió lo más escueto posible.

Su padre se levantó de su sillón y caminó hasta rodear a Regine, puso una mano sobre su hombro y dio un ligero apretón.

—¿Has pensado en establecerte?

—No, de momento, no. —Regine se mordió la lengua para no decir nada más.

—No me molesta si quieres esperar un poco más, solo necesito que tengas todo preparado. Ya es hora de crecer, Regine. —Sintió la mano de su padre desaparecer de su hombro—. Pronto deberás seguir tú con el negocio.

—¿Qué pasa si yo no quiero esto? —preguntó con cautela, girándose en su sillón para ver a su padre.

—Esto no es algo voluntario —dijo Bernard—. Yo tampoco lo escogí.

—Aun así se te ve satisfecho con lo que tienes. —Su mayor defecto, no callarse cuando era conveniente.

Bernard no respondió a su afirmación, quedándose unos segundos en silencio antes de preguntar:

—¿Qué pretendes hacer entonces? —Su tono había cambiado—. ¿Vas a tirar el esfuerzo de generaciones a la basura solo por un capricho?

Sabía que no tenía sentido discutir con su padre o explicarle las razones, por lo que quiso ser directo con él:

—No voy a seguir este negocio. —Dio un vistazo rápido al mayordomo, que estaba de pie a un lado de la habitación, antes de volver a mirar a su padre—. Puedes buscar a cualquier otra persona, yo no lo haré.

—Esto no es una elección —repitió su padre.

Regine se levantó de la silla y se giró para mirarlo de frente.

Recordó con nitidez la incómoda reunión a la que su padre lo llevó, esa en la que conoció a aquella chica, Jasmine. Ella parecía tan hermosa y dulce, pero algo en su mirada le hizo sospechar que no todo era lo que parecía. No era la primera vez que presenciaba algo así en ese tipo de encuentros, y ya era lo suficientemente mayor como para saber que su padre estaba metido en todo tipo de negocios turbios, del tipo que solo en pensar le provocaba náuseas.

Regine sostuvo la mirada de Bernard con firmeza, desafiante y sin titubear. Sabía que estaba arriesgando mucho al hablar así con su propio padre, pero había llegado a un punto en el que no podía seguir permitiendo que las acciones de su familia mancharan su conciencia, ver hasta qué punto su padre estaba dispuesto a llegar para proteger sus intereses.

Desde entonces, Regine había estado buscando una salida, algo que le permitiera alejarse de todo eso. Y ahora que tenía la oportunidad de dejar las cosas claras, quiso arriesgarse y poner un punto final.

—Si dejas todo eso en mis manos, —comenzó—. Me voy a asegurar de quemar hasta el último centavo manchado de sangre —habló con determinación—. No voy a seguir con todo lo que has hecho.

Bernard lo miró durante unos segundos antes de soltar una corta risa burlona.

—¿Me estás amenazando? —entrecerró ligeramente los ojos.

—Es una promesa —respondió Regine sosteniendo su mirada, sin dejar que su tono flaqueara por un segundo. Sabía que estaba arriesgando mucho, pero también sabía que era lo correcto.

Se quedaron en silencio, esperando a que el otro apartase los ojos primero. El reloj de la habitación resonaba entre el silencio a cada segundo que pasaba, y la tensión era tanta que se podía cortar fácilmente solo con un ligero movimiento de cuchillo.

Bernard fue el primero en alejarse.

—Todavía te falta mucho por aprender, Regine —suspiró y empezó a caminar hacia la puerta —. Iba a darte una última advertencia, pero creo que eso no funcionará —continuó hablando—. He sido demasiado permisivo contigo, lo que necesitas es una lección. —Entonces salió de la habitación sin decir nada más.

Regine se quedó allí, quieto, dejando que la adrenalina fluyera a través de su cuerpo. Cerró los ojos, concentrándose en la respiración mientras su mente trabajaba a toda velocidad. Miró hacia el padre de Carson cuando se quedaron a solas en la habitación. Era la primera vez que lo veía en un lugar que no fuera al lado de Bernard.

Estaba confundido, ¿eso significaba que su padre iba a volver?

Caminó hacia la puerta, dispuesto a salir de ahí, pero el hombre se puso frente a esta, impidiendo su paso, mirando hacia el frente como si el joven no existiera.

—Déjame salir —pidió Regine y esperó, pero el hombre no se movió.

Regine se pasó una mano por el pelo con frustración, si ese era apenas el primer día de sus vacaciones sin Carson no tenía ni idea de cómo sería el resto. No había seguido su propio plan y ahora estaba así. Caminó de nuevo hacia el escritorio y se apoyó de espaldas contra él. Miró al hombre que lo acompañaba, Carson era idéntico a él, pero por suerte su amigo tenía una mirada mucho más suave y su sonrisa endulzaba el resto de su cara.

Antes de darse cuenta, el mayordomo se movió y su padre volvió a entrar, esta vez acompañado de tres hombres que Regine no había visto nunca. No tardó en darse cuenta de que todos tenían cierto parecido en común, piel morena, pelo rizado. Regine miró incrédulo a su padre por ese detalle grotesco. El joven esperaba una explicación, pero los hombres se dirigieron hacia él tan pronto como lo vieron y este no tuvo más remedio que rodear el escritorio para alejarse de ellos.

—¿Esta es tu solución? ¿Una agresión para hacerme recapacitar? —Una corta risa nerviosa se le escapó y relamió sus labios para volver a una expresión seria—. No voy a dejar que tú o nadie más controle mi vida —dijo Regine recuperando su falsa firmeza, sintiendo la adrenalina correr por sus venas—. Y no metas a Carson en esto porque él no es el problema. —Hubiera preferido que lo mencionase directamente antes que intentar usar trucos psicológicos baratos con su imagen—. El problema eres tú y tu necesidad de tener poder sobre mí.

Su padre no contestó, pero tenía los ojos puestos en él.

Regine se sentía cada vez más confundido y frustrado con su padre. No podía entender por qué estaba tan empeñado en alejarlo de Carson, otra vez todo se resumía a eso. ¿Qué estaba ganando Bernard al hacer esto? ¿Acaso pensaba que todas sus ideas eran meras ocurrencias de su amigo?

Regine estaba seguro de que si su padre supiera que Carson era el autor de muchas de las ideas más racionales y útiles que habían tenido, quizás cambiaría de opinión. Pero estaba demasiado atrapado en su propio orgullo como para escuchar lo que tenía por decir, incapaz de ver a Regine como un individuo capaz de tomar sus propias decisiones.

Sabía que tenía que tomar una postura y defender lo que creía correcto, pero no sabía si era lo suficientemente fuerte para resistir a su padre y sus secuaces. Aun así, se negaba a ceder ante el control de Bernard, sabiendo que eso significaría perder su libertad y su amistad con Carson para siempre.

Uno de los hombres, ignorando las palabras del joven, tomó la muñeca de Regine y trató de acercarlo para sostenerlo.

Regine lo empujó con fuerza y volvió a retroceder.

—¿Por esto has enviado lejos a Carson? —insistió sobre el tema, caminando deprisa hacia su padre, con cada paso que daba, se sentía más fuerte, más valiente. Sabía que este lo había subestimado durante demasiado tiempo, creyendo que podía manipularlo a su antojo.— ¿Crees que no puedo valerme por mí mismo? —preguntó, a pesar de conocer la habilidad que tenía Bernard para descubrir las vulnerabilidades de los demás.

Regine miró fijamente a su padre dispuesto a sacar respuestas, sin importarle los hombres que lo rodeaban. Su mente se llenó de rabia y frustración al ver como el hombre ni siquiera contestaba. Este lo miraba mientras Regine se sentía como un niño que gritaba lo que sentía sin que los demás entendiesen sus balbuceos.

Sin poder aguantarlo más, levantó su brazo para tomar a su padre por la camisa en un intento de hacerle reaccionar, pero una mano fuerte se lo impidió al tomar su hombro. El padre de Carson lo empujó hacia abajo y, casi sin esfuerzo, Regine cayó de inmediato sobre sus rodillas frente a Bernard.

Eso fue como un cubo de agua fría cayendo sobre él, apagando de inmediato su ira y dejándolo solo con el miedo que había estado tratando de esconder. En ese preciso segundo entendió la diferencia de fuerzas que había entre ellos. Ahí, en el suelo, miró de manera fugaz a los individuos que se acercaban a él, preguntándose cómo se suponía que iba a hacer frente a tres hombres más.

Sin embargo, cuando el mismo hombre de antes intentó tomar su antebrazo, Regine lo apartó con brusquedad y retrocedió con rapidez desde el suelo. En menos de un segundo, los otros dos hombres se abalanzaron sobre él. Regine luchó con todas sus fuerzas, pateando y retorciéndose como si su vida dependiera de ello.

—¡Basta! —exclamó.

Mientras se defendía, logró golpear a uno de sus atacantes con el codo, pero antes de que pudiera hacer algo más, sintió que le agarraban el pelo. En un instante, su cabeza fue violentamente golpeada contra el suelo una y otra vez, hasta quedar completamente aturdido y oyendo un fuerte pitido dentro de su mente.

Regine luchaba por respirar, pero el dolor en su nariz y el sonido burbujeante que salía de ella indicaban que algo estaba mal. La sangre fluía de su nariz y se esparcía por el suelo, dejando la madera llena de gotas de sangre.

No contentos con someterlo, los hombres lo presionaron aún más, forzando su cara hacia el suelo y dejándolo a merced de su padre. Regine intentó liberarse, tratando de golpearlos con sus

brazos, pero los hombres los sostuvieron con firmeza. Cada vez que intentaba patear, ellos aseguraban aún más sus piernas, dejándolo sin ninguna posibilidad de escapar.

Se retorció con las pocas fuerzas que le quedaban, pero esperaron pacientemente a que agotase sus energías. Regine quiso seguir luchando, pero eventualmente se detuvo, jadeando por el esfuerzo. Con su corazón golpeando con fuerza sus costillas, se dio cuenta de la aterradora realidad: no podía hacer nada.

Fue entonces cuando le quitaron el cinturón y todos los miedos que había lanzado al fondo de su mente se presentaron frente a él.

—¡No! ¡Basta! —gritó con dificultad mientras volvía a retorcerse apenas unos centímetros, intentando detener a quien fuera que le estaba arrancando la ropa.

Cada uno de sus músculos estaba gritando por la cantidad de tensión que Regine estaba acumulando en todo su cuerpo, se negaba a dejarse someter. La brisa cálida que azotó sus muslos desnudos se sintió helada, fue como si el terror hubiera tomado forma física y ahora decidiese arañar su piel hasta dejar marcas permanentes.

Regine volvió a sacudirse cuando un cuerpo se presionó encima de él. Los dedos que se hundían en su carne para sostenerlo no se asemejaron al dolor de su piel, desgarrándose cuando se forzaron en su interior.

Mordió su labio con tanta fuerza que una gota de sangre resbaló por su barbilla, uniéndose al pequeño charco que se había formado con la sangre que brotaba de su nariz. Se negó a respirar cuando empezaron a moverse dentro suyo, pensando en que hacer algún sonido le haría ver todavía más débil de lo que se sentía, pero con cada embestida que daban su humanidad iba quebrándose pieza a pieza y lo dejaba como un objeto para moldear al antojo ajeno.

Cerró sus ojos de inmediato para evitar que las lágrimas en ellos se escapasen. Al no poder subir los brazos para ocultarse tras ellos, apoyó su frente contra el suelo y mantuvo sus párpados pegados. Se negaba a ver su propia tortura, deseando ser solo un extraño y no el protagonista de esta.

Fue por ello que decidió ignorar lo que pasaba a su alrededor e imaginar que estaba en otro lugar. En su mente el balanceo no era causado por las embestidas, el tacto que desgarraba su piel eran solo suaves caricias, todos los gruñidos y jadeos a su alrededor era ruido de fondo y los sollozos que rompían su garganta eran reemplazados por risas.

Lo que estaba sucediendo era solo una pesadilla de la que despertaría pronto para seguir viviendo en un mundo en el que su cuerpo seguía estando limpio, en el que todavía tenía esperanzas por su futuro y mirar al pasado no lo aterrorizaría.

Y es que en el fondo sabía que ese no sería el fin, que seguiría vivo después de eso, pero el pensamiento no lo tranquilizaba. Cada mano que se ponía sobre su cuerpo solo le hacía desear más estar muerto, o dormir y despertar cuando todo eso hubiera acabado. Sin embargo, por más mundos imaginarios que quisiera imaginar donde todo estaba bien, ninguno podía quitar cada pequeña marca que dejaban sobre él, seguía siendo consciente de cada pequeño detalle a su alrededor, su cuerpo reaccionaba por sí solo a cada toque, cada movimiento, estaba atrapado en su propia piel.

La presión sobre su cuerpo aumentaba con cada segundo y Regine se ahogaba cada vez más con sus propios sollozos, que ya no era capaz de controlar, y la sangre en su nariz. Sus ojos estaban cerrados con fuerza, pero las lágrimas seguían brotando, calientes y dolorosas, por sus mejillas. Su mente vagaba, buscando una salida, una forma de escapar de ese infierno. Pero todo parecía tan lejano, tan inalcanzable, que su desesperación crecía con cada segundo.

No supo cuánto tiempo pasó entre todos los golpes, arañazos y embestidas, cada uno de los hombres tomó relevo del anterior como si de una cadena sin fin se tratase, mientras su padre y el mayordomo eran meros espectadores. Pero finalmente llegó un momento en el que los hombres se fueron retirando de uno en uno, sosteniéndolo aun cuando ya habían tenido un pase dentro de él, hasta que oyó la voz de su padre indicarles que se detuvieran. Regine se quedó en el suelo, temblando, exhausto, sintiendo su cuerpo entumecido y dolorido, todavía negándose a mirar a su alrededor. Pero aun así, estaba vivo. Y en algún lugar dentro de él, sabía que eso era lo que importaba.

Eso fue lo que le dio la fuerza suficiente para abrir los ojos cuando su padre se agachó frente a él.

—¿Lo entiendes ahora? —preguntó Bernard mientras tomaba a Regine por el pelo, obligándolo a alzar su cara hacia él.

Regine apretó con fuerza su mandíbula, tanto que sus propios dientes dolieron y respiró entrecortado a través de ellos. Miró a su padre con la cara completamente tensa, a pesar de los golpes en su piel, frunció el ceño lo máximo posible y mantuvo los ojos sobre los de Bernard con toda la ira que pudo reunir. Lágrimas aparecieron en sus ojos mientras su mirada temblaba por la adrenalina y el odio que vibraba por sus extremidades, pero no las apartó y dejó que cayeran por el camino ya formado en sus mejillas.

—Nunca.

Su padre sostuvo su mirada por unos segundos antes de soltarlo y ponerse en pie.

—Tú mismo lo buscas, Regine, tú mismo —murmuró con fastidio antes de salir de la

habitación con el resto de hombres y cerrar con llave detrás de él, dejándolo solo.

El silencio en la habitación solo era interrumpido por los jadeos agitados y doloridos de Regine, que se aferraba a la poca fuerza que le quedaba para no colapsar por completo en el suelo.

Una vez a solas en esa habitación, intentó mantener a flote su ira, pero el vacío que dejaba la ausencia de los agresores se había convertido en un hueco que lo consumía. Ya no había nadie a quien demostrar su fortaleza, a quien enfrentar con su rabia. ¿A quién le iba a mostrar que no estaba herido? No podía engañarse a sí mismo. Solo le quedaba la miseria, los pedazos rotos de su dignidad esparcidos por el suelo y el dolor constante que no solo sentía en su cuerpo, sino también dentro de su pecho. Todo lo que había intentado proteger parecía haberse desmoronado en un instante.

Su estómago se sentía como un nudo que se iba apretando con más fuerza a medida que la sensación de incomodidad y vergüenza lo invadía. Era un cosquilleo desagradable que le hacía desear no ser visto nunca más.

A pesar de sus esfuerzos por relajarse, su cuerpo parecía estar en un estado constante de tensión, como si estuviera esperando a ser atacado de nuevo en cualquier momento. Era un sentimiento desagradable que le hacía desear desaparecer, esconderse en un rincón oscuro y fingir que no existía.

Sabía que no era responsable de lo que había sucedido, pero aun así se sentía avergonzado. Sabía que no debería esconder las acciones de los demás, pero decirlo en voz alta significaba admitir que había sido incapaz de defenderse, que habían sido capaces de robar su dignidad con tanta facilidad. Y lo peor de todo, ¿qué harían los demás al saberlo? Su padre tenía una gran influencia, incluso sobre la autoridad, por lo que las únicas cosas que recibiría serían miradas de lástima y preguntas sobre cómo se sentía, algo que prefería evitar a toda costa.

Se sentía atrapado en un laberinto sin salida. ¿Cómo podría seguir adelante después de esto? No tenía el poder para hacerle nada a su padre, y no era un asesino. No había escapatoria, no había liberación. Una vez saliera de esa habitación, tendría que fingir que no había pasado nada, pero ¿cómo podría continuar su vida de esa manera? Sabiendo que las personas que lo habían herido no enfrentarían ninguna consecuencia, Regine se sentía impotente y sin esperanza. Se preguntaba si alguna vez encontraría la manera de superar lo que acababa de sucederle.

Bajó la mirada hacia su torso descubierto y se fijó en los arañazos que habían dejado en la parte baja de su abdomen. Rápidamente, tomó los extremos de su camisa e intentó abrocharlos para esconder las pruebas. Pero al darse cuenta de que los botones habían sido arrancados, se envolvió y se arrastró hacia la pared con dificultad. Cerró con fuerza los ojos luchando contra las náuseas, pensó en que tal vez si no miraba las marcas podría fingir que no existían, pero el ardor

en su cuerpo era un recordatorio constante de lo que habían hecho con él.

La cerradura de la puerta hizo un ruido metálico y Regine levantó la mirada de golpe, con el corazón acelerado. Una silueta familiar apareció en la entrada: la madre de Carson, Maryam. Reconoció su rostro de inmediato, pero ella parecía tan sorprendida como él de encontrarse allí. Regine intentó contener su ansiedad, pero era inútil. Sentía como si estuviera a punto de estallar en mil pedazos. La mujer pareció horrorizada al verlo, y Regine se preguntó si él se veía tan mal como se sentía. Quiso esconderse, desvanecerse en el aire, pero no pudo hacer nada más que quedarse allí paralizado, deseando que ella no lo mirara más.

Antes de que la mujer pudiera hacer algo, se escucharon unos pasos rápidos y firmes acercándose por el pasillo. El mayordomo, esposo de la mujer, la tomó por el brazo y la apartó bruscamente de la habitación. Cerró la puerta tras ella, dejando a Regine encerrado de nuevo.

El de ojos azules se quedó clavado en su sitio, oyendo a Maryam forcejear con su marido al otro lado de la puerta.

—¡Cielo santo, es solo un niño! —exclamó la mujer horrorizada, tratando de liberarse del agarre de su esposo.

Regine se arrastró hacia la pared tratando de escuchar mejor, intentando ponerse de pie o hacer algo. De repente, la puerta de la habitación contigua se cerró con fuerza, sobresaltándolo. ¿Habían encerrado a Maryam como a él? Su cuerpo empezó a temblar, ¿le harían lo mismo? Pero al enfocar su oído, solo escuchó al mayordomo alejarse y a la mujer suspirar con frustración.

—¿Regine…? —su gentil voz lo llamó desde el otro lado de la pared.

Regine escuchó a Maryam hablar, pero no contestó.

De repente, un ruido metálico lo sobresaltó. La rejilla de ventilación que conectaba las habitaciones cayó al suelo justo al lado de Regine. Era demasiado pequeña para cruzarla, solo un brazo adulto podría entrar por ella. El joven sintió que su pulso se aceleraba con miedo y se abrazó a sí mismo en un intento de protegerse.

Siguiendo a la rejilla, una mano morena y delicada apareció y se apoyó en el suelo, como si esperase que Regine la tomase.

—Regine, cielo… —se oyó una pausa en sus palabras y luego pudo oír como inhalaba profundamente por la nariz para contener las lágrimas—. Está bien, no hace falta que tomes mi mano, ni siquiera que contestes.

Regine siguió sin contestar.

—Ni siquiera hace falta que escuches si no es lo que quieres hacer —continuó—. Solo quiero que sepas que estoy aquí, no me voy a ir —hubo otra pausa—. Vamos a estar bien, Regine.

Él no estaba tan seguro de ello. Quería creer en sus palabras, pero todo era tan complicado… No sabía qué esperar, no sabía cómo volver a estar bien de nuevo, dentro o fuera de esa habitación. ¿Cómo podía sentirse seguro si no podía escapar del monstruo que lo había condenado? Su padre tenía conexiones por todas partes; no tardaría ni medio día en encontrarlo.

¿Qué podía hacer? ¿Matar a su padre, a ese monstruo? Él no era un asesino. Quería que pagara por lo que había hecho, quería verlo temblando en el suelo frente a él, pero no era capaz de hacerlo. Solo quería olvidar lo sucedido, tal vez así los demás no se darían cuenta de la persona rota en la que lo habían convertido.

No podía decírselo a nadie, ¿y si usaban eso en su contra? Pensó de nuevo en Carson, había sido una tontería considerar siquiera el pedirle escapar de ahí juntos. Sabía que iba a estar con él, pero también era consciente del daño que le provocaría saberlo. ¿Lloraría por él? Regine sabía que podría dividir su dolor y que Carson le ayudaría a cargar con la otra parte, pero no quería sacrificar el bienestar de su amigo por una herida que no era suya.

Su cuerpo empezó a sacudirse y se abrazó más fuerte a sí mismo. Quería volver al pasado, a la noche en la que probó los labios de Carson por primera vez. Quería volver al momento en que todo parecía correcto y nada podía hacerle daño. Si pudiera hacerlo, esa vez no le daría vergüenza pedirle a Carson que se quedara con él, que lo abrazara, admitir que no era tan fuerte como creía y lo mucho que lo necesitaba. Pero su cuerpo ahora estaba sucio y roto, y temía que eso acabase salpicándolo. Se sentía perdido y desesperado, sin saber qué hacer ni cómo superar esa pesadilla que lo había convertido en una sombra de sí mismo.

Su respiración se aceleró mientras pensaba en ello. Siempre había asumido el papel de ser el fuerte entre ellos, encontrando cierto placer en sentirse importante y necesario. Pero ahora se daba cuenta de que Carson ya no lo necesitaba, y no estaba seguro de si su amigo querría quedarse con él en su peor versión.

La idea de perder a Carson, el único en quien confiaba y por quien sentía algo más que amistad, lo aterrorizaba. Pero ¿cómo podría pedirle que se quede a su lado después de todo lo que había pasado? ¿Cómo podría siquiera pensar en tocarse o abrazarse cuando su cuerpo estaba manchado y su mente llena de miedo y culpa? La idea lo hacía sentir aún más solo y desesperado.

Su mente daba vueltas sobre sí misma en una espiral sin fondo. Los pensamientos oscuros y negativos se agolpaban en su cabeza, como una tormenta que no cesaba. El pitido en sus oídos

era cada vez más fuerte, y Regine sentía como si su cerebro estuviera a punto de estallar.

Pero de repente, una voz suave y dulce lo sacó del interior de sus pensamientos, devolviéndolo a la realidad, pasando a través de la avalancha en la mente de Regine. Este parpadeó reconociendo la melodía que ahora cantaba esa voz.

—… Está bien, no llores más —empezó a cantar Maryam con voz suave.

Sus temblores cesaron al seguir el ritmo de la canción que Regine reconoció de inmediato, era la misma que le cantaba cuando era pequeño y despertaba asustado por algún mal sueño.

—El monstruo se ha ido ya, mamá te protegerá —continuó cantando la mujer.

—Incluso cuando vuelvas a despertar —terminó Regine en un susurro, con su voz completamente ronca.

Regine formó una sonrisa triste, negando con la cabeza, sus ojos se llenaron de lágrimas a pesar de la corta y rota risa que soltó. Regine miró hacia el agujero de ventilación y bajó su mano para aferrarse a la de Maryam. Sus manos estaban llenas de callos y secas por la cantidad de trabajo que hacía cada día, pero Regine las sintió como si fuera lo más gentil y acogedor que había tocado nunca.

—No sabía que te acordabas de esa canción —Maryam entrelazó los dedos de sus manos.

—Yo tampoco —respondió Regine limpiándose la humedad de sus mejillas con el dorso de su mano.

—Eras muy pequeño cuando te la cantaba —continuó la mujer—. Recuerdo que ibas corriendo a la habitación de Carson en mitad de la noche —empezó a reír recordando como resonaban los pequeños pasos de Regine por el pasillo—. Luego os iba a ver y fingíais estar dormidos.

—Y nos mirabas fijamente esperando a que Carson riera.

—Nunca fallaba —continuó riendo Maryam con nostalgia.

—¿Crees que…?

A pesar de que Regine no terminó su pregunta, la mujer supo lo que estaba preguntando.

—¿Carson? —ante el silencio de Regine, prosiguió hablando—. Ese chico te seguiría hasta el fin del mundo. Regine, no estás solo. Voy a estar yo a tu lado, y cuando él vuelva veremos qué hacer los tres juntos —continuó acariciando su mano—. Puede que no lo veas así por el momento, pero sigues vivo y mientras lo estés significa que tienes una oportunidad de cambiar las cosas.

—No quiero hacerle daño —confesó en un susurro.

—Lo sé —respondió la mujer con suavidad—. Pero a veces, para proteger a los que amamos, tenemos que enfrentar nuestros miedos y hacer lo que sea necesario. Carson es fuerte y te aseguro que estaría más que encantado de ayudarte en lo que sea.

Regine asintió en silencio, sintiendo un nudo en la garganta.

—¿Crees que nos dejen salir pronto? —preguntó el joven cambiando de tema.

—No lo sé, pero en cuanto lo hagan te prepararé algo para comer mientras te bañas —respondió Maryam, ocultando lo que realmente prevenía—. Puedes escoger lo que quieras, ¿qué te apetece?

El apetito de Regine en ese momento era inexistente, pero pensó en que no tenía sentido hacerse más daño a sí mismo. Tal vez si cuidaba de sí mismo tal como le dijo Maryam mejoraría pronto, tal vez podría encontrar una solución para seguir adelante. Ahora sabía que no estaba solo y aunque sabía que eso no iba a curar el daño que ya estaba hecho, le hacía sentir como si hubiera encontrado un salvavidas en medio de todo un océano.

—Donuts, con azúcar por encima.

—¿Donuts? —preguntó Maryam con una risita—. Algo nutritivo, por favor.

Regine sonrió al oírla.

—Me has preguntado qué me apetece.

—Está bien, culpa mía —se rindió—. Te prepararé algunos, pero antes tendrás que comer otra cosa, ¿trato hecho?

—Trato hecho —respondió Regine, entonces miró sus manos juntas y añadió—: Gracias.

—Estoy aquí para ti, Regine. Si necesitas algo, solo tienes que pedirlo. Juntos encontraremos una manera de superar esto.

Regine iba a contestar, pero ambos se quedaron en silencio al oír unos pasos se oyeron desde el pasillo. Regine se tensó y apretó la mano de Maryam. Se oían los pasos de una sola persona. ¿Sería un sirviente? Tal vez podría ayudarlos, tal vez…

Una puerta se abrió, pero no era la suya.

—Espera, no hace falta que… —se apresuró a decir Maryam al otro lado de la pared antes de que alguien la jalase bruscamente.

Regine intentó aferrarse a su mano, pero la fuerza con la que lo hacía aumentó y temió lastimarla, así que no tuvo más remedio que soltarla.

—¡¿Maryam?! —preguntó agitado antes de inclinarse hasta el hueco de ventilación, intentando ver lo que sucedía.

Desde ahí pudo ver al padre de Carson tirarla bruscamente al suelo antes de alzar una mano hacia ella con una pistola. El pulso de Regine se aceleró de sobremanera. Su sangre se heló al ver la escena.

—¡No lo hagas! —gritó—. ¡Por favor, déjame hablar con mi padre! —intentaba sonar calmado, pero se oía hiperventilar, sin poder tomar suficiente oxígeno—. ¡Haré lo que él quiera!

Su voz sonaba temblorosa, llena de miedo y angustia, mientras trataba de mantener la calma para persuadir al padre de Carson. Pero sus súplicas parecían no tener efecto, ya que el hombre seguía apuntándola con la pistola, sin mostrar signos de detenerse. Entonces, este giró su cabeza para mirar a Regine, lentamente, como si fuera un robot.

Regine no pudo ver rastro de humanidad en sus ojos, era solo un arma de su padre. Y ahí se dio cuenta de que nada de lo que dijera podría detenerlo. Reconoció que el terror que había sentido momentos antes no se comparaba a lo que sentía en ese instante. Había estado equivocado, siempre podía haber algo todavía peor.

Se puso en pie y se apresuró hacia la puerta, cayendo a mitad de camino por el dolor que lo abrumaba. Se tambaleó por un momento, pero luego se enderezó con determinación y siguió corriendo. Cuando llegó a la puerta, se agarró del pomo y trató de girarlo, pero estaba cerrada con llave. Forcejeó una y otra vez, desesperado por salir de allí, por llegar a detener la escena que sucedía a meros metros de él, pero cada intento fue en vano. Cada vez que fracasaba, sentía como si su corazón se encogiera en el pecho y la esperanza de poder salvar a Maryam se desvanecía.

—¡Por favor! —gritó a todo pulmón mientras golpeaba la puerta con desesperación, intentando romperla—. ¡Haré lo que sea! ¡Por favor! ¡Por favor! —repitió una y otra vez, su garganta desgarrándose en cada súplica.

Cojeó lo más rápido que pudo de vuelta a la pared que los separaba y la golpeó también, ignorando el dolor de sus puños en cada golpe.

—¡Maryam! —la llamó apoyando su frente en la pared mientras las lágrimas volvían a quemar su cara—. ¡Lo siento! Lo siento. —Clavó las uñas en la pared, cerrando los ojos con fuerza.

Maryam se tragó el miedo al ver el arma que alzaba su marido contra ella y cerró con fuerza los ojos. Durante esos segundos supo que nada haría cambiar el final, el hombre que una vez había amado ya no estaba ahí, había sido sustituido por una máquina sin sentimientos, cuyo único valor era seguir órdenes.

Finalmente, abrió los ojos y se encontró mirando fijamente el cañón del arma. Trató de hablar, de hacer cualquier cosa que pudiera cambiar el rumbo de las cosas, pero no logró articular una sola palabra. En su mente, solo podía pensar en Carson y en lo mucho que lo amaba.

Supo que no volvería a ver a Carson, que no lo vería crecer y no estaría ahí en sus peores y mejores momentos. De lo único que se arrepintió fue de no haberlo abrazado más, de no poder decirle mil veces más lo mucho que lo quería. Pudo verlo en su mente, su precioso chico. Recordó la sensación de su cuerpo entre sus brazos, el tacto de su mejilla cuando lo besaba o el brillo en sus ojos cada vez que hablaba de su mejor amigo.

Entonces, fue consciente de los gritos de Regine al otro lado de la pared. Un intenso dolor creció en su corazón al darse cuenta de que él también estaba sufriendo. Escucharlo disculparse, aunque no tenía ninguna culpa, solo aumentaba su sensación de injusticia. ¿Por qué tenía que ser así? ¿Por qué sus seres queridos seguían sufriendo por las acciones de Bernard y su mayordomo? ¿Algún día eso sería diferente?

A pesar del miedo que la invadía, Maryam no podía dejar de pensar en Regine y en lo injusto que era que él tuviera que pasar por todo eso. Quería que supiera que él no tenía la culpa de nada, que era una víctima, al igual que lo era ella misma. Quería que estuviera en paz, que no se sintiera responsable de su muerte, que supiera que ella era consciente de los intentos de Regine por ayudarla.

Maryam cerró los ojos y respiró profundamente, tratando de encontrar la fuerza para decirle a Regine lo que necesitaba escuchar, incluso en su lecho de muerte. Quería que supiera que no era su culpa, que ella lo perdonaba y que quería que estuviera bien. Pero sabía que el tiempo se estaba acabando y que tal vez nunca tendría la oportunidad de decirle estas palabras.

—¡Regine! —gritó, lo suficientemente alto para asegurarse de que este la escuchase. No pudo evitar el sollozo que rompió su voz. Sus manos temblaban violentamente y su vista subió hasta el techo de la habitación—. ¡No es tu culpa!

El disparo sonó.

Solo hubo silencio después.

Regine se quedó paralizado. Apenas unos segundos antes había hablado con Maryam al otro lado de la pared y ahora todo parecía haber acabado. El silencio que siguió fue como una losa, pesada y opresiva, que le hizo derrumbarse sobre sus rodillas, incapaz de sostenerse en pie.

Nunca había sentido tanto odio hacia el silencio como en ese momento. Era como si el mundo entero hubiera desaparecido y solo quedara el eco del disparo en su mente, un sonido que lo perseguiría para siempre.

Estaba muerta.

Hablaba con ella hacía apenas dos minutos.

Ahora estaba muerta.

No podría volver a hablar, sentir, respirar, pensar. No quedaba nada.

Estaba muerta.

Se preguntó si habría algún tipo de vida después de la muerte, algún tipo de cielo o infierno. Pero si existían, nunca se presentaron. Solo había un vacío irónico en la otra habitación, donde antes había estado una persona y ahora no quedaba nada.

Todo había terminado en un segundo y Regine no había podido hacer nada.

Miró alrededor en cámara lenta, las imágenes eran inestables y borrosas. Cada pequeño fragmento era demasiado abrumador, pero no podía cerrar los ojos, pues no estaba en control de su cuerpo.

Se estremeció intentando desaparecer en sí mismo, encontrar un lugar seguro dentro de él. Se encogió en el mismo suelo sobre el que se había derrumbado y bajó ambas manos para sentir el parqué bajo sus palmas, esperando encontrar algún apoyo en la dureza del material. Pero de repente algo caliente las empapó, por lo que volvió a alzar sus manos y las miró, sin poder procesar lo que estaba viendo, no estaba seguro de qué tan real era.

Sus manos estaban empapadas en sangre, las gotas resbalaban sobre sus antebrazos y parecían multiplicarse para cubrir cada centímetro, subieron por sus bíceps en contra de la gravedad y continuaron su camino hacia arriba, invadiendo el interior de su boca, su nariz, sus pulmones, y pronto su vista era roja por completo.

¿No era su culpa?

Si no hubiese sido tan testarudo, si hubiese aceptado cualquier orden de su padre, si hubiera golpeado más fuerte, luchado más verazmente, escapado cuando abrió la puerta, haber gritado más alto, resignado ante su castigo, negado la ayuda de Maryam, pedido piedad…

Él no había apretado el gatillo, pero había causado esa reacción en cadena por culpa de su egoísmo. Había deseado ser una persona normal, pero ahora sabía que esa vida no era para él y tendría que vivir con la culpa de esa lección.

Sus ojos se movieron hacia la puerta al ver movimiento en ella y pudo ver a su padre entrando a la habitación, a través del filtro rojo que teñía su mundo. Pero ni siquiera sabía si lo que estaba viendo existía. ¿Conocía a ese hombre?

Lo siguió con la mirada hasta que este se agachó delante de él. Se fijó en sus labios; estos se movían diciendo algo, sin embargo, su mente no podía procesar sus palabras, solo escuchaba sonidos ahogados que no tenían ningún sentido.

Entonces, su padre apretó la mandíbula con los ojos llenos de furia. Regine no entendía por qué, hasta que se dio cuenta de lo que él mismo había estado susurrando una y otra vez:

—Voy a matarte.

Su voz se oía distante, pronunciando cada palabra con calma, sin rastro del caos que estaba sucediendo dentro suyo.

—Voy a matarte —volvió a susurrar, fijando su mirada en el suelo esta vez.

En cuanto parpadeó, los mismos hombres estaban de nuevo frente a él. Su padre esa vez salió de la habitación, y los hombres sin supervisión pudieron hacer con él lo que quisieron. Lo golpearon hasta el cansancio y luego usaron su inútil cuerpo para descargar una ira que Regine no había provocado.

—Voy a matarte —prometió desde el suelo con la mirada fija en la pared, buscando consuelo en sus propias palabras, un sentido para no dejar de existir, para sentir que tenía un propósito.

Pero sus ojos se cerraron y pensó en Carson.

¿Si no se rendía lo matarían también?

Capítulo 16

Actualidad

Un ruido repentino sacudió a Regine fuera de su estado de inconsciencia. Se incorporó con lentitud, ahogando un gemido de dolor cuando su cabeza volvió a palpitar. Al enfocar la vista en el ordenador frente a él en el escritorio, supo que había colapsado en algún momento de la madrugada anterior mientras revisaba las cámaras de seguridad. La pantalla del ordenador seguía encendida, reproduciendo una y otra vez el último momento en que se capturó el vehículo que llevaba a Carson.

El coche había entrado en un túnel y no había vuelto a salir. Lo más probable es que lo hubieran cambiado de vehículo o hubieran editado las imágenes en la grabación. Había intentado ponerse en contacto con los civiles que estuvieron presentes dentro del túnel en ese momento, pero nadie había visto nada, o si lo habían hecho, no lo recordaban.

Regine se pasó las manos por la cara, sintiendo el cansancio y la preocupación acumulados en su piel. Le hubiera gustado suspirar, pero apenas tenía aire en los pulmones. Se sentía culpable por no haber podido controlar lo que había sucedido con Carson, se suponía que su trabajo era proteger a aquellos que trabajaban para él. Por lo que debía seguir buscándolo sin descanso hasta encontrarlo, no podía perder el tiempo de esa forma.

El sonido de la puerta, volviendo a ser golpeada, lo obligó a salir de sus pensamientos y ponerse en pie. Tuvo que apoyarse en el escritorio durante unos segundos cuando el mareo lo invadió, recordándole la contusión en la cabeza que había sufrido hacía más de 24 horas. Le gustaría haberse tomado un descanso para recuperarse, pero sabía que no tenía tiempo para eso. La búsqueda de Carson era una carrera contra el tiempo, y cada minuto que pasaba aumentaba la posibilidad de no poder encontrarlo siquiera con vida.

Sabía que las posibilidades de recuperarlo eran escasas, pero no podía permitirse rendirse. La incertidumbre y la falta de sueño comenzaban a afectarlo, no obstante, sabía que tenía que mantenerse alerta. La vida de Carson dependía de ello.

Regine se puso en pie al oír que volvían a llamar una tercera vez a la puerta y caminó hasta allí para abrirla. Al hacerlo, se sorprendió al encontrarse con Sam y Mario en el otro lado. El hombre

de piel oscura se veía incluso más alto de lo que Regine recordaba, y tenerlo de pie frente a él era una experiencia totalmente distinta. No admitiría que le intimidaba sentirse tan pequeño frente a Sam, pero no podía evitarlo.

Regine apretó el pomo de la puerta con fuerza y dio una mirada rápida a Mario. Regine no se había dado cuenta de la forma en que su hijo lo miraba hasta que vio como este se juntaba más a Sam, buscando su protección. Había sido así desde hacía tantos años que ahora era un hábito difícil de cambiar. Mario siempre huía sus miradas, pensando en que lo que su padre era capaz de hacer a otros podría hacérselo a sí mismo.

La expresión seria y firme de Sam no desapareció mientras miraba a Regine, como si estuviera evaluando cada una de sus palabras y movimientos. Regine se sintió un poco incómodo bajo su escrutinio.

—¿Sucede algo? —preguntó, tratando de mantener la calma.

Samir miró hacia el interior del despacho.

—Venimos a hablar.

Regine retrocedió y terminó de abrir la puerta por completo, dejándolos entrar. Esperaba que fuera algo importante, no podía estar perdiendo el tiempo.

No les ofreció asiento, pues su escritorio estaba lleno de papeles y números de teléfono. Era demasiado caótico como para discutir algo ahí, por lo que solo se quedó de pie frente a ellos.

—Podemos ayudarte —dijo Sam una vez dentro, cerrando la puerta detrás de él y su compañero.

—¿Ayudarme? —preguntó Regine.

—Sí, sabemos donde está Carson —respondió sin dar demasiados detalles.

La sangre de Regine se heló. ¿Habían encontrado a Carson o sabían desde el principio dónde estaba? ¿Acaso Sam y Mario estaban involucrados en su desaparición? No, no podía ser. Regine miró a su hijo, quien le devolvió la mirada con una expresión nerviosa y asustada. No podía ser cierto, ¿o sí? Su relación con su hijo no era la mejor, y en más de una ocasión lo había subestimado, pero ¿era posible que se hubiera equivocado tanto en su juicio?

Regine sintió un nudo en la garganta al pensar en la posibilidad de que su hijo estuviera involucrado en la desaparición de Carson. Este último había estado siempre allí para Mario desde

que era un niño. ¿Cómo podía suponer siquiera que su propio hijo fuera capaz de algo así?

De repente, el rostro de Mario palideció y Regine pudo ver el miedo en sus ojos antes de que él se apresurara a aclarar la situación:

—Nos topamos con un policía en la entrada de la mansión. Dijo tener información importante sobre Carson.

—¿Scott Sánchez? —preguntó Regine, tratando de conectar los puntos.

Mario asintió con la cabeza.

—Él estaba fuera discutiendo con los guardias para que lo dejaran entrar…

—¿Dónde está Carson? —interrumpió Regine, sabiendo que debía centrarse en lo más importante en ese momento, ya se ocuparía del resto después.

Esta vez fue Sam quien habló. Su tono era tranquilo pero firme.

—El lugar donde se encuentra Carson está bien protegido —dijo Sam, esperó unos segundos antes de continuar—: Puedo ofrecerte mi ayuda, pero te pediré algo a cambio.

—¿Tu ayuda? —preguntó Regine frunciendo ligeramente el ceño.

—Tengo hombres preparados para esta situación y sé con certeza que vas a necesitar un par extra de manos —respondió.

Regine, sin apartar la mirada de Samir, frunció el ceño en un gesto de desconcierto. Desde el primer momento en que lo vio, supo que el hombre escondía más de lo que dejaba ver. Ahora, con las sospechas confirmadas, Regine no podía evitar preguntarse quién era exactamente el que estaba frente a él.

Los ojos oscuros de Samir parecían leer sus pensamientos. Regine se obligó a mantener una postura firme y no bajar la mirada. Analizó el rostro de Samir, intentando descubrir algo que pudiera darle alguna pista sobre su identidad. Notó que la piel del hombre era suave y bien cuidada, pero tenía pequeñas cicatrices en el mentón y la frente, lo que le hacía pensar que no era la primera vez que peleaba.

La mente de Regine se llenó de preguntas, pero por ahora decidió mantenerse en silencio. Si bien quería saber más sobre Samir, también sabía que no podía esperar más para salvar a Carson. Decidió guardar sus sospechas para sí mismo por el momento, pero estaba decidido a descubrir

todo lo que pudiera sobre él.

—Continúa —dijo por el momento.

—Lo que único que pido a cambio es que dejes a Mario en paz —prosiguió Sam—. Él es lo suficientemente mayor como para tomar sus propias decisiones. —Quiso aclarar—: No te estoy pidiendo que le permitas venir conmigo, solo pido que le des la opción de decidir libremente lo que él prefiera hacer. Si quiere unirse a mí, lo protegeré. Puedo asegurarte que tengo los medios para hacerlo. Si prefiere irse, haré todo lo posible para ayudarlo a estar seguro donde sea que decida ir.

Regine, entonces, miró a su hijo para ver si tenía algo que decir, pero este evitaba conectar con su mirada a cualquier costo.

Por ello, Regine habló:

—Mario no está encerrado, está vigilado por su propio bien. —No quería entrar en detalles con un extraño sobre los problemas de adicción de su hijo y lo mal que había terminado anteriormente. No era el momento ni el lugar indicado—. Mira, Samir. No creo que sea el momento adecuado para hablar sobre esto, pero si necesitas garantías para darme la ayuda que necesito, te doy mi palabra de que escucharé vuestras propuestas con mente abierta una vez tenga a mi mayordomo de vuelta.

Regine hizo una pausa para ver la reacción de Samir. Se preguntó si tendría alguna condición más para ayudarlo, pero decidió esperar a que él tomara la iniciativa para hablar de ello.

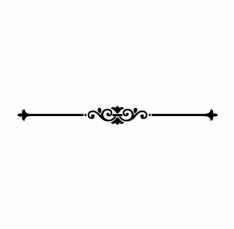
Sam lo miró durante unos segundos, pareció convencerle la determinación sincera que se reflejaba en los ojos del hombre. No tenía tampoco buen aspecto, y ese era un tema que quería hablar en condiciones. Además, él no era el que debía hablar, estaba ahí para ayudar a Mario, por lo que desvió su atención hacia él para saber si estaba de acuerdo con la propuesta de Regine.

Mario se sintió agradecido por la consideración de Sam, quien no solo estaba allí para ayudarlo a él, sino que también había respetado su opinión y le había dado la oportunidad de expresarse. Le sonrió cálidamente, agradecido por tener a alguien que lo apoyara y lo entendiera, incluso en los momentos más difíciles para él. Su relación con su padre era complicada, pero con Sam a su lado, se sentía más seguro y confiado.

Mario miró finalmente a su padre al revelar:

—Está en la comunidad de Andrew Bennett.

Antes de que Mario terminase la frase, Regine ya había salido de su despacho.



Hernán bajaba por el ascensor de metal mientras veía desde las alturas la ciudad subterránea de Andrew. Sabía que esa solo existía gracias a la corrupción del gobierno y los trabajos ilícitos que se llevaban a cabo allí, si no ya se hubieran deshecho de todo eso mucho tiempo atrás.

No sentía nada mientras veía a los niños jugar en un ambiente rodeado de drogas, prostitución, armas y privados de la luz solar, puesto que creía firmemente en que cada persona tenía un lugar asignado en el mundo y ese era el orden que debían seguir.

De ese modo, justificaba sus acciones al pensar que las personas que había torturado merecían ser torturadas, que él estaba cumpliendo su papel en el mundo y que, en una vida futura, podría ser él quien sufriera el castigo. Llegado ese momento aceptaría su posición. No se desviaría de lo que el mundo esperaba de él.

Hernán no estaba seguro si Andrew era demasiado optimista o simplemente ignorante por haber escondido al mayordomo en un lugar tan obvio. Sabía que esconder algo a plena vista a veces era lo mejor que se podía hacer, pero también sabía que en algún momento Karpovich los encontraría y que toda esa pequeña ciudad se reduciría a cenizas, tal como las casas de los traidores en la ciudad que ahora ardían en llamas. Nada permanecía en secreto mucho tiempo cuando había poder y dinero de por medio.

Pero no era su trabajo proteger ese lugar, por lo que mientras bajaba por unas escaleras hacia el sótano de la ciudad, no miró alrededor, estaba centrado en hacer su trabajo.

El sonido de sus botas resonaba en las paredes de concreto. El aire era húmedo y pesado, lo que hacía difícil respirar. Los escalones de metal estaban oxidados, y las paredes de ladrillo estaban cubiertas de moho y manchas de humedad. Después de todo, esa zona la reservaban para algunos trabajos, no para la convivencia de la comunidad.

Cuando llegó al final de las escaleras, tuvo que caminar por un pasillo largo y oscuro con paredes de concreto, cruzando varias puertas gruesas de metal. A su paso, solo un par de bombillas desgastadas en el techo iluminaban tenuemente el camino.

Finalmente, llegó a la puerta de metal de la habitación donde mantenían a Carson. Era una habitación fría y estrecha, sin ventanas, pero fuertemente iluminada por una lámpara que colgaba sobre el cuerpo del mayordomo.

Hernán entró y cerró la puerta detrás de él.

Fue recibido por una melodía que conocía, una canción de los años 70 que sonaba en un viejo radio portátil que estaba en una esquina de la habitación. Sonrió ligeramente por el ritmo de la canción a pesar de la vista frente a él: Carson se estaba convirtiendo cada vez más en una masa de carne y sangre.

El olor a sangre y metal llenaba el aire, y el suelo alrededor de la silla estaba salpicado en rojo. Las dos personas de Andrew que se habían quedado a cargo mientras Hernán estaba fuera parecían haber hecho su trabajo; cuando Hernán se había ido, Carson seguía retorciéndose y aguantando sus gritos, pero ahora tenía la cabeza caída hacia delante, con respiraciones burbujeantes por la sangre en sus pulmones, que resonaban por la habitación.

Habían pasado 24 horas desde que empezaron la tortura y no habían sido precisamente cuidadosos. Hernán estaba acostumbrado a un trabajo rápido y eficaz, le sorprendía que Carson siguiera resistiendo aún en ese estado, no lo había oído suplicar ni una sola vez. Incluso cuando finalmente se desmayaba por culpa del dolor, ellos lo despertaban con agua fría, si eso no funcionaba, nunca estaba de más inyectar algo de adrenalina. Esa era la diferencia entre otro tipo de hombres y Hernán; él se tomaba su trabajo con profesionalidad, por ello disponía de todo tipo de instrumentos para experimentar lo que quisiera.

—Adoro esa canción —dijo Hernán al oír la melodía que sonaba—. Never was a cloudy day… —cantó un verso mientras se acercaba a Carson—. Mi padre escuchaba esta canción día tras día. ¿Qué hay del tuyo, Carson?

Hernán no estaba solamente capacitado en tortura física. Si no podían acceder al mayordomo de esa forma, tendría que intentarlo desde su mente. De hecho, había sido su idea poner la misma canción en repetición desde que se fue, algo que había roto a cualquier hombre con anterioridad.

El mayordomo mantenía sus ojos cerrados, abrirlos requería un esfuerzo que no podía hacer. Estaba tan agotado que apenas sabía si no podía moverse por la falta de energía o por las múltiples fracturas en todo su cuerpo. Podía escuchar los latidos de su propio corazón, latiendo sin fijo propósito. Hacía tiempo atrás que había entrado en un modo de pura supervivencia. Ya no se preguntaba el porqué de las cosas, había descubierto que mantener la mente libre le hacía

ser menos consciente del daño que le estaban infligiendo. Por ello, ignoraba a Hernán.

—He escuchado hablar de lo que sucedía tras los muros de vuestra mansión. Algunas de esas historias podrían estremecer hasta al hombre más valiente —dijo Hernán mientras rodeaba a Carson y posaba su mano en su hombro. Pudo sentir el cuerpo del mayordomo totalmente flácido, como si hubiera perdido toda su fuerza—. He oído que desaparecían tantos sirvientes que me sorprende que todavía hubiera alguien para ocuparse de las tareas. Dime, ¿están enterrados bajo los mismos cimientos que alzan el edificio?

Aunque Carson oía sus palabras, permanecía en silencio. Sin embargo, era innegable que lo que había ocurrido en la mansión antes de que Regine tomara el control había sido mucho peor que lo que sucedía actualmente. Cualquier error cometido por los sirvientes había sido duramente castigado por Bernard, quien a veces los había torturado por puro placer. Habían sido tratados como animales y sus cuerpos enterrados en una pequeña sección del jardín trasero que había tenido que ser ampliada dos veces.

—No me sorprende el final que les aguardaba a esos dos, era solo cuestión de tiempo. —continuó hablando Hernán—. Sin embargo, resulta curioso cómo nadie parece saber realmente lo que sucedió. ¿Has oído los rumores? Cada uno más absurdo que el anterior. —Esbozó una media sonrisa, agachándose frente a Carson para poder ver su rostro, no obstante, con toda la sangre que lo manchaba, apenas podía diferenciar sus rasgos—. Aunque, yo tengo mis propias teorías. —añadió mientras se relamía los labios—. El único capaz de hacer un trabajo impecable… Suficientemente cercano para que nadie sospechase… —entrecerró sus ojos.

El mayordomo permaneció en silencio.

—¿Fuiste tú, verdad?

En ese momento, Carson entreabrió uno de sus ojos y lo clavó en Hernán. Su mirada no revelaba nada, fija en los ojos del contrario, estaba completamente vacía.

Hernán sintió cómo su pulso se aceleraba y su piel se erizaba, y tuvo un impulso momentáneo de alejarse de allí. Se rio para sí mismo, recordando que Carson estaba prácticamente muerto, atado e incapaz de respirar correctamente. Sin embargo, algo en la mirada del mayordomo lo inquietó lo suficiente como para levantarse y caminar hacia la mesa de herramientas, fuera de su vista.

Frunció el ceño mientras observaba cómo todas las herramientas estaban manchadas de sangre. La sangre en las herramientas no le importaba; de hecho, le parecía una especie de arte abstracto, lo que le inquietaba era como Carson no había abierto la boca. Hernán no estaba acostumbrado a eso; siempre llegaba un punto en que las personas se rompían, pero el mayordomo seguía resistiendo todo, negándose a aceptar su nueva posición, como un hombre

hecho de acero.

Hernán tomó el mango de una sierra y sopesó el filo afilado de esta. Se vio reflejado en el metal. Su cara era un enigma. Estaba decidido a cumplir su misión, y no estaba dispuesto a abandonarla a medio camino. Estaba a punto de hacer lo que hacía mejor: romper a cualquiera que pusieran frente a él.

De repente, antes de girarse, un fuerte sonido lejano lo detuvo. Hernán frunció el ceño, tratando de identificar el origen del ruido. Observó a las otras dos personas en la habitación, un hombre y una mujer, que parecían igual de confundidos que él.

—¿Eso ha sido un disparo? —preguntó el hombre con voz tensa.

Hernán no tuvo tiempo de responder cuando la mujer habló de nuevo.

—Iré a revisar —dijo mientras se dirigía hacia la puerta.

Hernán la siguió con la mirada y vio cómo abría la puerta de un tirón. Los sonidos, aunque todavía ofuscados, eran más claros y parecían acercarse.

Eran disparos, muchos.

—Ya están aquí —murmuró Hernán, con la certeza de que lo que había esperado estaba sucediendo en ese preciso instante.

Tan pronto como dijo esas palabras, los compañeros de Andrew salieron corriendo de la habitación, empuñando sus armas para defender su comunidad.

Hernán, en cambio, se acercó con tranquilidad a Carson sosteniendo su propia pistola.

El mayordomo no alzó la mirada, volvía a mirar hacia el suelo. Sí, tenía sentido que fuera a acabar así. Teniendo una vida peligrosa, ese era el final que le pertenecía.

Pero Hernán no disparó. En cambio, bajó su arma a pocos metros de la figura ensangrentada del mayordomo. Había algo en su mirada, en su actitud, que lo había hecho dudar por un momento. ¿Por qué matarlo ahora, cuando estaba tan débil? ¿Qué sentido tenía?

—Mi trabajo termina aquí —fue lo único que dijo antes de salir corriendo de la habitación, dejando la puerta abierta.

En la habitación, Carson no se movía, pero aun así luchaba por mantenerse consciente, su mente divagando entre recuerdos dolorosos y sueños borrosos. Su cuerpo estaba magullado y ensangrentado, demasiado débil para sentir algo que no fuera dolor. Las palabras de Hernán se desvanecieron en el aire, sin que el mayordomo pudiera procesarlas. Todo lo que quedaba era dolor y la incertidumbre de qué vendría después.

Sabía que Regine estaba cerca, pero no estaba seguro de que lo estuviera lo suficiente. Ni siquiera estaba seguro de quererlo ahí, ¿y si era peligroso? De ese lugar solo había visto unas escaleras que llevaban a otra puerta de metal. Si era una fortaleza, la batalla podría ser peligrosa, Regine podría salir herido.

¿Pero acaso algo de eso importaba ahora? Para él sí.

Intentó mover uno de sus brazos para liberarse de las ataduras, pero al ver como su antebrazo se doblaba en una posición no natural se quedó quieto de nuevo. El estado del resto de su cuerpo no era mucho mejor. Su incapacidad de siquiera tragar saliva era la prueba de ello. Gotas de saliva mezcladas con sangre caían de sus labios hasta mezclarse con el resto de líquidos en su regazo.

Había lagunas en su mente que le impedían poder recordar cada cosa que le habían hecho, como una especie de escudo que de momento lo protegía de afrontar cada horripilante escena. Cada pequeño corte y golpe venía con su propio recuerdo.

Quiso esbozar una sonrisa amarga que no sucedió, su cara estaba hinchada. ¿Qué sentido tenía rescatarlo ahora? Aunque pudiera salir de ahí, su cuerpo no resistiría mucho más. Sus huesos rotos, órganos dañados, sus músculos ni siquiera reaccionaban. No iba a sobrevivir.

A pesar de que anhelaba ver a Regine una vez más, sabía que lo más sensato era no volver a encontrarse, ya que no quería morir delante de él. Sin embargo, tampoco podía evitar sentir miedo a morir en soledad.

Siempre pensó en que cuando llegase el momento sería algo rápido, pero irse lentamente era la peor de las torturas, pues el tiempo que le quedaba estaba lleno de dudas. Se preguntaba una y otra vez qué hubiera pasado si hubiera hecho todo diferente. Ponía en cuestión cada pequeña decisión que había tomado en su vida.

En ese momento no sentía miedo de hacer todo lo que realmente quería hacer. Daría igual si gritaba, si lloraba, si abrazaba a Regine con tanta fuerza que incluso después de la vida siguiese aferrado a su cuerpo en forma de alma sin descanso. Quería aprovechar ahora todo el tiempo que había perdido reprimiéndose a lo largo de su vida, pero su más grande desdicha era no poder hacer nada de eso, pues su tiempo de actuar se había acabado.

Carson estaba perdiendo la noción del tiempo y de la realidad, hasta que unos pasos en el pasillo lo sacaron de su letargo. Con un gran esfuerzo, abrió uno de sus ojos y trató de enfocar la figura que entraba corriendo por la puerta. A medida que la silueta se acercaba, su corazón fue el primero en reconocer a Regine, al acelerarse y apretarse.

Un sentimiento de alivio inundó su cuerpo al verlo, y por un momento olvidó todo el dolor que sentía. Pero esa emoción se vio opacada al recordar su estado actual. No quería que Regine lo viera en ese estado, débil y destrozado. Necesitaba ser fuerte para él, para poder protegerlo y cuidarlo.

—Estoy aquí, Carson —dijo Regine sin aliento mientras envolvía a Carson con su gabardina y se apresuraba a quitarle sus ataduras junto a varios de sus hombres.

El mayordomo pudo sentir por un breve momento el aroma de Regine en la gabardina, a pesar de su nariz rota y la cantidad de sangre que manchaba su cuerpo. Inhaló todo lo que pudo con su ojo cerrado, sintiendo falsamente que todo estaba bien. Sin embargo, cuando lo volvió a abrir, estaba en medio del caos mientras era arrastrado por Regine y otro guardia.

Miró vagamente alrededor y entre las imágenes borrosas pudo ver la comunidad de Andrew. La gente corría en todas direcciones, mientras que los sonidos de los disparos y gritos llenaban el aire. Podía ver siluetas vestidas de negro disparar a cualquier cosa que se moviera, supuso que eran los hombres de Regine, ahora decorando cada parte de las pasarelas de metal con gotas de rojo. Sin embargo, otro grupo llamó su atención, esas siluetas no iban de negro, pero no se atacaban con las que sí.

Abrió un poco más su ojo, haciendo un esfuerzo por enfocar su vista hasta que pudo identificar a una de las siluetas: Sam. ¿Qué hacía ahí? Algo captó todavía más su atención: Samir daba órdenes a su grupo de hombres y mujeres, pero estos, aunque tenían armas, no estaban disparando, estaban ayudando a salir a todas las personas que corrían asustadas.

Carson sintió un profundo vacío en el estómago cuando volvió a mirar a su propio bando, asesinando a personas inocentes. ¿Era eso lo que se habían convertido? Un deseo incontenible de gritar para que se detuvieran lo invadió, pero se dio cuenta con impotencia de que su voz no salía de su garganta.

Siempre había habido daños colaterales, personas heridas que apenas estaban involucradas en los conflictos. Carson se había convencido a sí mismo, al igual que Regine, de que estaban haciendo lo correcto, que no había otra alternativa. Pero ahora lo veía todo frente a sus ojos, como una trágica epifanía que llegaba cuando era demasiado tarde para cambiar el curso de las cosas.

El estruendo de los disparos resonaba en sus oídos cuando uno de los hombres que ayudaba a

sostener a Carson fue alcanzado por una bala y cayó al suelo. El cuerpo del hombre se retorció por un momento antes de quedar inmóvil. Regine, ante el peso de Carson también cedió, tropezando y luchando por mantener el equilibrio en medio del caos.

Con rapidez, Regine arrastró a Carson desde el suelo hacia una estrecha pasarela que separaba dos pequeñas casas, tratando de cubrirlo con su propio cuerpo para evitar que fuera alcanzado por una bala perdida. Carson gemía de dolor con cada movimiento, apretando los dientes mientras intentaba controlar su respiración.

—Carson —llamó Regine con angustia—. Aguanta un poco más, por favor. —Lo abrazó y dejó que descansara su cabeza contra su pecho, tratando de transmitirle algo de calma en medio de la tensión. Miró a su alrededor, evaluando rápidamente la situación y buscando alguna forma de escapar de aquel infierno. Gritó varias veces por encima de los disparos, esperando a que alguien los fuera a ayudar.

El dolor se intensificó y Carson sintió que su cuerpo se debilitaba rápidamente. Sus pensamientos se volvieron confusos y todo lo que podía hacer era tratar de respirar con normalidad. El sudor perlaba su frente, pero eso no impidió que alzase su cabeza débilmente para intentar ver el rostro de Regine una última vez. Casi sintió como una maldición no poder ver con nitidez, solo era capaz de percibir un círculo borroso blanco con pequeñas manchas rojas.

Carson no lo notó, pero uno de los médicos se acercó corriendo para evaluar sus heridas.

—Está bien, Carson —susurró Regine con su voz en un hilo mientras lo sostenía contra su pecho, hizo su mejor esfuerzo para que sus palabras sonasen creíbles para el mayordomo—. Tranquilo… Estoy aquí.

Carson cerró su ojo, decidiendo creer sus palabras, mientras sentía como los brazos de Regine lo juntaban más a él y agradeció en silencio la fría mano que puso sobre su cabeza. Soltó todo su aire mientras sentía las caricias temblorosas que Regine le daba.

Oía el pulso de Regine, latía rápido contra su oído, pero fue suficiente para opacar cualquier otro ruido. Los disparos cada vez sonaban más lejanos. El dolor también se alejaba y poco a poco dejaba de sentir por completo su cuerpo, a excepción de una gota de agua que cayó sobre su mejilla y se deslizó hasta perderse.

Carson tomó ese breve momento de silencio para volver a repasar todas las decisiones que lo habían llevado a ese momento. Se arrepintió de muchas cosas, de no haber sido lo suficientemente valiente para enfrentar sus miedos, de no haber amado lo suficiente a las personas que eran importantes para él, de no haber sido capaz de proteger más a los que lo rodeaban. Quería decirle a Regine cuánto lo amaba, volver atrás en el tiempo, pedirle perdón por todo lo que había hecho mal, pero ya era demasiado tarde.

Todo lo que podía hacer era aferrarse al tacto de la mano de Regine, sus latidos y esperar a que la nada lo consumiera por completo.

Y así todo se oscureció, con mil disculpas que nunca salieron de sus labios y el arrepentimiento consumiendo cada parte de su maltrecho cuerpo.

Capítulo 17

18 años antes (Edad: 20 años)

—¿Sabe por dónde empezar? Podría ser peligroso si rompemos alguna pared de carga —dijo Carson mientras tomaba los planos de renovación del baño de sirvientes.

El mayordomo sabía que era arriesgado y había hecho todo lo posible para detener a Regine, pero no había encontrado forma posible de hacerlo. El de ojos azules había irrumpido en la zona de obras, emanando ira a su paso, y el moreno lo siguió sin dudarlo. Carson también se sentía molesto después de descubrir que la razón por la que los trabajadores no habían aparecido era porque el padre de Regine les había prohibido el acceso a la mansión.

—¿Solo hay dos, no? —preguntó Regine mientras subía las mangas de su camisa—. Sencillo, tenemos cuidado con eso y destrozamos todo lo demás.

Carson no estaba a favor de esa idea. No eran profesionales y no tenían experiencia en ese tipo de trabajos. Pero Regine parecía aferrarse a esa parte de su antiguo yo: tener ideas que tenían grandes probabilidades de salir mal. Como mayordomo, Carson sentía el deber de al menos sugerir otras opciones más seguras.

—Con todo respeto, deberíamos llamar nuevamente a los obreros. Puedo encargarme de vigilar la entrada y asegurarme de que los dejen ingresar —sugirió el mayordomo, preocupado de que Regine pudiera lastimarse o de que el techo se derrumbara sobre ellos.

El de ojos azules se detuvo y miró directamente a Carson.

—Si no vas a ayudar puedes salir.

Regine solo se dio cuenta de la brusquedad de sus palabras cuando el moreno desvió la mirada, y un fuerte sentimiento de culpa empezó a crecer en su estómago. Tuvo el impulso de acercarse y disculparse, en cambio, apretó su puño y tomó uno de los mazos que había junto al material de los obreros. No podía arrastrarlo cerca de él de nuevo, sabía bien cómo terminaría eso. Apretó el mango del mazo con más fuerza.

El mayordomo, en cambio, solo asintió en silencio antes de obligar a sus labios a crear una sonrisa mientras le ofrecía a Regine uno de los cascos amarillos de seguridad. Aunque su rostro mostraba una sonrisa amable, le dolía ese trato por parte de Regine. No obstante, dejarlo solo no era una opción, por eso, se puso el casco de seguridad y tomó el otro mazo.

Carson sabía que debería sentirse enfadado con Regine por el trato frío que recibía, pero ya habían pasado casi tres años desde que comenzó todo, tiempo suficiente para acostumbrarse y, como Regine le había dicho, ‘‘seguir su propio camino’’. Aún no entendía completamente por qué Regine había experimentado un cambio tan drástico, pero suponía que Bernard estaba involucrado en ello. Sin embargo, aún no lograba comprenderlo por completo. Regine siempre había luchado contra Bernard, incluso en ese momento, ambos estaban desafiando las órdenes de este, aunque fuera de forma no directa.

—¿Por dónde quiere comenzar? —preguntó Carson, dejando de lado la opresión en su pecho.

Regine lo observó durante unos segundos. No le gustaba cómo la distancia entre ellos se estaba volviendo cada vez mayor, pero sabía que era lo mejor. Carson debía concentrarse en sus responsabilidades y él debía enfocarse en Mario, Hannah y los asuntos del negocio. Ya era demasiado tarde para dar marcha atrás.

—Esa pared —señaló con la cabeza hacia ella antes de entregarle otro mazo a Carson.

El mayordomo asintió y se acercó a la pared. Se aseguró de que su señor estuviera a una distancia segura antes de dar un fuerte golpe a la pared. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo debido al impacto, pero se mantuvo firme.

—Sostén el mazo por la parte inferior para evitar hacerte daño —dijo Regine a su espalda.

El moreno asintió, siguiendo las indicaciones de Regine. Tomó el mango como se le había recomendado y asestó otro fuerte golpe a la pared. Los escombros comenzaron a caer a medida que rompía cada vez más partes de la pared, y a través del agujero resultante, pudo vislumbrar la habitación contigua. Siguió golpeando hasta que empezó a jadear por el esfuerzo, no pensaba que fuera a ser tan agotador.

—¿Quieres tomar un descanso? —preguntó Regine.

Carson consideró la propuesta por un momento, su cuerpo comenzaba a resentir el esfuerzo, pero su determinación lo mantenía en pie.

—No, señor, estoy bien —respondió con firmeza.

Una mano pálida, protegida por unos guantes, se posó sobre el mango del mazo y lo bajó lentamente. Carson levantó la mirada y se encontró con los ojos de Regine.

—Descansa —ordenó Regine, su tono dejaba en claro que no aceptaría un no por respuesta—. No te quedes con toda la diversión —añadió con una sonrisa torcida que no llegaba a sus ojos.

El moreno, sin otra opción, retrocedió y observó en silencio a su señor. Debía asegurarse de que Regine no se hiciera daño.

Al principio, Carson no estaba muy convencido de permitir que Regine se involucrara en esa actividad. Sin embargo, a medida que observaba la rabia que su señor expresaba con cada golpe a la pared, su opinión comenzó a cambiar. Escuchaba los jadeos y gemidos de esfuerzo de Regine, algo inusual para alguien que rara vez mostraba emociones tan intensas. Los ojos de su señor irradiaban un odio palpable que le hizo preguntarse qué le había causado tanto daño. Además, una pregunta persistente se agitaba en su interior: ¿por qué no estuvo allí para protegerlo? ¿Todo esto provenía del verano en el que se separaron?

Sin embargo, la expresión en los ojos de Regine no duró mucho. Con cada golpe, parecía liberar sus frustraciones, dejándolas escapar a través de los poros de su piel. Era extraño cómo, a pesar de la falta de aire, Regine parecía respirar mejor. Por primera vez en casi tres años, se sentía como sí mismo, liberándose y rompiendo cada máscara que había tenido que llevar. Ya no quería actuar, ansiaba…

Carson presenció el momento en que Regine se giró hacia él, jadeando, con los ojos brillantes y abiertos. Fue incapaz de apartar la mirada. Su pecho comenzó a latir con fuerza, reconociendo a su mejor amigo una vez más. Regine lo miraba de verdad, sin barreras ni falsedades.

El mayordomo fue incapaz de retroceder cuando el de ojos azules se acercó a él. Ambos quedaron inmovilizados en un instante, sus respiraciones chocando en el aire cargado de tensión. Un sentimiento agridulce se apoderó del estómago de Carson cuando inhaló el inconfundible aroma de Regine, mezclado con el dulce matiz de su sudor. Era como si cada fibra de su ser anhelara más de él. Instintivamente, relamió sus labios, sintiéndolos inusualmente secos.

No pasó desapercibido para él la forma en la que la atención de Regine fue hacia sus labios, lo estaba mirando con deseo, parecía como si fuera a devorarlo ahí mismo. La electricidad en el aire era abrumadora, y Carson luchaba internamente contra la vocecita de advertencia que le decía que era una mala idea. Sin embargo, el deseo que emanaba de Regine era casi imposible de resistir. En ese momento, los labios de Carson parecían arder con una sed insaciable, anhelando el roce y el sabor de los de Regine. La fuerza entre ellos era tan intensa que Carson se sentía como un imán, incapaz de alejarse.

La mano de Regine rozó la suya cuando esta entrelazó sus dedos índices, casi como una invitación para Carson. El moreno trataba de resistir, sabiendo que había mucho más en juego, pero al final del día él también era humano. Carson se debatía entre el anhelo de dejarse llevar y el miedo a lo que eso implicaba. Su mente y su corazón luchaban en una encrucijada, mientras la tensión en el aire se hacía casi palpable. Quería inclinarse más, sostenerlo y hundirse finalmente en él. Quería volver a probar esos labios y sentirse igual que su yo adolescente cuando dio su primer beso en el vestidor de Regine. Quería…

—¡Papá! —se oyó una voz aguda antes de que Mario apareciese en el baño, corriendo a base de saltitos. Sostenía su casco con ambas manos para evitar que se le cayera.

—¡Mario, ten cuidado! —detrás de él, apareció Hannah. Su rostro irradiaba belleza como siempre, luciendo un vestido holgado con estampado de flores cálidas.

Regine, en un instante, se apartó de Carson, mostrando confusión en su mirada. Parecía haber olvidado, al menos por un momento, que era padre y tenía a una esposa. La realidad les golpeó de lleno, recordándoles sus responsabilidades y compromisos más allá de la complicada dinámica que los unía.

Carson, por su parte, esbozó una sonrisa forzada para disimular su propio torbellino de emociones. Sabía que debían volver a sus roles habituales y ocultar lo que había aflorado entre ellos. La culpa inundaba cada centímetro de él al ver al pequeño Mario y a Hannah, no deberían haber estado haciendo… lo que se suponga que estaban haciendo. Debería haberse negado desde que vio a Regine acercarse a él, pero le hacía sentir peor haber sido incapaz de renunciar a él.

Carson atrapó a Mario en brazos antes de que se acercara demasiado a la pared que acababan de derribar. Lo cargó con cuidado, preocupado por su seguridad.

—¿Dónde va, señorito? —preguntó, forzando una sonrisa—. Es peligroso correr por aquí.

—Casco —dijo Mario con una sonrisa juguetona mientras golpeaba su propio casco.

—Aun con el casco puesto es peligroso —acomodó el gran casco en la pequeña cabeza de Mario.

En ese momento, su mirada se desvió hacia Hannah, la madre de Mario, quien se acercaba a Regine. Observó cómo ella extendió la mano suavemente para acariciar la mejilla de Regine y se inclinó hacia él en un gesto íntimo.

El mayordomo apartó rápidamente la mirada, sintiendo una punzada de incomodidad y nostalgia. Era consciente de que esa cercanía entre Hannah y Regine era un recordatorio de lo que él y el de ojos azules alguna vez tuvieron y de lo que ya no podían tener. Su expresión se

volvió neutra, ocultando cualquier rastro de emoción que pudiera traicionar sus sentimientos internos.

Carson sabía que mirarlos solo le haría daño, pero su corazón debía ser masoquista, porque volvió a mirar hacia ahí, pero no vio la imagen que esperaba. En cambio, encontró los ojos de Regine sobre él mientras este besaba a su esposa. Su corazón se encogió, apretando el abrazo que tenía a Mario en busca de consuelo y cortó el contacto visual por segunda vez.

Su garganta estaba apretada, no comprendía por qué Regine lo miraba de esa manera, ni entendía las razones que lo llevaron a apartarlo de su lado tres años atrás. Sin embargo, comprendía que su deber era servirle, y eso era precisamente lo que intentaba hacer, por más doloroso que resultase. Anhelaba con desesperación poder borrar sus propios sentimientos y comportarse como un mayordomo, pero eso era más fácil decirlo que hacerlo.

—Siento irrumpir el momentum, pero Bernard ha pedido verte —empezó a decir Hannah una vez se separó—. Ahora —añadió poniendo los ojos en blanco con un suspiro cansado.

—¿Necesita que lo acompañe? —Carson se dirigió a Regine, atento a cada pequeño gesto que pudiera indicar que lo necesitase.

—No hace falta —respondió el de ojos azules sin mirarlo a los ojos—. Mario, ten cuidado de no destruir toda la casa —le ofreció una breve sonrisa a su pequeño antes de acariciar su mejilla y salir del baño.

Ese era el Regine de siempre, sin mostrar señales de lo que había pasado entre ellos. Carson sintió una punzada en el pecho, pero se esforzó por mantener su rostro imperturbable. Se obligó a centrarse en Mario, quien seguía en sus brazos, y le sonrió con ternura. Ajustó el casco del niño con cuidado antes de ver partir a Regine, llevándose consigo un torbellino de emociones y preguntas sin respuesta. Suspiró resignado y se concentró en proteger a Mario y mantenerse leal a su deber. Pero nunca pudo deshacerse de la sensación de que debería haberlo acompañado.

Actualidad

Carson se encontraba sumido en un estado de confusión, oscilando entre la consciencia y la nada. Recordaba vislumbrar luces intensas y blancas que lo cegaban mientras era llevado por un largo pasillo, pero luego todo se desvanecía. Experimentaba una sensación reconfortante al sentir una mano cálida acariciando su mejilla, solo para que el contacto desapareciera al instante. En ocasiones, unos labios se posaban en su mejilla antes de sumergirlo nuevamente en una paz infinita.

En ese estado, a veces recordaba momentos pasados o soñaba ilusiones. Por momentos, volvía a su infancia, cuando su madre lo regañaba por seguir las ideas extravagantes de Regine, pero luego lo abrazaba y le expresaba cuánto lo amaba. En otros momentos, regresaba a su realidad reciente, siguiendo a Regine desde atrás, con la mirada fija en esa espalda tan familiar.

Sin embargo, también había ocasiones en las que su cuerpo empezaba a arder y las pesadillas se apoderaban de él. Visualizaba los cuerpos sin vida de los sirvientes frente a sus ojos, y entonces se lanzaba corriendo para intentar ayudarlos, pero era detenido de manera abrupta por unas cadenas que lo retenían prisionero dentro de la mansión.

Carson también era víctima de voces que resonaban en su mente, sabiendo que algunas de ellas eran meras repeticiones de frases que había escuchado en el pasado, ahora lanzadas al frente por su cerebro. Sin embargo, había otras voces que…

—No puedo hacerlo sin ti —susurraba una voz grave.

Había otras de las que no estaba tan seguro.

Fue por ello que al abrir los ojos, la sensación lo hizo dudar de si seguía inmerso en un sueño vívido. La luz del atardecer que filtraba a través de las cortinas apenas iluminaba la habitación, creando una atmósfera difusa y etérea. Carson se esforzó por enfocar la mirada y, mientras lo hacía, una punzada de dolor recorrió su cuerpo, disipando cualquier ilusión de estar en un estado onírico.

El dolor, agudo y persistente, se extendía por cada fibra de su ser, recordándole que vivía dentro de una carcasa quebradiza. No había duda de que estaba despierto, enfrentando una realidad dolorosa. Trató de moverse, pero sus extremidades parecían pesadas y reacias, como si estuvieran atadas por invisible fuerza. Cada intento de movimiento solo intensificaba la agonía que lo envolvía, dejándolo con la sensación de estar atrapado en un cuerpo traicionero.

Carson movió lentamente los ojos alrededor de la habitación en la que se encontraba,

dejándose inundar por una oleada de familiaridad al contemplar las paredes amarillas, la imponente y confortable cama en la que reposaba y los muebles extravagantes que adornaban el espacio. Sin embargo, fue al divisar al dueño de aquella habitación cuando experimentó el verdadero alivio.

Regine emergió del vestidor, abrochando los botones de su camisa negra y absorto en una conversación telefónica, evitando dirigir su mirada a Carson. Puso el teléfono sobre la cómoda, activando el modo altavoz para mantener la llamada mientras rebuscaba algo en los cajones. La presencia de Regine en aquel momento reforzaba la sensación de calma y protección que envolvía a Carson, tendría tiempo para preocuparse más tarde, por el momento solo estaba feliz de poder ver al contrario en una escena tan cotidiana. Eso era todo lo que había pedido por días en aquella silla bajo tierra.

—Te enviaré más fotos en un par de días —habló Mario con voz distante desde el otro lado de la línea—. Sam y yo planeamos visitar una aldea mañana. Está alejada de la ciudad, así que no creo que haya buena cobertura.

La mente de Carson quedó en blanco por unos segundos. Ahora no estaba tan seguro de si aquello era un sueño o no. Podía contar con los dedos de una mano las veces que Mario se había dirigido a su padre para hablar, y ahora lo hacía con naturalidad, contándole sobre… ¿Sobre qué exactamente? Algo definitivamente no estaba bien en su cabeza o… Un breve pánico se apoderó de él al preguntarse cuánto tiempo había estado inconsciente.

—Mm —respondió Regine de manera seca.

Sí, eso era más normal.

—¿Cómo está Carson? —preguntó Mario tras una breve pausa.

El mayordomo abrió la boca para hablar, pero sus cuerdas vocales no emitían sonido; estaban secas por completo. Pudo ver la tristeza reflejarse en el rostro de su señor al escuchar la pregunta, y su pecho se apretó. Intentó moverse y su voz funcionó para soltar un rasposo gemido de dolor.

Los ojos azules de Regine se posaron de inmediato en él al oírlo, y su expresión cambió. Carson pudo observar una mezcla de emociones en él antes de que respondiera a su hijo.

—Mario, te llamo después —dijo, cortando la llamada antes de que su hijo pudiera responder, y se acercó a Carson en menos de un segundo.

El moreno apenas pudo ocultar su sorpresa cuando Regine tomó sus mejillas y sostuvo su rostro para mirarlo. Desde esa proximidad, él mismo podía apreciar cada detalle en el rostro de su señor. Para él, apenas habían pasado unos segundos desde que quedó inconsciente, pero aun

así había extrañado ver su rostro. Observó sus labios, estaban dañados como si los hubiera mordido en exceso, luego notó las grandes ojeras debajo de sus ojos, contrastando con el brillo que aún permanecía en ellos. Desde ahí, subió hasta su frente, y encontró una cicatriz todavía roja, que se extendía desde el nacimiento de su cabello hasta casi llegar a su ceja.

Carson, por inercia, alzó una de sus manos y la dirigió hacia la cara de Regine, hacia la cicatriz. Ignoró el dolor que recorrió todo su torso al realizar el gesto y tocó su piel con suavidad. Aquella marca estaría siempre presente en él… Le recordaría cada vez que lo viera que no había podido cumplir su trabajo de protegerlo, que había fallado. Tragó saliva con su garganta espesa.

Sin embargo, Regine no parecía estar pensando nada de eso, ya que inhaló profundamente e inclinó su cabeza hacia el tacto de Carson, cerrando los ojos por unos segundos.

El mayordomo movió lentamente el pulgar para acariciarlo, pero esta vez se percató del temblor de su mano. Intentó concentrarse para detenerlo, pero pronto se dio cuenta de que no era causado por ninguna emoción; sus nervios estaban dañados. Bajando la mirada por su propia mano, notó las cicatrices que se extendían desde su muñeca a su antebrazo. Llevó la mirada hacia su otro brazo y la situación no mejoró, le faltaban un par de uñas, y ahora, sin toda la sangre que manchaba su piel, podía ver cada marca en ella.

—¿Cuánto…? —comenzó a preguntar, su voz rasposa y seca resonando en la habitación.

Regine abrió los ojos, percibiendo la angustia en la expresión de Carson.

—Está bien, no te preocupes —fue lo primero que dijo, tratando de infundir calma con sus palabras—. Espera un momento, voy a darte agua.

Con cuidado, Regine deslizó su mano suavemente sobre la de Carson para apartarla, evitando hacer comentarios sobre el temblor. Luego, ayudó al moreno a incorporarse, teniendo cuidado con sus heridas mientras colocaba almohada tras almohada en su espalda, esperando que estuviera cómodo así.

Carson se sentó con dificultad, aguantando la respiración para evitar soltar algún gemido de dolor. Cada movimiento parecía desgarrar su cuerpo, como si estuviera cargando con un peso inmenso. Aunque había experimentado heridas anteriormente, esta vez era diferente. Nunca antes se había sentido tan limitado, como si su propio cuerpo se convirtiera en un obstáculo insuperable. ¿Sería válido para Regine, incluso si no podía mejorar nunca? Intentó apartar esos pensamientos cuando sus ojos comenzaron a arder, concentrándose en tomar la botella de agua que su señor le ofrecía.

Un par de intentos más tarde, consiguió llevar la botella a sus labios. Su mano temblorosa hacía que el agua se derramara por su barbilla y pecho. Sin embargo, el flujo se detuvo cuando la

mano de Regine se unió a la suya, ayudándolo a sostener la botella mientras bebía.

Carson le agradeció con una rápida mirada. Quería alegrarse por seguir vivo, y realmente lo hacía, pero era inevitable preocuparse por haberse convertido en una carga. Siempre había desempeñado el papel de un mayordomo perfecto, y no poder mantener esa perfección era algo nuevo para él. No le gustaban ese tipo de cambios.

—El doctor llegará en media hora —dijo Regine, rompiendo el silencio—. ¿Cómo te sientes?

Como si tuviera un tren pasando encima de él.

—Podría estar mejor —respondió, en cambio, mientras trataba de secar el agua en su barbilla con movimientos torpes. Aunque su voz seguía ronca, al menos ya no sentía tanto ardor en la garganta—. ¿Usted está bien?

No había pasado desapercibido para Carson el aspecto cansado de Regine. Lo conocía lo suficiente como para saber que probablemente no había estado durmiendo ni comiendo lo adecuado. Algunas veces en las que Regine había estado estresado, Carson había tenido que insistirle en que fuera a dormir, comer o tomar un descanso. Su señor solo había aceptado cuando el mayordomo se había comprometido a adelantar su trabajo mientras este no estaba.

—Vamos a centrarnos en ti, yo estoy bien —respondió Regine antes de tomar un pañuelo de papel y ayudar a su mayordomo a secar el agua en su barbilla. Y decía la verdad, a pesar de no llevar un buen horario, los dolores de cabeza que lo aquejaban habían disminuido en su gran mayoría. El médico le había asegurado que su contusión ya había sanado sin mayores problemas.

Carson asintió en silencio, agradecido e incómodo al mismo tiempo por la preocupación de Regine. No podía esperar a recuperarse pronto y volver a poner en orden los horarios y tareas de su señor. No sabía cuánto tiempo había estado dormido, pero para él, el ausentarse de su deber era algo inaceptable. Y es que el ser mayordomo no era un solo trabajo, era su vida e identidad. Si él no estaba ahí para cumplir, ¿qué valor tenía?

Sus ojos se deslizaron por la habitación antes de posarse en la televisión, que permanecía en silencio. Aunque no podía escuchar lo que decían, Carson supuso que se trataba del canal de noticias. En la pantalla, se mostraban imágenes de grandes manifestaciones. Había multitudes de personas aglomeradas, gritando y sosteniendo carteles que desde su distancia no podía leer, ya que su vista todavía no era perfecta.

Regine siguió la mirada de su mayordomo y se percató de lo que estaba mirando. Cambió el canal antes de que pudieran dar más información sobre lo que hablaban.

Carson observó en silencio a su señor mientras este cambiaba los canales, pero tuvo la

sensación de que algo no iba bien. Después de echar un vistazo rápido al documental de vida salvaje que ahora se mostraba en pantalla, devolvió la mirada a Regine y, con cautela, decidió preguntar:

—¿Cómo está la situación? —Notó la ronquera y la rudeza en su propia voz, aún sin acostumbrarse del todo a ella.

Regine guardó silencio por un momento, su mirada se desvió hacia el suelo antes de volver a encontrarse con los ojos de su mayordomo.

—No tienes que preocuparte por ello —respondió con calma, pero su tono transmitía una tensión que trataba de ocultar.

Carson sabía que insistir no lo llevaría a ninguna parte, por lo que decidió dejarlo estar por ahora. Sin embargo, no podía evitar sentirse incómodo con su nueva realidad. Siempre había llevado una vida activa, ocupándose de innumerables tareas, organizando reuniones, respondiendo correos y llamadas, asegurándose de que todo en la mansión estuviera impecable. Nunca se había detenido a prestar atención a lo que pasaba por su mente, y ahora estaba empezando a recordar por qué evitaba hacerlo. Su interior era un lugar oscuro y cruel.

A pesar de que ahora se encontraba en una habitación segura, su mente seguía siendo cautelosa, devolviéndolo poco a poco al infierno por el que había pasado. Temía que en cualquier momento la puerta se abriera y apareciera el hombre que lo había mantenido cautivo. Hacía todo lo posible por dirigir su mirada hacia los animales que aparecían en la pantalla, tratando de distraerse, pero después de unos segundos, inevitablemente, sus ojos volvían a fijarse en la puerta. Lo que lo ponía aún más tenso era notar que Regine lo observaba de reojo cada vez que lo hacía, lo cual lo llenaba de una extraña mezcla de incomodidad y agradecimiento por su atención constante.

Carson se preguntaba por qué Regine no le revelaba lo que realmente estaba ocurriendo. No creía que después del secuestro y el tiroteo en la ciudad de Andrew, todo pudiera estar bien de repente. Sabía que su estado no era el mejor, pero eso nunca antes había detenido a Regine. Y, la verdad, prefería tener su mente activa, trazando planes y pensando en las acciones que debían tomar a continuación, en lugar de obsesionarse con delirios que solo lo perjudicaban. Iba a volverse loco si entraba en ese círculo vicioso.

—¿Están todos bien? Cuando estuvimos en la comunidad de Andrew… —volvió a intentar Carson, pero fue interrumpido por Regine, cuyos ojos azules se encontraron con los suyos.

—Carson, ahora debes centrarte en recuperarte. —Guardó un breve silencio antes de añadir—: Hablaremos cuando estés mejor, no te adelantes.

Precisamente por eso necesitaba saber más, no iba a poder descansar hasta liberarse de la incertidumbre. ¿Habían atrapado a Hernán? ¿A Andrew? ¿Qué había del ministro de defensa? La incertidumbre lo estaba consumiendo por dentro y aunque comprendía que Regine intentaba protegerlo, solo estaba aumentando su angustia.

Intentó consolarse pensando en que, al menos, la mansión seguía en pie. Pero eso solo hizo que más preguntas apareciesen: ¿Estarían los demás sirvientes bien? Había dejado a Jackson a cargo antes de partir, confiando en él, pero sabía que era solo un chico. Aunque parte de él esperaba que Rosa hubiera asumido el liderazgo en su ausencia, también comprendía que la pobre mujer necesitaba un respiro.

—¿Puede darme algo para el dolor? —pidió Carson, mordiendo el interior de su mejilla.

Vio a Regine asentir y dirigirse hacia su cómoda, abriendo el cajón de medicamentos. Carson se tensó al percatarse de dos detalles: primero, que el cajón no estuviera cerrado con llave, y segundo, que el pomo del cajón estuviera roto. Inhaló profundamente, su mente comenzando a divagar por su propia cuenta, recordando el momento en que había decidido colocar un cerrojo en ese cajón, del cual solo él poseía la llave.

Había sido una medida de protección hacia Regine. No le agradaba limitar a su señor y ejercer control de esa manera, menos aún cuando ello incomodaba al hombre de ojos azules. Sin embargo, ambos habían coincidido en que era una precaución necesaria después de lo que había sucedido.

Había pasado más de una década, pero el dolor en el corazón de Carson era tan vívido como el día en que eso ocurrió. Fue una tarde en la que, juntos, habían derribado las paredes del antiguo baño de los sirvientes. Regine había sido llamado repentinamente por su padre, Bernard.

Carson nunca supo exactamente qué fue lo que Bernard le dijo esa tarde, pero se culpó a sí mismo por no haber insistido en acompañar a Regine, por bajar la guardia y dejarse llevar por la esperanza de poder recuperar a su antiguo amigo. Sobre todo, se culpó cuando, esa misma noche, encontró a Regine sufriendo una sobredosis en su habitación.

Regine negó rotundamente ante el médico que aquello fuera algo más que “un simple descuido con las pastillas”. Pero Carson había estado ahí para ver la forma en la que Regine se había rendido cuando lo sostuvo entre sus brazos y lo rápido que su expresión facial decayó por completo cuando, días después, despertó y descubrió que seguía con vida.

Regine nunca tuvo que consolar a Hannah y estar a su lado, asegurándole que su esposo se recuperaría pronto, a pesar del terror que Carson sentía ante la posibilidad de que eso no ocurriera. Regine tampoco tuvo que mentirle a Mario, diciéndole que su padre solo estaba resfriado y necesitaba descansar. Tampoco tuvo que seguir trabajando incansablemente para

mantener la mansión en orden mientras todo eso sucedía, ignorando los comentarios despectivos que Bernard lanzaba sin cesar. Y, por supuesto, Regine no tuvo que pasar noches en vela, sin nadie que lo consolara, manteniendo su dolor en secreto entre él y la oscuridad cuando el sol ya no brillaba, porque esos sentimientos no eran los apropiados para un mayordomo.

Volviendo al presente, Regine regresó con la medicina y tomó la botella de agua, ignorando la mano temblorosa de Carson que intentaba alcanzarla y ordenó:

—Abre la boca.

Carson pareció querer resistirse, pero finalmente obedeció y Regine le administró la medicina mientras sostenía la botella, asegurándose de que bebiera suficiente agua. Era consciente de que el mayordomo estaba desconcertado. No era ingenuo y había notado lo distraído que Carson estaba por momentos. Sin embargo, no sabía si sería mejor revelarle lo que había sucedido en el último mes. De hecho, no tenía ni idea de cómo darle la noticia de que aún no había atrapado a los responsables de su secuestro.

Una vez los médicos le aseguraron que Carson no corría peligro inmediato, pensó en cazar hasta el último de ellos. Sí, cazarlos. No había otra palabra para describir mejor la forma en la que quería atraparlos como si fueran simples presas y destrozarlos una vez los tuviera entre sus manos. Pero algo le había frenado. Una parte de su ser se había quedado en el pasado cuando no pudo vengarse de su propio padre debido a la intervención de alguien desconocido. No deseaba que la misma situación se repitiera con Carson; quería darle la oportunidad de elegir su propia venganza.

Por otro lado, Regine se había negado a apartarse de su mayordomo, dejando de lado todas sus demás responsabilidades y necesidades para estar junto a él. Había tenido mucho tiempo para reflexionar durante ese último mes. Ahora, estaba decidido a no volver a recrear el pasado, incluso si eso significaba sacrificar su propia sed de venganza.

La primera semana fue la más difícil de todas. En varias ocasiones, Regine fue alertado por el persistente sonido del monitor cardíaco, indicando que el corazón de Carson se había detenido. Sucedió tres veces esa semana, y en cada ocasión, tuvo que ser reanimado para mantenerlo con vida. La primera vez fue en los brazos de Regine, cuando lo encontraron en la comunidad de Andrew. En ese momento, Regine se había aferrado desesperadamente al cuerpo de Carson, y tuvieron que separarlo físicamente para poder brindarle la atención médica necesaria.

La segunda vez ocurrió durante una de las numerosas intervenciones quirúrgicas a las que fue sometido Carson. Regine había estado temblando en la sala de espera, con más cafeína que sangre en sus venas, esperando recibir noticias sobre el estado de salud del moreno. Sin embargo, la peor de todas fue la tercera vez. Fue en medio de la noche cuando Regine fue despertado abruptamente por el constante pitido de la máquina, que mostraba una simple línea recta en lugar

de los latidos regulares. A partir de ese episodio, su insomnio empeoró, atormentándolo con el miedo de perder a Carson.

Recordaba cada una de esas veces con todo el detalle posible, cada una recordándole lo frágil que era la vida humana y lo mucho que había asumido que Carson seguiría a su lado. Había sido solo su culpa el pensar que este era capaz de cualquier cosa y sabía que de alguna forma lo había obligado a estar a la altura de sus imposibles expectativas. Pero cada una de esas veces, le había hecho recordar que tanto él como Carson eran humanos, el mayordomo no era inmortal y Regine no tenía el poder para mantenerlo siempre con vida. Este había sido siempre una parte fundamental de su vida, una figura constante que lo acompañaba en cada paso y que se había convertido en alguien irremplazable.

La fragilidad de la vida humana había sido una lección que Regine había tenido que recordar de manera contundente. A pesar de su posición y riqueza, no tenía el poder de controlar el destino. Reconocía ahora que ambos, eran vulnerables y podían enfrentar la muerte en cualquier momento. Ver a Carson luchar entre la vida y la muerte le había hecho entender lo mucho que lo necesitaba y lo poco que había querido ver.

Y es que, todo recaía a eso. Los dos habían estado todos esos años fingiendo ser invencibles, pero la realidad era que a pesar de las apariencias, no eran más que dos humanos perdidos.

Regine odiaba esa sensación.

Un sonido en la puerta interrumpió sus pensamientos, y ambos se miraron brevemente el uno al otro.

—Señor, le traigo la comida —dijo Farah al otro lado de la puerta.

—Adelante —respondió Regine sin apartar la mirada de Carson.

El mayordomo sí dirigió su mirada hacia la puerta, una parte de él esperando la peor imagen posible. Sin embargo, al entrar con un carrito de comida, Farah lucía como siempre. Pudo percibir el momento exacto en que la chica se dio cuenta de que estaba despierto.

—¿Carson? —soltó el mango del carrito y se acercó rápidamente.

El moreno notó que Regine estaba a punto de intervenir de manera poco amistosa. No quería más problemas en ese momento, así que saludó a Farah.

—Farah —saludó brevemente, forzándose a esbozar una suave sonrisa.

—¿Cómo te sientes? —preguntó la chica con la voz cargada de emoción cuando llegó a su lado.

Farah evitaba mirar a Regine mientras tomaba con cuidado la mano de Carson. Sin embargo, el mayordomo pudo notar por sus hombros tensos y sus manos temblorosas que ella era plenamente consciente de que su señor la observaba fijamente. Parecía que estaba fingiendo no darse cuenta para evitar enfrentar las consecuencias.

Sabía que la relación entre Farah y Regine nunca había sido buena. Dejando de lado altercados pasados, simplemente parecían tener personalidades incompatibles. Jamás se le pasaría por la cabeza que Regine miraba a Farah de esa forma por la cercanía que tenía con su mayordomo.

En ese momento, el teléfono de Regine comenzó a sonar y, aunque lo ignoró al principio, finalmente se levantó y miró quién lo estaba llamando.

—Voy a atender esta llamada. Vuelvo en un minuto —dijo echándole un vistazo rápido a Carson, luego le dedicó una mirada furtiva a Farah y salió de la habitación.

Cuando la chica vio la puerta cerrarse, pudo suspirar aliviada y se inclinó para abrazar con cuidado al moreno.

—Estábamos todos preocupados, Carson —respiró hondo antes de separarse y desviar la mirada, ya que sus ojos comenzaban a llenarse de lágrimas—. Lo siento, solo… Algunos pensaban que no ibas a despertar.

El moreno extendió una mano y apretó suavemente la de Farah. Ignoraba conscientemente el temblor en esta, tal vez si lo ignoraba lo suficiente desaparecería.

—¿Cuánto tiempo he estado dormido?

—Alrededor de un mes, no estoy segura —negó con la cabeza—. Han pasado tantas cosas en el último mes. Todo ha sido una locura y… —dejó de hablar y mordió su labio, insegura de si debería estar hablando sobre ello con Carson.

El mayordomo frunció ligeramente el ceño.

—¿Qué ha sucedido, Farah? —intentó incorporarse mejor, pero falló.

Farah lo miró insegura antes de continuar. Después de todo un mes, no quería abrumar a Carson con malas noticias, pero no se pudo negar al ver la determinación en sus ojos.

—La ciudad es un desastre. Sabes que no sé mucho sobre los negocios del señor Karpovich, pero hasta yo puedo juntar dos y dos. Escuché que algunas personas estaban aprovechando la situación para traicionar a Karpovich y sacar provecho. Luego vi las imágenes en las noticias —Farah bajó la mirada a sus propias manos—. Deberías haberlo visto, Carson. Toda la ciudad estaba en llamas, parecía como si el infierno se hubiera desatado aquí.

El mayordomo asintió en silencio, recordando haber oído sobre ello cuando… Tragó saliva al recordar el rostro de Hernán y se esforzó por mantener la calma.

—¿Y el ministro de defensa? —se mordió la lengua para no mencionar a Hernán en su pregunta—. ¿Sabes algo al respecto?

—Eso es más complicado —Farah se tomó un momento para pensar en cómo resumirlo todo —. Salieron a la luz una gran cantidad de documentos confidenciales filtrados por un proveedor anónimo. —No hizo falta aclarar que había sido Regine, ambos lo sabían—. Revelaban corrupción, fraudes… Todo empeoró después de eso, la gente comenzó a manifestarse en contra del gobierno. Todavía no ha habido ningún comunicado oficial, creo que están tratando de controlar la situación antes de hacer cualquier anuncio. Está todo prácticamente sumido en una anarquía.

El moreno dejó caer su cabeza hacia atrás, apoyándola en las almohadas que Regine había colocado. Había esperado una situación difícil, pero esto era aún peor. En la intimidad de sus pensamientos, se preguntó si Regine había perdido por completo la cordura.

—Tengo la sensación de que todo va a cambiar a partir de ahora —confesó Farah en un susurro mientras acariciaba la mano del moreno.

Carson cerró los ojos, demasiado adolorido como para consolarla mientras dejaba que la medicina hiciera efecto.

Sí, él también tenía esa sensación y sería su trabajo devolver todo a la normalidad.

Capítulo 18

Actualidad

Carson abrió sus ojos y escudriñó su entorno. La bombilla sobre él lo iluminaba directamente, arrojando sombras ominosas, convirtiendo todo a su alrededor en un negro absoluto. Un perpetuo zumbido llenaba la habitación, la misma canción se repetía una y otra vez, atrapada en un bucle infinito. Consideró levantarse para silenciar la melodía, sin embargo, al mirar sus manos, se dio cuenta de que estaban atadas a una silla manchada de rojo. Un charco del mismo líquido se extendía a sus pies.

Un escalofrío recorrió su espina dorsal al reconocer el lugar, preguntándose si alguna vez había salido de allí. Todo parecía difuso y confuso, sus pensamientos se entrelazaban en un enredo incomprensible. En ese instante, escuchó unos pasos aproximándose desde la oscuridad, una voz masculina entonaba los mismos versos que la melodía de fondo.

—As we danced in the night, remember how the stars stole the night away…

Carson trató de sacudirse nuevamente, pero sus fuerzas menguaban y cada intento por moverse lo dejaba más exhausto. Cuando la figura emergió de las sombras, el mayordomo inclinó la cabeza y apretó los párpados con fuerza, aunque aún podía ver a través de ellos los pies del hombre frente a él.

—Él lo ha tenido más fácil, solo debías decirnos lo que queremos —dijo el hombre con desdén.

El mayordomo, de alguna extraña manera, comprendió a qué se refería, y dirigió su mirada hacia una figura que ahora yacía en el suelo, al lado de la silla. Los ojos de Regine, sin vida, permanecían abiertos, fijos en la nada. Su rostro había perdido cualquier atisbo de vida, su piel tenía ahora un tono pálido y grisáceo. Su cabello estaba empapado y brillante por la sangre que lo cubría; su cabeza había sido golpeada con tanta violencia que su cráneo se encontraba deformado.

El mayordomo abrió la boca y dejó escapar un grito desgarrador que apenas se asemejaba al dolor intenso en su pecho, sacudiendo la silla con cada movimiento, negándose a mirar a Regine, aunque sus ojos fueran irresistiblemente atraídos hacia su cuerpo como si de un imán se tratara.

—Empecemos —dijo la voz, ajena al sufrimiento de Carson mientras se acercaba a él.

Carson se incorporó de golpe, sus ojos se abrieron de par en par, sintiendo cómo la adrenalina aún fluía por sus venas mientras respiraba con dificultad, antes de darse cuenta de que ahora estaba recostado en una cómoda cama. La habitación estaba envuelta en la oscuridad, aún demasiado temprano para que el sol asomara en el horizonte.

Una pesadilla, eso fue lo que se repitió una y otra vez para ayudar a su pulso a volver a la normalidad, pero la imagen de Regine seguía apareciendo frente a él cada vez que cerraba los ojos. Con un suspiro hundió la cara en sus manos y se limpió el sudor que había en su frente. Todavía no se acostumbraba al temblor permanente de su mano izquierda

El examen exhaustivo al que lo sometió el médico el día anterior había sentenciado cada parte de su cuerpo al nombrar cada herida, fractura, operación… El resumen había sido claro, era casi un milagro médico si se ignoraba la cantidad de dinero que Regine había invertido en conseguir a los mejores cirujanos. Sin embargo, en ese mundo, sabía que no existía lo bueno sin su contraparte; estaba vivo, pero su cuerpo nunca volvería a funcionar como antes. Los pronósticos indicaban que, después de una larga rehabilitación, no quedaría discapacitado, pero sabía que nunca recuperaría completamente sus habilidades físicas anteriores. Siempre sería más lento, más débil, menos resistente.

Un escalofrío de pánico había recorrido por él al escuchar esas palabras. ¿Cómo podría proteger a su señor ahora si no había sido capaz de hacerlo antes? La idea lo atormentó, amenazando con socavar su confianza en sí mismo y su sentido de propósito. Sin embargo, después de la medicación que el doctor le había administrado, las preocupaciones se habían disipado al sumergirse en un sueño profundo por el resto del día.

Ahora, mientras se despertaba en esa habitación oscura e intentaba no pensar en los horrores que su imaginación había creado, una pregunta más simple lo invadió: ¿qué hora sería? El silencio reinaba en la habitación, y Carson se estiró con precaución, sintiendo la rigidez de su cuerpo herido. Con esfuerzo, intentó buscar un reloj o teléfono cercano, pero se dio por vencido al sentir que era demasiado para su débil cuerpo. ¿Sería así a partir de ahora?

Debería seguir durmiendo, no le convencía la idea, pero tal vez si descansaba un poco más, tendría energía suficiente para hacer algo más. Tal vez dormir era lo que necesitaba, aunque mantener la esperanza en ello era ignorar que había estado un mes entero inconsciente y esto era lo que más había podido recuperarse.

Se giró con dificultad para tumbarse de lado. Debía ser paciente, el doctor le había aconsejado tomar las cosas con calma y darle tiempo a su cuerpo para… Ahogó un ruido en su garganta al ver dos ojos mirándolo en medio de la oscuridad.

—¿Tú también? —preguntó Regine tumbado a su lado.

Carson tuvo que aprender a respirar de nuevo mientras los escalofríos todavía recorrían por su nuca. No tenía ni idea que Regine se había acostado junto a él después de quedarse dormido, y mucho menos esperaba verlo despierto mientras lo observaba en medio de la oscuridad.

—¿Disculpe? —preguntó con la voz ronca. ¿Desde cuándo estaba Regine despierto? Al menos podría haber hecho algún ruido, el corazón de Carson todavía latía con fuerza.

—Pesadillas —aclaró Regine con simpleza—. No quería decir nada por si conseguías volver a dormirte.

Carson dudaba poder conciliar de nuevo el sueño ahora que era consciente del cuerpo de Regine a su lado. Durante toda su vida, había fantaseado con la idea de dormir junto a él. No se trataban de imágenes lascivas ni de fantasías inapropiadas; simplemente se imaginaba compartiendo una cama con su ser amado. Aunque pudiera parecer una fantasía ingenua, a Carson le emocionaba poder hacer algo tan cotidiano. Sin embargo, nunca imaginó que la primera vez que ocurriera sería en estas circunstancias, con él tan herido como para apenas poder moverse correctamente. Era especial y también una cálida emoción inundaba su estómago, pero no podía evitar sentir cierta melancolía por haberse dado en estas condiciones.

—¿Usted no va a dormir más? Todavía es temprano —preguntó una vez estuvo más calmado y aprovechó para arropar mejor a Regine, intentó ignorar cómo se le dificultó una tarea tan sencilla.

Vio algo extraño pasar rápidamente por los ojos de Regine antes de que pudiera saber qué era. Este se acercó a él hasta que sus respiraciones chocaban y tomó la mano temblorosa de Carson.

—No tengo sueño —respondió, el frío de sus palabras era ajeno a la calidez de sus acciones.

Carson se fijó en las grandes ojeras que tenía y dudó sobre lo que decía, pero no replicó. Cerró los ojos, acercándose un poco más hasta juntar sus frentes, se relajó al sentir que su señor no se separaba y apretó suavemente la mano que sostenía la suya.

Seguramente podría atribuir esa valentía al cansancio, o al hecho de haber vuelto de entre los muertos. Había sentido lo que era quedarse sin tiempo, por primera vez había visto con claridad todas las cosas de las que se arrepentía, todo lo que quería hacer antes de irse. Muchos de esos deseos no eran grandes o emocionantes gestos llenos de adrenalina, la mayoría eran pequeños

momentos como ese, en los que poder sostener a Regine y solo existir juntos, pausar el mundo alrededor de ambos y solo ser consciente del tacto que los unía.

No estuvo seguro de cuanto tiempo pasaron así, pero a cada segundo el dolor en su cuerpo incrementaba. Los efectos de la medicación estaban desapareciendo y Carson sentía como se adentraba poco a poco a un infierno. Su respiración se volvió pesada, pero no supo cuánto tiempo pasó hasta que finalmente Regine se separó y se puso en pie. El moreno sintió un pánico repentino, suponiendo que esa escena era demasiado íntima para el contrario. No obstante, Regine buscó en el cajón su medicación antes de volver con él.

—Salgamos a tomar el aire —sugirió Regine, asegurándose de que el mayordomo tomaba la medicación—. Creo que la silla de ruedas puede pasar por el camino entre los campos.

—Todavía está oscuro, señor —respondió el moreno mientras veía a Regine ir al vestidor. Había encontrado una expresión extraña en su rostro que no podía identificar. Mordió su propio labio, preguntándose si el hecho de que Regine le hubiera tomado de la mano era un gesto de apoyo más que una invitación a acercarse y había malinterpretado todo.

Por otra parte, también maldijo su propio dolor, el causante de que esa escena no hubiera durado un poco más.

—Si nos damos prisa llegaremos para ver el amanecer —respondió el de ojos azules desde el vestidor.

Carson no estaba muy convencido. De hecho, la idea de salir juntos después del brutal ataque que habían sufrido le disgustaba por completo, y su estado actual… bueno, era bastante malo, por no decir algo peor. Sin embargo, sabía que tanto su propia condición como la de Regine no mejorarían si se quedaban encerrados en la mansión, y el simple hecho de no hacer nada lo estaba consumiendo por dentro.

Media hora después, se encontraban fuera de los muros de la mansión. Algunos guardias les habían dirigido miradas curiosas, pero nadie se había atrevido a interrumpir su marcha o hacer algún comentario.

Carson pudo ver por primera vez en un mes la mansión. Todo se veía igual, como si todo por lo que habían pasado jamás hubiera sucedido. Siempre había tenido esa sensación, como si la mansión fuera su propia entidad, incapaz de ser alterada por la mano del hombre. El moreno había visto la mansión ser remodelada una y otra vez y jamás había perdido su esencia. Secretamente disfrutaba de la estabilidad que brindaba el edificio.

No pudo ver la sala de baile cuando salieron, pero le sorprendió encontrar rampas nuevas en algunos de los escalones que había por los pasillos. Supuso que Regine las había ordenado

construir para que Carson pudiera usarlas una vez despertase del coma.

El sol comenzaba a asomarse en el horizonte, el campo a su derecha estaba volviendo a su color verde intenso en respuesta a la primavera. Carson se fijaba en el paisaje mientras Regine empujaba su silla de ruedas desde atrás. Regine le había insistido en que se quedara con el pijama y solo se pusiera una de sus sudaderas encima, lo que permitía que su aroma se infiltrara más cerca de él. No estaba acostumbrado a ese tipo de atención, y se sentía extraño.

Carson hubiera deseado poder asegurar que podía manejar su propia silla de ruedas, pero eso hubiera sido una mentira. No quería ser una carga para su señor, y la frustración aumentaba por su propia incapacidad para aceptar ayuda. Quería demostrar que aún podía valerse por sí mismo, pero en ese momento, la realidad le pesaba más que nunca.

No se sentía cómodo enfrentándose a las limitaciones de su cuerpo, especialmente cuando necesitaba ayuda para cada pequeña tarea que deseaba realizar. Era pleno siglo XXI, y no debería sentirse así por el hecho de que su señor estuviera empujando su silla de ruedas. Sin embargo, no podía solo ignorarlo cuando su mente no dejaba de repetirle que era erróneo.

—Pronto podrás empezar la rehabilitación —Regine rompió el silencio.

—Sí, señor —respondió escuetamente Carson. No quería adentrarse en ese tema, por lo que se limitó a observar la hierba alta en los campos.

Se preguntaba si Regine recordaba los tiempos en los que corrían entre la maleza, dejando sus preocupaciones detrás de ellos con cada paso. El mayordomo sonrió para sí mismo rememorando a un Regine más joven dejándose caer al suelo, jadeando mientras reía. Siempre había pensado que su rostro se volvía todavía más hermoso cuando este reía.

—Quedémonos aquí, más adelante está lleno de piedras —dijo Regine mientras acercaba la silla de ruedas a un tronco caído. Aseguró el freno de esta antes de sentarse al lado de Carson, sobre el tronco y beber de una cantimplora con agua—. ¿Quieres? —le ofreció a Carson, la guardó bajo la silla cuando vio a este negar con la cabeza.

El mayordomo volvió a mirar alrededor, el sol ahora se estaba alzando en el horizonte, tiñendo los campos de un pálido amarillo. Agradeció el aire limpio y fresco que llenaba sus pulmones cuando inhaló en profundidad, aunque no parecía estar ayudando con el nudo en su estómago. Regine insistía en fingir que nada pasaba y eso solo lo tensaba más, pues sabía que tarde o temprano tendrían que volver a la realidad, una realidad completamente diferente a como era antes, y prefería tomar el golpe ahora que ilusionarse y que volvieran a romper sus esperanzas.

—¿Y bien? —preguntó Regine, inspeccionándolo discretamente.

Carson lo miró confundido, sin saber a qué se refería. ¿Le había dicho algo antes y no había escuchado? No, eso era imposible.

—¿Disculpe?

—Creí que querrías hablar —aclaró Regine.

Carson supuso que Regine podía notar su confusión ante su inusual interés, porque lo vio apartar la mirada y mejorar su postura con aire de incomodidad. Carson se preguntó qué tan mal se veía si ahora le daba lástima incluso a su señor. Se suponía que él era el apoyo de su señor, no al revés. Además, no quería enfrentar eso de frente. No necesitaba incomodar a nadie con sus propios problemas, de eso se ocuparía él solo, por lo que se centró en hablar sobre trabajo.

—No ha ido tras ellos —dijo después de un rato, no le hacía falta aclarar a quién se refería.

—¿Eso es lo que quieres? —preguntó Regine, insistiendo en obtener una respuesta más personal.

Carson giró lentamente su cuerpo hacia Regine, buscando su aprobación antes de continuar hablando. Lo que quería decir jamás lo mencionaría en un momento normal, pero estaba en un punto en lo que nada era ordinario. Todo era demasiado distinto como para sentir que esa seguía siendo su vida de siempre.

—Cuando estuvimos en la comunidad de Andrew, vi Samir con un equipo —comenzó Carson. Bajó la mirada por un momento, recordando los rostros tensos y decididos de aquel grupo—. No estaban disparando, señor.

Regine permaneció en silencio, evaluando cuidadosamente las palabras de Carson. Su expresión impasible no revelaba sus pensamientos internos, pero su silencio hablaba por sí mismo. Sabía a lo que su mayordomo se refería, él también lo había visto, pero ya había hecho las paces con ello.

—Si no hubiéramos matado a los atacantes, ellos no habrían podido hacer nada sin antes ser abatidos a tiros —dijo Regine con paciencia, mirando al frente— Nos ensuciamos las manos para que los demás puedan tener la conciencia tranquila. Es un sacrificio que debemos hacer para mantener el orden. Es lo que hemos hecho siempre, Carson.

—Aun así, no puedo evitar preguntarme si al final de todo esto, ¿solo estamos generando más caos? —su voz mostraba una mezcla de frustración y desesperanza—. Señor, hemos soportado golpe tras golpe durante todo este tiempo. ¿No cree que es hora de poner fin a este ciclo? —sugirió, su mirada fija en sus propias manos—. Es una lucha continua en la que, tarde o temprano, no quedará nadie en pie.

Regine permaneció en silencio, sopesando las palabras de Carson. Su rostro mostraba la angustia que sentía, él también prefería hacer las cosas de la mejor forma, pero tomar decisiones difíciles en contra de sus propios intereses era lo que significaba ser un líder.

—Todos estamos perdiendo, señor —continuó Carson, sin dejar que la frustración que sentía se filtrara entre sus palabras—. ¿No sería acaso más valioso intentar algo mejor que esto? Tan solo intentarlo. No podemos seguir repitiendo los mismos patrones y esperar un resultado diferente. Esta no puede… —mordió el interior de su mejilla y sostuvo la mirada de Regine—. Esta no puede ser la única manera.

Por supuesto que quería vengarse, todo lo que había pasado… Era demasiado como para solo ignorarlo, pero sabía lo que pasaría si seguían igual: ellos atacarían, los otros devolverían el golpe, esta vez matándolo a él, a Regine, a Mario o a todos dentro de la mansión. Si seguían así, ese final era inevitable.

Regine se quedó en silencio, su expresión ahora no demostraba nada mientras mantenía la mirada fija en el suelo, permitiéndose cuestionar por primera vez todo lo que había hecho por dos décadas. Siempre había preferido mirar hacia delante y jamás abrir esa puerta, pues cambiar de rumbo ahora significaba aceptar que había estado equivocado más de la mitad de su vida.

En medio del silencio, se escuchó un ruido proveniente de los arbustos cercanos. Un instante de tensión se apoderó de él mientras sus oídos se enfocaban en el sonido.

Ambos giraron la cabeza hacia la dirección del ruido y lo volvieron a escuchar. Era un chillido agudo, un lamento desgarrador que resonaba en el aire. Regine se relajó al pensar que seguramente era un animal, todavía estaba alerta de otro ataque. Regine se levantó de su posición y se acercó cautelosamente al origen del sonido. Miraba con atención los arbustos, sin saber qué es lo que encontraría.

Carson se mantuvo quieto en su silla, sintiendo una mezcla de intriga y preocupación. Observó con atención al contrario mientras lo veía adentrarse entre la vegetación.

—¿Es un gato? —preguntó Carson, sus ojos siguiendo cada movimiento de Regine mientras este se agachaba y, con cuidado, sacaba una pequeña bola de pelo de entre las hojas.

Regine sostuvo al pequeño ser en sus manos, examinándolo con curiosidad. El animalito se encontraba indefenso y herido, un ser viviente abandonado a su suerte en medio de la naturaleza implacable.

—Uno pequeño —respondió Regine en un tono suave, su voz mezclada con una pizca de compasión—. Debe haber sido abandonado por su madre, está herido.

Carson se fijó en él. El gatito era negro y estaba en muy mal estado. Este había dejado de llorar, no porque se sintiera seguro, de hecho parecía demasiado exhausto como para seguir maullando.

—No creo que sobreviva mucho más —dijo Regine inspeccionándolo con la mirada—. Su cuello es frágil, creo que podría…

—No —interrumpió Carson, sintiendo su pulso acelerarse—. Yo lo cuidaré.

Regine lo miró algo inseguro. Sabía que sería un fuerte golpe para Carson en su estado si al final el gato no se recuperaba, pero tampoco tenía muchas más opciones. Volvió a mirar hacia el animal, que temblaba entre sus manos, y pensó en que también existía la posibilidad de que se recuperase y con eso el humor de Carson mejorase.

—Volvamos ya y llamemos a un veterinario, entonces —decidió.

Carson tomó con cuidado al gato y lo puso sobre su regazo. No sabía si era por lo herido que estaba el pequeño, pero no negaría que se sentía algo conectado a este. No quería dejarlo morir sin esforzarse en intentar darle una oportunidad del mismo modo que a él le habían dado una.

Cuando llegaron a la mansión, Rosa fue la primera en recibir a ambos junto con Marlon. Carson no estaba seguro de cuántas horas dormía la mujer, pero estaba seguro de que no eran suficientes. Y lo peor es que daba igual cuantas veces le dijera que era importante descansar, Rosa solo se reía y le contestaba que la próxima vez procuraría hacerlo.

—Buenos días, señor. Buenos días, Carson —saludó la mujer, antes de bajar la mirada al gato y abrir más los ojos.

Marlon soltó un pequeño ruido mientras se acercaba al gatito y lo miraba de cerca. Sus ojos alternaban entre el gato y Carson, pensando en que el mayordomo se veía mucho peor que el supuesto resfriado que Rosa le había dicho que tenía.

—Rosa, llame a un veterinario —dijo Regine mientras tomaba al gatito y se lo daba a la mujer —. Asegúrese de que obtiene el mejor trato.

Regine miró de reojo a Carson antes de alejarse con la mujer para hablar algo en privado con ella.

El mayordomo los siguió con la mirada, era extraño que Regine se tomase la molestia de alejarse para no dejarlo escuchar, pero dejó de mirarlos cuando una pequeña mano se puso sobre la suya y entonces dirigió los ojos hacia Marlon.

—*¿Se va a quedar con el gato?* —signó Marlon—. *Es muy bonito* —dijo antes de juntar sus manos y apretujarlas con ternura mientras sonreía con sus mejillas gorditas.

Carson le sonrió antes de asentir con la cabeza, quería signar algo de vuelta, pero con una mano temblorosa y la otra envuelta en escayola no estaba seguro de qué tan bien podría hacerlo. De todos modos no tuvo la oportunidad de intentarlo, pues Regine volvió y empujó su silla hacia la habitación.

Marlon se despidió deprisa de Carson y volvió corriendo con Rosa, emocionado por el animal.

—Rosa se hará cargo ahora, más tarde podrás verlo —dijo Regine mientras entraba con Carson al ascensor que usaban para subir los carritos de comida al primer y segundo piso—. ¿Ya has pensado en qué nombre quieres ponerle?

Carson preferiría haberse ocupado él de algo que ahora era responsabilidad suya, en vez de pasarle la tarea a alguien más. Tampoco le hacía sentir mejor que Regine se hubiera apartado para hablar en privado. Estaba completamente de acuerdo con que tuviera su privacidad, ese no era el problema. El problema era que ocuparse de esos asuntos siempre había sido su tarea y ahora Regine lo trataba como si fuera algo de lo que no era capaz de hacerse cargo.

Intentó centrarse en la pregunta de Regine y, repasando la imagen del pequeño gatito entre sus manos, respondió lo que más correcto se sentía.

—Nero suena bien —giró la cabeza para mirar a su señor—. ¿Qué le parece?

Regine pareció tomarse unos segundos para evaluarlo, como si fuera un asunto de suma importancia.

—Si a ti te gusta es lo que importa. —Las puertas del ascensor se abrieron, pero Regine bajó la mirada hacia Carson para terminar de responder—: Me gusta.

Después, empujó su silla a través del largo pasillo.

Entraron en la habitación y Regine lo ayudó a recostarse en la cama con algo de dificultad. Carson hizo su propio esfuerzo, tratando de no verse demasiado adolorido.

—Quédate aquí —ordenó Regine antes de ir al baño.

Carson inhaló profundamente y cerró los ojos, tampoco era como si pudiera irse a otra parte si quisiera. Aunque salir le había dado cierto alivio y le había permitido hablar con Regine sobre una de sus preocupaciones, prefería mantener su mente ocupada con otras cosas. Perder el tiempo lo estaba volviendo loco y anhelaba regresar a su trabajo habitual lo antes posible.

Regine volvió al cabo de un rato, con un cubo de agua caliente y un trapo húmedo que colocó sobre la mesita de noche.

Carson tardó unos segundos en entender lo que pretendía su señor, pero en cuanto lo hizo, intentó incorporarse.

—El doctor me dijo que ya puedo tomar baños con normalidad, señor.

—Lo sé —respondió Regine sin mirarlo mientras se sentaba a su lado, en el borde de la cama.

Carson sintió su pecho revolverse al ver que Regine no cambiaba de parecer. Era extraño ver lo mucho que había empezado a cambiar su señor. Antes se había preocupado por él cuando estaba herido, sí, pero nunca de una forma tan íntima. Aun así tampoco podía juzgarlo, él mismo se sentía diferente, como un impostor dentro de su propio cuerpo.

Regine desabrochó los botones de la camisa de pijama de Carson y le quitó la prenda con cuidado después de deshacerse de la sudadera que le había prestado. Tomó la toalla pequeña que había traído y la hundió en el agua, la escurrió y luego miró a Carson

—He calentado el agua, pero avísame si la sientes fría —murmuró antes de pasar con cuidado el trapo húmedo por el cuello del mayordomo.

Carson esperaba ver alguna reacción por parte de Regine al ver el estado de su propio cuerpo, lleno de cicatrices y feas heridas que curaban, pero si su señor pensó algo, lo disimuló a la perfección. Carson ni siquiera sabía qué era lo que había esperado, una parte de él sabía que era

ridículo creer que su señor se alejaría con asco al ver sus heridas y cicatrices, pero otra parte de él no sabía cómo sentirse al ver que no lo hacía. Era como si estuviera agradecido, pero al mismo tiempo sintiera que no merecía esos cuidados, no de Regine.

Regine notó la expresión en el rostro de Carson, sabiendo que su mayordomo siempre había sido experto en ocultar sus pensamientos, pero no tan habilidoso en ocultar el hecho de estar pensando en algo. Deslizó el trapo hacia abajo, ignorando su pecho y dirigiéndose directamente hacia su abdomen. Como esperaba, los ojos de Carson se posaron inmediatamente en él, abandonando lo que sea que estuviera ocupando su mente.

Regine entrecerró los ojos de forma sutil. Era consciente de que Carson tenía sus propios problemas, pero después de finalmente tenerlo de vuelta a su lado, de tenerlo frente a él… No quería que su mente divagara hacia lugares distintos al presente. Deseaba que estuviera allí, completamente presente, que tanto su cuerpo como su mente le pertenecieran únicamente a él. Fue entonces cuando se inclinó hacia adelante y posó sus labios en el centro del pecho de Carson.

El mayordomo dejó de respirar al presenciar a Regine inclinándose sobre él, su pulso latiendo de manera errática mientras sentía el contacto del beso en su piel. Durante unos segundos, se sumergió por completo en esa imagen, antes de que la realidad de su situación volviera a su mente. Su cuerpo no estaba en condiciones de hacer nada de eso.

—Señor… —intentó hablar.

—Cállate —respondió Regine, cortante.

Carson tragó saliva y observó en silencio como Regine deslizaba sus labios por su piel, acunando uno de sus pezones entre ellos. Un suspiro sofocado escapó de sus labios cuando la lengua húmeda de Regine recorrió la piel ahora erizada.

Su cuerpo parecía tener su propia voluntad, traicionándolo en ese momento y actuando como un ser separado, ajeno al dolor que recorría el resto de su ser. Carson notó cómo su entrepierna se endurecía bajo la suave tela de su pijama cuando el antebrazo de Regine pasó casualmente por encima mientras limpiaba el costado de su abdomen con la toalla. Si no conociera a Regine tan bien, podría pensar que aquellos roces eran intencionados, aunque… Esa faceta de él era una que aún estaba descubriendo.

Pero aun así no sabía qué pretendía Regine. Haría lo que fuera por él, pero la idea de estar como un muñeco inerte sin…

Un jadeo de sorpresa abandonó su garganta cuando los dientes del contrario mordieron su piel sensible.

—Deja de pensar —dijo Regine.

Carson se relamió los labios para decir algo, tal vez para disculparse, pero solo logró emitir un gruñido cuando la mano de Regine se deslizó repentinamente bajo su ropa interior y envolvió su miembro. Su pecho empezó a subir y bajar rápidamente ante la imagen frente a él: Regine sostenía su mirada, sus pupilas dilatadas, mientras descendía por su abdomen, dejando un rastro de besos húmedos a su paso. La mano del contrario se apretaba en su carne, estimulándolo y haciéndole más difícil respirar. Carson no podía hacer otra cosa que mirarlo, aunque todo su cuerpo vibraba con la necesidad de reaccionar, de devolver cada caricia.

Carson podía ver la lujuria en la mirada del contrario, pero aún no podía comprender por qué lo miraba como si fuera un manjar exquisito. También vio cómo pasaba la lengua por sus propios labios, humedeciéndolos, pero nada lo preparó para lo que vendría a continuación. Regine completó su recorrido y envolvió su miembro en el cálido abrazo de su boca. El mayordomo cerró los ojos, dejando caer la cabeza hacia atrás mientras una intensa corriente de placer se apoderaba de su cuerpo.

—Mghh…

Se oyó un gruñido bajo de placer, pero Carson no estuvo seguro de quién lo había emitido.

Se obligó a abrir los ojos para contemplar a su señor. Su estómago se contrajo, no solo por la exquisita sensación de la lengua firme de Regine recorriendo su miembro hasta la punta, sino también por la extraña mezcla de emociones al presenciar una escena tan íntima y descarada. Carson tragó saliva, una nueva ola de placer lo invadió al observar a Regine tan concentrado en su tarea. Sabía que era la primera vez que su señor hacía algo como eso y su inexperiencia al rozar de vez en cuando su piel con los dientes, no hacía más que calentarlo más.

Regine subió la mirada por unos segundos mientras movía su cabeza, asegurándose de que al mayordomo le gustaba eso. Cuando se fijó en la expresión necesitada de Carson, tomó su mano morena y la llevó a su cabello, dejando que lo acariciase. Él se centró en ajustar su lengua y sus labios un par de veces, buscando la mejor forma de complacerlo mientras disfrutaba de la forma en la que los dedos de Carson se hundían entre su pelo.

Eso no era algo con lo que había fantaseado, o algo con lo que se había permitido fantasear. Tampoco era lo más cómodo o placentero que había hecho, pero sentir el cuerpo del moreno tensarse y temblar debajo de él le traía nuevas formas de placer que de forma inesperada disfrutaba. Pasó con fuerza la lengua por la punta de su miembro, dejando que el sabor salado de su presemen inundase su boca.

El mayordomo empezó a sentir como su entrepierna se tensaba y apretó la mandíbula

intentando contenerse. Llevó su mano a la mejilla de su señor, debatiendo si detenerlo o no, pero Regine estaba… no parecía querer alejarse. Su respiración se agitó más de lo que estaba al darse cuenta de ello.

—¡Se…! ¡Regine!

Carson intentó avisarle, apartarlo, pero Regine no se movía, de hecho, ahora movía más rápido su mano y metió su miembro más profundo en su boca. El mayordomo quiso contenerse, pero al oír como Regine gemía en su miembro, no pudo hacer nada más que correrse.

Su vista se nubló mientras sostenía la mandíbula de Regine con su mano y llenaba su boca con su semilla. Cerró los ojos por unos segundos, sumergido en las ondas de placer que recorrían su cuerpo. Volvió a mirar a Regine al sentir que este se separaba y lo rodeó con ambos brazos cuando subió y lo besó. Sintió el ligero sabor de su semen en los labios del contrario, pero eso no hizo que el beso cambiase en lo más mínimo.

Cuando se separaron, Carson acarició la mejilla del contrario con la punta de su nariz hasta llegar a su yugular, donde dejó un suave beso.

—Regine… —murmuró su nombre, con la voz más grave y pesada que de costumbre. Amaba la forma en la que el nombre del contrario se deslizaba con tanta facilidad entre sus dientes.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó Regine, dejando que la mano de Carson acariciase su espalda baja.

—A usted… —murmuró el moreno, abrió un poco más los ojos al darse cuenta de lo que había dicho y quiso aclarar—: Quiero hacerle sentir bien —sintió una especie de déjà vu al pronunciar esas palabras.

El de ojos azules sostuvo su mirada por unos segundos antes de incorporarse sobre él, todavía sentado, y se quitó la sudadera. No se detuvo ahí y se deshizo de su camiseta también, dejándola caer a los pies de la cama antes de inclinarse sobre su mayordomo.

—Adelante —murmuró con voz pesada antes de cortar el espacio entre ambos y juntar de nuevo sus labios, esta vez prácticamente devorando los de Carson.

El mayordomo correspondió de la misma forma mientras bajaba sus manos hasta la cintura de Regine. Lo acercó más, suspirando al sentir finalmente el contacto que anhelaba y lo apretó más contra él, dejando que el bulto en los pantalones de su señor se presionase ahora con su erección. Tuvo que aguantar la respiración para evitar el gruñido de dolor que quiso escapar de su garganta. Las pastillas lo estaban ayudando, pero no hacían magia, aun así no quería detener a Regine, no quería separarlo.

Ambos gimieron entre el beso mientras este se profundizaba. Ahora sus lenguas se juntaban, la de Regine más dominante, intentando someter la de Carson. Su mayordomo le dejaba tomar todo lo que quisiera y él, a cambio, deslizaba la mano bajo el pantalón y la ropa interior de Regine. Acarició su longitud con la yema de sus dedos, sintiendo como su propio miembro volvía a llenarse de sangre y se endurecía para otra ronda. Ni siquiera sabía de dónde había salido la energía para ello.

Sintió y oyó a Regine buscar algo en la mesita de noche, pero cuando quiso mirar, Regine presionó más contra su boca, chocando sus dientes por accidente. Carson, entonces, se centró en bajar los pantalones de Regine, lo suficiente para poder liberar su miembro, pero en vez de tocarlo, sus manos se deslizaron a sus nalgas y apretó con una de sus manos la firme carne.

Cuando su señor se separó de sus labios, Carson lo miró algo aturdido, pero empezaba a acostumbrarse a sus bruscas maneras en el sexo, por lo que solo lo miró, pasando los ojos por su cuerpo ahora desnudo hasta los muslos.

—Dame tu mano —pidió Regine mientras se relamía los labios.

El mayordomo acercó su mano sin preguntas innecesarias. Tenía la mirada fija en los labios ahora rojizos y húmedos de Regine, pero bajó los ojos al sentir un líquido frío en sus dedos. Se fijó en la botella de lubricante que sostenía el contrario, su botella de lubricante. Al verla casi llena, se preguntó si Regine no la había usado durante ese mes, si había esperado para usarla solo con él.

Tragó saliva mientras lo miraba y no necesitó una segunda orden para deslizar sus dedos, ahora lubricados, entre las piernas de Regine, presionando con suavidad su entrada. Se deleitó al ver como Regine soltaba un suspiro y se quedaba quieto sobre él, aunque la mano de este ahora recorriese por su torso hasta sostenerse en su hombro.

Carson masajeó con cuidado la piel de su entrada, embarrando el interior de las nalgas de Regine por culpa de su temblor. Solo podía utilizar una de ellas y encima esta no dejaba de temblar, no le gustaba no poder darle a Regine más que eso y pensar en que era incluso un milagro que pudiera estar vivo en esos momentos no le ayudaba a calmarse. Quería ser útil, quería darle todo a Regine.

Sin embargo, su señor no parecía preocupado por ello mientras ponía una de sus manos sobre la de Carson y guiaba dos de sus dedos en su interior. De inmediato su entrada se apretó alrededor de estos y la respiración de Regine se agitó.

Carson se quedó completamente quieto, dejando que el contrario se acostumbrase a la intrusión, de la misma manera que lo había hecho la última vez. Aprovechó para acariciar con la

yema de los dedos el miembro de Regine, no podía envolverlo por culpa de la escayola, por lo que solo lo apretaba entre su pulgar y su índice.

Recibió una mirada curiosa por parte de Regine antes de que este volviera a guiar los dedos de Carson, dejando que los moviera dentro suyo, experimentando su nueva y disminuida movilidad. El moreno se sentía algo frustrado mientras intentaba llegar más profundo, tocar los lugares indicados.

—Carson, en… —Antes de poder terminar la frase, el mayordomo ya estaba presionando su próstata y Regine tuvo que morder su labio—. ¡M-Mgh!

El mayordomo apretó la mandíbula con fuerza cuando no solo Regine se presionó más contra sus dedos, sino que también apretó con fuerza su hombro. No pudo evitar el quejido que salió de su boca cuando una punzada de dolor lo recorrió desde su muñeca.

Regine se detuvo de inmediato, jadeando y mirándolo con preocupación a través de la lujuria que nublaba su vista.

—¿Estás bien? —Bajó la mirada por su cuerpo, esta vez fijándose en sus heridas, asegurándose de que todo estuviera en orden.

Carson sintió el impulso de cubrirse, no quería que lo viera de esa forma. Llevaba tanto tiempo esperando eso que el miedo lo inundaba ante la posibilidad de ser él mismo (o en este caso su cuerpo) el que alejase a Regine.

—Sí, no se preocupe —le murmuró rápido antes de atraerlo y volver a juntar sus labios para evitar que insistiera.

Regine correspondió al beso y se acercó más a él, pero notaba algo distinto a antes, ahora no se movía contra él, en cambio, sostenía con una mano la cabecera de la cama y la apretaba con fuerza, conteniéndose para no hacerle daño.

Carson se incorporó un poco más para poder llevar sus labios hasta el cuello de Regine. Cuando atrapó la piel entre sus dientes y succionó, pudo sentir en su propia piel el escalofrío que recorrió por el cuerpo de su señor. Empezó a embestir más rápido con sus dedos, asegurándose de frotar su punto sensible con cada movimiento y pronto vio como Regine metía su mano entre ambos para masturbarse contra él.

Los gruñidos de Regine cada vez eran más difíciles de esconder y sus jadeos no hacían más que aumentar. El de ojos azules lo miraba con intensidad, sus pupilas muy dilatadas mientras frotaba la punta de su miembro en el abdomen del moreno.

Carson deseaba acercarse y volver a besar a Regine, pero este último tenía otros planes. Inclinándose, mordió suavemente el cuello de Carson, succionando con firmeza para dejar una marca visible. Luego de separarse, tomó su mandíbula con suavidad y lo besó con firmeza, soltando gruñidos y gemidos entre sus labios mientras liberaba su semilla sobre el abdomen de Carson. Su cuerpo estaba completamente tenso al contenerse incluso entonces para no hacer otro mal movimiento que pudiera hacer daño al contrario.

A su vez, Carson respondió mordiendo y succionando el labio de Regine, permitiendo que el líquido caliente se deslizara por su abdomen mientras los gruñidos del otro resonaban en sus oídos. Amaba esos momentos íntimos, tener a Regine entre sus brazos y presenciar cómo sus defensas caían, permitiéndose sentir y entregarse. Aun así, estaba malditamente frustrado por no poder darle más.

Finalmente, Regine se separó del beso y jadeó, recuperándose de su orgasmo mientras observaba el rastro de su semen en el torso de Carson. Su mirada descendió hacia la erección de Carson, y aunque anhelaba continuar y unir sus cuerpos por completo, decidió darle tiempo a Carson para recuperarse. Ya había sido demasiada acción por un día.

Ambos se sumieron en un silencio incómodo, conscientes de que si las circunstancias fueran diferentes, no se habrían detenido en ese momento.

Carson sintió cómo la frustración se apoderaba de él, pesando en su pecho como una losa. Se quedó en silencio, con los ojos cerrados, dejando que su cabeza cayera en la almohada. Forzó una pequeña sonrisa, pero en su interior la insatisfacción crecía.

—Creo que será mejor usar la bañera —propuso Regine, rompiendo el silencio.

Carson asintió, sin decir una palabra. La idea de sumergirse en el agua caliente parecía tentadora, al menos podría ayudarle a relajarse, o eso esperaba.

Regine lo rodeó con un brazo y se recostó a su lado. Quiso decirle cuánto lo había extrañado, asegurarle que todo estaría bien, pero las palabras no encontraron salida. En su lugar, cerró los ojos y lo atrajo hacia sí, decidido a no soltarlo durante al menos los próximos treinta minutos. Quería estar allí para Carson y pelear contra lo que fuera que le estaba haciendo daño. Pero sabía por experiencia propia que los pensamientos eran el peor enemigo, uno del que no se podía huir.

Capítulo 19

18 años antes (Edad: 20 años)

Carson estaba terminando de acomodar un par de papeles dentro del archivo del despacho de Regine mientras observaba a través de la ventana cómo Mario jugaba en el jardín con sus padres.

Hannah perseguía a Mario mientras este corría para esconderse detrás de su padre. Los tiernos chillidos del pequeño resonaban por todo el jardín.

El moreno observó la escena por unos segundos antes de fijar sus ojos en el padre de la criatura. Regine sonreía y abrazaba a Mario antes de huir con él de Hannah, quien finalmente los atrapaba y los llenaba de besos.

Carson quería sonreír, pero sabía que toda la escena no era más que una ilusión. Hannah se esforzaba para animar a su marido, y Carson podía notar que este sonreía solo para contentarla y procurar que Mario no se preocupara. Debía ser difícil fingir que todo estaba bien cuando apenas una semana antes había sufrido una sobredosis.

Él, por su parte, no podía hacer mucho. Regine prácticamente huía de él en cuanto lo veía. Probablemente, no ayudaba que horas antes de la sobredosis casi hubieran… Carson suspiró, todavía sin entender qué había sucedido en los baños, pero eso ya no tenía importancia. Conocía demasiado bien a Regine como para darse cuenta de que lo estaba evitando por culpa. Era evidente cómo este se esforzaba en no mirarlo a los ojos cuando se veía obligado a interactuar con él.

Jamás lo juzgaría y realmente le dolía no poder estar ahí para Regine, pero tal vez lo que más necesitaba el joven era estar con su familia, no con un sirviente que resultaba haber sido su amigo años atrás. Carson debía olvidar todo eso, el pasado era pasado, y ahora su misión era servirle. Y si mantener distancia con él mejoraba su estado de ánimo, entonces eso es lo que haría.

De todos modos, Carson sabía que debía ocuparse de la raíz del problema.

Tomando el resumen en papel de los beneficios procedentes de las inversiones de ese mes, Carson se dirigió al despacho de Bernard. Esa solía ser una tarea que Regine hacía, y Carson solo le brindaba ayuda, pero ahora que Regine estaba tomando un breve descanso recomendado por el psiquiatra, le tocaba a él ocuparse de ello.

Al llegar, alzó la mano para llamar a la puerta, pero se detuvo al oír que había alguien más dentro. Se colocó a un lado de la puerta para esperar a que esa persona saliera y, aunque no era su intención, escuchó parte de la conversación.

—No vas a enredar a mi hijo en esto, Bernard —dijo una voz inusualmente ronca.

Carson reconoció de inmediato quién era por su voz: el señor Hafstain. Aunque nunca había tratado personalmente con él, había oído hablar lo suficiente sobre su papel en los asuntos más oscuros que Bernard manejaba. Cuando Hafstain aparecía, otras personas desaparecían. No le hacía falta indagar demasiado como para suponer que este era algo así como un sicario.

Intrigado, se preguntó de qué estarían hablando y cómo su hijo, Izan Hafstain, estaba involucrado en todo eso. Había visto al joven en contadas ocasiones, y apenas habían intercambiado más que unas pocas formalidades, por lo que no lo conocía más de lo que conocía a su padre.

—Hemos tenido esta conversación antes, no lo tomes como un ultimátum —respondió Bernard—. Nadie puede salir de este negocio, lo sabes bien.

—¿Para acabar como tu hijo? —preguntó Hafstain.

Carson pudo sentir la temperatura de esa habitación descender de forma drástica aun estando en el pasillo. Sabía que el ataque no iba contra su propia persona, pero su pecho se apretó de igual modo. Todo quedó en tal silencio que no supo si había imaginado la conversación, pero Bernard finalmente respondió:

—Veo que las noticias viajan rápido.

Hafstain continuó:

—Yo no me meto en tus asuntos familiares, no te metas en los míos.

Carson sintió un escalofrío recorriendo su espalda al escuchar ese tono desafiante. Recordó cómo Regine había hablado de manera similar a su padre en ocasiones pasadas, y la forma en la que había terminado.

—No quieres seguir por ese camino, Hafstain —dijo Bernard con la voz más grave, advirtiendo con firmeza—. No muerdas la mano de quien te da de comer.

—Lo mismo digo, Bernard —siseó el hombre, su tono lleno de tensión.

Carson, al escuchar unos pasos dirigirse hacia la salida, se incorporó rápidamente y fingió justo estar llegando. Sin embargo, notó que Hafstain ni siquiera lo miró mientras salía del despacho con el ceño fruncido. El moreno observó cómo el hombre desaparecía por el pasillo, manteniéndose atento y sin bajar la guardia.

Permaneció inmóvil en ese mismo lugar, indeciso sobre si era el momento adecuado para entrar al despacho. Su instinto le instó a esperar, y pronto, Bernard volvió a hablar, esta vez con su mayordomo.

—Dile a Regine que venga a verme más tarde.

Carson apretó la mandíbula, frustrado por la certeza de que Regine tendría que enfrentar las consecuencias de algo que ni siquiera había hecho. Bernard no buscaba al culpable, sino a quién cargarle la culpa, y por alguna extraña razón, disfrutaba descargando toda su ira en Regine. El mayordomo sabía que para Bernard era una forma de demostrar su poder, de doblegar a la única persona que se atrevía a alzarse en su contra. Cualquier pretexto era suficiente para él, y en esta ocasión, aprovecharía la más mínima excusa para acusar a Regine de manchar la reputación de la familia.

La imagen de Regine forzando una sonrisa en el jardín minutos antes se le presentó en la mente, y Carson apretó los puños con impotencia. Su pecho ardía con dolor al pensar en que ese monstruo continuara torturando no solo a Regine, sino a todos los que lo rodeaban. Ni siquiera la sobredosis de su propio hijo había despertado una pizca de empatía en Bernard.

Sabía que Bernard iba a continuar haciendo pagar a Regine hasta que no quedase nada de él.

Carson tomó su decisión antes de alejarse de ahí, yendo por el mismo pasillo por el que el padre de Izan se había ido. Lucharía por Regine, aunque eso significara enfrentarse al hombre que tenía el destino de todos en sus manos.

Actualidad

—Vamos Carson, un paso a la vez —lo animaba la fisioterapeuta.

Pero Carson, en vez de centrarse en llegar al final de las barras de marcha, no podía evitar desviar la mirada hacia Regine, quien llevaba pegado a su teléfono desde la última semana atendiendo llamada tras llamada.

El moreno le había sugerido ayudarle a responderlas, pues eso había sido parte de su trabajo durante todos esos años, pero Regine se negaba o delegaba la tarea a otra persona. No era capaz de decirlo en voz alta, porque sabía que esa actitud mostraba una genuina preocupación por parte de Regine, pero no hacer nada lo estaba matando poco a poco. Todos le insistían en solo centrarse en su recuperación, ¿pero eso en qué iba a ayudar a los demás? Necesitaba ser productivo, volver a su trabajo, aunque fueran solo pequeñas tareas como responder llamadas u organizar la agenda de Regine.

Bajó la mirada hacia ambas barras paralelas de las que se sostenía. Hacía relativamente poco que le habían quitado la escayola del brazo, por lo que ahora se estaban centrando en recuperar la movilidad en sus piernas. Lo que más le había afectado, aparte de las lesiones en sí, era haber estado en coma durante un mes; todos sus músculos estaban débiles a pesar de estar recuperándose de las lesiones.

Dio un paso inseguro hacia delante cuando la fisioterapeuta lo volvió a llamar. Suspiró, sintiendo la frustración y la ansiedad mezclarse en su interior. Se preguntaba si alguna vez volvería a ser la persona activa y enérgica que solía ser. Los recuerdos de su vida anterior contrastaban con la realidad presente de sus músculos débiles y su cuerpo limitado. Por lo menos eran los únicos en el centro de rehabilitación, así nadie más podía ver en lo que se había convertido.

Todos habían alabado siempre su fuerza de voluntad, su capacidad de mantenerse en pie a pesar de todos los golpes que acababa recibiendo a diario. Sin embargo, ahora con sus piernas temblorosas no se sentía para nada como alguien resiliente y capaz.

Se negaba a darse por vencido, pero cada vez era más difícil seguir hacia delante. Tal vez solo necesitaba un descanso, breve, solo cerrar los ojos por un momento y…

—Carson, ven.

El mayordomo levantó de golpe la mirada y vio a Regine de pie al final de las barras paralelas. Pasó la mirada sobre él con rapidez, preguntándose en qué momento había caminado hasta ahí, cualquier llamada que había estado atendiendo parecía haber finalizado.

Su cuerpo reaccionó por instinto, Carson dio un paso inseguro hacia delante. Aunque sus piernas temblaban ligeramente, su voluntad de complacer a Regine era más fuerte. Siempre había cumplido los deseos de Regine, por imposible que fuera.

Se obligó a dar otro paso más, jadeando por el dolor que recorría su cuerpo al tener que sostener todo su peso en sus débiles extremidades. Durante el siguiente paso, cayó sobre una de sus rodillas, su cuerpo colapsando. Pero pudo ver como Regine impedía que la fisioterapeuta se acercase a él para ayudarlo.

La fisioterapeuta miraba confundida la forma en la que las miradas de Regine y Carson se conectaban, casi parecían estar hablando entre sí por telepatía. El ambiente se hacía cada vez más pesado, pero finalmente Carson se puso en pie nuevamente. Lo único que se oía en la sala eran los gruñidos de esfuerzo que Carson hacía en cada paso.

El cuerpo del moreno temblaba por completo a menos de un metro del de Regine, pero el de ojos azules no se movía, esperando a que el moreno llegase hasta el final. Carson obligó a sus piernas a moverse. Dejó sus preocupaciones atrás con cada paso, solo dejando en su mente el siguiente paso que debía dar.

Volvió a colapsar al llegar al final, pero esta vez Regine sostuvo su cuerpo, evitando que cayera al suelo.

—Es suficiente por hoy —dijo Regine mientras llevaba a Carson hasta la silla de ruedas.

La fisioterapeuta pareció querer objetar, pero decidió guardar silencio, consciente de la reputación de Regine.

Carson recuperó el aliento una vez que se encontró finalmente en la silla de ruedas, pero mientras Regine lo llevaba al vestuario, no se sintió mejor. Por alguna razón, no percibía aquello como un logro, sino más bien como un recordatorio de lo que sería a partir de ese momento. “Es suficiente”, eso es lo que había dicho Regine. Cinco estúpidos pasos eran todo lo que podía aspirar ahora.

Y aunque quería insistir en que podía hacer más, prefirió quedarse en silencio, porque daba igual si podía o no, Regine no cambiaría su opinión por cinco pasos más que diera.

Empujando la silla, Regine condujo a Carson hasta el vestuario, una pequeña y limpia habitación de estilo moderno. Colocó la silla de ruedas junto a uno de los bancos de madera

donde Carson había dejado su bolsa de deporte tres cuartos de hora antes y le ofreció una de las botellas de agua que habían llevado. Observó al moreno en silencio mientras este bebía.

Nunca había reflexionado sobre esto, pues jamás se había en una situación similar, pero cuidar a Carson le producía una extraña sensación de… bienestar. No era que le excitase verlo vulnerable, sino que más bien era una especie de nostalgia que evocaba tiempos pasados en los que había cuidado de su amigo. Quizás, poder cuidar a alguien que siempre había sido impecable, le hacía sentir más fuerte de lo que realmente era.

Regine dio un paso más hacia él y acarició su mejilla con delicadeza. Carson pareció abandonar sus pensamientos para elevar la mirada hacia él. Regine le ofreció una suave sonrisa, y el moreno lo interpretó como una invitación para cerrar los ojos y presionar su mejilla contra su mano.

Regine no pudo resistir el impulso de cerrar la distancia entre ambos y rodearlo con los brazos. Le relajó sentir como Carson apoyaba la cabeza contra su abdomen y subía los brazos hasta su espalda baja para abrazarlo.

Había olvidado lo reconfortante que podía ser abrazar a otra persona, especialmente a Carson. Consideró hacerlo más seguido, ya que parecía que Carson parecía disfrutarlo también. Hundió los dedos en el cabello del moreno y jugó con sus rizos, disfrutando de la sensación de que no estuvieran controlados con gel como de costumbre.

Estuvo unos minutos dándole caricias hasta que finalmente se separó, consciente de la hora que era.

—Pasaremos por la mansión para dejarte ahí, yo estaré fuera un par de horas —informó Regine.

Carson sintió cómo toda la calma que había conseguido gracias al abrazo se desvanecía.

—¿Dónde va? —Las palabras sonaron extrañas, incluso para él. Durante toda su vida, siempre había estado al tanto de cada paso que daba Regine, y el no saberlo ahora hacía que le picase la piel.

—¿Recuerdas a Scott? —preguntó Regine mientras ayudaba a Carson a cambiarse la camiseta por una limpia.

Carson asintió.

—Él fue quien descubrió donde estabas.

El mayordomo se quedó en silencio por unos segundos. Recordaba perfectamente a Scott, el policía que había estado pegado a Andrew el día que fueron a visitarlo para… Reprimió un suspiro, sin querer rememorar los recuerdos que se agolpaban en su mente.

—¿Qué va a hacer con él?

—No me gusta estar en deuda —respondió—. Dejaré que nos ayude a atrapar a Birkbeck.

Carson reprimió el feo sentimiento que oprimió su pecho. ¿Ya había hecho planes para atrapar al ministro? ¿Por eso había estado toda la semana atendiendo llamadas? ¿Por qué no le había dicho nada?

Un fuerte ardor empezó a subir desde su estómago a su garganta ante una nueva pregunta.

¿Ya no soy útil?

—Puedo ir con usted —se apresuró a decir Carson.

—El doctor dijo que todavía debes mantener reposo y no hacer esfuerzo innecesario —se negó Regine.

Ya no me necesita.

—Regine.

Los ojos del nombrado se elevaron de golpe hacia el moreno, reflejando sorpresa en igual medida que la que Carson sentía al pronunciar su nombre.

Carson se forzó a tragar la disculpa que quería salir de su boca.

—Por favor, puedo hacerlo —le pidió, desviando la mirada.

Regine sintió su estómago tensarse al ver la necesidad en los ojos de Carson. No entendía por qué el mayordomo era incapaz de quedarse quieto, mucho menos el porqué quería volver a un trabajo estresante.

Había decidido no enfrentarlo sobre el tema, pero cuando Carson había estado inconsciente, pudo ver su historial médico al completo. Había podido ver como el estrés diario había estado afectando a su salud desde hacía años. Le dolía que el moreno hubiera decidido no decirle nada

al respecto y mantenerlo en secreto. Por ello, había decidido no someterlo a mayor estrés mientras se recuperaba, pero Carson, aunque parecía agradecer sus esfuerzos, no se veía contento al respecto.

Regine prefería que Carson se quedase en la mansión, concentrado en alguna lectura que le gustase o simplemente pasando el tiempo con algún otro hobbie. En ese aspecto, le recordaba mucho a Hannah. Era incapaz de quedarse quieta, siempre estaba de un lado a otro, a veces arrastrando a Regine a sus planes alocados y él no hacía nada para impedirlo, sabiendo que eso era algo que necesitaba Hannah para vivir.

Quizás en el caso de Carson era algo similar y estaba tan acostumbrado a trabajar que ahora le costaba acostumbrarse a algo que no fuera eso. Regine pensó que tal vez con pequeñas tareas, mantendría al mayordomo lo suficientemente ocupado. Que le acompañase a hablar con un policía no le haría daño.

—Vamos, te contaré los detalles de camino —accedió antes de ayudarle a ponerse el resto de ropa e ir con él al vehículo.

Regine bajó del vehículo y lo rodeó, esperando frente a la puerta de Carson mientras el chofer sacaba la silla de ruedas. Luego, ayudó a Carson a subir a esta y se dirigió con él a un bloque de apartamentos con mal aspecto.

Las paredes amarillas del edificio estaban manchadas, cubiertas de graffitis y la pintura se despegaba en varios lugares. Regine caminó entre los niños que jugaban en medio de la calle con un viejo balón desgastado. Las ropas de los niños también se veían desgastadas y en mal estado, mientras que el balón lucía más viejo y usado que sus propios zapatos.

A diferencia de otros barrios más acomodados, donde la gente evitaba cruzarse con Regine, ahí lo miraban con curiosidad y asombro, desconcertados de ver a un hombre como él en ese entorno.

No se detuvieron hasta llegar a un bloque de apartamentos de tres plantas. Una mujer que salía con su hijo, sostuvo la puerta para que pudieran pasar, sin hacer preguntas, pero sus ojos recorrieron con curiosidad la apariencia y vestimenta de Regine, preguntándose, al igual que el resto de los vecinos, qué hacía ese hombre ahí.

Regine simplemente le asintió con la cabeza, agradeciendo el gesto, antes de seguir su camino. Siguieron avanzando por un largo y estrecho pasillo hasta llegar a una puerta con el número dos escrito en ella. Regine llamó al timbre y esperó.

La puerta se abrió después de unos segundos, y Scott asomó la cabeza por ella. Su apariencia se veía más relajada sin el uniforme, lucía unos pantalones deportivos y una camiseta desgastada.

—Ya le he dicho que no necesito su din… —se detuvo abruptamente al ver a Carson junto a Regine—. Buenas tardes, me alegra ver que se está recuperando —saludó Scott, ofreciendo una breve sonrisa a Carson, quien solo asintió en respuesta—. ¿Qué están haciendo aquí?

—¿Quieres atrapar criminales, verdad? —dijo Regine.

Antes de que Scott pudiera responder, Regine ya estaba empujando la silla de Carson al interior del apartamento.

Todo el pequeño lugar estaba ordenado y limpio, excepto por la mesa del comedor, que estaba cubierta de periódicos que hablaban sobre una inminente anarquía y especulaciones sobre un golpe de estado. Scott se apresuró a cerrar la puerta y apartar los papeles de la mesa.

—Sigo sin entender —dijo Scott mientras ofrecía un asiento a Regine—. Va a tener que ser más claro conmigo.

Regine acomodó la silla de ruedas de Carson a su lado antes de sentarse y mirar al policía.

—¿Qué diría si le ofrezco al hombre más buscado en bandeja? —se inclinó hacia delante, apoyando los antebrazos sobre la mesa, y tomó uno de los periódicos con la cara del ministro de defensa en primera página, deslizándolo hacia el policía—. Conozco un lugar donde no solo lo encontrará a él, sino también a muchos de sus asociados.

Una pequeña sonrisa se formó en los labios de Regine, sabiendo que estaba tentando al policía como a un niño con dulces.

—¿Qué quiere a cambio? —preguntó Scott con cautela, consciente de que nada en la vida era gratis.

—Que no vuelva a ver la luz del día —concretó Regine, su mirada sombría reflejando la seriedad de su propuesta—. No quiero que entre en una prisión donde acomoden todo para él. Quiero que lo meta en el hoyo más profundo, donde pase el resto de su vidas en soledad.

Carson asintió en silencio. Él también deseaba que el ministro de defensa pagara por sus acciones y que nunca más representara una amenaza para ellos. Sabía que un lugar así jamás se podría igualar a todo el sufrimiento que les había causado, pero era hora de dejar de juzgar a las personas con la misma severidad de sus acciones, buscando siempre la mayor justicia.

Tal vez era hora de dejar ir la ira. Tal vez era el momento de liberarse, no necesariamente perdonando, pero sí soltando todo el peso del pasado y finalmente avanzar hacia adelante. Tal vez era hora de seguir adelante con sus vidas, sin permitir que esta dependiera de aquellos que no tenían importancia en su futuro.

Scott sopesó las palabras de Regine con seriedad, sabiendo que esta era una oportunidad única. Por un lado, anhelaba llevar ante la justicia a alguien como el ministro, también sabía que eso más que proyectaría su carrera. Por otro lado, entendía que tanto el costo como el riesgo serían altos. Pero, no arriesgarse, no formaba parte de su vocabulario. ¿Cómo iba a negarse ante un caso así?

El policía dejó ver una sonrisa que revelaba una de sus paletas torcidas.

—¿Prefiere café o té? —preguntó.

Regine sonrió de vuelta.

—Dos tés, uno con extra de azúcar.

Capítulo 20

Actualidad

Carson avanzaba por el pasillo en su silla de ruedas, mientras reflexionaba sobre los acontecimientos recientes. Esa mañana, había despertado solo en la cama, algo a lo que se había desacostumbrado después de dormir junto a Regine por varias semanas. Por lo general, disfrutaba observar a Regine mientras dormía y acurrucarlo en él cuando sentía que este estaba teniendo alguna pesadilla. Pero esa mañana parecía haberse quedado dormido hasta tarde, porque la luz del sol lo despertó y, al buscar a Regine a su lado, solo encontró una nota de papel sobre la mesita de noche que decía: ‘‘He salido a correr. No me esperes para desayunar.’’

Después de la conversación que habían tenido con Scott la semana pasada, había pensado que finalmente tendría algo en lo que concentrarse, algo que mantuviera su mente ocupada y le brindara un propósito. Imaginaba que elaborar un plan sólido lo distraería lo suficiente del resto de cosas que pasaban por su cabeza, incluso si se limitaba a atender llamadas o gestionar una agenda. Sin embargo, la realidad había sido muy diferente. Tan pronto como habían esbozado el plan general, Regine comenzó a alejarlo gradualmente de él, tratando de que este no se diera cuenta. Carson no pudo evitar notarlo, especialmente cuando Regine evitaba sus preguntas con evasivas.

Y no es que Carson odiara o menospreciara a Scott en absoluto. El joven parecía estar profundamente comprometido con el plan. Sin embargo, carecía de la amplia experiencia que Carson había acumulado en asuntos de ese tipo a lo largo de los años. Aunque había profesionales involucrados que se encargarían de que todo saliera según lo planeado, Carson no podía evitar sentirse desplazado. Incluso un novato como el policía parecía estar en posición de ocupar su lugar.

Cuando los demás preguntaban cómo se sentía, Carson repetía una y otra vez que estaba bien, refiriéndose a sus heridas físicas, las emocionales… Eso ya era otra historia. No solo Regine lo estaba alejando, sino que él mismo también se estaba distanciando de cualquiera que intentara acercarse. Aunque había compartido tanto tiempo con los demás sirvientes que se habían convertido en una familia para él, no podía soportar las miradas llenas de lástima que le dirigían.

Había intentado realizar pequeñas tareas, y aunque al principio le costaba, estaba mejorando.

El problema era que nunca podía hacerlo lo suficientemente rápido o perfecto, y los demás siempre intervenían, volviendo a preguntar si estaba bien. No lo estaba, y el trato como si fuera un niño incapaz de hacer algo sin supervisión solo empeoraba las cosas. A pesar de sus heridas, Carson estaba decidido a seguir adelante con su vida. El mundo no iba a detenerse por él, y no quería quedarse atrás. Por lo que solo quería olvidarse de lo que había sucedido, aunque fuera por unos minutos, en vez de que todos se lo recordasen constantemente.

Carson sentía la urgencia de hablar con alguien y tenía en mente a la persona perfecta, pero no conseguía encontrarla por ningún lado.

Giró la silla de ruedas por uno de los pasillos, agradeciendo internamente que Regine hubiera ordenado la construcción de rampas para sortear los pequeños escalones que se interponían en su camino. Sin embargo, eso no reducía el gran tamaño de la mansión. Aun con las rampas, tardaba demasiado en ir de un sitio a otro y la cantidad de veces que tenía que rechazar la ayuda de los demás era exagerada.

No era alguien caprichoso, pero que Regine le hubiera dado una silla manual en vez de una eléctrica le hacía pensar que era una forma retorcida de volverlo un poco más dependiente. Sabía que su señor necesitaba el control.

De repente, unas voces provenientes de la sala médica llamaron su atención, haciendo que detuviera su silla y diera media vuelta para asegurarse de que todo estuviera en orden. Al asomarse por la puerta, vio a Jackson recostado en una camilla, sin pantalones, mientras el doctor Hafstain examinaba la herida de bala en su muslo. El joven tenía una expresión avergonzada en su rostro mientras se dejaba revisar. Cuando escuchó el sonido de la silla de Carson, levantó la mirada, y sus ojos brillaron con alivio.

—Carson… ¡Ah! —exclamó Jackson con un gemido de dolor al intentar moverse.

El doctor Izan Hafstain levantó la mirada hacia Jackson y arqueó una ceja.

—¿Mi mejor paciente, eh? —comentó con ironía mientras se despojaba de los guantes de látex y los arrojaba a una papelera antes de ponerse en pie.

Carson se acercó a ambos con su silla y saludó con un gesto educado.

—Jackson, doctor Hafstain —dijo Carson con una sonrisa suave—. ¿Cómo va su recuperación? —preguntó mientras observaba cómo el joven se apresuraba a volver a ponerse los pantalones.

—Estoy mucho mejor —afirmó Jackson poniéndose en pie.

Izan colocó una mano sobre su hombro y lo empujó hacia abajo para obligarlo a sentarse de nuevo.

—Utiliza las muletas —le indicó, luego miró al mayordomo—. Está sanando correctamente, pero si quería competir en las olimpiadas tendrá que renunciar a ese sueño —bromeó con una pequeña sonrisa. Luego, inspeccionó a Carson con la mirada—. ¿Quiere que le eche un vistazo ahora que estoy aquí?

Carson negó con la cabeza.

—No es necesario, estoy buscando a Rosa.

—Salió con Marlon al jardín hace un rato; creo que fueron en dirección a la capilla —contestó el joven mientras se ponía en pie, esta vez ayudado por sus muletas.

—Gracias. ¿Necesitan algo? —preguntó Carson.

Izan dio un paso hacia el frente.

—¿Cuándo estará Karpovich disponible? Necesito hablar con él.

A él le gustaría saber lo mismo.

—Ha salido, pero no tardará en volver —informó—. Puede esperarlo en su despacho. Le avisaré en cuanto llegue.

Izan asintió en agradecimiento, y Carson salió del lugar, dirigiéndose por el pasillo hacia la salida trasera que conducía al jardín.

“Le avisaré en cuanto llegue”, repitió Carson en su mente en tono de burla. No tenía ni idea de cuándo exactamente regresaría Regine. Se sentía como una versión fallida de un mayordomo, no como uno auténtico. Como si se aferrara desesperadamente a los vestigios de lo que una vez fue. Odiaba experimentar esa sensación, últimamente odiaba sentir. Estaba harto de autocompadecerse, de luchar de forma incansable contra esos sentimientos y terminar sintiéndose peor debido a la futilidad de sus esfuerzos. Su mente parecía un torbellino de contradicciones y paradojas sin solución.

Carson se detuvo cuando algo llamó su atención. Estaba frente a un gran cuadro que había visto mil veces, pero algo le hizo detenerse para volver a observarlo. En la pintura, Regine sostenía a Mario en sus brazos junto a su difunta esposa. Normalmente, se centraba en el rostro

de Regine en la imagen, pero esta vez sus ojos se posaron en Hannah. Se preguntó cómo hubieran sido las cosas si el cáncer no se la hubiera llevado. Sabía que Regine valoraba enormemente a Hannah; cuando ella falleció, Carson pudo ver cómo su amigo se replegó en sí mismo. Nunca estuvo seguro de si Regine había sentido amor romántico por ella, pero tenía claro que ella había sido un gran apoyo y que le había dado fuerzas para seguir adelante en momentos en los que Carson no pudo hacerlo.

El mayordomo se giró al oír unos pasos a su espalda y vio a Regine acercándose desde el pasillo. Su cabello estaba despeinado y ligeramente húmedo por el sudor, vistiendo un chándal negro y sosteniendo una botella de agua en la mano. Normalmente, era Carson quien se encargaba de llevar la botella mientras corrían juntos.

Su señor se detuvo al lado de Carson, observando el mismo cuadro que él. El mayordomo devolvió la mirada a la pintura justo cuando oyó a su señor hablar:

—Mario era un niño muy alegre —dijo Regine con un deje de nostalgia.

—Sigue teniendo esa energía —contestó Carson.

Por lo que sabía, a través de otras personas y de algunos mensajes que intercambió con Mario, su relación había mejorado un poco. Le sorprendía el cambio repentino en su relación padre-hijo, pero daba igual la razón, se alegraba de que estuvieran volviendo a construir lo que tenían antes de que las cosas se torcieran entre ambos.

—… ¿Crees que le molestaría vernos ahora?

La pregunta sorprendió a Carson y se giró para mirar a Regine. Se quedó completamente en silencio, intuyendo que no seguía hablando de Mario. Posó sus ojos en la imagen pintada de Hannah. Regine no solía hablar sobre ella, salvo en algunas ocasiones puntuales, normalmente solo como una mención rápida, pero sabía que aun así había sido una persona importante en su vida.

¿Le molestaría que ellos dos estuvieran juntos si pudiera verlos? Carson no sabía la respuesta. Nunca fue muy cercano a esa mujer. Hannah siempre fue muy agradable con él y Carson intentó mostrarse igual con ella, pero más allá de un trato cordial, nunca fueron ‘‘amigos’’. Y aun con eso, ella llamó a Carson para que la acompañara en sus últimos días con vida, pidiéndole que cumpliera uno de sus últimos deseos. Puede que no la conociera tanto como Regine lo hizo, pero había algo que sabía con total seguridad:

—Ella quería que usted fuera feliz —le respondió—. Y eso fue lo que le prometí.

Carson sabía que era demasiado optimista esperar que Regine confirmase sus palabras, pero en

una muy oculta parte de su interior, el mayordomo deseaba oírle asentir, que le dijera que era algo que podía cumplir o que ya había cumplido, que su presencia le provocaba al menos algo positivo, que todos esos años de sacrificio no habían sido para nada. No le importaba lo pequeño que fuera, solo con un gramo de felicidad se conformaría. Sin embargo, Regine no dijo nada sobre ello:

—Era demasiado buena para este tipo de mundo —dijo después de unos segundos.

Carson se tragó el ardor que subió por su garganta y simplemente asintió.

Estaba feliz de que Regine hubiera podido pasar tiempo con una persona que le hizo tan bien, pero no podía evitar sentir celos bajo toda esa felicidad. Secretamente, añoraba ser él el que estuviera a su lado en ese cuadro. Al fin y al cabo, él era el que se había quedado a su lado, el que siempre había luchado por él.

—Iré a ducharme —Regine rompió el silencio pesado mientras se separaba.

—El doctor Hafstain desea hablar con usted, le dije que esperase en su despacho —se apresuró a decir Carson.

El de ojos azules lo observó en silencio un par de segundos como si quisiera decir algo, pero al final solo asintió con la cabeza antes de seguir con su camino, desapareciendo por el pasillo.

Carson se quedó en silencio en medio del pasillo, con la mirada fija en el lugar por el que Regine se había ido, sintiendo un gran agujero formándose en su pecho. La forma en la que Regine se abría con él para luego cerrarse completamente no tenía ningún sentido. La ocasión en la que Regine había limpiado su cuerpo no había sido horrible, o al menos eso le había gustado pensar para no preocuparse de manera excesiva, pero desde entonces Regine no se permitía tocarlo, como si tuviera miedo de hacerle daño. Sabía que no era su culpa directa, pero sentía que era a causa de su débil cuerpo que las cosas entre ambos estaban cayendo en picado y no podía hacer nada al respecto. No tenía trabajo, no tenía su compañía y ni siquiera tenía un futuro. No tenía nada que hacer, nada por lo que esforzarse o sentirse valioso.

Apretando la mandíbula, resumió su camino, moviéndose más rápido hasta que los músculos de sus brazos le suplicaron por un descanso, pero no se detuvo mientras cruzaba el camino de piedra del exterior y llegaba a la pequeña pero elegante capilla.

Un largo pasillo de piedra se extendía desde la entrada hasta la estatua de una Virgen de mármol, que presidía la capilla con una mirada serena. La capilla, con techos altos y vitrales coloridos que dejaban pasar la luz del sol del mediodía, era un lugar tranquilo y fresco. Las paredes estaban decoradas con pinturas religiosas al óleo, de hace más de tres siglos, y el suelo de piedra estaba impecablemente limpio. El aroma del incienso flotaba en el aire, creando una

atmósfera casi mística. Esa capilla era el único lugar de la mansión donde uno podía descansar de la velocidad de todas las tareas y responsabilidades.

Carson entró por la puerta y localizó a Rosa en la primera fila. Marlon estaba sentado a unos metros de ella en el suelo, entreteniendo a Nero, el gatito que habían adoptado. Afortunadamente, el felino parecía estar recuperándose de sus heridas. Le alegraba ver que otro estaba mejorando.

El mayordomo respiró hondo antes de acercarse, cruzando por el largo pasillo entre los bancos de piedra.

—Hacía tiempo que no venía aquí —comentó Carson.

Rosa soltó una suave risa sin mirarlo.

—No creas que he venido a rezar. Fuera hay demasiado ruido y sol, ya he usado dos de mis pañuelos de tela para secarme el sudor.

—Me aseguraré de volver cuando empiece el verano, entonces —bromeó también Carson mientras colocaba su silla al lado de Rosa.

Observó en silencio la estatua de mármol frente a ellos: la Virgen llorando con una masa entre las manos. Carson recordaba que cuando eran pequeños, Regine y él hacían apuestas, intentando descubrir qué se suponía que era esa masa. Carson le decía que seguramente solo se habían olvidado de terminar de pulir esa parte, pero Regine se quedaba horas observando en silencio, apareciendo con una nueva teoría cada semana.

Cuando creció, el mayordomo investigó en su tiempo libre sobre la estatua y descubrió que era una simple tela envuelta. Habían estado dándole mil vueltas con Regine, pero la solución era mil veces más sencilla de lo que habían pensado. Aun así, nunca se lo dijo al de ojos azules, ya que siempre le había gustado oír las historias que este imaginaba.

—¿Y bien? —preguntó Rosa mientras miraba a Marlon jugar alrededor de la estatua. Podía percibir que algo no iba bien.

Carson dudó durante unos segundos antes de hablar:

—¿Alguna vez se ha sentido como si nada de lo que hace es suficiente? —comenzó, con la mirada fija en el suelo—. ¿Como si pudiera ser reemplazado en cualquier momento?

—Carson, si esto es por tu recuperación, sabes que mejorarás con el tiempo —intentó

animarlo.

El mayordomo negó con la cabeza.

—Nunca voy a ser igual que antes, Rosa —la miró—. Sonará alocado, pero ser mayordomo no es solo un trabajo, es mi propósito, es lo que me ha ayudado a seguir adelante todos estos años. Puede ser estresante, puede ser difícil y puede ser algo que te acabe consumiendo por completo, pero me gusta. Me gusta tener la posibilidad de alcanzar la excelencia, me gusta poder hacer el camino más sencillo para los demás, aunque solo se ahorren un segundo. Me gusta sentir que mis acciones tienen valor en la vida de los demás. Y estoy orgulloso de que la mansión siga funcionando sin mí, pero yo no puedo funcionar sin ella. —se quedó unos segundos en silencio antes de añadir—: No puedo funcionar sin él…

Rosa tomó con cuidado la mano temblorosa de Carson y la acarició con suavidad.

—Carson, sabes que no soy la persona a la que le deberías de estar diciendo esto —respondió.

—Lo sé… —Carson echó la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados y suspiró—. No consigo encontrar el momento correcto para hablar y ahora que solo me está alejando es mucho más difícil.

—No existe el momento perfecto, pero sí el momento en el que es demasiado tarde.

Carson la miró y Rosa prosiguió:

—Cielo… Cuando estuviste en el hospital, Regine no puso un pie aquí, se quedó a tu lado. Cuando llegaste te llevó directamente a la habitación y no dejó que nadie entrase, encargándose él de cuidarte durante un mes entero —sonrió—. No vas a curar de un día para otro y tal vez no seas igual que antes, eso es cierto. Pero este no es el fin, Carson. Y creo que en vez de preguntarte si los demás te necesitan o no, deberías preguntarse si los demás te quieren a su lado. —Rosa apretó con suavidad la mano de Carson—. Yo te quiero aquí y, no quiero hablar por otra persona, pero estoy segura de que el resto también. Somos una familia, Carson. Y sobre Regine… —se encogió de hombros—. Que haya dejado todo de lado para cuidarte, creo que indica algo. Habla con él, apreciará tu sinceridad.

Carson se quedó en silencio, sopesando las palabras de Rosa. Tenía razón, eran una familia. Debería abrir su mente ahora que tenía la oportunidad y probar cosas nuevas. Todavía se sentía perdido al no saber cuáles eran sus probabilidades reales de volver a su trabajo, pero le tranquilizaba un poco saber que, pasara lo que pasara, no estaría totalmente solo.

Casi se sentía erróneo pensar en que Regine lo ‘‘quisiera’’, pero intentó darle una oportunidad en sus pensamientos. Claramente, algo estaba pasando entre los dos y no iba a negar que tal vez

sí hubiera habido algo como una especie de cariño cuando eran jóvenes, pero todos los años posteriores a ese evento Regine solo lo había tratado como un sirviente, a veces incluso como un amigo. ¿Si de verdad lo quisiera, no hubiera hecho un movimiento antes? Era pura fantasía creer que su señor hubiera desarrollado sentimientos por él de un día para otro. Pero de nuevo, ¿entonces qué era lo que había cambiado?

Tal vez la solución era mucho más sencilla de lo que podía ver. Tal vez era como la tela de esa estatua de la que siempre habían intentado ver más de lo que había, negándose a considerar que algo significativo pudiera ser algo simple.

Su teléfono vibró en el bolsillo de su pantalón de chándal. Seguía sintiéndose extraño llevando ese tipo de prendas, pero era más práctico, ya que no podía ponerse el uniforme solo. Tomó el aparato y vio el mensaje que Regine acababa de mandarle.

Carson esbozó una suave sonrisa al ver la fotografía del campo al lado de la mansión en el amanecer. Supuso que Regine había tomado la foto cuando había salido a correr. Era un gesto no muy habitual, por lo que Carson quiso responder algo para animarlo a seguir tomando esas fotografías, pero cuando iba a responder, otro mensaje le llegó y su sonrisa se desvaneció.

‘‘Voy a salir por unas horas, asegúrate de descansar.’’

Carson utilizó la mano que no le temblaba para responder.

‘‘Señor, espéreme. Iré con usted.’’

El mayordomo se quedó en silencio, viendo el ‘‘escribiendo’’ en la pantalla, luego desapareció sin ningún otro mensaje. Carson frunció ligeramente el ceño, confundido. ¿Regine lo estaba ignorando de nuevo?

A qué se suponía que estaban jugando. ¿Regine se preocupaba por él al punto de ignorarlo completamente? Eso tenía ninguna clase de sentido. Estaba cansado de que el hombre le lanzase mensajes contradictorios. ¿Cómo se suponía que debía reaccionar a ello? Con el paso de los años y la experiencia, había aprendido a reconocer cuando tirar de la cuerda y cuando aflojar, pero ahora sentía como si la cuerda se hubiera transformado en una serpiente que no dejaba de retorcerse aleatoriamente. Tal vez solo debería tomarla por la cabeza y soltar su cola…

—Cuide de Marlon, debo hacer algo —le dijo a Rosa antes de darse la vuelta con la silla y salir de ahí rápidamente.

La mujer solo sonrió.

Si algo era cierto en lo que le había dicho Rosa es que no era a ella a la que debía hablarle.

Recordaba a su madre cuando era pequeño decirle que nadie sabría lo que quería si no utilizaba su voz o mano para pedirlo. Tal vez se había acostumbrado demasiado a tener a Regine a su lado mientras crecían, puesto que el de ojos azules parecía haber sido capaz de leer su mente en todo momento. Pero ahora… Ahora sabía que también era un humano de carne y hueso, que no era capaz de saber todo lo que quería y, por primera vez, estaba dispuesto a pedir exactamente lo que deseaba.

Después de varios minutos recorriendo la mansión lo más rápido que podía, Carson llegó a la entrada de la mansión desde uno de los pasillos interiores. La entrada era majestuosa y se destacaba por su elegancia atemporal. El suelo de rombos alternaba entre baldosas negras y blancas, creando un patrón visualmente impactante. Una gran escalera principal de madera oscura se alzaba majestuosamente en el centro de la entrada y una alfombra roja la seguía hasta los pisos superiores.

Las paredes estaban revestidas de un rojo oscuro, que contrastaba dramáticamente con los detalles en dorado que adornaban los bordes y enmarcaban los paneles de madera tallada. Varias columnas de mármol blanco, veteadas de gris, se alzaban con gracia a lo largo del amplio vestíbulo, sosteniendo la estructura del techo y añadiendo un toque clásico al conjunto.

Regine se encontraba en medio de la entrada, bajo una gran lámpara colgante, hablando con varios guardias mientras se dirigía hacia la puerta. Su cabello todavía estaba húmedo por la ducha y vestía uno de sus trajes oscuros.

—Señor —lo llamó Carson.

Regine se detuvo y se giró, por un segundo no supo cómo reaccionar al ver al mayordomo acercarse, no esperaba que fuera hasta ahí. Y por alguna razón se sentía como un niño al que acababan de atrapar haciendo algo que no debería. El resto de guardias a su alrededor también se giraron para mirar al mayordomo, pero después de que Regine les hiciera un gesto, estos se alejaron para darles privacidad, aunque siguieron mirando desde la puerta, al igual que algunos sirvientes que se acercaban discretamente y con curiosidad para ver lo que estaba sucediendo.

—Solo estaré fuera por unas horas. Ha habido problemas en el puerto —dijo Regine cuando encontró su voz.

Carson se detuvo frente a su señor. Sí, problemas que no se había preocupado en comentarle. Sinceramente, Carson antes tenía mucha facilidad para enterarse de todo, era extraño que ahora no le llegase ningún tipo de información, ni siquiera del tipo que escucharía por casualidad en alguno de los pasillos. Comenzaba a sospechar que Regine le estaba ocultando información a propósito.

—¿Puedo acompañarle? —preguntó en su lugar, sin querer aumentar la tensión entre ambos.

—Carson… —empezó Regine.

El mayordomo no se sentía ni siquiera como un mayordomo, tal vez por eso es que tuvo la osadía de interrumpirlo.

—Señor. Estoy mejor, no necesito descansar más.

Regine miró alrededor, haciendo que todos los presentes fingieran estar ocupados con sus tareas, nadie quería que lo encontrasen metiendo su nariz en asuntos de Regine, pero la conversación estaba sucediendo en plena entrada, por lo que era difícil que no escuchasen. El de ojos azules volvió a mirar a Carson y le negó suavemente con la cabeza, no quería montar una escena ahí. Pero Carson no se retiró.

Regine no lo entendía, le estaba dando espacio, no solo para protegerlo, sino para que también pudiera descansar. La última vez que estuvieron juntos le quedó claro que siempre que estaba alrededor de Carson este resultaba herido. Y le dolía, porque no sabía cómo funcionar sin su mayordomo, pero no quería obligar a Carson a seguirle si eso solo empeoraba las cosas. Apretó la mandíbula, daño al estar cerca, daño al alejarse, daba igual lo que hiciera, no conseguía encontrar la forma de hacer las cosas correctamente.

—Ponte en pie.

—¿Disculpe?

Pero Regine no repitió la orden.

Carson no era alguien orgulloso, no hubiera tenido problema en admitir que todavía necesitaba esa dichosa silla de ruedas. Sin embargo, esa orden se sentía más como un requisito, como una demostración de que estaba bien. Por lo que apoyó las manos en el reposabrazos de la silla y aguantó la respiración mientras se ponía en pie.

Se quedó completamente quieto, en medio de la gran entrada. Sostenía la mirada de su señor mientras trataba de controlar los temblores en sus extremidades. Casi podía considerar el poder mantenerse en pie a pesar del dolor como un milagro.

—Ven —dijo a continuación Regine.

—Señor… —comenzó a decir Carson.

—Ven —repitió Regine, con la mandíbula apretada y los ojos fijos en su mayordomo.

Carson no necesitaba mirar hacia los sirvientes y guardias para saber que todos los estaban mirando. Sabía que Regine no era consciente de lo que ese acto significaba, pero no podía evitar sentirse dolido, pues con esa demostración solo lo estaba dejando en evidencia. No solo ante los demás, sino también ante él mismo, como si lo hubiera puesto cara a cara con sus debilidades solo para mostrarle que ya no era alguien capaz.

Carson volvió a aguantar la respiración mientras daba dos pasos hacia Regine y quedaba frente a él. Y aunque consiguió mantenerse firme, sus ojos se humedecieron por las corrientes de dolor que golpeaban su cuerpo por solo estar de pie. Podía sentir cada uno de sus músculos contraerse y temblar, como pilares medio derruidos, tratando de sostener una pesada estructura. Y aunque sentía su cabeza palpitar, no se apartó.

Pudo ver algo parecido a la culpa y la pena cruzar por la mirada de Regine antes de que este tomase a Carson por la cintura y lo ayudase a sentarse en la silla de nuevo.

—Quédate aquí —dijo Regine sin mirarlo a los ojos antes de darse la vuelta y salir por la puerta, acompañado por un par de guardias.

Carson se quedó ahí, quieto, sintiéndose humillado y sobre todo vacío. Varios sirvientes se acercaron a él para asegurarse de que estaba bien. Sin embargo, sus ojos no se apartaron del hombre que ahora salía de la mansión. El único hombre que necesitaba a su lado y que ahora lo veía como no más que una pobre víctima.

Capítulo 21

17 años antes (Edad: 21 años)

Carson dio suaves toquecitos con un paño húmedo en la frente de Hannah para eliminar las gotas de sudor. Era desgarrador presenciar cómo la juventud y vitalidad abandonaban el rostro de Hannah, dejando paso a la implacable presencia de la enfermedad. Dos grandes ojeras se habían formado bajo sus ojos verdes, su piel exhibía una palidez cada vez más grisácea. Sin embargo, el cáncer no solo le había arrebatado el color y el cabello, sino también la breve alegría que había surgido tras la muerte de Bernard.

Carson apenas podía creer en la mala suerte que parecía envolver la mansión, como si una maldición pesara sobre aquellos que cruzaban sus umbrales, devorando cualquier rastro de felicidad. Había esperado que la ausencia de Bernard trajera consigo tiempos mejores, pero la noticia del cáncer de Hannah había sumido a todos en una melancolía que recordaba a los días anteriores. Los sirvientes, que apreciaban profundamente a Hannah, intercambiaban miradas tristes como si sonreír estuviera prohibido. Regine, también lidiando con su nuevo papel en la mansión, compartía la carga emocional.

Carson se esforzaba al máximo por ayudar a todos: consolaba a los sirvientes, realizaba las tareas de todos, cuidaba de Hannah, atendía a Mario y se mantenía cerca de Regine para cualquier necesidad que pudiera surgir. Pero a pesar de ignorar el agotamiento de su propio cuerpo, no podía disimular las ojeras y su semblante fatigado. Día a día, se asemejaba más a Hannah.

—Siento que tengas que encargarte de esto —rompió el silencio la mujer. Cuando vio a Carson negar con la cabeza, ella insistió—: Gracias.

—No tiene por qué agradecerme. Es lo mínimo que puedo hacer —le sonrió Carson—. Sin embargo, ¿no se sentiría más cómoda con una de las sirvientas ayudando?

Carson pudo ver como Hannah apartaba la mirada, los ojos verdes que antes reflejaban vitalidad, ahora solo miraban con tristeza allá donde se posaran.

—No quiero que me vean así —confesó—. Me siento más cómoda contigo.

Ambos permanecieron en silencio mientras Carson arreglaba el pijama de Hannah y la arropaba con las mantas. Le hubiera gustado ofrecer palabras de aliento, asegurándole que esto era temporal y que mejorarían las cosas, pero no podía mentirle. Lo único que podía hacer sinceramente era acompañarla en los momentos que ella lo necesitara.

—Dejaré que descanse —se puso en pie al terminar.

—Carson —Hannah se sentó.

El mayordomo se detuvo y volvió a agacharse.

—¿Necesita algo?

Podía percibir la indecisión en los ojos verdes de Hannah, como si no estuviera segura de lo que iba a decir a continuación.

—Sé que cuidarás de Mario y Regine independientemente de que te lo pida o no… —Forzó una sonrisa para disimular la humedad en sus ojos antes de fijar la mirada en Carson—. Pero, por favor, cuida de ellos.

Al mayordomo no le gustaba el tono que había tomado esa frase; casi sonaba como… una despedida. Separó los labios.

—Carson, promételo —lo interrumpió con voz ahogada.

Su pecho se apretó. Esa mujer no merecía el dolor por el que estaba pasando. Deseaba más que nada poder decirle que todo iría bien, poder mostrárselo, pero el tiempo estaba en su contra.

Antes de que pudiera responder, un disparo resonó por toda la mansión y la sangre de Carson se heló. Por un momento, quiso creer que se lo había imaginado todo, pero su mirada estaba conectada con la de Hannah, que ahora se veía más pálida que antes, y al igual que él, estaba congelada. Fue con los siguientes cuatro disparos que Carson salió de la habitación en menos de un segundo y corrió con todas sus fuerzas hacia el sonido.

¿Había sido Regine? Se esforzó por tomar aire mientras corría. No fue un solo disparo, eso le repetía a esa parte de su mente que volvía a recordar a Regine entre sus brazos, apenas consciente. Estaba terriblemente asustado, atemorizado por los disparos, pero aún más porque por su cuerpo recorría el mismo escalofrío que le sobrecogió la noche en que Regine sufrió la sobredosis. No podía ser. No era.

Al llegar frente a la habitación, a pesar del miedo, no esperó y abrió la puerta de golpe. Su cabeza palpitaba con fuerza y podía escuchar sus propios latidos. Ni en cien años podría haber estado preparado para la escena que se mostraría frente a él.

Regine estaba jadeando en medio del estudio, con la mirada fija en el cuerpo sin vida de uno de los guardias en el suelo frente a él. Apretaba una y otra vez el gatillo de un arma sin más balas. Su labio estaba roto, sangre caía desde su nariz a su barbilla y tenía dos intensas marcas oscuras de manos en su cuello. Su cabello estaba descolocado y le faltaban dos botones a su camisa.

La habitación se veía igual de caótica que él; libros caídos adornaban una alfombra arrugada, trozos de cristal diseminados junto a una silla caída eran los restos de una reciente pelea.

Carson había dado un paso hacia Regine cuando reparó en una pequeña figura en una esquina de la habitación, que temblaba de pie sobre un charco de orina mientras observaba a su padre con los ojos muy abiertos.

El mayordomo no tardó más de dos segundos en cruzar la habitación hasta llegar a Mario y cubrir su cuerpo desnudo con su chaqué antes de abrazarlo con fuerza y cargarlo en brazos. Tuvo suerte de no haber desayunado, de lo contrario, el contenido de su estómago ya estaría en el suelo.

—Estoy contigo, Mario —le susurraba al niño mientras lo hundía entre sus brazos—. Todo irá bien. —La mentira se deslizó de sus labios como si fuera su segunda naturaleza. Ni siquiera él estaba seguro de eso, pero el pequeño no necesitaba saberlo.

Apretó al pequeño Mario contra él cuando sintió sus temblores, no le importó que este lo estuviera mojando con su orina, no lo iba a soltar por nada. La ausencia del ruido continuo del gatillo llamó su atención y se giró para mirar a Regine, que ahora los observaba en silencio.

—Mario… —dijo Regine con suavidad, intentando acercarse a él, pero se detuvo al ver como este se aferró más a Carson.

El mayordomo pudo ver la secuencia rápida de emociones que cruzaron por los ojos de Regine: dolor, tristeza, culpa, ira.

Varios sirvientes y otros guardias comenzaron a llegar al lugar, pero nadie se atrevía a hacer nada, solo observaban las miradas que Carson y Regine compartían.

En ese momento, una apurada Rosa llegó hasta el lugar, respirando entre jadeos. Al ver la escena, su piel palideció. Carson no le dio tiempo de decir nada antes de tomar la iniciativa y acercarse a ella. No confiaba en nadie más de los que había presentes. Le pasó a Mario con

cuidado, por suerte, el pequeño no se negó y solo se abrazó a Rosa. Hubiera preferido ocuparse de él personalmente, pero no podía estar en dos sitios al mismo tiempo y debía ocuparse también del padre del pequeño.

—Llévalo al baño, que nadie más entre —le dijo con discreción. Vio a Rosa asentir con seriedad mientras le susurraba palabras dulces a Mario.

Por más que quería sacar su ira, sabía que nadie más que él tenía la responsabilidad de lo que acababa de pasar. Por lo que, sin mirar a nadie más, cerró la puerta y se quedó a solas con Regine y el cadáver. No necesitaba que el resto lo vieran en ese estado. Tomó aire antes de darse la vuelta.

Encontró a Regine de espaldas a él, observando el cuerpo sin vida de aquel guardia, no se había movido ni un paso. Carson sabía bien lo que se sentía, sabía sobre ese pedazo de humanidad que abandonaba el cuerpo de uno al asesinar por primera vez. Defensa propia, asesinato, accidente… Daba igual, todo terminaba en el mismo punto: tú seguirías ahí mientras los demás se convertían en peso muerto que cargar.

Pero tampoco podía ignorar el pasado de Regine. Eso era… No podía ni imaginar el estado dentro de la mente del de ojos azules.

—¿Por qué Mario estaba solo? —preguntó Regine con voz neutra.

Carson miró el cadáver antes de volver a poner sus ojos sobre la espalda de Regine.

—Lo dejé acostado en su cama antes de ir con… —detuvo sus propias palabras y se quedó en silencio varios segundos antes de empezar de nuevo—: Ninguna disculpa es suficiente, señor. Y sé que aunque le diga que voy a evitar que esto vuelva a suceder, no borra lo pasado. Me siento avergonzado de que esto haya ocurrido bajo mi supervisión, es inaceptable.

No obtuvo respuesta. Posiblemente, Regine estaría pensando en convertir el destino de Carson en el mismo que el del guardia que yacía en el suelo. Carson casi quería lo mismo para él mismo. ¿Cómo había podido dejar que eso ocurriera? Justo debajo de sus narices. Cualquier minuto que había perdido en dormir o cuidarse a sí mismo ahora le pesaba en su conciencia, debería haber empleado todos en que eso no ocurriera, en poder protegerlos, tal y como Hannah le había pedido. ¿Cuál era su sentido si ni siquiera podía hacer bien su trabajo?

Se tragó la bilis que subía por su garganta y se obligó a reaccionar como se suponía que hiciera: protegiendo a los demás.

—Señor, ¿puede darme el arma? —preguntó con cautela, sin moverse ni un paso.

Regine bajó la mirada al arma que sostenía y asintió antes de darse la vuelta. Cuando Regine le ofreció el arma, Carson pudo ver la marca de dos lágrimas recorriendo la cara del contrario, este mantenía su máscara seria de siempre, como si no fuera consciente de la humedad en su rostro.

Carson abandonó los límites que se había puesto y cruzó su propia línea al acercarse y atraer de golpe a Regine, hundiéndolo entre sus brazos y apretándolo con fuerza. Puso la mano sobre su nuca y lo acarició mientras las lágrimas mojaban su camisa. Lo oía susurrar:

—Él sigue aquí.

Quiso negarlo, pero en ese momento él tampoco estaba seguro de que Bernard los hubiera abandonado por completo.

Actualidad

Regine estaba sentado sobre uno de los troncos caídos del camino entre los campos. Últimamente, le relajaba ir ahí. Aunque siempre había disfrutado de la compañía de Carson, tener algo de tiempo para sí mismo era algo que necesitaba. Sabía que lo más seguro era permanecer en la mansión y, bajo ninguna circunstancia, salir solo. Era temerario, un estilo que había dejado abandonado en su juventud, pero no podía aguantar mucho tiempo dentro de la mansión.

Apretó un par de veces el mechero antes de que saliera la llama y la acercó al cigarrillo que había entre sus dedos. Carson le hubiera dado una reprimenda interminable si lo viera. Regine sonrió ante el pensamiento antes de tomar una calada profunda. Echó el humo por la nariz, recordando la última vez que había fumado. Fue cuando Mario había entrado en la adolescencia, un día en el que Regine pudo oler el tabaco en su ropa. Por supuesto que le habló sobre lo malo que era, y por supuesto que lo castigó. Pero creyó que lo más eficaz era dejar de fumar para darle un buen ejemplo a su hijo. Sin embargo, eso no sirvió de mucho, Mario nunca estuvo interesado

en seguir sus pasos.

Observó en silencio el resto del cigarrillo consumirse por el fuego. Casi dos décadas más tarde, pero todavía mantenía los mismos hábitos. Le gustaba ver la forma en la que el fuego encendía todo en un naranja intenso para luego arrebatar cualquier color y dejar el gris de la ceniza. Le gustaba pensar en que el fuego literalmente consumía todo, que absorbía todo lo impuro antes de desaparecer. Aun así, se limitaba a los cigarrillos, duraban más que las cerillas y eran mucho más sutiles, nadie lo miraría raro por encender un par. Excepto Carson. Tal vez por eso era que se encontraba fumando en medio de la nada, escondido como si todavía fuera un adolescente.

A Regine no le gustaba darle mil vueltas a las cosas, pero eso no significaba que pudiera evitarlo. Pero hasta ahí llegaba. Lo pensaba en bucle hasta el cansancio, siempre demasiado asustado como para actuar. Él prefería llamar a este ‘‘miedo’’ como ‘‘precaución’’; daba igual la conclusión a la que llegase, en el momento de actuar siempre existirían las consecuencias. Si algo iba bien, era gracias a sus sirvientes y todas las personas que trabajaban para él, si iba mal, era solo su culpa.

Le gustaba Carson porque él era el único que lo veía durante esas noches en vela trabajando hasta que su visión se distorsionaba por el cansancio. Era el único que nunca le echaba la culpa y en vez de eso siempre ofrecía otras alternativas. Y Regine le había fallado.

Le había fallado la noche de la fiesta. Fallado cuando decidió ignorar sus consejos y matar a aquella niña. Fallado cuando dejó que se lo llevaran. Fallado desde que eran jóvenes y lo había obligado a alejarse para protegerlo.

No era cansado, era exhaustivo verse obligado siempre a repasar cada consecuencia de cada pequeña decisión que tomaba.

Por fin, permitió preguntarse lo que se había repetido una y otra vez en su mente.

Recordaba la noche en la que sufrió la sobredosis, cuando Carson lo tomó en sus brazos mientras trataba de mantenerlo consciente a gritos. ¿Había intentado suicidarse? Por supuesto que no. ¿Hubiera preferido no despertar? No sabía bien cómo responder a ello.

En ese momento solo buscaba el alivio momentáneo que le causaban las pastillas. Quería que las responsabilidades que llenaban su cabeza desaparecieran durante unas horas. Pero al despertar se dio cuenta de que solo había empeorado todo. Fingió no ver el dolor en los ojos de Carson, sintiéndose culpable por no poder solucionar nada, por no poder hacer las cosas bien. Hiciera lo que hiciera, siempre sería el villano en la historia de alguien, por lo que decidió apagar sus sentimientos y actuar de forma objetiva.

Pero apagarlos, no hacía que desaparecieran y, de vez en cuando, se descubría imaginando cómo podría haber sido su vida. Al principio era un buen escape de una realidad con la que no estaba conforme, ahora más bien era una tortura. Ya no lograba pensar en esos escenarios como algo que podría ser, sino como algo que podría haber sido en un pasado que ya era demasiado lejano. Era doloroso imaginar una vida feliz y descubrir que podría haber vivido así desde hace mucho. Tal vez era masoquista, pero prefería el dolor de mantener el status quo que el arrepentimiento de no haber actuado antes.

Daría cualquier cosa para volver al pasado, tomar a Carson y huir lo más lejos posible.

Cuando el cigarrillo se consumió, lo guardó en la cajetilla. Se sorprendió al encontrar que todos estaban consumidos. Estaba seguro de que solo se había fumado uno, ¿había visto el resto arder, inconscientemente?

Se levantó y resumió su camino hacia la mansión. No se sentía mucho mejor, pero tendría que conformarse con eso.

—Deshazte de esto —le dijo a uno de los guardias de la entrada mientras le daba la cajetilla vacía. Dio dos pasos antes de girarse y añadir—: Por favor.

Entró con grandes pasos a la mansión, dándose prisa hacia su habitación. Vio a Carson desde lejos en uno de los pasillos hablando con otra persona.

Mientras se duchaba, recordó la escena del día anterior con Carson. Lo peor había sido el silencio incómodo que hubo entre ambos cuando se fueron a dormir. El mayordomo incluso sugirió un par de veces irse a su propia habitación.

No había querido que las cosas sucedieran así. Solo estaba cansado de que Carson siguiera insistiendo en serle de utilidad, como si solo fuera una herramienta. Quería que se recuperase completamente, no solo de sus heridas físicas, porque puede que no lo hubieran torturado igual que a Carson, pero sabía lo que era que violasen cualquier límite e hicieran lo que quisieran con uno. No era algo que podía superarse tan rápido como Carson lo hacía ver.

Sin embargo, no sabía qué demonios hacer. Cuando se acercaba demasiado, Carson parecía exigirse el doble y querer hacer todo sin su ayuda, pero cuando se alejaba este lo miraba como si lo necesitase incluso para respirar.

Recién duchado y vestido con un traje rosa oscuro, entró a su despacho para trabajar. Se sorprendió al encontrar a Carson en su lado del escritorio, escribiendo con un lápiz electrónico en la tablet que usaba como agenda y para tomar notas.

—Buenos días —saludó Carson, en su voz no había rastro de emoción, lo que sea que estaba

pensando, lo estaba ocultando bien.

—Buenos días —respondió Regine, tomando asiento a su lado y encendiendo la pantalla de su ordenador.

Sintió la mirada de Carson sobre él durante unos segundos y se preguntó si este había captado el olor a tabaco. Se había asegurado de lavarse bien los dientes y el resto del cuerpo.

El mayordomo no dijo nada y siguió con lo suyo.

Regine echó un rápido y discreto vistazo a la tablet de Carson. Estaba intentando escribir algo en la agenda con su mano temblorosa, pero el sistema no era capaz de reconocer los garabatos que conseguía hacer, por lo que estaba borrando una y otra vez cada palabra.

Regine volvió a mirar la pantalla de su ordenador mientras trataba de dejar todo en orden para el momento en el que fueran a atrapar al ministro, no quería sorpresas.

Frunció el ceño ligeramente al abrir uno de los correos electrónicos de su encargado de imagen pública, adjuntándole un enlace a la página oficial de periódico. Con una búsqueda rápida, se halló en el portal inicial de la página.

De repente, un sonido a su lado lo desconcentró. Su mirada se encontró con la de Carson y recogió el lápiz que se había escapado del agarre del mayordomo.

—Gracias —le dijo Carson mientras lo tomaba y volvía a lo suyo.

Regine posó nuevamente los ojos en la página. Perder el tiempo revisando los artículos que hablaban sobre los recién expuestos casos de corrupción del gobierno no era lo que debía estar haciendo, pero cada vez que pulsaba sobre un enlace, el título del siguiente era más personal que el anterior.

El lápiz volvió a sonar contra la madera del escritorio. Regine se lo devolvió a Carson sin mirarlo, pulsando en el siguiente enlace.

‘‘¿Quiénes son los Karpovich?’’

A Regine no le gustaba ver su nombre en la prensa, la mitad de las veces mentían y la otra mitad rebuscaban en su pasado para encontrar algo morboso que contarle al público.

Por suerte, los encargados de imagen pública, habían conseguido ocultar bien su implicación con la muerte de la hija del ministro y hacían lo posible para que su nombre no fuera mencionado

en los múltiples incendios recientes, aunque Regine dudaba que algo de tal magnitud se mantuviera en secreto por mucho más tiempo. Había sido una decisión impulsiva y sobre todo estúpida.

—Voy a asegurarme de quemarlo todo.

¿Había sido realmente una mala decisión? Podría no haberse detenido solo con un par de locales y deshacerse de todo, tomar solo un recambio de ropa y desaparecer, si lo hubiera hecho no tendría que encargarse de arreglarlo, solo empezaría desde cero.

Bajó por la página y se detuvo cuando dos ojos azules como los suyos aparecieron en pantalla. Era un artículo reciente.

‘‘Bernard Karpovich asesinado. Caso sin cerrar’’

Apretó la mandíbula mientras deslizaba el cursor sobre el enlace y abría la página. Se había publicado hacía tan solo un par de horas. Siguió bajando mientras leía. ¿Qué sentido tenía publicar eso ahora? Alguien lo había hecho a propósito, ¿el ministro? ¿Por qué? Bajando un poco más encontró la respuesta en un párrafo que narraba sobre la vida de su padre: ‘‘… una relación fría y distante con su hijo, Regine Karpovich (ver más). Esto se debería a, según fuentes recientes, supuestos abus…’’ El lápiz de Carson volvió a caer.

Regine puso la mano sobre el lápiz con un golpe rápido para evitar que rodase hasta el suelo y se giró hacia Carson, sin poder contener la irritación en su voz.

—Coge bien el maldito lápiz, Carson.

Se congeló por completo al encontrar su mirada vidriada.

No supo qué decir, sus labios se separaron, pero nada salió de ellos. El mayordomo tomó la palabra.

—¿Qué quiere de mí? —susurró mientras dos lágrimas caían por sus mejillas.

Regine tragó, pero el nudo en su garganta no desapareció. Nunca había visto a Carson llorar.

—Todo este tiempo —comenzó Carson—. He estado a su lado, sin importar qué. Todo ha cambiado, pero eso… Eso es lo único que me queda de usted. —Al ver que Regine no contestaba, continuó, sintiendo todas sus emociones burbujear en su pecho, escaparse en forma de palabras—. Parece que esté jugando conmigo, pero eso es simplemente cruel. —Su voz tembló y tuvo que levantar una mano para limpiar rápidamente sus lágrimas—. Sabe que lo amo

—dijo, casi atragantándose con las palabras.

Regine sintió que el aire abandonaba sus pulmones y tan solo podía escuchar.

—Sabe que mi vida depende de usted. Solo… No puedo seguir jugando a un juego en el que me acerca para luego alejarme, esperando que todo sea como antes. Porque cada vez que lo hace, siento como un pedazo de mí se rompe, y cada vez cuesta más mantenerlo todo junto. —Un sollozo escapó de su garganta—. Veinte años… ¿Qué es lo que ha cambiado, Regine? —lo miró con los ojos llenos de lágrimas—. Solo quiero estar con usted y pensé que podría aguantarlo todo siempre y cuando pudiera mantenerme cerca, por ello me deshice de cualquier esperanza de que esto podría suceder para poder seguir adelante. Pero de repente usted me besa y actúa como si me quisiera más que para organizar su agenda, y al día siguiente debo luchar para siquiera hacer su agenda. —Se tomó un segundo para tomar el aire que le empezaba a faltar—. Por favor, necesito saber qué es lo que quiere de mí.

Los segundos pasaban y Regine no respondía, solo miraba fijamente a Carson. Su mayordomo hacía el mejor intento por mantener las lágrimas contenidas. Pero a cada segundo que pasaba, su semblante mostraba un pánico que se arrastraba hacia la superficie, como si el miedo a las consecuencias de sus palabras fuera creciendo.

—Estoy aterrado —confesó Regine en un susurro.

Ambos parecieron sorprenderse con la respuesta.

—Yo no… —Regine no conseguía encontrar las palabras, pasó una de sus manos por su cara. Estaba jodido, ni siquiera sabía por dónde empezar—. Me aterra que las cosas funcionen ahora, porque esos significaría que he tirado dos décadas de mi vida a la basura por fantasmas que solo están en mi cabeza. —Reunió toda su honestidad antes de levantar la mirada—. Soy solo un hombre con tantos miedos que le falta espacio para esconderlos.

—¿Por qué nunca me ha dicho esto? —preguntó Carson en voz baja.

—Si te acercaba demasiado y te perdía… No podría levantarme una segunda vez.

El silencio se instauró entre ambos.

Regine cortó la distancia entre ambos, hundiendo la cara en el cuello de Carson y atrayéndolo hacia él en un abrazo. Esta vez fue el moreno el que rompió el silencio:

—La paz es un lujo que la vida no nos va a conceder. Sin embargo, estos segundos… —se separó para mirar a Regine—. No me importa si quedan veinte años o veinte minutos, quiero

aprovechar cada momento que nos quede. Odiaría dentro de cinco minutos mirar al pasado y arrepentirme de no decirle lo que le estoy diciendo ahora.

—No estoy seguro de qué debería responder —susurró Regine.

—Usted me enseñó que no todo puede expresarse a través de palabras —Carson forzó una pequeña sonrisa.

Regine entonces juntó sus frentes y cerró los ojos, inhalando profundamente. Cuando Carson cerró los suyos, Regine movió con suavidad su cara, acariciando su nariz con la propia antes de acercar los labios tentativamente y juntarlos con los del contrario.

Cada vez que su piel entraba en contacto con la de Carson era como si su cuerpo se relajase, recordando que ese era un lugar seguro en el que podía bajar la guardia. Le asustaba confiar de tal manera, cerrar los ojos y no poder ver si alguien acechaba su espalda, pero quería creer que Carson lo haría por él, al igual que él por Carson.

Cuando se separó del beso, se aseguró de mantener sus frentes unidas, compartiendo el espacio entre ellos. Un suspiro escapó de los labios de Carson, mezcla de alivio y aceptación. Regine acarició con suavidad su mejilla, como si quisiera grabar ese momento en la memoria.

Pudo ver el fuego tras sus párpados, quemando el dolor y deshaciéndose de aquello que se aferraba a él. Tendría que cargar con las cenizas, pero ese era un peso que podía llevar.

Capítulo 22

Actualidad

Regine se había asegurado mil veces de que el plan no tuviera fisuras, solo se necesitaba una bala para estropearlo todo. Durante días había revisando cada detalle con ayuda de Carson, anticipando cada posible obstáculo. Sabía que un solo error podría desmoronar todo lo que había conseguido volver a construir. Estaba en el eje entre que todo fuera bien y poder ponerle un punto a todo el problema con el ministro, o que, por el contrario, todo fuera un gran fiasco como la última vez.

El recuerdo del fracaso anterior aún le pesaba, una sombra constante que le empujaba a ser aún más meticuloso. Odiaba tener que confiar en terceros para que las cosas fueran bien. Cada colaboración externa era una variable fuera de su control, y eso era lo que más lo inquietaba. Poco a poco su “poder” volvía a la normalidad, por lo que las probabilidades de una traición eran bajas, pero nunca cero, ahora lo sabía bien. Había aprendido por las malas que la confianza era un lujo peligroso.

Se metió otro de sus caramelos de limón a la boca, llamando la atención de su mayordomo con el ruido del envoltorio. El sonido crujiente rompió el silencio del despacho, atrayendo la mirada de Carson. Regine alzó la cara para verlo sentado en uno de los sillones del despacho, a unos metros de él, y sostuvo su mirada. Los caramelos de limón eran un pequeño placer que le recordaba momentos de tranquilidad, tal vez por eso le gustaban tanto.

—Solo es uno —dijo después de unos segundos.

—Eso dijo también después del cuarto —respondió Carson con una pequeña sonrisa. Sus labios se curvaron en una expresión que mezclaba diversión y afecto. La respuesta rápida y juguetona era un reflejo de la nueva dinámica entre ellos.

Le encantaba ese nuevo ambiente que había entre ellos. Estaba acostumbrado siempre a la seriedad, a mantener una fachada impenetrable, pero esas pequeñas interacciones juguetonas que ahora aparecían entre ellos le hacían sentir un poco más vivo.

Se levantó de su asiento para apoyarse frente a su escritorio. El movimiento fue deliberado,

diseñado para captar la atención de Carson. Apoyó las manos en la superficie del escritorio, inclinándose ligeramente hacia adelante.

—Acércate —le pidió a Carson.

El mayordomo no tardó en ponerse en pie y acercarse, el sonido sordo del bastón que llevaba fue ignorado por ambos, como si no existiera, le llenaba poder acercarse con tanta facilidad, ver que Regine ya no se encogía nunca ante su cercanía o su toque, por ello extendió un poco la mano y entrelazó su dedo índice con el del contrario, antes de que Regine lo soltase para tomar su corbata, que era una novedad en su nuevo uniforme.

En ese momento, estiró de su corbata hasta cerrar el espacio entre ambos y besarlo. Carson tropezó un poco y tuvo que apoyar la mano al lado de Regine, sobre el escritorio. El tirón repentino de la corbata lo tomó por sorpresa, y el repentino contacto de sus labios lo dejó sin aliento. El mundo a su alrededor parecía desvanecerse, quedando solo ellos dos.

—Señor… —gimió Carson. Su voz era un susurro entrecortado, cargado de deseo y confusión. Con un movimiento casi desesperado, intentó liberar la presión de la corbata que amenazaba con sofocarlo tanto física como emocionalmente. La intensidad del momento lo abrumaba, y sus dedos temblaban ligeramente mientras buscaban detener la fuerza con la que Regine tiraba de la prenda.

Regine se separó solo lo suficiente para mirarlo a los ojos, sus respiraciones entrelazadas y sus rostros a escasos centímetros. La proximidad era electrizante, y el aire parecía cargado de una tensión palpable, como si cada segundo que pasaba aumentara la anticipación de lo que vendría.

—¿Cuántas veces me has imaginado sobre este escritorio?

La pregunta tomó por sorpresa a Carson, que aprovechó el momento para tomar aire en acelerados jadeos. Vio a Regine recostarse sobre la oscura madera, con sus ojos azules fijos en él. La inesperada pregunta resonó en su mente, despertando imágenes y deseos que había intentado reprimir. Su respiración se volvió errática mientras trataba de encontrar una respuesta adecuada, pero las palabras se le escapaban. Los ojos intensos de Regine, parecían leer cada pensamiento de Carson, desnudando su alma con una simple mirada.

Carson tragó saliva, inseguro de si Regine de verdad estaba sugiriendo ese tipo de juego. Sin embargo, el lenguaje corporal de Regine hablaba por sí mismo, y cuando este tomó su mano y la arrastró sobre su abdomen, cualquier incertidumbre se desvaneció. Carson sintió el calor del cuerpo de Regine bajo la yema de sus dedos, y la insinuación era clara. Regine se ofrecía como un banquete que Carson estaba dispuesto a devorar, y se deleitaba en el hambre creciente en su mayordomo. Cada caricia era una promesa de un placer que había necesitado durante décadas, y Carson se encontró incapaz de resistir la tentación que se le presentaba.

Se inclinó hacia delante para volver a atrapar los labios de Regine, mordiéndolos y pasando la lengua sobre ellos, disfrutando de sentir como los labios de Regine se movían al mismo tiempo, correspondiendo lo que fuera que quisiera darle. Carson sentía una mezcla de fervor y delicadeza en cada movimiento, cada beso era una combinación de pasión y ternura que lo hacía sentir más cerca de Regine. Los pequeños sonidos que escapaban de sus labios al responder a sus caricias aumentaban el deseo en Carson, intensificando el cosquilleo en su entrepierna.

Conociendo bien los puntos sensibles de Regine, Carson se separó de sus labios mientras aflojaba la corbata de Regine y desabrochaba un par de botones de su camisa, luego se inclinó hacia la piel ahora descubierta, dejando un mordisco suave sobre su clavícula antes de ir subiendo por su cuello, dejando marcas de sus besos ahí mientras escuchaba a Regine suspirar y estremecerse de placer. Sus manos se movían con una precisión y una familiaridad que solo podían provenir de una intimidad forjada durante años. Carson disfrutaba cada pequeño estremecimiento, cada suspiro que escapaba de los labios de Regine, sabiendo exactamente cómo tocarlo para provocarle placer. La sensación de la piel cálida y suave bajo sus labios y dedos era embriagadora.

De repente lo oyó hablar:

—Tu gato nos está mirando —dijo Regine, con la respiración ligeramente acelerada.

La interrupción fue tan inesperada que Carson tardó un momento en procesar las palabras. Estaba tan absorto en la intimidad del momento que la realidad externa le parecía casi ajena. Sin embargo, la risa contenida en la voz de Regine y la ligera aceleración de su respiración lo trajeron de vuelta, haciendo que el ambiente cargado de deseo se llenara de una mezcla de diversión y ternura.

La frase le hizo separarse y mirar hacia Regine sin entender muy bien, le tomó unos segundos seguir su mirada y ver a su gatito, Nero, sobre el sillón que había ocupado momentos antes. Este los miraba fijamente, con los ojitos grandes y marrones atentos a cada uno de sus movimientos. La vista del pequeño observador hizo que Carson soltase una suave risa. La expresión curiosa del gato era un contraste tan grande con la naturaleza del momento que no pudo evitar sentir una especie de ternura por el pequeño intruso.

Carson tuvo que separarse de Regine y tomó de nuevo su bastón para ir hasta el gatito.

—¿Por qué no vas a jugar un rato con Marlon? —le dijo al gato mientras lo tomaba con una de sus manos y lo llevaba fuera del despacho.

El pequeño Nero ronroneaba suavemente en sus brazos, ajeno al hecho de que había interrumpido el momento. Lo dejó en el suelo una vez en el pasillo y le dio una caricia breve

antes de volver a entrar y cerrar la puerta tras él. Le daba un poco de pena tener que sacarlo así del despacho, sabiendo que el gatito adoraba seguirlo a todas partes ahora que podía caminar, pero tampoco quería que los viera en esa situación, parecía tonto, pero ese gatito era como su bebé y no quería que viera eso.

Cerró la puerta con pestillo y cuando se giró para mirar a Regine, lo vio sentado sobre el escritorio, con la camisa quitada y un botecito pequeño y nuevo de lubricante a su lado. Ya se habían terminado el anterior, Carson reprimió una sonrisa sobre ese dato, le habían dado un buen uso. La visión de Regine, envió una ola de deseo a través de Carson, que le hizo sentir una calidez creciente en todo su cuerpo. La anticipación de lo que estaba por venir le aceleró el pulso, mientras su mente repasaba cada pequeña fantasía que se había cruzado por su mente durante esos años.

Regine estiró una de sus manos para tomar a Carson de la corbata y terminar de acercarlo, aprovechando la cercanía para quitarle el chaqué y la camisa mientras Carson volvía a repartir mordiscos por su cuello que le hacían temblar involuntariamente y hacían que sus pantalones apretasen más en la zona de su entrepierna. Pasó las manos por sus hombros, luego las deslizó por sus brazos y de nuevo volvió a subir para tomar sus mejillas y besarlo, esta vez envolviendo su cintura con las piernas para estabilizarlo ahora que no se estaba sosteniendo con el bastón. La forma en que los labios de Carson recorrían su piel, dejando marcas de pasión, aumentaba el deseo en Regine, haciéndole sentir una mezcla de placer y necesidad.

Cuando sintió las manos de Carson bajar a su cintura, se levantó brevemente para quitarse los pantalones, pero dejó que fuera el moreno el que, agachándose, le bajase el bóxer. Cerró los ojos al sentir los labios de Carson deslizarse por el tronco de su miembro antes de acogerlo dentro de su húmeda y caliente boca. La sensación era exquisita, cada movimiento de Carson enviaba ondas de placer a través de su cuerpo, haciendo que Regine se aferrara al borde del escritorio con una mezcla de desesperación y deleite. Los gemidos suaves y profundos escapaban de sus labios, incapaces de contener la respuesta física al contacto de Carson.

Un gruñido escapó de su garganta mientras llevaba una de sus manos al pelo de Carson, hundiendo los dedos en él acompañando los movimientos de su cabeza. Sin que Carson tuviera que decirle nada, volvió a abrir los ojos para tomar la botellita de lubricante y dársela al moreno, que no tardó en embadurnar sus dedos para presionar con uno de ellos la entrada de Regine. La expectativa y la presión suave del dedo de Carson hicieron que Regine se arqueara, sus músculos tensándose.

Regine dejó escapar un suspiro profundo, sintiendo cómo el dedo de Carson comenzaba a abrirse paso dentro de él. La combinación de sensaciones —la calidez de la boca de Carson y la presión de sus dedos— era casi abrumadora, llevándolo a un estado de éxtasis que solo podía compartir con él, y eso era solo el comienzo.

El de ojos azules subió una de sus piernas al escritorio para poder apoyarse mejor y darle más

espacio a Carson.

Carson sostuvo uno de los muslos de Regine antes de deslizar una de sus manos hacia arriba, acariciando su abdomen mientras introducía su miembro más profundo en su garganta y metía uno de sus dedos dentro de Regine. Sabía que este era impaciente, por lo que no solían tardar mucho en preliminares, por más que Carson quisiera asegurarse de no hacerle daño, creía que su señor disfrutaba del ligero ardor.

Cuando introdujo más su dedo y lo arqueó, vio la cabeza de Regine caer hacia atrás cuando presionó su próstata con el dedo, acompañado de un gruñido profundo. Estaba seguro de que el contrario no sabía lo caliente que se veía y jamás diría en voz alta las palabras sucias que rondaban por su mente al verlo así, pero cuando Regine volvió a conectar sus ojos con los suyos, sintió que no hacía falta. Sus miradas decían mucho más, y Carson podía ver el deseo y la necesidad reflejados en los ojos de Regine.

Comenzó a mover el dedo sobre esa zona sensible mientras succionaba con la boca el miembro de Regine, deleitándose con el sabor de las primeras gotas de presemen que soltó, también con la forma en la que las piernas del contrario comenzaron a temblar y la forma en la que su pecho comenzó a subir y bajar más rápido cuando los gruñidos comenzaron a salir más rápidos y fuertes.

Estaba tan concentrado en darle placer, que le sorprendió cuando Regine jaló su pelo para separarlo de su carne. El súbito tirón lo desconcertó por un momento, pero la necesidad en la voz de Regine lo devolvió a la realidad rápidamente.

—Entra ya —le ordenó, su voz ligeramente temblorosa y sus pupilas tan dilatadas que apenas se veía el azul de sus ojos. La urgencia en su tono era inconfundible, y Carson no perdió tiempo en obedecer, su propio deseo aumentaba con cada segundo que pasaba.

Carson se levantó con su ayuda después de sacar su dedo y se estremeció cuando las manos de Regine sacaron sin vergüenza su miembro de sus pantalones para embadurnarlo en lubricante. La sensación del lubricante frío contrastaba con el calor de su piel, enviando escalofríos de anticipación a través de su cuerpo mientras Regine preparaba su entrada. El contacto de las manos de Regine era a la vez seguro y demandante, lo que solo aumentaba el deseo de Carson por él.

Regine levantó la mirada y pudo ver a Carson observándolo con ojitos mientras soltaba suaves suspiros de placer. Tuvo que desviar la mirada para no ponerse a sonreír, estaba seguro de que el moreno no se daba cuenta de la forma en la que lo miraba. Había algo en la vulnerabilidad y la entrega de Carson que tocaba una fibra profunda en Regine, despertando en él el deseo de protegerlo y poseerlo a la vez.

Apretó sus piernas alrededor de la cintura de Carson para atraerlo, sosteniendo todavía su miembro mientras conectaba su mirada con la contraria, forzando el miembro en su interior. La mano de Carson se puso sobre la suya para ayudarlo y vio a este cerrar los ojos frunciendo ligeramente el ceño por el placer que sintió una vez comenzó a deslizarse en su interior.

Regine soltó un gruñido profundo antes de tomar la nuca de Carson con fuerza y besarlo, mordiendo sus labios y succionándolos hasta dejarlos más oscuros. Sentía todo su interior tenso y no pudo reprimir los jadeos que soltaba sobre los labios del moreno cuando los muslos de Carson se conectaron con sus nalgas, todo su miembro dentro de él.

Entonces, sintió a Carson comenzar a moverse, este tenía una mano apoyada en su cintura y otra en el escritorio. Regine tiró varios de los papeles al suelo para recostarse sobre este, atrayendo todavía a Carson de la nuca para que pudiera moverse más fácilmente sobre él.

Al principio, soltaba fuertes jadeos y gruñidos, manteniendo los ojos sobre los de Carson, con la mandíbula apretada para no hacer tanto ruido, pero pronto eso le dio igual e incitó a Carson a moverse más rápido, agarrándose al borde del escritorio para moverse al mismo tiempo y recibir cada una de sus embestidas. Todo su interior se retorcía por dentro con la estimulación constante en su próstata y tuvo que morderse con fuerza el labio, saboreando el leve gusto metálico.

—M-Muévete más —gruñó, bajando su otra mano para tomar el bíceps de Carson y clavar ligeramente sus uñas en su piel. La mezcla de dolor y placer era embriagadora, y quería más, siempre más.

Sintió al moreno obedecer cuando de repente aumentó sus embestidas, haciendo que tuviera que sostenerse más fuerte a él para no deslizarse hacia arriba. El ritmo se volvió frenético, cada movimiento estaba cargado de urgencia y deseo.

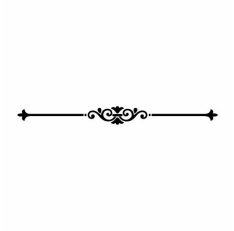
Regine sentía que su cuerpo se estaba desmoronando en el mejor de los sentidos. Cada embestida de Carson lo llevaba más cerca del clímax, su cuerpo reaccionaba con una intensidad que lo abrumaba. El sudor cubría su piel, y sus gemidos se mezclaban con los de Carson en una sinfonía mejor que la de cualquier orquesta. De repente, sintió una ola de calor recorrer su cuerpo y una explosión de placer lo atravesó. Su cuerpo se arqueó, los músculos se tensaron y un grito ahogado escapó de su garganta mientras alcanzaba el orgasmo, sintiendo cómo su interior se contraía alrededor del miembro de Carson.

Carson no tardó en seguirlo, su propio clímax llegó con una fuerza igual de arrolladora. Sintió su cuerpo temblar mientras se dejaba llevar por la oleada de placer, llenando a Regine con su calor. Ambos se quedaron quietos, respirando pesadamente mientras se recuperaban de la intensidad del momento.

Regine fue recuperando el sentido poco a poco, entre jadeos, dándose cuenta de que su mano

ahora acariciaba los rizos de Carson, jugando con ellos. Al terminar, solía sentirse tan bien, que era doloroso. A veces, le inundaba una sensación de vacío, supuso que era por el abuso que había pasado, pero cada vez se sentía más tranquilo y esa sensación no aparecía tan a menudo. Le encantaba poder relajarse de esa forma, y le encantaba todavía más poder tener a Carson tan cerca y sentir sus pieles juntas.

Tendrían trabajo más tarde, pero tal vez otra ronda no estaría mal. Al igual que los caramelos, era una tentación que no podía resistir. Miró a Carson y le dedicó una sonrisa pícara, ya planeando cómo prolongar ese momento de intimidad un poco más.



El bar estaba lleno de personas. Era un viernes por la noche, de todos modos. No era que importase mucho, las personas que solían frecuentar ese lugar eran conocidas por no hacer más que beneficiarse del trabajo de los demás. Un viernes, un lunes, daba igual, ese bar siempre tenía clientela.

Regine se detuvo frente a la puerta cerrada del establecimiento, después de haber bajado las escaleras. Se giró para ver a Carson bajando con su bastón y puso una mano sobre su espalda cuando llegó al último escalón, pues sabía que si lo ayudaba, el mayordomo se sentiría incómodo.

—Vamos a terminar con esto —dijo Regine, aún consciente de que ese sería solo uno de los finales, la partida continuaría.

Carson se fijó en los ojos azules del contrario. ¿Miedo? Eso es algo que siempre lo carcomía por dentro, el miedo por no ser capaz de protegerlo. Deseaba poder cambiar de forma y dejar que Regine lo llevase como una armadura o un escudo, en su estado actual…

La mano que Regine puso sobre su hombro lo sacó de su espiral de pensamiento. La culpa era un sentimiento del que nunca se pudo deshacer, la perfección se le había exigido durante tantos años que ahora cada vez que había fallado le pesaba como una gran roca de irresponsabilidad. Sabía que sería difícil deshacerse de esta manera de pensar, sobre todo cuando no era Regine el que se lo exigía, sino él mismo. Pero como siempre, daría todo de sí mismo por protegerlo, por lo

que asintió con la cabeza.

—Dejemos esto atrás —dijo con convicción. Su voz firme resonó en el silencio, como si quisiera sellar una página dolorosa de un libro que ya había sido leído demasiadas veces. Sin mirar atrás, giró la perilla con un gesto decidido, y la puerta se abrió lentamente, revelando el bar iluminado tenuemente por la suave luz de las lámparas colgantes.

Las voces se fueron callando mientras las dos figuras cruzaban la estancia, hasta que solo quedaba el ruido de un bastón y la música jazz de fondo. Las conversaciones, que antes llenaban el aire con un murmullo constante, se apagaron gradualmente, como si un hechizo hubiera silenciado a todos los presentes. Cada paso que daban resonaba en el suelo de madera, creando un ritmo pausado que se mezclaba con las notas melancólicas de la trompeta y el piano.

Verlos era como presenciar a dos fantasmas que habían regresado de entre los muertos. La prueba inequívoca de que, tal y como había insinuado mil veces Regine, siempre regresarían desde las sombras para darles caza. Sus rostros mostraban las cicatrices, no solo físicas, de lo que habían tenido que pasar durante años, pero esta vez, las llevaban con orgullo, les daban fuerza.

El sonido del bastón de Carson era una reivindicación constante de cómo se mantenía en pie a pesar de las atrocidades que había tenido que soportar a manos del ministro. Cada golpe seco contra el suelo era un recordatorio de su fortaleza, un testimonio de una lucha que muchos hubieran abandonado antes de empezar. Era como un metrónomo que marcaba el compás de su vida, un símbolo de su voluntad indomable de seguir adelante a pesar de todo. Los ojos de los presentes se dirigían inevitablemente hacia el bastón.

Sin embargo, Regine no miró a nadie más que al hombre al final de la sala mientras avanzaba decididamente hacia él. Cada paso que daba resonaba con una mezcla de determinación y desprecio, un eco que se propagaba a través de la habitación, haciendo que las miradas curiosas y los murmullos volvieran a aparecer. Se detuvo una vez enfrente de su mesa, su presencia provocó que los hombres que compartían la mesa con el ministro se levantaran apresurados y se alejaran, conscientes de una tensión en la que no querrían estar involucrados. Ignorando las miradas inquisitivas y los susurros que ahora parecían llenar el aire, Regine se sentó frente al ministro, acercando una de las sillas para que Carson se sentase a su lado.

—Espero que nuestra compañía sea bienvenida, señor Birkbeck. —Con un gesto elegante, se acomodó en la silla y cruzó las manos en su regazo, su mirada no vacilaba mientras observaba al hombre frente a él, una calma glacial reflejada en sus ojos.

El ministro dejó los cubiertos sobre la mesa y se limpió los labios pacientemente con una servilleta, un gesto deliberadamente pausado que pretendía mostrar control. Luego, pasó la mirada lentamente por Regine y cuando posó sus ojos sobre Carson, un destello apareció en ellos.

—Desde luego inesperada. Pensé que me encontrarías mucho antes.

Regine notó el cambio en el hombre, recordaba su mirada hipócrita en las primeras fotos que obtuvo de él, esa sonrisa inocentemente falsa. También recordaba su mirada sin brillo cuando hablaron, después del asesinato de su hija. Ahora se veía diferente, se lo veía tranquilo a pesar de que sus planes hubieran fallado al último momento. Regine creía que esa tranquilidad tenía más que ver con el hecho de que había conseguido hacerle daño a él, que con el éxito o fracaso de sus planes. Era una satisfacción retorcida, como si el simple acto de haberle causado sufrimiento le trajera algún tipo de paz.

Pero por alguna extraña razón, él mismo también se sentía diferente. Sentía como si antes su vista hubiera estado reducida y ahora pudiera ver mil posibilidades más, irónicamente se sentía más control ahora que no lo perseguía explícitamente. Había una claridad nueva en su mente. y sabía que el ministro no tenía en cuenta ese cambio, no podía ver la fortaleza renovada en él.

El silencio entre ellos se prolongó un momento más, antes de que Regine decidiera dar el siguiente paso en esa partida.

—Supongo que puede intuir que este es el final —comenzó Regine, su voz fríamente suave.

El ministro levantó una ceja, su expresión era una mezcla de incredulidad y desafío.

—¿Lo es? —preguntó, su tono escéptico tratando de ocultar la creciente inquietud en su interior.

Regine levantó la mirada hacia él, sintiendo las comisuras de sus labios elevarse en contra de su voluntad. Al segundo siguiente, de su garganta salieron sonidos que no reconoció, una risa ahogada que se hizo cada vez más fuerte hasta que estalló en carcajadas. Era un sonido extraño, casi surrealista, que resonaba con una mezcla de alivio y algo que no podía descifrar. Ni siquiera reconocía esos sonidos; había pasado demasiado tiempo desde la última vez que había reído de esa manera.

Carson no se movió, manteniéndose estoico a su lado, pero el ministro sí que cambió su postura, mirándolo con una creciente inseguridad. Birkbeck no entendía qué era lo que hacía tanta gracia a Regine, y esa incertidumbre comenzaba a socavar su confianza. Se giró brevemente para ver a sus guardaespaldas, tres hombres que observaban cada centímetro del lugar sin mostrar ninguna pizca de emoción. Cuando volvió a mirar a Regine, este estaba terminando de reír, su expresión se había transformado en una máscara de seriedad calculada.

—Dentro de unos años hubiera tenido una falsa pero honorable jubilación —comenzó Regine, su tono frío y meticuloso—, en ese momento alguien tomaría su lugar y su nombre solo sería

importante para los libros de historia como una anotación al final de la página. —Se inclinó hacia él, sus ojos penetrantes clavándose en los del ministro—. ¿Entiende a dónde quiero llegar?

El ministro apretó la mandíbula, su mirada se volvió más tensa.

—La diferencia entre usted y yo… —continuó Regine, su voz tomando un tono más bajo y amenazante— es que usted es reemplazable, con un poder que le ha sido prestado. No importa cuántos años pasen, yo seguiré aquí, siempre en pie. —Su mirada se estrechó aún más, quedando en silencio durante unos segundos antes de añadir—: Al presidente le conviene tener de su lado a alguien a largo plazo.

Esa declaración descolocó al ministro, quien mostró una breve pero notable vacilación. La idea de que Regine tuviera una conexión directa con el presidente lo confundía, no entendía cómo ese hombre tenía tal poder, ni de dónde lo había sacado, y la posibilidad de que su propia posición fuera más frágil de lo que había creído lo inquietó.

—¿Has hablado con él? —preguntó, tratando de mantener la compostura pero fallando en ocultar completamente su preocupación.

Regine esbozó una sonrisa peligrosa, inclinándose aún más cerca.

—Estoy en todas partes —siseó, sus palabras impregnadas de una amenaza silenciosa pero ineludible.

El silencio que siguió fue pesado, cargado de una tensión que parecía palpitar en el aire. Carson observaba sin intervenir. El ministro, ahora visiblemente nervioso, comprendía que había subestimado a Regine. Lo que inicialmente había considerado un simple enfrentamiento de voluntades, se había transformado en una demostración de poder que trascendía lo inmediato.

En ese momento, los guardaespaldas del ministro se movieron con precisión militar, colocándose detrás de Regine y Carson, sus posturas eran rígidas y sus miradas fijas al frente, como estatuas de piedra impasibles. Sin embargo, no apuntaron a ninguno de los dos con sus armas, parecían… defenderlos.

El ministro frunció ligeramente el ceño, la sorpresa se reflejaba en su rostro al darse cuenta de que sus propios hombres no se movían en su defensa. Miró nerviosamente a su alrededor, buscando con desesperación a alguien que pudiera estar de su parte. Sin embargo, los hombres con los que había estado conversando anteriormente estaban ya saliendo del local o evitaban deliberadamente hacer contacto visual, comportándose como si la escena que se desarrollaba no existiera.

Desesperado, el ministro dirigió su mirada hacia Regine y se encontró con sus ojos fríos.

Luego, su mirada se deslizó hacia Carson, quien a pesar de mantenerse firme, aún mostraba signos de recuperación de sus heridas recientes. Sintiendo que debía actuar rápidamente, el ministro se lanzó hacia uno de los cuchillos sobre la mesa. Sin embargo, Regine y Carson fueron más rápidos.

Regine se adelantó, tomando el cuchillo antes de que el ministro pudiera alcanzarlo. Con una fuerza inesperada, lo clavó en la mano del ministro, fijándola a la mesa. El grito de dolor del ministro resonó en la sala. Al mismo tiempo, el bastón de Carson cortó el aire con un silbido, golpeando el antebrazo del ministro con precisión. El impacto fue tan fuerte que el hueso se rompió, dejando claro que esa muñeca no se recuperaría jamás.

Regine inhaló profundamente por la nariz, cerrando los ojos brevemente mientras se deleitaba en secreto con los gritos del ministro. Por primera vez, sentía que estaba haciendo justicia. Se inclinó hacia el ministro, acercando sus labios a su oído para susurrar con una frialdad que le heló la sangre al contrario:

—Vas a desear estar muerto.

Después de asegurarse de que el mensaje había sido recibido, Regine se enderezó, lanzándole una rápida mirada a Carson para comprobar su estado. Carson, a pesar de las circunstancias, esbozó una sutil sonrisa, indicándole que estaba bien.

Ambos se dirigieron hacia la salida con pasos firmes, el silencio en el local era casi absoluto, roto solo por los gemidos y gritos de dolor del ministro, ya ni siquiera sonaba la música. La atmósfera de la sala era tensa, impregnada de una mezcla de miedo y respeto hacia los hombres que ahora se iban sin mirar atrás.

Una vez fuera, se dirigieron hacia uno de los coches esperando en el exterior. Carson abrió la puerta para Regine, quien entró sin vacilar. Carson le siguió, cerrando la puerta tras de sí. Habían enviado un mensaje claro y contundente.

—¿Demasiado teatral? —preguntó Regine mientras se acomodaba en el coche, sus ojos brillando con una mezcla de satisfacción y adrenalina.

—Un poco —bromeó Carson a su lado, permitiéndose una sonrisa.

—Entonces lo hemos hecho bien —respondió Regine con una sonrisa que reflejaba tanto alivio como orgullo mientras el coche arrancaba suavemente.

Carson no pudo evitar sonreír también. Había muchas veces en las que el trabajo le resultaba abrumador, momentos que le dejaban un mal sabor de boca y una tensión desagradable recorriendo su cuerpo. Pero esa vez era diferente. Sentía que habían hecho justicia y suponía que

Regine debía estar sintiendo algo similar. Las cosas en la vida real nunca eran tan sencillas como en un libro o una película, y Carson sabía que cada acción tenía su reacción, una con la que tendrían que lidiar en el futuro. Sin embargo, durante esos breves momentos en el coche, se permitió el lujo de sentirse satisfecho, de imaginar que este era un final y que pronto comenzaría una nueva época en la que todo sería distinto.

Observando a Regine suspirar profundamente, Carson notó un cambio en su semblante, una ligera relajación que no había visto en mucho tiempo. Fue entonces cuando una idea surgió en su mente, una forma de aprovechar ese momento de calma y ofrecer algo positivo a su jefe.

—Podría organizar unas vacaciones para usted —sugirió Carson, su tono más ligero, casi esperanzado.

Regine giró la cabeza hacia él, un destello de curiosidad y sorpresa en sus ojos. Ya había pasado tanto tiempo desde la última vez que habían viajado por placer, y Carson sabía que les vendría bien dejar todo este asunto atrás, al menos por unos días. Disfrutar tal vez de esa nueva conexión que no tenía que esforzarse más en ocultar, explorar un lugar donde pudieran relajarse y desconectar de la constante presión y peligro que les rodeaba.

—¿Vendrías conmigo? —preguntó Regine, su tono serio pero con una pizca de anhelo.

Carson sonrió más ampliamente, sintiendo un calor reconfortante en su pecho ante la idea de pasar tiempo juntos fuera de todo el caos.

—¿Quién sino le va a ayudar con las maletas?

Epílogo

Cuando Carson despertó, se sintió como si estuviera flotando en una nube. El sexo de la noche anterior había sido estupendo, y aunque su cuerpo estaba algo adolorido, se sentía tan feliz que no podía creerlo. La sensación de bienestar era abrumadora, una mezcla de satisfacción física y paz emocional que rara vez experimentaba. Cada músculo en su cuerpo recordaba los momentos sobre Regine, o debajo de él, y la suavidad de las sábanas solo intensificaba la sensación de estar en un sueño del que no quería despertar.

Al extender un brazo y buscar a la persona a su lado, solo se encontró con vacío en el colchón. Abrió los ojos para confirmarlo y se sentó de golpe al no ver a Regine. La alarma inicial fue rápidamente reemplazada por una preocupación creciente. Se pasó una de sus manos por la cara antes de levantarse y ponerse la ropa interior.

No recordaba la última vez que había ido de vacaciones, menos aún acompañando a Regine, pero los últimos días que habían estado en esa pequeña isla privada habían sido como un regalo

caído del cielo. La experiencia de estar lejos de todo, en un lugar tan paradisíaco, era algo que Carson apenas podía procesar. Nunca había visto a Regine tan suelto, tan… él. En la cotidianidad, Regine siempre mantenía una fachada de control y seriedad, pero en esos días de aislamiento, se había mostrado más relajado, más humano. Pero por más idílico que fuera todo, había cosas que no se arreglaban con un chasquido de dedos, sabía que Regine llevaba sus demonios por dentro, al igual que él mismo, que a veces despertaba asustado cuando entre sus sueños se colaba la canción de su tortura. Aquellos recuerdos oscuros eran una sombra constante, y aunque el entorno era perfecto, las cicatrices internas de ambos eran difíciles de ignorar.

Apartó la cortina que tapaba el gran ventanal para salir de la habitación, los dedos de sus pies se hundieron en la arena, pero no tanto como su bastón. La sensación de la arena suave bajo sus pies descalzos era reconfortante, un contraste bienvenido con la rigidez del bastón que se hundía un poco más con cada paso. Aun así, caminó hasta la orilla, donde encontró a Regine sentado sobre una de las toallas, dejando que sus pies se mojasen con las olas que iban y venían. La imagen de Regine, con la mirada perdida en el horizonte y el suave romper de las olas alrededor de sus pies, era casi surrealista. No se veía mucho, pero los rayos de sol que empezaban a salir hacían que al menos se pudiera distinguir su cara. La luz del amanecer bañaba su rostro en dorado, resaltando las líneas de preocupación y cansancio. Carson se detuvo por un momento, simplemente observándolo, sintiendo una mezcla de amor, admiración y una profunda comprensión de los demonios que ambos compartían.

—¿Tuvo otra pesadilla? —preguntó al llegar, sintiendo que ya habían tenido esa conversación antes, se preguntó si alguna vez las pesadillas dejarían de atormentarlos. Carson se acercó lentamente, sus pasos apenas audibles sobre la arena húmeda y su voz igual de suave.

Regine asintió levemente en silencio. El movimiento fue casi imperceptible, un ligero inclinar de la cabeza. El silencio que siguió fue denso.

—¿Ha soñado con él? —Cuando Carson no obtuvo respuesta, se sentó a su lado con dificultad. Carson dejó escapar un suspiro, su cuerpo aún resentido por los rigores de los meses anteriores, pero su preocupación por Regine le daba la fuerza para estar presente—. Cuénteme.

Regine giró la cabeza para mirarlo por varios segundos antes de hablar, parecía haber dudado si hablar o no. Sus ojos se encontraron, y en esa breve conexión, Carson pudo ver la lucha interna de Regine. Las palabras estaban atrapadas en su garganta, y el silencio se alargaba.

—A veces sueño que se arrepiente —comenzó en voz baja, volviendo a poner la mirada en el horizonte, donde los pequeños rayos de sol comenzaban a aparecer. Pensó que la luz del amanecer, contrastaba con la oscuridad de sus pensamientos—. Que llora y suplica por mi perdón.

¿Eso era bueno, no? No le hizo falta que le especificase de quién hablaba. Carson frunció el

ceño.

—Me aterra pensar que algo así pudiera haber sucedido — Regine esbozó una sonrisa amarga y se giró hacia él. La sonrisa no llegó a sus ojos, era un reflejo de la amarga ironía que sentía. Sus ojos, sin embargo, estaban llenos de una mezcla de rabia y tristeza—. ¿Qué haría con todo el odio que todavía mantengo si lo perdonase?

Carson sintió que una nueva comprensión lo golpeaba. El odio era la fuerza que Regine había usado para seguir adelante incluso cuando lo demás fallaba. La idea de perder esa fuerza, de tener que enfrentar su dolor sin el escudo del odio, era aterradora. Esa no era una historia de perdón y lamentos, pero sabía que llevar eso por dentro solo haría que tuviera que arrastrarlo hasta el día de su muerte.

—¿Sabe? —empezó Carson. Quería decir algo que pudiera aliviar el peso que veía en los ojos de Regine, pero las palabras correctas parecían eludirlo. Sentía una gran responsabilidad, consciente de la fragilidad del momento y del impacto que sus palabras podrían tener—. No voy a engañarle, no creo que lo que… —suavizó aún más la voz, sabiendo que trataba un tema sensible, uno que llevaba una carga emocional inmensa—. …usted pasó pueda dejarse atrás. Y creo que el odio que tiene le da una sensación falsa de seguridad.

Hizo una pausa, permitiendo que sus palabras se asentaran. Observó cómo la brisa marina agitaba suavemente el cabello de Regine. Carson sabía que estaba tocando una herida abierta, una que no se cerraría fácilmente, pero también entendía que era necesario abordar este tema, aunque fuera doloroso.

—Creo que odiarlo solo hará que continúe con usted incluso ahora, después de tantos años — continuó, su voz cargada de una mezcla de compasión y firmeza—, y que el mayor castigo que puede darle es dejarlo atrás, demostrarse a sí mismo que es más fuerte que todo eso, porque yo sé que lo es.

Las palabras de Carson calaron en él. Para Regine, la idea de dejar atrás el odio, de liberarse de una carga que había definido gran parte de su vida, se sentía igual que aceptar sus sentimientos por Carson después de haberlos negado tanto tiempo. Carson observó con atención, buscando en su rostro alguna señal de respuesta.

Regine, todavía mirando al horizonte, dejó que sus pensamientos vagaran. Las olas continuaban su danza rítmica, avanzando y retrocediendo. Finalmente, respiró hondo y volvió a asentir, el gesto se le hizo mucho más pesado de lo que en realidad era.

La brisa marina trajo consigo el aroma salado del océano, una sensación de calma que contrastaba con la tormenta interna que Regine enfrentaba. Carson sabía que no había respuestas fáciles, pero estar ahí, compartiendo el peso de su dolor, era un comienzo.

Pasaron varios minutos hasta que Regine volvió a hablar, cambiando el tema. El silencio entre ellos había sido cómodo.

—Tienes que dejar de llamarme ‘‘señor’’. Mario ya me ha preguntado tres veces por qué no me tuteas. —Regine rompió el silencio con una voz tranquila pero con un matiz de diversión. La formalidad que Carson mantenía incluso después de hacer pública su relación, o al menos, no esconderla en la mansión, resultaba desconcertante para los demás, a Regine no le sorprendía, pero le gustaba estar en el mismo nivel.

—Supongo que es la costumbre, viejos hábitos —Carson soltó una suave risa, una melodía que resonó con calidez en el aire matutino—. Aunque podría intentar cambiarlo por ti, Regine.

Regine esbozó una sonrisa, una expresión que iluminó su rostro y suavizó la tensión que aún flotaba en el aire.

—¿Te he dicho lo sexy que suena mi nombre cuando lo dices tú? —se acercó para darle un pequeño beso en los labios.

Carson rio, una risa genuina y alegre que parecía brotar desde lo más profundo de su ser.

—No lo sé, tal vez tengas que recordármelo. —Sus ojos brillaban con un destello juguetón, disfrutando del momento ligero y de la intimidad que compartían.

Regine dejó escapar una corta risa. El sonido era contagioso y lleno de vida, un eco de una alegría que había estado ausente durante demasiado tiempo. Le gustaba ese burbujeo en su pecho, hacía demasiado que no lo sentía.

—Parecemos adolescentes. ¿No estamos ya muy mayores para este tipo de juegos? —dijo Regine, su tono era ligeramente burlón pero afectuoso. No era como que los odiase tampoco. Las pequeñas bromas y comentarios coquetos eran una manera de reafirmar su vínculo, de recordar que aún tenían la capacidad de disfrutar la compañía del otro.

El sol seguía su ascenso, bañando la escena con una luz dorada que prometía un nuevo día lleno de posibilidades. En esa isla privada, alejados del caos del mundo, Carson y Regine encontraron un respiro, un momento para simplemente ser ellos mismos.

18 años antes (Edad: 20 años)

Carson no podía calmar su pulso mientras veía el humo salir del vehículo. Su corazón latía con fuerza, resonando en sus oídos como un tambor. Sabía que sin la ayuda de Hafstain no podría estar en ese túnel, que no habría tenido los medios para llegar tan lejos. Pero a diferencia del hombre, él no había matado a nadie, no era un asesino. Esa diferencia, aunque pequeña, era crucial para su sentido de identidad y moralidad. Y aunque Bernard mereciese la muerte, o incluso algo peor que esta, Carson tenía miedo de que su cuerpo se bloquease al último instante, de no poder terminar con esa tortura. La idea de cruzar esa línea lo aterrorizaba más de lo que podía admitir, el miedo de convertirse en algo que despreciaba le pesaba como una losa en el pecho.

Fue por ello que, mientras se acercaba al vehículo estrellado contra una de las paredes del túnel, deseó con todas sus fuerzas que no hubiera supervivientes. Podía ver la parte delantera del vehículo completamente aplastada, los restos metálicos retorcidos y carbonizados que emanaban un humo denso y acre. En medio de ese caos, veía destellos de uno de los brazos de su propio padre en el asiento del conductor, inerte y colgando de manera antinatural. Estaba inmóvil, una figura grotesca y casi irreconocible entre los escombros. Supuso que no tenía sentido mirar más, o al menos eso es lo que quiso decirse mentalmente para evitar el horror de la escena, pero sabía que tenía que asegurarse. No podía dejar espacio para la duda.

Dio un paso hacia el vehículo, con la bilis subiendo por su garganta. La sensación era sofocante, un nudo que amenazaba con hacerle vomitar. Su respiración se aceleraba mientras veía la sangre gotear entre las grietas de la puerta deformada. Cada gota era un recordatorio visceral del daño y la violencia del impacto. Justo cuando iba a terminar de acercarse, la puerta del asiento de atrás se abrió con un chirrido agudo y desgarrador.

—¡Ugh! —gimió adolorido Bernard mientras se arrastraba fuera del vehículo destrozado, poniendo las manos sobre el pavimento para salir. Su rostro estaba cubierto de sangre y hollín, sus movimientos eran torpes y llenos de dolor.

La visión de Bernard luchando por salir del coche destrozado llenó a Carson de una mezcla de

horror y determinación. La escena se desarrollaba ante sus ojos en cámara lenta, cada detalle se grababa en su mente: la sangre que manchaba el pavimento, el humo espeso que se elevaba en el aire, y los sonidos de los gemidos de Bernard.

Carson sabía que estaba en un punto de no retorno. La decisión que tomara en esos momentos definiría no solo el destino de Bernard, sino también el suyo propio. La línea entre la justicia y la venganza nunca había sido tan delgada, y mientras observaba a Bernard arrastrarse fuera del vehículo, supo que tenía que enfrentarse a sus propios demonios para decidir el siguiente paso.

Carson se detuvo en seco, apretando el mango de la pistola que llevaba en la mano y la alzó hacia Bernard. Sus dedos se cerraron con fuerza alrededor del arma, sus nudillos blanqueando por la tensión. Durante un muy breve instante, sintió compasión, pena por el hombre que ahora se arrastraba y casi se odió por eso. La compasión era un lujo que no podía permitirse, una debilidad que lo amenazaba. Pero recordaba las palabras de su madre, diciéndole que era un chico compasivo, que eso era algo que llevaba en la sangre y que formaba parte de él. Esas palabras resonaban en su mente, una voz suave y maternal que intentaba templar su rabia con humanidad. Un nudo más grande se formó en su estómago, retorciéndose con la mezcla de emociones. El hombre frente a él era el mismo que había ordenado matar a su madre. No tenía el privilegio de sentir pena por él.

Bernard también se quedó quieto cuando alzó la cara manchada de sangre y se encontró al hijo del mayordomo frente a él. Por un segundo, abrió más los ojos, sorprendido por encontrarlo ahí, como si la aparición de Carson fuera algo que no hubiera imaginado jamás. Pero luego se dio cuenta de lo que estaba sucediendo y empezó a reír a carcajadas mientras apoyaba la espalda en la rueda del vehículo, sentado en el suelo. La risa de Bernard era amarga y burlona, una reacción que mezclaba el desprecio con una extraña forma de aceptación. Para él, esto era un juego retorcido, una última oportunidad de manipular las emociones de Carson.

Carson apretó la mandíbula, sus dientes rechinando por la fuerza del esfuerzo. La risa de Bernard era como un ácido, corroyendo su resolución y alimentando su rabia.

—Nunca creí que tuvieras el valor. Esa debo dártela —dijo Bernard mientras terminaba de reír, su voz cargada de sarcasmo y desafío. Sus ojos brillaban con una mezcla de desprecio y diversión, como si la situación le resultara más entretenida que aterradora.

Carson lo apuntó con el arma mientras ignoraba sus palabras, trataba de mantener el pulso firme, pero no podía evitar el ligero temblor en sus manos. El peso de la pistola le parecía inmenso, cada segundo que pasaba aumentaba la tensión en sus músculos. Casi se sentía como si el arma se fuera a escurrir de su mano y caer al suelo. Su mente era un torbellino de pensamientos y emociones, cada uno luchando por dominar sus acciones. La cara de Bernard, ensangrentada y burlona, era un recordatorio constante de todo lo que había perdido y de la justicia que buscaba.

—Para Regine esto debe ser justicia —continuó Bernard, con una sonrisa torcida que hacía que su rostro ensangrentado y sucio pareciera aún más siniestro—. Una pena que no esté aquí para verlo —se fijó en el cambio en los ojos de Carson, notando la chispa de furia que comenzaba a arder con mayor intensidad.

Carson entrecerró los ojos, su mirada se volvía más afilada y peligrosa.

—Saca su nombre de tu boca —murmuró entre dientes, cada palabra cargada de veneno.

Ese era… Sintió la ira recorrer su cuerpo, una ola de calor intenso que lo consumía por dentro, de la misma forma que cuando Rosa finalmente le contó lo que Bernard le había hecho a Regine, a su propio hijo. Ese hombre no era más que un monstruo, con todas las letras de la palabra. Y lo único más intenso que su ira era su dolor por Regine, por lo que había tenido que soportar en silencio, cargando con un peso que nadie debería llevar solo. Este monstruo le había arrebatado a las personas más importantes de su vida, destruyendo a Regine desde dentro para usarlo como un mero peón más en su retorcido juego de poder.

—Sigue siendo mi hijo. —Bernard intentó mantener un tono de autoridad, pero sus palabras resonaron huecas, desprovistas de cualquier verdadero sentimiento paternal.

No, ya ni siquiera era eso, Bernard había perdido el derecho de ser llamado padre, o siquiera humano. Las atrocidades que había cometido lo habían despojado de cualquier vestigio de humanidad. Carson podía imaginar a Regine, solo y lleno de dolor, una imagen que lo atormentaba día y noche. Podía sentir su sufrimiento como si fuera el suyo propio, un dolor que lo atravesaba con cada pensamiento. No había otra cosa que quisiera más que aliviar ese dolor, quitarle el peso de los hombros de Regine. Dañar a Bernard. Hacerle sufrir de la misma manera. Terminar con todo eso.

—¿Crees que la sangre puede comprar el amor, Carson?

—No —respondió Carson en un murmuro.

Sin vacilar más, apretó el gatillo. El sonido del disparo resonó en el túnel, un eco sordo que parecía congelar el tiempo. La bala atravesó el aire con precisión, encontrando su objetivo en la frente de Bernard. El impacto lo lanzó hacia atrás, y por un momento, el tiempo pareció detenerse mientras Bernard caía al suelo, su rostro ni siquiera tuvo tiempo de mostrar la sorpresa.

El disparo resonó tan fuerte que Carson tuvo la certeza de que ya no había vuelta atrás incluso antes de ver el cuerpo muerto de Bernard caer sobre la carretera. El sonido del disparo fue ensordecedor, reverberando en sus oídos y dejando un pitido intenso que se instaló en su cabeza, como si todo el mundo a su alrededor se hubiera silenciado de repente. Se sintió como si un cubo

de agua fría cayera sobre él, un choque que lo dejó aturdido y congelado en el lugar.

Matar no se parecía en nada a como era descrito en las historias, en las películas o los libros. Sabía que no sería similar, pues eso era la vida real, pero la bilis estaba en su garganta y sus manos no dejaban de temblar. Sentía un temblor incontrolable que recorría su cuerpo entero, desde las puntas de sus dedos hasta el fondo de su estómago. Ese era un límite que acababa de cruzar, uno que le demostraba hasta dónde estaba dispuesto a llegar para proteger a Regine. El peso de esa acción, de haber tomado una vida, lo aplastaba, dejándolo sin aliento y lleno de una mezcla de emociones que lo abrumaban.

Carson se quedó inmóvil, la pistola aún alzada, su respiración pesada y entrecortada. La mezcla de emociones lo abrumaba: alivio, rabia, pero sobre todo, una sensación de justicia cumplida. Miró el cuerpo inerte de Bernard y supo que, aunque esto no devolvería a los que había perdido ni borraría el dolor de Regine, al menos había puesto fin al ciclo de dolor. Era un alivio agrio, sabiendo que el acto de justicia traía consigo una carga que tendría que llevar por el resto de su vida.

Y se sentía aliviado, porque sabía que Bernard no volvería a acercarse a él, ni a Regine, ni a nadie más. Pero otra parte dentro suyo esperaba que el hombre y su padre volvieran a levantarse, como el jefe final de un videojuego, que volvía a aparecer tres veces más con el doble de vida. La idea de enfrentarse nuevamente a ese monstruo lo llenaba de un miedo irracional, una paranoia que se mezclaba con su alivio. Pero dio igual cuánto tiempo esperó en medio de esa carretera, los ojos de Bernard no se apartaron de él. Eran ojos muertos, vacíos, que no contenían ni rastro de la amenaza que había representado en vida.

Tuvo que obligarse a irse del lugar, sus pasos eran pesados mientras se alejaba, cada uno más difícil que el anterior. Volver a la mansión y ocultar sus náuseas, fingiendo no saber nada al respecto incluso cuando vio a Regine ocultarse en el baño después de saber la noticia. Regine, su expresión rota y silenciosa, encerrado en su propio dolor, era una visión que desgarró el corazón de Carson.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que la muerte de Bernard no sería el final de sus tormentos. Al igual que Regine, él llevaría esos ojos sin vida dentro de él como una cicatriz permanente. La imagen de Bernard, con su rostro ensangrentado y su risa amarga, se convertiría en una sombra que lo seguiría a cada paso. Solo le quedaba esperar que ambos encontrasen la fuerza para apartar la mirada y seguir adelante, para encontrar algún tipo de paz en medio del caos que había dejado atrás.

Fin

Extra

10 años antes (Edad: 28 años)

—Vamos atrasados con el registro de ventas del negocio exterior, necesito tenerlo listo mañana —hablaba Regine mientras caminaba deprisa por los pasillos—. No, espera. —se pellizcó el puente de la nariz—. Mañana es la reunión con el profesor de Mario…

—Puedo asistir yo a la reunión si lo prefiere —sugirió Carson, que caminaba deprisa a su lado, intentando seguir su ritmo.

—De acuerdo. Me ocuparé de los registros para poder cerrar el trato con el vendedor de armas. Déjame su número disponible mañana.

—Por supuesto —respondió Carson.

El moreno sabía que ese día sería como todos los otros; Regine siempre estaba trabajando, fuera cual fuera la época o el día del año. El catorce de febrero era solo una fecha más, con los típicos planes de siempre: trabajar.

Estaba sumamente nervioso mientras se acercaban a su despacho, pero por suerte había aprendido a ocultarlo.

Por mucho que le gustaría que Regine se tomase un descanso de vez en cuando, sabía que aunque lo propusiera, su señor no aceptaría. Fue por ello que había decidido al menos tener un pequeño detalle especial con él, pero ahora que lo pensaba mejor, no sabía si sería de mal gusto para Regine. Tenía todas las esperanzas puestas en que le gustase.

Regine revisó su teléfono personal mientras abría la puerta del despacho, viendo la cantidad de llamadas perdidas que tenía. Fue directo a sentarse en la silla de su escritorio reprimiendo un suspiro. Quería pasar algo de tiempo con Mario esa tarde, pero todo parecía indicar que eso sería imposible.

De repente, algo en el rabillo de su ojo llamó su atención y levantó la mirada. Encontró un

jarrón envuelto con un lazo en el centro de su escritorio. Este tenía combinaciones de muchas flores distintas, frescas y con colores vibrantes. El olor que desprendían era dulce e inundaba la habitación. No sabía cómo no lo había notado al entrar.

De inmediato, se preguntó quién había dejado eso ahí a pesar de tener ya alguna sospecha. Sus ojos se dirigieron hacia Carson, al cual encontró mirando por la ventana, fingiendo no saber nada sobre el jarrón.

Regine volvió a ver las flores y sonrió negando ligeramente con la cabeza y reprimió una risa por el repentino regalo de su mayordomo. Sus flores favoritas estaban ahí, sabía que Carson había pensado bien en ello. Mientras colocaba el jarrón con delicadeza a un lado de su escritorio, decidió buscar un regalo para Carson el próximo año.

Carson vio a Regine sonreír y no pudo evitar contagiarse cuando su propio pulso se volvió más fuerte y errático.

Ese era su mejor regalo.

Agradecimientos

Quiero agradecer a Mike por crear al Carson que todos conocemos y por darle a Regine la oportunidad de experimentar el amor que se merece. Gracias por tus increíbles ideas y por todas tus lágrimas cada vez que se me ocurría una nueva escena y te la contaba.

También debo agradecer a mi madre, por soportar mis largas lecturas de nuevos capítulos y por sus siempre valiosos consejos.

Finalmente, quiero mencionar y agradecer a todos los lectores que han estado apoyándome desde que publiqué el primer capítulo. Jamás olvidaré vuestros nombres. Este libro está completo gracias a todos vuestros comentarios llenos de amor. Muchas gracias.

Nota de Autor

Muchísimas gracias por llegar hasta aquí. Espero sinceramente que la historia te haya encantado. Cuando comencé a escribirla, no tenía muy claro cómo debía proceder. Había escrito pequeños relatos antes, pero estaba más acostumbrada a la estructura del role-play y me daba miedo no saber cómo plasmar la historia en formato de libro.

Esta historia, de hecho, surgió de un role-play que hice con una amiga hace años. Recuerdo que estábamos desarrollando la historia de Mario y Sam cuando surgió el personaje de Regine como un padre controlador y opresivo. Desde el primer momento en que apareció, sentí que valía la pena explorar más su pasado y su historia. Así, le rogué a mi amiga que tomara el control de su mayordomo y creáramos juntos una historia de amor entre ellos, de la cual nació Carson.

Aunque hay bastantes diferencias entre la historia original y esta versión, espero haber logrado transmitir su esencia de la misma manera en que la viví, con el mismo amor que siento por estos personajes. He intentado representar el trauma en la historia de la manera más fiel posible a la realidad y espero haber transmitido los sentimientos de cada personaje de la mejor forma.

Llegué al penúltimo capítulo hace un año, pero por alguna razón no tuve la fuerza para escribir el final hasta ahora. Han pasado tres años desde que comencé esta historia, y estos personajes me han acompañado en muchos momentos de mi vida. Espero que tú también hayas disfrutado de su compañía, aunque sea por un ratito.

Tengo planes de seguir escribiendo y de compartir mis mundos imaginarios con más lectores. Espero contar con tu compañía nuevamente en el futuro. Muchas gracias, una vez más, por llegar hasta aquí. Si quieres, puedes enviarme un mensaje en cualquier momento; será un placer hablar contigo.

¡Hasta pronto!

Instagram: @danielacauthor

Facebook: Daniela Campos

Correo electrónico: m.daniela.camo@gmail.com